Sophie Saint Rose

Serie época



Deja de huir, mi amor

Deja de huir, mi amor

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 1

Kate estaba encerando con vigor la mesilla de al lado de la ventana y al pasar el paño de nuevo, juró por lo bajo porque tenía un pequeño arañazo. Cogió más cera del tarro con el paño y volvió a frotar la superficie. Como no la dejara impecable su padre la tendría toda la tarde allí y quería ir hasta el pueblo a comprarse una cinta para el festejo del día siguiente en el castillo.

Escuchó unas risas y levantó la vista hacia la ventana incorporándose un poco. Su corazón saltó en su pecho al ver al señor Justin cabalgando sobre su hermoso caballo blanco en dirección al establo. Era tan apuesto que quitaba el aliento y no pudo evitar separar los labios mientras se lo comía con los ojos antes de ver llegar por la loma a Lady Mara, que estaba realmente preciosa con un vestido de montar en terciopelo azul oscuro que resaltaba el color de sus ojos. No pudo dejar de admirar su precioso peinado que dejaba caer sobre sus hombros sus largos rizos castaños. El señor Justin se detuvo a unos metros del establo y se bajó de un salto para acercarse a ella. Kate se lo comió con los ojos. Tenía su cabello negro algo alborotado por la cabalgata, pero eso le hacía parecer más atractivo si era posible y sus ojos grises brillaban de la alegría. El futuro Conde Kirkpatrick era feliz al lado de Lady Mara y ella debería alegrarse, pero algo que tenía en la boca del estómago se lo impedía. Vio con tristeza como la cogía por la cintura para ayudarla a bajar del caballo y como él le decía algo que les hacía reír a los dos.

—Kate.

Se sobresaltó girándose de golpe para ver a su padre en la puerta observándola con el ceño fruncido. —El castillo tiene que estar impecable para la fiesta de mañana. No pierdas el tiempo.

—Sí, padre. —El mayordomo carraspeó. —Quiero decir… sí, señor Datong.

Su padre miró sobre su hombro discretamente y se acercó a su hija que se había puesto a frotar de nuevo. —Hija, ya sabes que no puedes llamarme padre. Eres como las demás.

Se sonrojó asintiendo sin dejar de frotar. —Lo siento, padre.

Datong sonrió porque ni se había dado cuenta de que lo había hecho de nuevo y al escuchar las risas levantó la vista hacia la ventana. —Vaya, parece que se llevan muy bien. Quizás haya boda en el futuro. Así tendrías a quien servir.

—Sería estupendo, padre —susurró diciendo esas palabras que le revolvían el alma, pero sabía que era lo que su padre quería escuchar.

—Serías primera doncella —dijo con orgullo.

—Eso si no se trae a la suya.

Su padre la miró sorprendido. —Eso sería desastroso. Tendré que averiguarlo.

—Da igual, padre.

—Llevas preparándote toda la vida para ese puesto. No me conformaré con menos.

Entonces el miedo la recorrió y se incorporó mirándole con sus preciosos ojos azules. —¿Qué quieres decir, padre?

—Bueno, si no vas a servir a la señora de la casa, deberás buscar una. —Levantó la

barbilla orgulloso.

—¿Buscar una? ¿Dónde?

—Fuera de estas tierras. Te hemos enseñado bien y no puedes rebajarte como has hecho hasta ahora a pulir muebles. Eres primera doncella. Debes buscar una buena casa donde estés cómoda.

El miedo la invadió. ¿Irse de Drummond? ¡Había trabajado allí toda su vida! Desde que había muerto su madre y se había trasladado a la casa, era su hogar. —Así estoy bien.

—No hay discusión. De todas maneras, Lady Mara todavía no ha dicho que sí. Aunque como todos sabemos después de estar comprometida tres años con Lord James no tiene mucho donde elegir. Si Lord Justin se lo pide, aceptará gustosa, estoy seguro. Se le están acabando las opciones y más con ese carácter tan puntiagudo que tiene. —Su padre miró la mesa y apretó los labios como cuando veía algo que no le gustaba nada. —Sigue frotando.

—Sí, señor Datong —murmuró aún en shock.

Su padre sonrió como si estuviera satisfecho antes de cogerla por la barbilla para mirarla con sus mismos ojos azules. —Eso si no te casas con Fred. Sé que lo está deseando.

Kate se sonrojó con fuerza. —¿Fred?

—Hija, lleva más de dos años cortejándote. ¿Todavía no te has decidido?

—Es que…

Las voces de los señores entrando en el castillo les tensaron y su padre se alejó de inmediato para recibirles. —Vienen al salón. Recoge eso.

Lo hizo a toda prisa cerrando el bote de cera y metiéndolo en la cesta con el trapo. Cuando entraron en el salón hablando, ella estaba muy tiesa en una esquina con la cabeza agachada ligeramente esperando a que pasaran.

Lady Mara se echó a reír sentándose en el sofá y extendiendo su maravilloso vestido. —Qué malo eres, Justin. ¿En serio le dijiste eso?

—Es una bruja. Datong un jerez para la dama y para mí.

—Enseguida, milord.

—Justin no debería. Aún es de tarde.

—Bah, tonterías —respondió sentándose en la butaca del Conde—. ¿Dónde está mi tío, Datong?

—Ha ido a revisar unas tierras del norte, Vizconde.

—¿Debería haber ido con él?

Mara se echó a reír por su despreocupación. —A ti eso no te interesa, querido.

—Tienes razón. Además, aunque aprecio mucho al tío, me lo paso mejor contigo.

A Kate se le cortó el aliento al ver como los ojos de Lady Mara brillaban de satisfacción. —Me alegro mucho de que disfrutes de mi compañía. Menos mal que has venido de Edimburgo. Esto es muy aburrido sin ti.

Su padre acercó las dos copitas de cristal tallado a sus señores y al ver que todavía estaba allí le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera. Justin se dio cuenta y la miró. Sus ojos coincidieron durante un segundo, pero Kate sintió que se le salía el corazón del pecho y apartó la mirada avergonzada saliendo del salón a toda prisa. Apoyó la espalda en la pared al lado de la puerta buscando aire porque durante un momento hasta se le había olvidado respirar.

Le oyó carraspear. —Edimburgo ya no es lo que era. Estoy pensando en acercarme a Londres en unos meses para disfrutar un poco de la temporada.

Mara se quedó en silencio unos segundos y Kate se tensó. —Así que te vas. A ver a James, me imagino.

—Hace tiempo que no veo a mi primo. Casi dos años.

—Le echas de menos —dijo Mara con cariño.

—Mucho. Aunque ahora está casado y con hijas nada menos. Seguro que todo es distinto. Apuesto a que el tío se anima a venir conmigo. Está deseando ver a las niñas de nuevo. Me ha dicho que son tan hermosas que quitan el aliento. —Justin se quedó en silencio unos segundos. —Mara no pongas esa cara.

—No, si me alegro por ellos.

—Mentirosilla.

La risa de Mara fue totalmente falsa y Kate sintió pena por ella. Su reputación había sufrido mucho por los contornos al no llegar a término el compromiso con Lord James. Pero es que una americana deslenguada y preciosa se había metido por medio. El pobre hombre no había tenido más remedio que seguirla. Sonrió recordando a Lady Johanna. Se notaba que era una mujer maravillosa. Y con carácter. Vaya si tenía carácter. Y una puntería excelente.

—Bueno, lo de James está muerto y olvidado.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿Te quedarás en su casa?

—No, por Dios. Alquilaré una casa de soltero. Tengo entendido que tienen invitados americanos y no quiero molestar.

—Lo que quieres es estar a tu aire.

—Eso también.

—¿Puedo ir contigo?

A Kate se le cortó el aliento. —Muy graciosa, Mara.

Su amiga se echó a reír. —Es que si te vas, me voy a aburrir muchísimo. Hablo en serio. Además, necesito marido. —Lo dijo de tal manera que era obvio que no quería perderle de vista.

—Tienes varios pretendientes por aquí que no están nada mal. Aunque si fueras a Londres iría tu hermano que siempre es muy bienvenido para las fiestas. Si quieres opciones para un casamiento, vete. Seguro que allí hay más candidatos apetecibles para una selecta dama como tú.

Mara gruñó haciéndole reír, pero Kate ni le escuchó porque acababa de decirle que él no era un candidato para ella. Delicadamente por supuesto, pero lo había hecho. Su corazón gritó de felicidad y se sobresaltó al ver al lado a su padre, mirándola como si quisiera pegarle cuatro gritos. Cosa que no podía hacer, evidentemente. Forzó una sonrisa mostrando su perfecta dentadura antes de cruzar el hall tan rápido como podía sin echar a correr, bajo la atenta mirada del mayordomo.

—¿Seguro que no quieres ésta? —preguntó Fred solícito mirándola como si la amara, mostrándole una cinta azul de encaje—. Quedaría preciosa en tu hermoso cabello rubio.

—No, mi vestido es rosa. —Pasó ante él para mirar las cintas que tenía colgadas y acarició una con florecitas rosas bordadas.

—Kate —susurró rodeando el mostrador mientras su madre no les perdía ojo doblando una tela—. ¿Bailarás conmigo mañana?

Se sonrojó mirando de reojo a su madre. —No creo que…

—Llevo mucho pretendiéndote. Un baile.

Los ojos del señor Justin aparecieron en su memoria y se volvió hacia Fred. Uff, es que no se parecían en nada. Mientras el señor Justin tenía un precioso cabello negro que le llegaba hasta los hombros, Fred empezaba a perder su cabello castaño. Justin tenía los ojos grises y tan hermosos que quitaban el aliento, mientras que Fred los tenía de un castaño anodino que no le decían nada. Y eso por no hablar del cuerpo. Su señor Justin era alto, gallardo y con músculo, que aunque no se lo había visto estaba segura de que estaba allí mientras que Fred era tan alto como ella y delgadito como un palo. Buena persona y trabajador, eso sí, pero sin todo lo que a ella le provocaba unos calores de arriba abajo que se le caían hasta las medias. Con esos pensamientos se sonrojó con fuerza pensando que era una descarada y Fred sonrió cogiendo su mano del mostrador pensando que estaba halagada. —Un baile, ¿de acuerdo? Prometo no insistir más.

Lo dudaba mucho. —Está bien —dijo por ser educada. De todas maneras, bailaría con todo el mundo como siempre. Negárselo a él estaría feo. Levantó la barbilla—. Pero solo uno y no me insistas más.

Fred sonrió como si le hubiera regalado la luna mientras su madre gruñía fulminándola con la mirada.

—Me llevo ésta —dijo rápidamente antes de que la mujer le soltara cuatro frescas por no adorar a su maravilloso hijo. Otra razón para no casarse con él. La suegra. Y esa era de las metomentodo como estaba demostrando.

—Una elección maravillosa. Nos acaba de llegar de Londres. ¿Verdad, madre?

Rayos, ahora la mujer metería baza.

—Sí, cielo. Esta mañana mismo. —Se acercó a toda prisa con un encaje en la mano. —Kate, querida… ¿es cierto que Lady Mara va mucho por el castillo?

Uff, menos mal. Solo quería cotillear. —Acude para ir a montar a caballo con Lord Justin, sí.

—¿Habrá boda? ¿Tendremos celebración?

Entrecerró los ojos. —Tengo la impresión de que no. Aunque puede que me equivoque, por supuesto.

—Pobrecita. Abandonada a su edad.

Parpadeó porque Lady Mara debía tener unos veinte años. Solo dos más que ella. —¿A su edad?

—Bueno… —Se echó a reír. —Ya no es una jovencita. En cuanto pasas de los dieciocho empiezas a perder brillo y puede que ya no te pretendan igual —dijo con malicia—. ¿Verdad, Fred?

—Cierto, madre —dijo distraído envolviendo su cinta—. Las damas deben casarse jóvenes.

La miró fijamente con sus ojitos castaños. —Y las que no son damas también.

Hala, ya le había soltado una pulla. Kate forzó una sonrisa. —Espero que encuentre pronto al hombre de su vida. No me gustaría que se conformara con menos solo por hacer callar a las malas lenguas. —Se acercó sobre el mostrador. —Hay mucha bruja suelta que mete su puntiaguda nariz donde nadie la llama. —Se enderezó sonriendo. —¿No crees, Fred?

Su pretendiente sonrió tendiéndole el paquete. —Tienes toda la razón, luz de mi vida.

Su madre gruñó poniendo los ojos en blanco mientras Kate se echaba a reír. Vio una sombra tras ella y aún riendo se volvió para encontrarse de frente con Lord Justin que la miró fijamente muy serio. Ella agachó la mirada de inmediato.

—Lord Justin, es un honor verle en mi establecimiento —dijo Fred encantado—. ¿En qué puedo servirle?

—Termine con la señorita —dijo mirándola de arriba abajo desde su simple vestido azul hasta su cabello suelto hasta la cintura.

—Es Kate, milord. Trabaja en el castillo —dijo su supuesta suegra como si ella no tuviera importancia—. Dígame qué necesita.

Kate miró a Fred y susurró —Apúntamelo. —Él no le hizo ni caso mirando a su señor encantado porque estuviera allí. Hizo una rápida reverencia y susurró —Buenas tardes.

—Buenas tardes… Kate —dijo su lord con voz grave observándola salir de la tienda tan aprisa que se tropezó con una escoba que estaba apoyada en el marco de la puerta.

Sonrojada la recogió del suelo colocándola en su sitio y salió de allí casi corriendo. Menuda vergüenza. Pensaría que era tonta. ¿Qué va a pensar que eres tonta, Kate? Si ni pensará en ti. Suspiró atravesando el pueblo y miró hacia el castillo. No quería irse de allí, pero quizás fuera lo mejor. Si antes tenía dudas, ahora ya había decidido no casarse con Fred. Sería un matrimonio penoso y no porque él no lo intentara. Seguramente haría lo que fuera necesario para hacerla feliz, pero no podía quitarse a Lord Justin de la cabeza. Una locura. Una locura que además era totalmente imposible. Jamás se casaría con una mujer que sirviera en su propia casa. Sería una vergüenza para el condado y los de su clase jamás la aceptarían como una igual. Abrió los ojos exageradamente. —¿Estás loca? No lo pienses siquiera —dijo para sí haciendo que una mujer que estaba lavando la ropa la mirara con el ceño fruncido mientras pasaba ante su casa—. Si ni te ha mirado. Es que a veces dices unas locuras…

La mujer se echó a reír. —Kate, ¿otra vez hablando sola?

Se sonrojó con fuerza. —Estaba pensando.

—En voz alta. ¿Quieres tomar un té?

—No, gracias. —Se acercó a la señora Walter y sonrió. —Es muy amable, pero tengo mucha faena en el castillo.

—Ah, sí. Mañana es la fiesta anual de la cosecha. —Soltó una risita. —Me he hecho un vestido nuevo.

—Y yo —dijo ilusionada.

—Seguro que estás preciosa. Lo estás hasta con ese horrible uniforme de doncella. ¿Cómo le va a mi Rose en la casa? Ella me dice que bien, pero… —Kate hizo una mueca haciéndola reír. —¿Tan desastre es?

—Es que siempre está soñando. La cocinera se exaspera porque dice que se distrae hasta

con una mosca y que tarda en fregar las cacerolas siglos. —La mujer se echó a reír a carcajadas y Kate no pudo evitar sonreír. —Pero hace un pudin buenísimo.

—Se lo he enseñado yo. —Le guiñó un ojo. —Siempre ha sido un desastre para todo lo demás, pero para la cocina tiene una mano…

—Le irá bien. Bueno, tengo que irme. La veo mañana.

—Hasta mañana, hermosa. Por cierto, Kate… —Se volvió para mirarla. —¿Puedes llevarle un paquete?

—Claro que sí.

—Gracias, enseguida lo saco. —La mujer entró en la casa a toda prisa y Kate impaciente miró a su alrededor. Esperaba que no tardara mucho porque su padre le tiraría de las orejas como no llegara para servir la cena. Sonrió sin darse cuenta. Lord Justin estaría allí. No quería perdérsela.

Casi se le cae la mandíbula del asombro al ver el enorme paquete y la mujer se sonrojó. —Es el edredón que le he hecho. ¿Crees que pesará mucho?

Ah, un edredón. —No, claro que no. Deme.

La señora Walter sonrió. —Siempre tan amable. —Se lo puso en los brazos y Kate disimuló forzando una sonrisa. ¿De qué estaba hecho ese edredón? ¿De piedras?

—Es para que no pase frío en invierno mi niña. Le he puesto el doble de lana.

—No, no pasará frío. —Eso seguro. Lo difícil iba a ser que no se asfixiara. —La veo mañana.

—Hasta mañana. Y gracias…

Se alejó cargando con el edredón y al ver el castillo en lo alto de la colina gimió. —Estupendo. Esto te pasa por pararte a dar la lengua. —Movió el paquete para llevarlo mejor y bufó porque con el paquetito del lazo no podía agarrarlo bien. Pero no podía hacer mucho porque su vestido no tenía bolsillos. Se miró el escote. Pues sí que tenía bolsillo. Dejó el edredón sobre una piedra y se metió el paquete con el lazo entre los pechos. Mirándose el escote los movió para que la punta no se viera, pero no es que pudiera hacer mucho porque ese vestido ya le quedaba algo pequeño y más en el pecho.

Un carraspeo tras ella la sobresaltó y se volvió de golpe. Al ver a Lord Justin sobre su caballo con los codos apoyados sobre la silla se sonrojó y más aún cuando miró directamente a su escote. —¿Necesitas ayuda?

—¿Qué?

Él la miró a los ojos robándole el aliento. —Con el paquete.

Se puso roja hasta la raíz del pelo y sacó el paquete del escote de golpe. —No, claro que no.

Lord Justin se echó a reír. —No me refería a ese. —Señaló con el dedo. —Si no a ese.

Kate miró el edredón y gimió por lo bajo. —Con ese tampoco.

—¿Con ese tampoco qué?

—Tampoco necesito ayuda, milord.

—¿Seguro? —Sonrió de medio lado alterándole la respiración y sin poder evitarlo miró sus labios. Él sonrió más ampliamente y cuando Kate se dio cuenta de lo que estaba haciendo agachó la mirada con la excusa de coger el edredón. —Yo creo que sí. Kate sube al caballo. Lo

ataremos a la silla.

¡Dios, no podía subirse a su caballo! Si ya tenía fantasías y ni la miraba, no se quería imaginar lo que su mente pariría si le tenía tan cerca. —No, si no hace falta, milord. —Empezó a caminar a toda prisa colina arriba y Justin chasqueó la lengua.

—¡Kate, detente ahora mismo! —Era una orden y gimió por dentro antes de girarse. —No vas a subir al castillo con algo tan pesado.

—Estoy acostumbrada.

Justin bajó de su montura y sujetando las riendas se acercó a ella cogiendo el paquete de entre sus brazos. Casi se muere del gusto cuando uno de sus dedos rozó el lateral de su pecho. Fue algo muy ligero que seguramente él ni sintió, pero a Kate se le endurecieron los pechos con fuerza provocando un fuego que la recorría de arriba abajo. Muerta de la vergüenza le siguió hasta su montura y vio como ataba la cuerda que llevaba el paquete a su silla. —No era necesario.

Él se volvió muy serio. —Sí que lo era —dijo con voz ronca.

A Kate se le cortó el aliento y miró sus ojos. —Gracias.

Justin dio un paso hacia ella y la respiración de Kate se agitó al sentir su cercanía. —No es nada.

Iba a cogerla por la cintura, pero ella dio un salto atrás. —Mejor subo caminando, milord —dijo sin aire.

—Kate no digas tonterías. —Dio un paso hacia ella, pero se alejó de nuevo. La miró asombrado. —¡Sube al caballo, mujer!

—Es que no es apropiado, milord —dijo mirando a su alrededor.

—Deja de decir estupideces. ¿No vas hacia la casa?

—Sí milord, pero…

La cogió por la cintura y la sentó de mala manera sobre el caballo. Antes de darse cuenta él estaba sentado tras ella y rodeaba su cintura para coger las riendas. Su aliento en el lóbulo de su oreja la estremeció y nerviosa apretó el paquetito que tenía en la mano. —¿Qué te has comprado? —preguntó él con voz grave tras ella.

—Un lazo.

—¿Para mañana? —Sintió como su mano apartaba su melena dejando parte de su cuello al descubierto.

Muy nerviosa le miró sobre su hombro. —Sí.

—Seguro que te has hecho un vestido. Es un acontecimiento.

Solo se hacía un vestido al año y siempre era para la fiesta anual del pueblo que se celebraba en el castillo desde hacía siglos. —Sí, milord.

—Déjame adivinar… Es rosa.

Ella le miró sorprendida. —¿Cómo lo sabe?

Justin se echó a reír. —Porque es tu color, preciosa.

Se sonrojó con fuerza. —¿Usted cree?

—Estoy seguro. Estarás para comerte.

Uy, qué atrevido. Éste pensaba que todo el monte era orégano. Le había visto flirtear hasta con la esposa de su primo y debía pensar que todas caían rendidas a sus pies. Bueno, puede

que fuera más guapo que Adonis, pero con ella no iba a jugar. Ah, no. Puede que la dejara temblando con solo una mirada, pero ella no era como otras doncellas que se metían en la cama del amo sin rechistar solo porque les guiñara un ojo. —¿No me diga?

Lord Justin le guiñó un ojo dejándola asombrada. ¡Sería descarado! Levantó la barbilla y siseó —Puede dejarme aquí, milord. Prefiero que me salgan callos a que se tome libertades que no corresponden.

Eso sí que le dejó helado. —¿Perdón?

—¡Qué detenga el caballo!

Él lo hizo confundido y antes de darse cuenta Kate había bajado de un salto. —Kate, creo que no me has entendido.

—Oh, sí. ¡Lo he entendido muy bien! —Empezó a caminar hacia la casa furiosa.

—Solo te he dicho…

—¡No hace falta que me diga nada más!

—¡Diré lo que me venga en gana! ¡Detente ahora mismo! —Kate gruñó antes de volverse y levantó una de sus cejas rubias desafiante. —No sé por qué te has ofendido tanto, pero…

—No me he ofendido.

—¡No mientas! —protestó indignado—. Solo quería ser amable y…

—¡No tiene que ser amable conmigo! —exclamó interrumpiéndole, algo totalmente fuera de lugar—. ¡De hecho no tiene que saber ni que existo! Soy una doncella y usted es Lord. Mantenga las distancias.

Y se volvió dejándole con la palabra en la boca. Justin no salía de su asombro. ¡Le había reprendido una doncella! Aquello era el colmo. Viendo cómo su melena iba de un lado a otro camino del castillo, gruñó azuzando a su caballo sintiendo que el deseo recorría su vientre endureciendo su miembro con fuerza. Cuando se puso a su altura ella le miró de reojo acelerando el paso. Estaba claro que quería perderle de vista. Y no sabía por qué, pero eso no le gustaba un pelo. —No sé por qué te enfadas solo porque haya dicho que estarás hermosa.

—No ha dicho eso. Ha dicho que estaré para comerme. —Levantó la barbilla de nuevo. —Y a mí no me come nadie, milord.

Justin reprimió la risa. —¿No me digas?

Le fulminó con la mirada. —¿Se ríe de mí?

—No, ni se me ocurriría. Pero es una pena, ¿sabes?

Le miró sin comprender. —¿Qué es una pena?

La miró a los ojos de una manera que le robó el alma. —Es una pena que no te coma nadie porque esa boca tiene aspecto de ser de lo más deliciosa.

Sin aliento vio cómo se alejaba hacia el establo dejándola con la boca abierta del asombro. Al darse cuenta de lo que había querido decir, se sonrojó con fuerza antes de mirar de un lado a otro por si les había escuchado alguien. Soltó una risita yendo hacia la casa. Era un descarado. Un descarado encantador, pero un descarado. Sintiéndose como en una nube corrió hacia el castillo.

Se mordió el labio inferior cuando los comensales de esa noche entraron en el comedor.

Vestida de doncella en una esquina observó como Lady Mara colgada del brazo de Lord Justin le sonreía vestida con un maravilloso vestido lila con encajes en blanco mientras el susurraba algo. Lady Mara sonrió y se dispuso a sentarse a su lado con su ayuda. En cuanto le metió la silla los ojos del Vizconde fueron a parar a ella, que se sonrojó agachando la mirada sin poder evitarlo.

—Justin no me habías dicho que te habías comprado un caballo nuevo. Al parecer es una maravilla —dijo el hermano de Lady Mara que entraba en ese momento con su amigo Edwin que aún llevaba su copa de jerez en la mano.

—Precisamente me lo traen mañana, Buzz.

—Estoy deseando verlo. Un purasangre imagino.

—Mi sobrino merece lo mejor —dijo el Conde Kirkpatrick sentándose en la cabecera.

—Gracias, tío.

—Hombre afortunado —dijo Edwin divertido sentándose frente a Justin—. Últimamente estás en racha.

Justin sonrió. —¿Quieres comprobar mi racha, amigo?

—No, por Dios. Perdería hasta la camisa.

Todos rieron porque Edwin era un malísimo jugador. Era de dominio público. Su padre le había prohibido acercarse a una partida de cartas a cien millas. Kate sonrió viendo la cara de bonachón que tenía. No era muy alto comparado con sus vecinos y tenía una cara redonda que daba confianza con unos sinceros ojos castaños. Era imposible no saber que tenía buenas cartas.

—Así que te vas a Londres —dijo el Conde girando la cabeza hacia su sobrino.

Justin miró a Mara como si hubiera metido la pata, pero la dama sonrió como si nada. Kate se tensó. Intentaba frustrar su viaje a Londres.

—Sirve el vino —susurró su padre sobresaltándola—. ¿Qué rayos te pasa, Kate? —La miró fijamente con sus ojos azules. —Hablaremos luego. Ahora sirve.

Gimió por dentro porque se llevaría una buena reprimenda y cogió la jarra de plata con el vino preparado que estaba sobre el aparador antes de acercarse al Conde por su derecha.

—Pues había pensado ir a ver a los Fishburgne.

—Me parece muy bien. James estará encantado de recibirte.

—No me quedaré en su casa, tío. —El Conde le miró asombrado. —Los padres de Johanna viven con ellos y tienen invitados de América que aún no saben cuánto tiempo se quedarán. Al menos eso me ha dicho por carta el mes pasado. Familia de Johanna.

—Sí, primos de Johanna, pero creo que se han buscado casa allí para el periodo en que no estén en América. James se sentirá ofendido si no vas a su casa. Mi hijo deseará que vayas con él.

—Por eso me llevo a estos trúhanes —dijo divertido—. Para que nadie se sienta ofendido. Tres solteros no deben dormir en una casa decente, tío.

Los tres se echaron a reír, pero el Conde no se quedó a gusto. Kate sirviendo no se perdía palabra y cuando terminó con Lady Mara se acercó a Justin que la miró a los ojos. —Quiero tener libertad, tío. Ya sabe lo que me gusta picotear y no quiero escandalizar a ninguna dama.

Ella gruñó por dentro y su mano tembló al sentir la suya en su pantorrilla por debajo de su falda. Una gotita de vino manchó el inmaculado mantel. Al enderezarse se apartó a toda prisa sintiendo que no podía respirar por lo que había sentido. Vio que su padre se había tensado y se

acercó al aparador rápidamente. Justin divertido sin dejar de mirarla cogió la copa y le dio un sorbo. —Uhmm, delicioso.

—Hablando de picotear… sobrino…

—Lo sé. Necesito esposa.

—¡Exacto!

Todos se echaron a reír. Todos menos Lady Mara que bebió de su copa disimulando.

—Estoy buscando, tío. No me apure que aún es joven. Y yo más joven aún.

El Conde gruñó.

—Vamos Albert. No le apure —dijo Buzz divertido—. Ni yo me he casado y eso que ya he heredado.

—Así que te vas a picotear también —dijo Lady Mara molesta.

Su hermano la miró fijamente con sus mismos ojos azules. —Hermana, no creo que quieras ir a Londres.

—Sí que quiero ir.

—Sería incómodo para James y su esposa.

—Eso, piensa sobre todo en lo que yo quiero.

Se hizo un silencio incómodo en la mesa y el Conde carraspeó. —Mara, querida…Sé que ha sido duro para ti…

—Oh, por Dios. ¿Queréis dejar todos de compadecerme? ¡Se ha casado con otra, tampoco es el fin del mundo!

—Pues parece que para ti lo es —dijo su hermano empezando a enfadarse—. Sobre todo porque no haces más que recordarlo y rechazar pretendientes más que aceptables.

Mara levantó la barbilla. —Es que no voy a conformarme con cualquiera solo porque me hayan dejado plantada.

—Bien dicho —dijo Edwin divertido.

Todos se quedaron en silencio mientras Mara se sonrojaba porque Edwin había pedido su mano seis meses antes.

El Conde suspiró. —Hija, lo que ha ocurrido nos ha afectado a todos. Pero es lo que hay. Yo tampoco esperaba perder a mi hijo en todo esto.

—No le has perdido —siseó Mara—. Solo vive en Londres con sus verdaderos padres y su esposa. Lo acogiste siendo un recién nacido haciéndole pasar por hijo tuyo y vinieron reclamándole. No eres responsable de lo que ocurrió porque le diste la mejor vida que podía tener. Y tienes a Justin que es tu heredero legítimo. ¿Pero qué tengo yo? ¡Una reputación destrozada! Todo el mundo me considera una solterona y cuchichean cuando paso. ¿Crees que no me doy cuenta? Los únicos que piden mi mano, aparte de Edwin, son arribistas que quieren la vida que puede ofrecerles mi dote. No soy estúpida y no pienso casarme con cualquiera. ¡Si James tiene derecho a ser feliz, yo también!

Nadie pudo decir nada a eso y Justin gruñendo bebió toda su copa. De inmediato Kate se acercó a servirle de nuevo notando su tensión cuando rozó su brazo sin querer.

—¿Y crees que Londres te proporcionará un candidato adecuado? —preguntó su hermano levantando una ceja.

—¡Al menos tendré muchas más opciones que aquí!

—Muy bien. Pues nos iremos a Londres. —A Mara se le cortó el aliento. —Una temporada y ya puedes encontrar marido porque no tendrás más oportunidades.

Mara chilló levantándose y rodeó la mesa para besar en las mejillas a su hermano que sonrió divertido, pero a Kate le sentó como una patada en el estómago. Bueno, ya estaba hecho. No dejaría que se le escapara de Londres. Menuda era Lady Mara.

—Tendrás que alquilar tu propia casa, amigo. A mí no me vais a estropear la diversión con una presentación —dijo Justin divertido.

—Por supuesto —dijo Lady Mara disimulando que estaba molesta—. Tranquilo, no interferiré en tus correrías. Además, me llevaré a la tía Drusilla para que sea mi carabina. Ni necesitaré a Buzz.

—Mi nuera tiene muchos amigos en Londres y seguro que te los…

—No será necesario —cortó Mara de inmediato—. Además, tiene invitados.

El Conde gruñó. —Muy bien. Como quieras.

Su hermano la miró molesto y levantando la barbilla regresó a su asiento.

—En unos días escribiré a James para que me busque casa en Londres —dijo Justin intentando relajar el ambiente.

—Sí, sobrino. Estará encantado de verte.

—Venga con nosotros, tío. Hace tiempo que no ve a las niñas.

Los ojos del Conde brillaron. —¿Crees que debería?

—Por supuesto. James estará encantado de verle y se divertirá en Londres. Lo pasaremos estupendamente.

—¡Al diablo! Las vi cuando eran casi recién nacidas y mis preciosas niñas deben haber crecido mucho. Iré un tiempo, pero me quedaré con mi hijo para no saber lo que hacéis.

Los jóvenes se echaron a reír divertidos y Kate vio como Mara simulando una sonrisa se metía el tenedor en la boca como si estuviera tramando algo.

—Pues estupendo. Así que nos vamos todos. —Justin cogió su copa de vino. —Por el viaje a Londres. Que nos depare muchas sorpresas.

—Por el viaje a Londres. —Su tío chocó su copa con la suya. —Porque encuentres una mujer que te haga tan feliz como Lady Johanna a mi James.

—¡Tío, no me gafes! Con lo que disfruto de mi soltería.

Su tío se echó a reír antes de beber guiñándole un ojo a Mara que sonrió satisfecha. Kate se dio cuenta de que lo habían tramado entre los dos y que ninguno de sus compañeros se había dado cuenta de su estrategia. Eso le confirmó que Justin no volvería soltero de Londres. Agachó la mirada mientras su padre la miraba fijamente antes de apretar los labios.

Capítulo 2

Después de que los señores se levantaran de la mesa para tomar el té en el salón, Kate les observaba de reojo mientras recogía el comedor para dejarlo impoluto. Estaba recogiendo el mantel y su padre se puso tras ella. —No te acostarás hasta que esa mancha de vino salga de ese fino lino. Es una pieza muy cara, Kate. Si no lo arreglas, serás castigada. La negligencia que has cometido esta noche es inconcebible en una doncella de tu categoría. Quizás deberías estar más atenta a tu trabajo que a lo que se dice en la mesa. Procura que no vuelva a pasar.

Se volvió y al ver su fría mirada se le cortó el aliento antes de asentir. —No se preocupe, padre.

Miró a su alrededor y al ver que estaban solos dio un paso hacia ella. Kate tuvo que levantar la cabeza para mirarle al rostro y por su expresión estaba furioso. —Hija, no me gustaría tener que castigarte con dureza por un comportamiento fuera de lugar. Y sabes de lo que hablo, ¿verdad?

Se sonrojó sin poder evitarlo confirmando sus sospechas. —Quédate en el sitio que te corresponde, hija —siseó cogiéndola del brazo—. No intentes alcanzar un imposible que no te llevará a nada y solo dañará nuestra reputación en esta casa. —Tiró de su brazo con fuerza y Kate disimuló un gesto de dolor. —Te lo he dado todo y he trabajado toda mi maldita vida para conseguir este puesto. No me defraudes, Kate. No insultes el nombre de tu madre abriéndote de piernas al señor de la casa porque es algo que no te perdonaré nunca. ¿Me has entendido?

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas. —Sí, padre.

La soltó de golpe y ordenó —Quiero el comedor impoluto. Termina tu trabajo.

Asombrada con la reacción de su padre le observó atravesar el hall para asegurarse de que los señores en el salón tuvieran todo lo que necesitaban. Uno de los lacayos salió con una botella de cristal para rellenarla y de la que iba hacia la cocina pasó ante ella mientras limpiaba con un trapo la enorme mesa de caoba. John la miró sorprendido. —¿Por qué estás haciendo esto sola?

—Los demás tienen tareas —susurró sin dejar de trabajar avergonzada porque se dieran cuenta de que era un castigo. Aunque seguro que los demás ya se habían dado cuenta.

John, que era uno de los lacayos que la conocía desde niña, frunció el ceño, pero conociendo a su padre ni se le ocurriría abrir la boca. Eliot Datong era justo en su trabajo, pero también tenía mano de hierro para dominar a las más de sesenta personas de servicio que se encargaban de la finca, pues no solo era el mayordomo sino el administrador del castillo como había sido tradición desde hacía siglos. El Conde le apoyaba totalmente pues había demostrado su valía y nadie le llevaba la contraria por su propio bien.

Escuchó como los invitados se retiraban despidiéndose de sus señores en la puerta, pero Kate acongojada por las palabras de su padre no levantó la cabeza de lo que estaba haciendo en ese momento que era limpiar el suelo de rodillas para que no quedara ni una sola huella. Algo que estaba totalmente fuera de lugar para alguien de su rango pues era la doncella con más

escalafón de la casa. Era la elegida para atender a las damas que llegaban a la casa y limpiar suelos hacía tiempo que no era una de sus tareas.

Unos pasos en el suelo de madera la tensaron y cuando los botines de su padre aparecieron ante su cara se puso de rodillas para mirarle a los ojos. —¿El mantel?

—Ya está limpio, padre. Está secando.

Su padre asintió mirándola fijamente. —Termina con esto y podrás retirarte.

—Sí, padre. —Agachó la mirada sintiéndose triste porque su padre jamás había tenido que reprenderla.

Datong la cogió por la barbilla con delicadeza para que le mirara a los ojos. —No es un castigo, hija. Te estoy recordando quién eres.

—Sí, padre.

—Sé que no tendré que repetírtelo. Buenas noches, hija.

—Que descanses.

Se alejó saliendo por la puerta de la cocina pues la revisaría antes de subir a sus habitaciones como hacía cada noche.

Una hora después, agotada estaba apagando una lámpara de aceite del comedor cuando sintió alguien tras ella. Miró sobre su hombro para ver la silueta de un hombre gracias a la luz de la luna que se filtraba por la ventana. —¿John?

Él dio un paso adelante y se le cortó la respiración al ver a Lord Justin en la puerta del comedor. Sonrió irónicamente apoyando el hombro en el marco. —Vaya, vaya, si está aquí la doncella de la casa. ¿No es un poco tarde para estar trabajando?

—Tenía cosas que hacer, Vizconde.

Justin perdió parte de la sonrisa. —Ya me has dejado claro cuál es mi lugar. No hace falta que te repitas, Kate.

Se sonrojó y se volvió a coger el paño metiéndolo en el cubo con todos los enseres de limpieza haciendo después una rápida reverencia. —¿Puedo retirarme, milord?

—No. —Suspirando se acercó a ella lentamente y el corazón de Kate se volvió loco porque su cara indicaba una decisión que la estremeció. —No puedes retirarte. ¿Sabes? Me ha sorprendido encontrarte en el comedor esta noche. Normalmente no lo haces.

—Uno de los lacayos se ha quebrado una pierna y me ha tocado a mí. Lo he hecho antes.

—Tampoco es tu función limpiar el comedor. —Alargó la mano y cogió entre sus dedos un mechón que se le había escapado del recogido. —¿Te han castigado por retrasarte esta tarde, Kate?

Muy nerviosa le miró a los ojos. —¿Esta tarde?

—¿Te han castigado?

—No, por supuesto que no —susurró no queriendo dejar mal a su padre.

—¿El mayordomo se dio cuenta de que te he tocado? —Roja como un tomate negó con la cabeza muy nerviosa y él sonrió satisfecho. —¿Por el mantel?

Apartó la mirada. —Un error imperdonable, milord. Lo siento mucho.

—Mírame, Kate

Su voz enronquecida la estremeció y él cogió su barbilla girándosela suavemente. Kate cerró los ojos al sentir su contacto. —Mírame, preciosa —susurró de nuevo.

Abrió los ojos lentamente sintiendo que se moría porque su rostro estaba sobre ella y su aliento la volvió loca. —Esos labios han sido creados para besar. No he podido dejar de pensar en ellos en todo el día. —Besó suavemente su labio inferior y Kate tembló sin poder evitarlo. Justin se dio cuenta y acarició su cuello haciéndola gemir de placer. —¿Te han besado antes?

—No —susurró casi sin voz.

Él gruñó cogiéndola por la cintura para pegarla a su cuerpo ignorando como el cubo caía al suelo y Kate se sujetó en sus fuertes brazos mirándole sorprendida. —¿Milord? —Justin atrapó sus labios besándolos con ansias y Kate abrió los ojos como platos de la sorpresa antes de intentar protestar. Al abrir la boca él aprovechó para invadirla y sorprendida al sentir su lengua gimió apretando sus brazos, pero entonces las caricias, su olor y su fuerza la embriagaron. Sabía a brandy y lo que le hacía sentir… Era como rozar el cielo. Sintiéndose mareada ni se dio cuenta de que la sujetaba por la cintura sentándola sobre la mesa del salón antes de sujetar su nuca inclinándola para devorarla. Sus besos se volvieron apasionados e impacientes y se colocó entre sus piernas pegando su cadera a la suya. Totalmente ida, gimió en su boca cuando su mano bajó de su nuca hasta su pecho acunándolo sobre la tela de su vestido negro hasta acariciar su endurecido pezón con el pulgar. Kate gritó de placer apartando su boca y Justin besó su cuello levantando sus faldas y dejando sus piernas al descubierto. Mordisqueó el lóbulo de su oreja. —Tienes un sabor delicioso —susurró antes de chuparlo acariciándolo con la lengua. Kate no sabía ni lo que le ocurría y se apoyó en sus hombros gimiendo cuando sintió el roce de su duro sexo entre sus piernas. Justin atrapó sus labios invadiendo su cuerpo de un solo empellón. Ella gritó en su boca y él ahogó ese grito besándola apasionadamente. Olvidó su dolor al cabo de unos segundos y empezó a moverse en su interior de una manera que le cortó el aliento. Sentía como su cuerpo le necesitaba y se aferró a su cuello mientras Justin aceleraba sus acometidas. Tensó su interior gimiendo de felicidad cada vez que le recibía, hasta que la tensión se hizo arrolladora y un último empellón la hizo gritar contra su cuello mientras su cuerpo estallaba de felicidad por la liberación.

Con la respiración agitada y medio mareada disfrutando aún de sus brazos rodeándola, ni se dio cuenta de que Justin se enderezaba hasta que acarició su cuello elevando su cara antes de besar su labio inferior. —Ahora ya puedes retirarte.

Se quedó de piedra y abrió los ojos para ver cómo se apartaba cerrándose los pantalones. Avergonzada miró sus piernas desnudas y bajó sus faldas a toda prisa para verle ir hacia la puerta como si tal cosa antes de desaparecer. Sintiendo que el corazón retumbaba en su pecho, bajó de la mesa con las piernas temblorosas y se sujetó a ella porque temió que no le respondieran. Dios mío, ¿qué había hecho? Aterrorizada se llevó la mano al cuello. Acababa de destrozar su vida.

Sentada en su cama al día siguiente al amanecer, se pasó las manos por su rostro escuchando como otras doncellas se levantaban en las habitaciones contiguas. Ella era la única que tenía habitación propia. Aunque solo cabía la cama y un pequeño armario, era todo un lujo para una doncella. Y en ese momento agradecía esa intimidad porque había llorado toda la noche y no había tenido que dar explicaciones a las demás. Se apretó las manos angustiada. ¿Qué iba a hacer? Había perdido su virginidad y el matrimonio con Fred estaba descartado. Él se casaría con

una dama y ella serviría el resto de su vida. Tenía que haberle hecho caso a su padre y casarse con Fred hacía tiempo. Eso no hubiera pasado y se le hubieran olvidado esas locas fantasías que tenía desde hacía años cuando le había visto por primera vez. Sonrió con tristeza recordándolo.

Ella era apenas una niña de diez años y él había ido a visitar a su tío y a su primo. Era un joven tan apuesto y divertido que era imposible no fijarse en él. Siempre estaba montando a caballo o participando en actividades que alegraban a los demás. Recordaba que a veces le espiaba desde la ventana del cuarto de sus padres cuando disfrutaban en el jardín de alguna merienda y reía cuando hacía alguna broma a los demás. Solo visitó tres veces la casa en largas temporadas hasta que toda la verdad estalló y recibió con sorpresa su título de Vizconde. Desde entonces iba más a menudo y el corazón de Kate llevaba dos años llorando por él. No sabía lo que había pasado. Tenía claro que él era inalcanzable. Él era un lord y ella una criada. Era imposible tener un futuro juntos, aunque él quisiera, cosa que dudaba mucho después de decir esa frase cuando había terminado de hacerle el amor. “Puedes retirarte”. Fue como si un cuchillo traspasara su corazón porque con esa frase la puso en su sitio. Se pasó la mano por la frente intentando no llorar de nuevo. Era evidente que tenía que irse de Drummond. Él heredaría el castillo y no podría soportar ser su amante. Ver como se casaba con otra mujer y tenía hijos con ella. Había oído historias de otras doncellas que habían sido amantes de sus señores durante años, hasta que habían sido expulsadas de la casa por la esposa o por él mismo cuando se había aburrido de la presión de su amante. Y sabía que si Justin se empeñaba haría con ella lo que le diera la gana. La noche anterior había sido una prueba de ello. No había tenido voluntad para negarse en ningún momento y eso que esa misma tarde le había dejado las cosas muy claras. Perdería el resto de su vida si se quedaba allí y no podía consentirlo. Por mucho que le amara, no debía tirar su vida siendo la amante de su señor. Si su padre se enteraba… No quería ni pensarlo. Se moriría de la vergüenza degradado porque el señor hubiera disfrutado de su única hija.

Una risita al otro lado de la puerta la sobresaltó y al mirar hacia allí vio su vestido rosa preparado para la fiesta de ese día. Todo el pueblo acudiría al castillo. Se montarían unas mesas alrededor del castillo y se serviría comida para que todo el mundo pudiera disfrutar de la fiesta. Se mezclaban nobles del contorno con los más humildes labriegos. Era un día de felicidad, pero para Kate era el más triste de su vida.

Suspiró levantándose de la cama para ponerse el uniforme negro de doncella. Debía ayudar con las tareas de la casa hasta el mediodía. Esperaba que su padre no la obligara a ayudar en el desayuno de los señores porque necesitaba no ver a Justin. La vergüenza la recorría.

Al quitarse el camisón vio la mancha de sangre en él y con el corazón en la boca cogió los calzones que Justin le había roto la noche anterior. Los restos de sangre la hicieron palidecer y a toda prisa enrolló el calzón y el camisón para esconderlos bajo la cama. Ya los lavaría más tarde.

Se aseó lo más rápido que pudo y ya vestida se acercó al espejo para ponerse la impecable cofia blanca. Gimió al ver sus ojeras y sus ojos enrojecidos por el cansancio y las lágrimas. Se apretó las mejillas con fuerza para sonrojarlas un poco y tomó aire. —Puedes hacerlo, Kate. Puedes hacerlo.

Salió de la habitación y apurada recorrió el pasillo para llegar a la escalera descendiendo un piso. De ahí recorrió el pasillo sobre la alfombra que amortiguaba sus pasos para no molestar a sus señores y comprobó que todas las habitaciones estuvieran en silencio, lo que indicaba que

dormían. Y aún lo harían durante unas horas.

Cogió un jarrón del aparador que estaba al lado de la habitación del Conde para sustituir las flores y cambiar el agua. A toda prisa fue de nuevo a la escalera de servicio bajando hasta la cocina donde la actividad ya era evidente.

—Buenos días a todos —dijo forzando una sonrisa.

—Buenos días, Kate —dijo la señora Rubin. Se volvió con una sonrisa antes de perderla poco a poco—. ¿Estás enferma? —preguntó la enorme mujer volviéndose con el cuchillo en la mano.

Todos los que estaban en la mesa desayunando se giraron para mirarla y Kate se sonrojó. —No, estoy bien.

La mujer dejó el cuchillo preocupada y se acercó a ella de inmediato poniendo la mano sobre su frente. —No tienes calentura, pero parece que no has descansado bien. ¿Te duele algo?

—¿No irás a perderte la fiesta de esta tarde? —preguntó John levantándose.

—Estoy bien, de verdad. Es que he tenido un mal sueño que me ha alterado un poco.

La mujer entrecerró los ojos y Kate se dio cuenta de que no se había creído una palabra.

—Lo mejor para eso es contarlo —dijo Rose amasando mientras la miraba divertida con sus ojos color miel—. Por la cara que tienes tuvo que ser terrorífico.

—Lo fue.

John cogió el jarrón que pesaba bastante y Kate se lo agradeció con la mirada.

—Deberías descansar un poco —dijo la cocinera—. Trabajas demasiado. Siempre estás ayudando a alguien con sus tareas.

—Estoy bien.

—Hablaré con tu padre —la advirtió como diciéndole que a ella no se la daba.

Apretó los labios sentándose a la mesa en silencio y John la miró de reojo antes de dejar el jarrón en una de las mesas laterales para sentarse a su lado. Todos siguieron hablando en voz baja y el lacayo susurró —¿Seguro que estás bien? —Se sirvió unas gachas, aunque no tenía ningún apetito. —Tienes la voz algo ronca. ¿Has llorado?

—Ha sido un mal sueño. Eso es todo. —Sonrió cogiendo la cuchara. —No debéis preocuparos.

John sonrió asintiendo. —Hoy es la fiesta. Tienes que bailar mucho, así que come.

En ese momento su padre entró en la cocina y todos se levantaron en señal de respeto. —Sentaos. Buenos días.

—Buenos días, señor Datong —recitaron todos a la vez antes de sentarse de nuevo.

Él miró a su alrededor revisando quien faltaba y asintió antes de ir a la cabecera de la mesa. La cocinera se acercó de inmediato sirviéndole un desayuno como el de sus señores. Huevos revueltos y riñones. John se levantó para coger la jarra del té, sirviendo una de las tazas de loza que los señores ya no usaban. Su padre bebió de su té mirándola fijamente y Kate en silencio se metió las gachas en la boca. Nadie dijo palabra mientras desayunaban y a medida que iban terminando, pedían permiso para iniciar sus tareas y salían de la cocina para empezar la jornada. Cuando Kate terminó miró a su padre. —¿Puedo retirarme, señor Datong?

—Espérame en mis habitaciones.

Esa frase la asustó, pero en lugar de preguntar por qué, llevó su tazón a la pila antes de

salir de la cocina hacia las habitaciones del mayordomo. Entró en la antesala de su habitación donde había un escritorio muy antiguo que había pertenecido al bisabuelo del Conde, que era el que ahora su padre utilizaba para trabajar. Preocupada se acercó a la ventana. Desde donde espiaba a Justin años atrás.

La puerta se abrió sobresaltándola y su padre entró obviamente preocupado. —Hija…

Al escuchar su tono se emocionó sin poder evitarlo y su padre se acercó abriendo los brazos. Kate echó a correr para abrazarle y se echó a llorar. —Lo siento, hija. Te he hecho daño, ¿verdad? No debía haber sido tan duro contigo. —Acarició su espalda. —Sé que nunca me defraudarías de esa manera. Siento haberte insultado con mis tonterías de viejo mayordomo. —A Kate se le cortó el aliento. —Pero no me gusta que te aflijas así. No has dormido bien y se te nota agotada, cielo. —La apartó para acariciar sus mejillas con ternura. —Lo siento. ¿Me perdonas?

—Padre…

—¿Te hice mucho daño? —preguntó torturado—. Lo siento de verdad. No sé lo que se me pasó por la cabeza, pero me dio la sensación de que te sentías atraída por el Vizconde. —Rió sin ganas. —Qué tontería. Sabes cuál es tu sitio. No me avergonzarías de esa manera, ¿verdad?

—No, padre —susurró queriendo quitarle esa inquietud.

Esas palabras le hicieron sonreír. —Además está Fred.

Kate se apartó agachando la mirada y Datong frunció el ceño por la angustia de Kate que se apretó las manos con fuerza. —¿Hija?

—No voy a casarme con él. Sé que quieres que deje de servir, pero no le amo.

La observó durante unos segundos y asintió. —¿Entonces quieres seguir sirviendo? Me he enterado y la doncella de Lady Mara ya es muy mayor. Seguramente…

—Quiero irme, padre. Irme de Drummond.

A Datong se le cortó el aliento y sonrió sin poder creérselo. —Creía que no querías irte.

—Lady Johanna me ha dicho en el pasado que tengo mucho talento para atender a las damas. Que en Londres sería muy apreciada. Quiero ver mundo, padre —dijo sabiendo que le estaba rompiendo el corazón—. Tú me dijiste que si aquí no tenía trabajo debía irme.

—Sí, pero eso fue antes de saber que Lady Mara te necesitará.

—¿Y si Lord Justin se casa con otra?

Su padre no sabía qué decir a eso. —Este pueblo se me queda pequeño, padre.

—¿Y Edimburgo? —susurró dando un paso hacia ella.

Kate miró por la ventana sintiendo que desgarraba su corazón. —¿Por qué elegir Edimburgo cuando puedo aspirar a Londres, padre? —Datong apretó los puños sintiéndose impotente. —Siempre me has dicho que estaba preparada.

—Pero estarás sola en esa gran ciudad tan lejos de casa. Edimburgo está más cerca y podrás regresar.

Sabía que no iba a regresar nunca y la razón era Justin, pero no podía decírselo a su padre. Se volvió para mirarle a los ojos y sonrió. —Regresaré. Negociaré con mi señora unos días al año, padre. Me has enseñado bien.

—Temo no verte más. —Que reconociera eso la hizo llorar y se abrazaron con fuerza. Su padre acarició su espalda emocionado. —Pero debes volar, ¿no es cierto? Sabía que estabas

destinada a cosas mucho mejores. Solo dime que no te vas por lo que sucedió ayer.

—No, padre —dijo de inmediato—. Es que me he dado cuenta de que tienes razón y aquí no encontraré marido.

Datong sonrió. —Pero prométeme una cosa, cielo. —Ella se apartó para mirar sus ojos. —Si alguna vez sientes miedo o no eres feliz, vuelve a casa. Siempre tendrás un puesto aquí y este es tu hogar. No tengas vergüenza en regresar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Acarició su mejilla y la besó en la frente antes de enderezarse. —Arréglate. Tenemos mucho trabajo antes de la celebración anual.

—Sí, padre.

Datong fue hasta la puerta y la abrió poniéndole un nudo en la garganta, porque aunque aparentaba que todo estaba bien, sabía que le había dado un buen disgusto al querer irse tan lejos. Pero no podía soportar quedarse en Edimburgo. Justin tenía una intensa vida social y podían llegar a coincidir en el futuro. Pero en Londres no. Iría un par de veces como mucho en los próximos años y sería difícil coincidir en una ciudad tan grande. Puede que fuera para la temporada, pero ella ya estaría instalada lejos de los Fishburgne. Buscaría una buena casa lo más lejos posible de ellos y si era de una anciana mucho mejor, porque no organizaría demasiadas fiestas en su casa, lo que significaba pocos y contados invitados. Se mordió el labio inferior. Sí, eso era lo mejor. Una anciana que saliera poco de casa y que no recibiera visitas. Cuando se asegurara de que Justin ya no estaba en Londres buscaría otra cosa. Sí, se iría cuanto antes, para que lo que había ocurrido la noche anterior no se volviera a repetir.

Estaba arreglando las flores del hall cuando escuchó que se cerraba una puerta en el piso de arriba y tensándose miró hacia la escalera, suspirando del alivio cuando vio pasar hacia la escalera de servicio al valet de Justin con un traje de noche negro en los brazos. Seguro que iba a plancharlo para esa noche. Cogió las rosas marchitas que había descartado y limpió la mesa volviéndose y casi chillando del susto cuando le vio tras ella con una sonrisa en los labios. —Buenos días, preciosa.

Asustada miró a su alrededor y dio un paso a un lado para esquivarle, pero él le cortó el paso. —¿Qué ocurre? ¿Te ha mordido la lengua el gato?

—Lord Justin, por favor —rogó angustiada.

Él perdió la sonrisa de golpe y Kate aprovechó para rodearle casi corriendo hacia la cocina. Con las manos temblorosas tiró las rosas en el cubo y salió de la cocina apoyando la espalda en la pared para tomar aire intentando tranquilizarse. La había tomado por sorpresa, eso era todo. Solo tenía que aguantar dos días. El martes salía el coche correo hacia Londres y ya no le vería más. Dos días.

Apurada fue hasta el despacho para preparar el fuego para el Conde. Siempre leía el periódico allí tomándose otro té después del desayuno y esa mañana hacía algo de fresco. Agachada ante el hogar, cogió la pala para apartar las cenizas cuando vio que Justin entraba en el despacho cerrando la puerta. Se tensó con fuerza y él se cruzó de brazos levantando sus negras cejas. —¿Piensas huir de mí? Preciosa, es en vano. Lo sabes, ¿verdad?

¿Lo sabía? Se incorporó mirándole a los ojos y él sonrió. —No pasa nada. No debes estar asustada. —Se acercó a ella y le acarició la barbilla. —No se va a enterar nadie. Datong no te echará, te lo prometo. —Se le cortó el aliento porque era obvio que ni sabía que Datong era su padre. —Seremos discretos. —La besó suavemente en los labios y Kate cerró los ojos sin poder evitarlo, disfrutando de él. Justin sonrió apartándose. —Esta noche, preciosa. —Fue hasta la puerta y sonriendo de esa manera que la volvía loca preguntó —¿Bailarás conmigo? Estoy deseando tenerte en mis brazos, cielo. He soñado con lo de anoche, ¿y tú?

Salió de allí sin esperar respuesta como si diera por supuesto que sí había soñado con él. Su labio inferior tembló porque ni era consciente de cómo le había cambiado la vida. Y puede que tampoco le importara demasiado. Esa noche… Quería verla de nuevo. Tenía que hacerle ver que no ocurriría de nuevo. En el baile. Se lo diría en el baile.

—Estás preciosa, hija —dijo su padre acercándose a ella vestido de mayordomo, demostrando el rango que tenía en la casa. Ni ese día se relajaba por no llevar a equívocos, pues él no tenía un título que le respaldara.

Sonrió decidida a disfrutar de su última fiesta con él y le cogió por el brazo. Él dio dos palmaditas en su mano. —Igualita que tu madre. Le encantaba ese color, ¿lo recuerdas?

—Sí, padre. Era su color favorito.

—Tienes su mismo cabello. Me encanta vértelo suelto.

Sonrió radiante y en ese momento salieron al jardín que ya estaba lleno de parroquianos disfrutando de la música. —Padre, ¿bailamos?

—No niña, ve a divertirte con los demás. Debo hablar con el Conde.

Ella le dio un beso en la mejilla antes de correr hacia sus compañeros. John la cogió de las manos danzando en círculo antes de ir hacia donde todos estaban bailando. Datong sonrió antes de mirar hacia sus señores que sentados en una mesa hablaban animados. Pero perdió la sonrisa al darse cuenta de que Lord Justin bebía mirando fijamente a alguien. Miró hacia el baile buscando a Lady Mara cuando se dio cuenta de que miraba a su hija. Se tensó con fuerza observándole de nuevo y cuando sonrió como si fuera suya entrecerró los ojos. Al girar la cabeza de nuevo hacia Kate, vio su sonrojo y entonces supo la causa por la que su hija se iba de casa. La furia le recorrió. Datong entró en la casa y corrió hacia el piso de la servidumbre. Furioso abrió la puerta y abrió el armario. El día anterior el Vizconde había ido al pueblo cuando su hija y le habían dicho que le habían visto en la tienda de Fred. Qué podía comprar un Vizconde en una tienda tan humilde. Algo para su amante. Alguien que apreciara cualquier detalle. Una criada.

No encontró nada en su armario y levantó el colchón, pero allí tampoco había nada. Palpó el suelo bajo la cama tocando un libro y al sacarlo vio que era de la biblioteca del señor. Se le permitía leer lo que quisiera mientras no estropeara los volúmenes, y debía guardarlos allí para que no se los encontraran las otras criadas y tuvieran celos. Lo guardó de nuevo y tocó una tela. Pálido vio la sangre y el calzón roto. Se pasó la mano por el labio superior borrando el sudor que le recorrió y a toda prisa hizo una bola con las telas antes de meterlas donde estaban. Se apoyó en la cama para levantarse y pasó la mano por la colcha dejándolo todo exactamente como lo había encontrado, antes de salir y cerrar la puerta lentamente. Se estiró la chaqueta con fuerza antes de

arreglarse el cuello y se dirigió a la fiesta.

Kate negó con la cabeza cuando Rose le ofreció una tajada de cerdo en un pedazo de pan. Empezaba a anochecer y estaba aliviada porque Justin no se había acercado a ella. Aparte de mirarla un par de veces no había habido peligro. Y eso que había bailado con varias de sus compañeras, haciéndolas reír con sus bromas. Se alejó de los suyos para acercarse a Fred y sonrió con ternura porque era momento de despedirse.

—Estás tan hermosa que quitas el aliento —dijo él emocionado por su atención—. ¿Bailamos?

—Está bien. —Miró a su madre e inclinó la cabeza en señal de saludo. La mujer gruñó demostrando que no la soportaba.

Fred se echó a reír cogiendo su mano y tirando de ella hacia el baile. —Está algo celosa. Se le pasará.

En ese momento terminó la danza y miró su rostro. —Sí, seguro que se le pasa.

Su pretendiente sonrió. —Cásate conmigo, Kate. Te amo. Prometo cuidarte y ser un buen marido para ti. Sabes que lo seré, ¿verdad?

Emocionada asintió. —Sí, sé que lo serías. Pero tendrás que serlo para otra mujer.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿No me quieres? —La danza se inició de nuevo, pero ellos no se dieron cuenta mirándose a los ojos y Fred asintió. —Ya veo. No me amas y me estás diciendo que no me amarás nunca.

—Lo siento —susurró con lágrimas en los ojos—. Estoy segura de que harás muy feliz a otra mujer.

—¿Me permite?

La voz de Justin les sobresaltó y Fred agachó la mirada. —Sí, por supuesto. Toda suya.

—Lo es.

A Fred se le cortó el aliento viendo como cogía a Kate, elevándola como marcaba la danza antes de coger su mano y que Kate le rodeara. Pero ella no dejó de mirar a Fred asustada. Su pretendiente apartó los ojos con desprecio antes de alejarse hacia sus padres.

—Fred —susurró sin dejar de bailar.

—Preciosa, ¿un pretendiente? No parecía muy contento —le susurró al oído antes de cogerla por la cintura elevándola de nuevo.

Kate le miró a los ojos apoyando sus manos sobre sus hombros y cuando la bajó dijo rabiosa —No tienes derecho.

—Claro que lo tengo. ¿Acaso no eres mía?

—¡No!

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe y cogiendo su mano tiró de ella hacia su pecho siseando —Ayer demostraste que lo eras, preciosa.

Se sonrojó de vergüenza y de furia e intentó apartarse. Él la cogió por la cintura elevándola de nuevo. —Ni se te ocurra irte ahora. Eso llamaría la atención, ¿no crees? ¿Qué diría el Conde?

—¿A qué estás jugando?

—A nada. Solo quiero demostrarte que nadie me pone en mi sitio. Sé cuál es mi sitio. ¿Y tú, preciosa? ¿Quieres que te diga cuál es? —Pasó su mano por su espalda y se colocó a su costado sin soltar su mano mientras seguían al grupo al ritmo de la música. —Tu lugar está debajo de mí, cielo. Disfrutando y gritando por lo que te hago como ayer noche. Recuerdas cómo gritabas de placer —susurró a su oído de manera muy íntima—. A medianoche tras el establo.

La música acabó y sin color en el rostro se quedó observando cómo se alejaba.

—Qué hombre, ¿verdad? —Rose soltó una risita dándole un codazo. —A cualquiera se le caerían los calzones a su paso. —Kate la fulminó con la mirada y su amiga se sonrojó. —¿Me he pasado?

—¡Cuida tu lengua al hablar del futuro heredero!

—Lo siento, Kate. Era una broma —dijo impresionada por el enfado de su amiga y más cuando se alejó sin responderle—. De verdad, era una broma. ¡No se lo digas a tu padre!

Kate se volvió sorprendida y entonces se dio cuenta de que solo quería su amistad por ser la hija del mayordomo de la casa. La había sacado de líos mil veces excusándola para que su padre no la echara, pero solo había sido en ese momento cuando se dio cuenta de cómo la había utilizado. Apretó los puños antes de girarse sin responder como haría su padre. Fue hasta la mesa para beber algo cuando sintió a alguien tras ella. Se volvió de golpe para soltarle a Rose cuatro frescas cuando vio al Conde tras ella con una agradable sonrisa en los labios. A toda prisa dejó el vaso e hizo una reverencia. —Milord…

—Kate, déjate de formalidades. —Se echó a reír. —Es un día de fiesta. —Dobló el brazo y sin saber qué hacer miró hacia su padre que les observaba fijamente. Su padre asintió con la cabeza y ella cogió el brazo del Conde que se puso a andar lentamente. —Ha sido un día estupendo, ¿no crees?

—Sí, milord. —Sonrió radiante. —Un día encantador. —El Conde la miró a los ojos antes de asentir. —Lo hemos pasado estupendamente.

—Es una pena que no vayas a disfrutar de más fiestas como éstas. Eres una parte importante del castillo y se te echará de menos.

Se detuvo en seco sorprendida y el Conde sonrió. —Tu padre me lo ha contado. Así que quieres irte a Londres. —Kate gimió por dentro. —Por supuesto lo apruebo y te daré buenas recomendaciones. Además, escribiré a mi hijo y él te ayudará a encontrar un buen trabajo, eso si no te quedas en su casa, por supuesto.

¡No! ¡No podía permitirlo! —No es necesario, Conde. Puedo arreglármelas sola.

—Tonterías. —Le dio una palmadita en la mano. —Eres parte de la familia, debes estar bien cuidada. Siento que no te quedes con nosotros. Te he visto crecer y es como perder otro hijo. —Kate le miró emocionada. —Pero es ley de vida, ¿verdad? En unos días nosotros nos iremos a Londres y si quieres…

—Me voy pasado mañana. Ya tengo el billete para el coche correo. —Mintió sin poder evitarlo.

—Oh… —Sonrió como si fuera igual. —Entonces nos veremos allí. —La besó en la frente como si fuera su padre. —Suerte, niña. Te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias, Conde.

El hombre se alejó yendo hacia su mesa y emocionada se apretó las manos. Sus ojos

recayeron en Justin que fruncía el ceño. Cuando su tío se sentó a su lado le susurró algo y el Conde hizo un gesto sin darle importancia antes de responder, pero Justin insistió como si tal cosa. El Conde le respondió algo que le tensó con fuerza. Apretó las manos nerviosa al ver como reaccionaba pues la estaba fulminando con esos ojos grises que no olvidaría jamás. Kate sintiéndose acorralada porque nada había salido como ella quería, corrió hacia la casa subiendo las escaleras de dos en dos para encerrarse en su habitación.

Se llevó las manos a la cabeza intentando pensar cómo saldría de esa y la puerta se abrió de golpe sobresaltándola. Justin furioso entró en la habitación cerrando de un portazo.

—¡No puedes estar aquí! —gritó tuteándole sin darse cuenta.

—¿Te vas? ¿Te vas de Drummond? —Sonrió irónico. —Por favor dime que mi tío se ha equivocado de doncella.

—Tienes que irte —dijo aterrorizada—. Si alguien te ve…

—¡Me importa una mierda! —Se acercó en una zancada y la cogió por los brazos. —¿Te vas? —le gritó a la cara.

—Sí.

La miró como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. —¿Qué dices, Kate?

—¡No quiero ser tu puta! —Se revolvió apartándose y cayó sobre la cama. —¡No tienes derecho!

Justin apretó los labios. —¿No tengo derecho? —Se agachó cogiéndola de la nuca viendo su rostro lleno de lágrimas. —¡Eres mía! ¡No pienso dejar que te vayas!

—No puedes hacer nada —dijo sin aliento.

Él con la respiración agitada miró sus labios y ella iba a protestar cuando la besó como si quisiera marcarla. Intentó resistirse golpeándole en el hombro, pero él sujetó sus muñecas tumbándola en la cama con fuerza y colocándoselas sobre la cabeza sin dejar de besarla. Kate gimió en su boca cuando las sujetó con una sola mano para acariciar su pecho y sintió que todo su cuerpo ardía cuando apretó su endurecido pezón entre sus dedos. Dejó de revolverse poco a poco porque no podía resistirse a sus caricias y en algún momento dejó de pensar para sentir. Justin advirtió su falta de resistencia y apartó sus labios para mirarla a los ojos, bajando su mano hasta su falda. La subió de un tirón mirándola como si fuera suya. —¿Me vas a dejar, preciosa? —Acarició su sexo por encima de sus calzones y Kate gimió retorciéndose. Justin desató los calzones metiendo la mano por ellos para acariciar su sexo de arriba abajo estremeciéndola de placer. —Te voy a demostrar que por mucho que huyas siempre serás mía. —Metió un dedo en su interior y Kate gimió arqueando la espalda pues todo su cuerpo se tensó con fuerza. Él sonrió con malicia. —Lo supe ayer cuando me miraste en la tienda, ¿sabes? Me pertenecías. —Acarició su clítoris con el pulgar y Kate gritó de placer sin poder evitarlo apretando los puños sobre su cabeza. Justin gruñó antes de besarla de nuevo apasionadamente y ella quiso abrazarle, pero de repente se encontró boca abajo y sintió las caricias en su trasero. —Esto te va a encantar, preciosa. Cuando termine contigo ni se te ocurrirá apartarte de mí. —Entró en ella de un solo empellón y Kate gritó de placer sobre su manta que amortiguó el sonido. Tumbado sobre ella besó su mejilla antes de salir lentamente para entrar de nuevo con rudeza. Kate cerró los ojos aferrada a la colcha mientras el placer la traspasaba de tal manera que pensó que moriría. —Dios —susurró él tras ella antes de cogerla por el hombro y embestirla de nuevo. Y no se detuvo, sino

que aceleró sus acometidas hasta que Kate creyó que se volvería loca de placer. Justin la besó en el cuello y Kate elevó su cara sin darse cuenta para besar sus labios. Se besaron desesperados sin que dejara de moverse en su interior, estallando ambos en un orgasmo infinito que les estremeció.

Aún temblando sobre la cama, él se apartó volviéndola y besó sus labios suavemente susurrándole lo maravillosa que era. Cuando Kate abrió los ojos todo volvió a su mente y susurró mirando esos ojos grises que parecían de lo más satisfechos —No me quedaré.

Justin se tensó con fuerza. —¿Qué has dicho?

—No dejaré que juegues conmigo. No me quedaré. No quiero ser la puta del señor.

Apretó los labios y la cogió por sus rizos rubios para elevar su rostro hasta él y decir furioso —Creo que no lo has entendido, preciosa. Ya eres mi puta. —Kate palideció. Justin sonrió con maldad. —¿Acaso no te has abierto de piernas para mí? ¿No has disfrutado cada minuto que hemos compartido? Te morías por esto desde hacía años, Kate. Puede que me hiciera el tonto, pero no hay hombre que se resista a esos bonitos ojitos azules. Deseabas esto tanto como yo por mucho que ayer esa boquita dijera lo contrario cuando estabas sobre mi caballo. ¿Quieres irte? Estupendo, vete. Pero sabes muy bien que nunca tendrás lo que nosotros compartimos. ¿Crees que para mí es fácil? ¡Eres una criada! —le gritó a la cara.

—Exacto —dijo sin aliento—. Y nunca estaré a tu altura.

Justin se apartó levantándose de la cama y se arregló los pantalones antes de fulminarla con la mirada y sonreír con desprecio. —¿Vas a casarte con algún lacayo? Con suerte puedes encontrar un mayordomo.

—¡Al menos me casaré, que es algo que nunca haré contigo!

La miró como si estuviera loca. —¿Casarme yo? —Se echó a reír dejándola helada. —Ni aunque fuera un herrero me casaría contigo. —Rió con ganas yendo hacia la puerta. —¿Por qué iba casarme si puedo obtener lo que quiero sin un anillo en el dedo?

Salió de la habitación y Kate se encogió de dolor agarrándose a la colcha como si eso sirviera para aliviar su pena. Solo la había utilizado para divertirse y se había encaprichado con ella. Por eso no quería que se fuera. Para usarla a su conveniencia. Sus sentimientos no le importaban nada. Ella no era importante. Por Dios, si ni siquiera la conocía. Ni ella a él por lo que acababa de demostrarle. Esa faceta cruel y arrogante no se la había visto jamás y acababa de llevarse la sorpresa de su vida. Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas se dijo que debía irse de inmediato. Antes de que volviera a usarla de nuevo, porque le había dejado muy claro que la consideraba suya y le acababa de demostrar que podría meterse en su cama cuando quisiera.

Capítulo 3

Se quedó dormida profundamente y ni se dio cuenta de que amanecía. Alguien movió su brazo con fuerza y abrió los ojos asustada para ver allí a Rose que le hizo un gesto con la mano impaciente. —Date prisa. Tu padre te espera.

—¿Qué ocurre?

—Los de Londres están al llegar. Ha avisado un lacayo de que llegarán de inmediato. Todos están preparados para recibirles. ¡Todos menos tú!

—¿Lord James? —preguntó sin aliento saltando de la cama.

—Es toda una sorpresa. No se les esperaba. —La ayudante de cocina frunció el ceño al ver su vestido rosa todo arrugado. —Has dormido vestida.

—Me dormí.

—Claro, estabas agotada —dijo viendo cómo se desnudaba a toda prisa para ponerse su uniforme. Al ver una marca en su hombro carraspeó sonrojándose—. Bueno, yo bajo a preparar los desayunos. Vienen muchos y…

Sorprendida la miró sobre su hombro. —¿Muchos?

—Todos más bien. Incluso los padres de Lady Johanna. Como el señor Henry se lleva tan bien con el Conde después de que éste visitara Londres debido al nacimiento de las niñas, seguro que se quedan una temporada.

—Sí, seguro que sí —dijo abrochándose el vestido casi chillando de la alegría porque seguro que esa visita anulaba el viaje a Londres. Lady Mara no iba a estar muy contenta de la llegada de la familia, pero para ella era un auténtico alivio. Eso distraería a Justin y podría irse al día siguiente sin contratiempos—. Enseguida bajo.

Rose forzó una sonrisa y abrió la puerta, pero no llegó a salir cerrándola de nuevo.

—¿Ocurre algo? —Fue hasta el pequeño espejito y se quitó el lazo que ya no sostenía su cabello a ambos lados. Se empezó a cepillar y vio a través del reflejo que Rose se acercaba a ella como pensando en algo que la preocupaba. —¿Rose?

La chica levantó sus ojos color miel para mirarla a través del espejo. —Si te deja preñada hay una vieja en el pueblo…

Se le cortó el aliento volviéndose. —¿Qué dices?

La muchacha se sonrojó. —Solo te lo digo por si lo necesitas. A veces la desesperación hace que cometamos tonterías. Tienes una salida.

—Ya sabes que me voy, ¿verdad?

—Lo sabe toda la casa y…

—¡No estoy preñada!

—Oh… —Agachó la mirada. —Lo siento, creí que el señor…

Se moría de la vergüenza y enderezó la espalda disimulando. —¿Quién lo sabe?

—Ayer le vieron salir de tu habitación. Estaba furioso y creímos que por eso te ibas.

Cerró los ojos sentándose en la cama y Rose la miró con pena. —No te preocupes. Podemos arreglarlo. Y conozco una casa aquí cerca donde te puedes ir. Así no perderás a tu padre.

—No estoy en estado. Apenas acabamos de…

La miró entendiendo. —Entonces huyes de él.

—No puedo…—Se tapó la cara con las manos. —Dios mío, mi padre se va a morir de la vergüenza cuando se entere.

—Nadie le dirá nada por la cuenta que le trae. —Se sentó a su lado y acarició su espalda. —No te angusties. Aunque puedas verlo muy negro yo sé que encontrarás la salida. ¿Ves allí al fondo? ¿Ves la luz? Pues por allí tienes que tirar. —La miró como si estuviera loca y Rose se echó a reír. —Vamos, no es para tanto. Te has enamorado. Es normal que te dejes seducir. Es muy apuesto. Todo un hombre.

Derrotada miró al suelo. —No me ama. Ni me amará nunca. Jamás se casará con alguien como yo.

—¿Ves el futuro?

—Esto puede verlo cualquiera.

—¿Quieres que te diga lo que yo haría?

La miró a los ojos. —Dime.

—Me iría a Londres. Si te quiere, te seguirá. Eso te demostrará que no te ha olvidado.

El corazón de Kate tembló en su pecho. —¿Tú crees?

—Oh, sí. Y si te sigue, líate la manta a la cabeza y quédate con tu hombre. ¿Que no podéis casaros por las malas lenguas? ¿Qué más da? Tú serás feliz a su lado. Y si no te sigue en… seis meses. Vamos a darle seis meses. Si no te sigue en seis meses, búscate un buen hombre que te quiera. Que te adore. Puede que tú no le quieras nunca, pero al menos te sentirás querida y habrás vivido unos momentos increíbles con un hombre por el que muchas suspiran. Yo, por ejemplo.

Sonrió sin poder evitarlo porque Rose era una optimista. Una optimista y una soñadora. —Gracias por el consejo.

—De nada. Ahora me voy o la señora Rubin me va a tirar de las orejas. No tardes.

Al escuchar a alguien gritar en el exterior salió de su ensoñación y se cepilló el cabello con vitalidad para recogérselo en la nuca de manera mecánica con las horquillas. Cogió su cofia y salió corriendo. Se puso la cofia mirándose en el espejo del hall antes de salir y colocarse en su sitio en la escalera, donde todo el servicio esperaba pacientemente la llegada del hijo del Conde.

Miró de reojo a su padre al principio de la fila y se sonrojó porque la observaba con esa mirada de has hecho algo mal. Disimuladamente revisó su aspecto y enderezó el mandil blanco que estaba de lado. Su padre asintió antes de volverse porque llegaba el Conde enormemente contento.

—Qué buena noticia, Datong.

—La mejor, Conde. Una sorpresa inesperada.

El Conde se echó a reír. —Y yo que iba a ir a Londres.

—Eso que se ahorra con lo poco que le gusta viajar.

En ese momento alguien silbó y vieron subir por la colina tres carruajes y dos carros. —

Al parecer viene toda la familia —dijo contento como unas pascuas bajando los escalones—. Que no les falte de nada a mis invitados, Datong. Quiero que se sientan como en su propia casa.

—Así será, milord. ¿Aviso a su suegro? Estará impaciente por ver a su nieto después de tanto tiempo.

—Ya irá a verle James. Sabes que no le gusta salir de su aldea. Además, no puede ver a Johanna ni a ninguno de esos estirados ingleses como él los llama. No queremos que esté incómoda mi querida nuera.

—Como diga, milord.

Un carruaje se detuvo ante la escalinata y un lacayo abrió de inmediato. Lord James salió de un salto a pesar de su enorme complexión y subió los escalones para abrazar a su padre emocionando a todos. —Cuanto tiempo, padre. Siento no haber venido antes.

El Conde se apartó con lágrimas en los ojos. —Lo entiendo, hijo. Teníais temas familiares que solucionar. ¿Todo bien?

—No podía haber salido mejor.

Se volvió para ver como su esposa salía del carruaje mostrando un precioso abrigo en color borgoña y puso las manos en jarras mirando directamente al Conde con sus chispeantes ojos color ámbar. —Me voy a enfadar con usted, Conde. Mire que no venir a vernos en tanto tiempo. Me ha obligado a venir con toda la tropa. Invadiremos su casa.

El Conde se echó a reír abriendo los brazos encantado de verla. —Estás tan hermosa que quitas el aliento. Me doy por invadido.

Lady Johanna le besó en la mejilla y en ese momento dos nanis se pusieron tras ella con dos preciosas niñas rubias que observaban a su abuelo con grandes ojos verdes como los de su padre, llenos de curiosidad.

—Dios mío, qué hermosuras —dijo el abuelo acercándose—. Y qué grandes están.

—Es que ha pasado tiempo, padre. Casi año y medio desde que no las ves.

—Mucho tiempo. —Cogió una manita. —Soy tu abuelo. —La niña negó con la cabeza. —Sí, claro que sí. Soy el abuelo Albert.

Elizabeth negó de nuevo y señaló con la manita a Henry que se acercaba con su esposa Rose del brazo. —Abu.

Todos se echaron a reír. —Todavía son muy pequeñas. No lo entienden, padre —dijo James divertido.

Henry Sherman le dio un abrazo. —Menudo viaje, amigo.

—Me alegra muchísimo que estéis aquí. Señora Sherman...

—Oh, somos familia, Albert. Deja a un lado tanto formalismo —dijo la madre de Lady Johanna.

—Es un honor que estéis en mi casa. —Miró sorprendido tras ellos. —¿No ha venido el Marqués?

—Llegarán mañana. Un problema con una rueda del carruaje. Como íbamos con las niñas insistieron en que llegáramos cuanto antes.

—Por favor pasad. No os quedéis ahí.

La familia empezó a subir las escaleras y Kate agachó la mirada haciendo una reverencia cuando vio la capa borgoña ante ella. Asombrada levantó la vista para ver a la señora mirándola

fijamente. —Kate, deberás atenderme. Mi doncella está indispuesta. Cosas del embarazo.

En ese momento vieron como sacaban a una mujer de un carruaje y estaba verde. Lady Johanna hizo una mueca. —Pobrecita, Betsy. Debería haberla dejado en casa con su marido.

—No se preocupe, milady. Se la atenderá y se llamará a un médico de inmediato —dijo Datong rápidamente.

—Muchas gracias… ¿Datong?

Su padre enderezó los hombros orgulloso porque recordara su nombre. —Sí, milady.

Lady Johanna sonrió antes de mirar a Kate de nuevo que se puso nerviosa. —¿Algún problema?

—Por supuesto que no, milady. Es un honor atenderla.

Siguió a la dama, que entró en el castillo del brazo de su marido. —Cariño, sigue precioso. A ver si esta vez me da tiempo a recorrerlo porque siempre que estamos aquí ocurre algo.

James se echó a reír a carcajadas entrando con ella en el salón. Kate la siguió para coger su abrigo y su sombrero, que dejó a la vista sus preciosos rizos negros. —Que se encarguen de darles algo de comer a las niñas, Kate. Y que descansen.

—Enseguida, milady —dijo a toda prisa saliendo del salón casi chocándose con Justin que entraba en ese momento. La cogió de los brazos para impedir el golpe y avergonzada agachó la mirada—. Lo siento milord.

Él apretó los labios soltándola antes de mirar hacia el salón sonriendo encantado. —Pero bueno… ya nos habéis estropeado la sorpresa.

Kate se alejó escuchando —¡Madre mía, cómo es posible que cada día estés más apuesto! ¡Debes tener como locas a todas las damas de los contornos! —exclamó Lady Johanna con esa espontaneidad americana haciéndoles reír a todos.

Perdió la sonrisa subiendo las escaleras y llegó a la habitación que utilizaba el hijo del Conde, donde John estaba dejando uno de los baúles de la Condesa. Abrió el armario en silencio y John la miró preocupado. —¿Estás bien? A ver si te vas a poner enferma para el viaje.

—No podré viajar si lady Johanna me necesita —dijo colgando su capa—. No podría dejarla en la estacada.

—Entiendo. No te preocupes. Seguro que su doncella se repone. —La observó ir hasta el baúl para abrirlo y John vio que le costaba tirar del cierre. Se acercó para ayudarla. —¿Quieres que pida ayuda?

—No, así me distraigo hasta que suba a darse un baño. Seguro que ahora desayunan y después descansa un poco.

En ese momento llegaron otros dos baúles y parpadeó asombrada por toda la ropa de sus señores. El valet de Lord James entró en la habitación y gimió al ver el armario. —Será una broma.

—La habitación del Conde es la única que tiene puerta de comunicación con la de al lado. Y obviamente está ocupada. Los Condes usan la misma habitación, ¿verdad?

—Sí, son de estos matrimonios modernos. Pero el armario será un problema. Lord James necesitará la habitación de al lado para sus cosas y tener su espacio para asearse sin molestar a la Condesa.

—La usa Lord Justin, su primo —dijo preocupada—. Y la otra es la del Conde.

—Pues tendrán que usar otra habitación. El castillo es muy grande, por el amor de Dios.

—Es que esta es la habitación de Lord James. La que usa desde niño. —Se mordió el labio inferior. —¿Se lo pregunto a la Condesa?

El hombre que debía tener la edad de su padre y era de la antigua escuela lo pensó seriamente. —Iría yo si estuviéramos en Londres, pero creo que aquí te corresponde a ti. ¿Tu nombre es? —preguntó estirado.

—Kate, señor.

—Kelby. Señor Kelby.

—Mucho gusto. Enseguida lo averiguo, señor Kelby.

—Muy bien. Aquí mismo la espero.

Kate salió a toda prisa y gimió cuando llegó otro baúl a la habitación. ¿Pero cuánto pensaban quedarse? ¿Qué tonterías pensaba? Cuanto más se quedaran, mucho mejor.

Bajó las escaleras corriendo y se encontró con su padre que en ese momento salía del salón ordenando té a uno de los lacayos. —¿Qué ocurre, Kate?

—Tenemos un pequeño problema. Traen demasiado equipaje y no hay sitio en la habitación de Lord James —susurró—. El valet del señor, un estirado, quiere que se les traslade de habitación para que Lord James pueda usar la de al lado.

Su padre asintió. —Entiendo. Pero debería ser en el ala este porque con los Sherman y los Marqueses, las niñas y las nanis…

—Por eso venía a consultarlo, padre.

—Hablaré con Lady Johanna. Espera aquí.

Mientras su padre entraba, echó un vistazo al salón dejando caer la mandíbula al ver el vestido naranja chillón que llevaba la madre de la Condesa. La risa de Justin le hizo mirarle de pie al lado de la chimenea y al ver que se había reído por su reacción Kate sonrió sin poder evitarlo.

—¿Qué es tan gracioso, Justin? —preguntó Johanna divertida sentada en el sofá.

Kate se escondió tras la pared y le escuchó decir —Oh, uno de los lacayos que por poco se cae al entrar uno de los baúles. Su cara fue muy cómica.

—Se van a quedar deslomados de subir equipaje —dijo James divertido—. Nos hemos traído la casa a cuestas.

—¡Cariño! —Kate alargó el cuello para mirar de nuevo y vio cómo su padre se acercaba a la Condesa por detrás para susurrarle algo al oído. Johanna gruñó de manera impropia para una dama levantándose. —Disculpadme, pero el equipaje da problemas en nuestra habitación.

James se echó a reír. —Lo sabía.

—Sí, cariño. Tú siempre lo sabes todo y yo te demuestro que estás equivocado.

Albert se echó a reír loco de contento por tenerles allí. —Coge la habitación que quieras, nuera. Incluso la mía si con eso estás a gusto.

—Gracias, pero no será necesario. Vuelvo enseguida. Así me aseguro de cómo están mis niñas.

De la que pasó ante su marido, éste le dio un azote que la hizo chillar de la sorpresa. —James, decoro —dijo con picardía haciéndole reír de nuevo como a todos los demás.

La Condesa salió con su padre hasta donde estaba ella y Kate hizo una reverencia. —Oh, deja de hacer eso. ¿No te lo había advertido la última vez?

—No —respondió con los ojos como platos.

—Seguramente no me dio tiempo —dijo yendo hacia la escalera cogiendo el bajo de su falda para empezar a subir—. Te lo digo ahora. Nada de reverencias a mi paso.

—Entendido, milady.

—Bien, ¿cuál es el problema?

—La habitación del señor no es lo bastante grande para los dos.

—Muy bien. Veamos…

Su padre y ella siguieron a la Condesa. Kate le indicó la habitación y Johanna gimió al ver los baúles acaparando todo el suelo, mientras Kelby estaba en el centro con los brazos en jarras. —No es el fin del mundo, hombre. No ponga esa cara.

—Condesa…

—Datong tiene la solución. ¿A que sí? —Sonrió radiante al mayordomo.

—Ala este para su familia, milady. Niñas y nanis incluidas.

—Perfecto. ¿Ve cómo hay una solución? Kate enséñame las habitaciones, que tu padre tiene mucho que hacer con nuestra invasión.

—Por aquí, milady.

Datong sonrió viéndolas alejarse al otro ala de la casa mientras milady hablaba por los codos y su hija asentía. John llegó en ese momento agotado y le indicó —Cambio de planes. Ala este. —El lacayo dejó caer la mandíbula y Datong carraspeó. —Primero descansa un poco no vaya a darte algo.

—Gracias, señor Datong. —El lacayo miró al valet con rencor mientras el mayordomo se alejaba. —Podrías echar una mano, ¿no?

—¿Yo? —preguntó con horror.

—Señoritingo —dijo por lo bajo antes de agacharse de nuevo para coger un baúl.

Kate abrió la puerta y Johanna sonrió encantada. —Preciosa. Aquí estaremos muy bien. Gracias Kate.

—No es nada, milady.

La Condesa entró en la habitación y fue hasta la ventana. Sabía que observaba los bellos jardines de atrás. —Ya estuve aquí antes, ¿no es cierto?

—En su primera visita de recién casi casada.

Johanna se echó a reír. —Qué manera más fina de expresar el desastre del principio de mi matrimonio. —La miró a los ojos y sonrió. —¿Y a ti cómo te va, Kate? ¿Qué tal el mesonero?

—No es mesonero. Tiene una tienda en el pueblo.

—Oh, ¿ya te has casado?

Se sonrojó. —No, milady. De hecho...

—Le has dado puerta.

Hizo una mueca. —Ayer mismo, milady.

La miró asombrada. —¿Le has hecho esperar dos años?

—Y pico.

—Qué paciencia tiene ese hombre. —Caminó por la habitación y se sentó en la cama. —¿Y con Justin? ¿Cómo te va? —Se puso como un tomate y Lady Johanna levantó una de sus cejas negras. —Vaya, vaya con el primito.

Asustada dio un paso hacia ella. —Milady…

—Soy una tumba.

—No es lo que…

John entró en ese momento. —Con su permiso, milady.

—Éntrelo buen hombre. —Lady Johanna la miró a los ojos pensativa mientras John descargaba el baúl y Kate gimió por dentro por lo que estaría pensando. El lacayo iba a salir cuando la señora dijo muy seria —Cierre la puerta. Que no nos moleste nadie. Kate tiene que ayudarme con el vestido.

John asintió. —Por supuesto, milady.

Kate muy nerviosa se quedó muy quieta. Y eso que se había acostado con él por primera vez hacía dos noches. En una semana más lo sabría hasta la Reina de Inglaterra. Gimió por dentro escuchando el click de la puerta al cerrarse y agachó la mirada.

Johanna se acercó a ella y levantó su barbilla para que la mirara. —Te lo advertí.

—Lo sé, milady —susurró avergonzada.

—Oh, por Dios. ¡Eres una inconsciente! —Se volvió poniendo las manos en jarras. —Y él… Él es un…—Apretó los labios volviéndose para fulminarla con sus ojos ambarinos. —¿Cuándo ha ocurrido esto?

—Hace dos noches, milady —dijo a punto de llorar.

—¡Debería pegarle un tiro entre ceja y ceja por aprovecharse de ti!

Kate abrió sus ojos azules como platos porque era muy capaz de hacerlo. —No, milady. No le haga daño. Me iré y…

Johanna se tensó. —¿Irte? ¿Irte a dónde?

—A Londres, milady. Cuanto más lejos mejor. No sé qué tiene que pierdo el sentido con él a mi lado y…

—¡Será cabrito! —Entrecerró los ojos. —¿Estás huyendo de él? —Kate asintió. —¡Y perdiendo tu hogar de paso! Ah, no. Esto no se va a quedar así. ¡Él conoce su deber! Sabía que esto no llevaba a ningún sitio y aun así… —Juró por lo bajo. Un juramento que sonrojaría al más pintado. Por supuesto Kate se puso como un tomate y Johanna puso los ojos en blanco al ver su reacción. —Vamos a ver. ¿Lo habéis hablado? Cuéntame qué dijo para seducirte.

—Pues no dijo mucho, milady. —Lo pensó seriamente. —Más bien poco.

—¿No me digas?

Ya que había descubierto su secreto podría aconsejarla. Lady Johanna era una mujer de mundo. Era americana y se había casado con un hombre casi tan atractivo como su Justin. Ella la aconsejaría bien. Levantó la barbilla resuelta y Johanna sonrió. —Eso, no te reprimas. Cuéntamelo todo.

Apenas diez minutos después Johanna la miraba con los ojos como platos. —No te resististe mucho.

—Lo dice la que amarró a su hombre para casarse con él.

Johanna se echó a reír a carcajadas. —Tienes razón. Al menos el tuyo estaba de acuerdo en seducirte. Aunque el mío también al principio. —Soltó una risita. —Qué tiempos. Bueno, pero lo tuyo es distinto.

Kate perdió la sonrisa. —Lo sé. Yo no tengo un padre rico.

—La ironía no te queda bien, Kate.

Se sonrojó con fuerza. —Lo siento, milady.

—¿Pero sabes qué? Tienes razón. —Se le cortó el aliento. —Y mira que había prometido no meterme más en las relaciones ajenas porque la última vez no me fue muy bien. Al menos al principio.

—Ah, pues si no le fue bien… —Kate fue hasta la puerta dispuesta a irse.

—¡Quieta ahí, Kate!

Gimió girándose y Lady Johanna la miró de arriba abajo. —Antes de que se case con esa bruja, le caso contigo.

—¿Habla de Lady Mara, milady? No es mala mujer si se la conoce, pero…

—¿La quieres para tu hombre?

—¡Claro que no! ¡Pero él ha dicho que no se casaría conmigo! ¡Y no lo hará! Soy pobre. Una criada.

—No.

Entrecerró los ojos —Sí.

—No.

—¡Qué sí!

—¿Me llevas la contraria?

—No, milady. Por Dios, ¿cómo voy a hacer algo así cuando soy una criada?

—Que no. —La cogió por los hombros y le guiñó un ojo. —A partir de ahora… eres mi dama de compañía.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Yo?

—Oh, por Dios. ¡O te espabilas o te va a ir muy mal con Justin que es un hombre de mundo!

—Me espabilo, me espabilo. Pero las damas de compañía suelen ser hijas de nobles empobrecidos o de señores. No hijas de mayordomos, milady. ¡Y criadas además!

—Y dale… —Se apartó exasperada. —Qué pena que no esté Liss aquí. Ella nos daría la solución.

—Es que no hay solución. ¡Y no quiero que lo sepa nadie más!

—Pues igual deberías decirle a tu amante que no te deje marcas en los hombros, bonita.

Chilló yendo al espejo y gimió tirando del hombro de su uniforme para cubrírselo. Menuda vista tenía milady. Si solo se veía un poco del borde.

Al volverse vio que Lady Johanna caminaba de un lado a otro dándole vueltas al asunto murmurando por lo bajo —No, eso no me vale porque si luego se casa con Justin creerían lo que es en realidad. Un engaño. Tiene que ser algo que acepte la buena sociedad. Necesita un rango ya que no tiene dinero.

—Milady, ¿ha desayunado?

—Uff… y que haya sido criada no nos ayuda nada.

—Milady no le dé más vueltas. De todas maneras, no se casaría. Ha dicho que para que iba a casarse si puede conseguir de mí lo que quiere sin el matrimonio.

Johanna la miró como si se hubiera tragado un palo. —¿Qué has dicho?

—Que ni siendo carnicero se casaría conmigo. ¿O era herrero? Bueno, da igual. Quería decir eso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y Johanna la señaló con el dedo. —¡Ni se te ocurra llorar! —Kate sorbió por la nariz intentando contenerse. —¡Tienes que ser fuerte!

—Sí, milady.

Se pasó la mano por debajo de la nariz y Johanna sonrió. —Le quieres mucho, ¿verdad?

—Nunca me había sentido así. Es escuchar su voz…

—Y sentir que tu alma vuela.

Abrió sus ojos enrojecidos como platos. —Sí. ¿Le pasa a usted?

—Sí, todavía me pasa. Y estoy segura de que me pasará el resto de mi vida.

—Pues estupendo —dijo enfurruñada antes de cruzarse de brazos haciendo reír a la Condesa—. Me voy mañana.

—Ah, no. No te vas a ningún sitio. Y sin estar yo en Londres aún menos. Puedes caer en cualquier casa y hay mucho noble aprovechado.

—Pero…

—¡Qué no! Ahora dejemos pasar el equipaje y ya pensaré en esto. Tranquila, que conseguiré una solución.

—¿Y si no me quiere, milady?

—Como me llamo Johanna Sherman que beberá los vientos por ti.

La miró confundida. —¿No se apellida Fishburgne ahora que se ha casado?

La Condesa gruñó. —Seré Sherman hasta que me muera.

Capítulo 4

Sentados a la mesa en la cena, Johanna sonrió a Justin que estaba sentado ante ella. —Y dime primo, ¿qué tal la vida en Edimburgo? James me ha dicho que disfrutas mucho de tu soltería. ¿No va siendo hora de que se case, suegro?

—Eso digo yo, pero no me hace ningún caso —contestó Albert desde la cabecera.

—No me apures, prima. Parece que a todo el mundo le ha entrado prisa con el tema últimamente y estoy muy bien así.

Johanna gruñó echando una mirada furtiva a Kate, que dejó caer los hombros decepcionada con la jarra de vino en la mano.

Su marido rió por lo bajo. —Ten cuidado, Justin. Si Johanna se empeña en que te cases, es muy capaz de conseguirlo.

Johanna sonrió. —Como me conoces, querido.

Él cogió su mano sobre la mesa. —Más me vale.

Se echaron a reír y Justin con la copa de vino en la mano negó con la cabeza. —No creo que pudiera ni aunque se empeñara. No he encontrado una dama de mi gusto.

—¿De veras? —preguntó Johanna con ironía—. ¿Será que no te gustan las damas, primo? ¿Prefieres otro tipo de mujeres, digamos… más serviles?

Justin se atragantó y Henry le miró de reojo antes de pegarle cuatro palmadas en la espalda que tumbarían a un caballo.

—¿Estás mejor, primo?

Él tosió y la fulminó con la mirada. —¿Qué estás diciendo, Johanna?

—Oh, nada. —Se hizo la inocente. —Hay hijas de caballeros que también son más que aceptables y no son tan caprichosas como las damas de alcurnia. Mírame a mí.

—Tú eres una dama, cielo. De pies a cabeza.

Chasqueó la lengua. —Gracias mi amor, pero no tengo linaje.

—Cierto —dijo Henry muy serio—. Pero tienes una cuenta bancaria más que abultada para cerrar la boca a todas esas cotillas de Londres que no te consideran suficiente para ser futura Duquesa.

—Oh, el abuelo de James durará… —Se le cortó el aliento mirando de repente a Kate y toda la mesa miró hacia ella sonrojándola.

Carraspeó incómoda acercándose de inmediato. —¿Más vino, milady?

—Sí, gracias Kate. Tengo la garganta seca.

—De todas maneras ya está hecho y a mí me da igual lo que digan —dijo James molesto.

Johanna sonrió. —Siento haberte incomodado, mi amor.

Su marido sonrió antes de acercarse a su oído y susurrar —¿Qué te propones?

—Te lo cuento luego —respondió en voz baja antes de mirar a Justin—. Así que no has encontrado a alguien de tu agrado. Eso lo soluciono yo en la temporada en Londres.

Lord Justin pareció confundido. —¿Pero no os vais a quedar un tiempo?

—Claro que sí, pero hasta dentro de seis meses no empieza lo mejor. Organizaré una fiesta para presentarte a lo más granado de la sociedad y seguro que vienen muchas candidatas a Vizcondesas. —Miró de reojo a Kate que salió del comedor en ese momento. —Tengo entendido que Lady Mara piensa asistir a la temporada.

James se atragantó con el rosbif que tenía en la boca y Johanna le ignoró para sonreír maliciosa. —Nos lo vamos a pasar estupendamente. Va a ser una temporada de lo más interesante. Estoy segura.

—¿Con mi abuelo? ¿Estás loca?

—Vamos, el Duque no puede vivir muchos años más.

—¡Está hecho un toro! —James se pasó la mano por su cabello rubio despeinándolo. —No sé cómo se te ocurren estas cosas.

—Pues no las pienso mucho, te lo aseguro.

—¡Ahí lo tienes! Mejor piénsalas un poco más.

—Pero sería perfecto. Conseguiría un título y después de viuda… —James la miró con sus ojos verdes como si quisiera cargársela. —¿No?

—No.

Bufó sentándose en la cama y deshaciendo el nudo de su bata. —Está bien. Buscaré otro que tenga un pie en la tumba.

—¡Pues te va a costar porque ningún noble se casará con una criada para darle su apellido, sin amarla siquiera, para que cuando se vaya al otro mundo ella pueda casarse con Justin! ¡Mujer, me exasperas!

—¿Me estás retando, marido? —preguntó indignada.

—¡Si ni siquiera la ama!

—Bueno, tú no me amabas a mí. —Sonrió radiante. —Y gracias a mi empeño míranos ahora.

James no pudo evitar sonreír porque cuando a su esposa se le metía algo en la cabeza ya podía conseguirlo. Era una Sherman de pies a cabeza y su padre no había llegado a ser uno de los hombres más ricos de América porque sí.

—Preciosa…

—¿Si, mi amor? —preguntó metiéndose en la cama. Le sonrió con picardía—. Mi vida, ¿no te desnudas?

Se sentó a su lado y apartó un mechón negro de su hombro. —Preciosa, olvídalo.

—No puedo. Me da tanta pena... Está loquita por él.

—No es tu problema.

—Sí que lo es. Porque si se casa con esa bruja de Mara, no me verás el pelo por aquí. —James la miró asombrado. —¡No soportaría venir sabiendo que estuviste a punto de casarte con ella! Así que yo elegiré a la esposa de Justin. Está algo perdido.

—¡Jo, olvídalo!

—Ni hablar. Me cae bien. ¡La quiero de primastra o lo que sea!

—¿No vas a cambiar de opinión? —preguntó amenazante.

—No —Frunció su precioso ceño. —¿Por qué?

—¡Se lo diré a Justin!

Johanna jadeó ofendidísima. —Díselo y…

—¿Y qué?

Le señaló con el dedo. —¡Tú veras lo que haces, James! ¡Si te vas de la lengua, esa lengua va a tardar en tocar estos labios y todo lo demás! —Se acercó a su rostro y gritó —¡Estás advertido!

—¿Me estás amenazando, mujer?

—¡Sí!

James atrapó su boca tumbándola en la cama y Johanna gimió abrazando su cuello para devolver el beso en condiciones. Su marido se apartó con la respiración agitada. —¿Seguimos discutiendo mañana?

—Está bien, pero ganaré yo.

—Eso ya lo veremos —dijo con voz ronca antes de besarla de nuevo.

Mientras tanto Kate en su habitación no sabía qué hacer. Sentada en su cama con el camisón puesto se mordía el labio inferior sin quitarle ojo a la maleta que había preparado por si acaso, pero Betsy ni había cenado de lo mal que se sentía. Su padre le había dicho que no se preocupara, que podría irse en unos días, pero la mirada de Justin cuando salió del comedor le indicaba que él no iba a darse por vencido.

Al menos sabía que esa noche no iría en su busca porque la servidumbre dormía muy cerca y no se arriesgaría.

El sonido de la puerta al abrirse la sorprendió y más aún al verle entrar como si tuviera todo el derecho del mundo. Con la boca seca vio cómo se quitaba el pañuelo mirándola a los ojos y cuando se quitó la chaqueta iba a decir algo, pero él chistó suavemente. —Preciosa, ¿quieres discutir o quieres disfrutar? Porque vamos a terminar disfrutando, así que sería una pérdida de tiempo, te lo aseguro.

Se quitó la camisa por la cabeza y Kate tembló por dentro sin poder dejar de mirar su perfecto torso y el vello que cubría sus pectorales. Se sentó a su lado y acarició su nuca antes de besar sus labios suavemente. —Llevó toda la noche deseando tocarte —dijo con deseo haciendo que su corazón chillara de felicidad antes de que la besara con ansias cogiéndola por la cintura para sentarla a horcajadas sobre sus muslos. Justin apartó su boca y susurró —Quiero verte.

Cogió su camisón tirando de él hacia arriba, pero avergonzada agarró sus manos. —No.

Él acarició la suave piel de sus muslos hasta llegar a sus caderas para recorrer su espalda pegándola a su torso. —Nada de lo que hagamos está mal, preciosa —susurró acariciando su labio inferior antes de besar suavemente el superior—. Nada.

Con las manos temblorosas acarició su torso hasta llegar a sus hombros. —Eso es —dijo como si su tacto fuera lo mejor del mundo—, tócame.

Sorprendiéndole Kate le abrazó con fuerza y Justin se quedó de piedra al escucharla sollozar. Cerró los ojos pegándola a él. —No te resistas, preciosa. Dímelo. Reconoce que eres

mía. Estás sufriendo.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que tenemos. ¿No es suficiente?

—No.

—Dímelo, Kate. —La cogió por las mejillas apartándola para mirarla a los ojos. —Dímelo.

—No.

Justin sonrió divertido. —Te resistirás siempre, ¿verdad?

—Todo lo que pueda.

—Quizás algún día no quiera oírlo.

—Ya no quieres oírlo ahora. Solo me lo pides para salirte con la tuya.

La cogió por el cabello tirando de él hacia atrás. —Dímelo.

Cerró los ojos y Justin entrecerró los suyos antes de besar su cuello, prometiendo una noche llena de placer.

Johanna sentada en el jardín con una de sus hijas en brazos, vio pasar a Kate con una cesta de flores rodeando unos matorrales caminando hacia el castillo. Suspiró porque a pesar de estar casi en octubre hacía un día estupendo. Echó una vista rápida a Justin que estaba a unos metros de ella con su marido. James subía a Elizabeth sobre el pony en ese momento, pero ella no quitaba ojo a Justin, viendo como observaba a la doncella entrar en la casa mientras se la comía con los ojos.

—Hija… —Miró a su madre sentada a su lado bordando. —Al parecer tu primo tiene un problema muy serio entre manos.

Johanna sonrió. —Siempre has sido la lista de la familia.

Rose Sherman se echó a reír asintiendo. —Por eso cacé a tu padre, querida. —Dio otra puntada a su bordado. —¿Qué piensas hacer?

—James no quiere que haga nada.

—Como si tú le hicieras caso. Querida, somos americanos. Nosotros estamos por encima de los títulos y esas cosas.

—Pues bien que querías que me casara con un Lord.

—Bah, es que todas las madres quieren lo mejor para sus hijas. Pero si James no tuviera título estaría encantada igualmente con este matrimonio. —Hizo una mueca. —Pero la pobrecita Kate no tiene madre que la aconseje y no es por nada, pero Datong no me parece un hombre muy cariñoso que digamos.

—Ahí te equivocas, madre. La adora. —Johanna acarició los rizos rubios de su hija. —De hecho, haría lo que fuera por ella. —Su madre la miró sorprendida. —¿Qué? Tenía que enterarme si esa bruja avanzaba en sus intentos de casamiento con Justin.

—Así que vas a frustrar sus planes de nuevo.

—No, porque Justin no la quiere en absoluto. Está enamorado de nuestra Kate, aunque aún no lo sepa —susurró. Su madre levantó una ceja queriendo enterarse de todo—. Hace tiempo, después de que el Conde regresara de la visita a las niñas en Londres, escribí a Datong

con la excusa de saber si estaba bien de salud mi suegro, porque estaba segura de que el Conde no diría nada por carta. Poco a poco las conversaciones por carta se alargaron…

—Apareciendo Mara en la conversación.

—Entre otras cosas —dijo satisfecha—. Como el interés que veía de su hija por el heredero desde hacía un tiempo y su obvia preocupación. Creía que era un deslumbramiento pasajero, pero desde hace un año o así, ella le miraba como si le amara. Y eso no podía ser. Me pidió consejo…

—Y se lo diste.

—Dije que no hiciera nada aparte de advertirla de las consecuencias. Y lo hizo. Le habló como si nada de una doncella que había sido amante de su señor y de cómo había destrozado su vida.

—Pero tú sabías que eso no funcionaría.

—¿Con Justin? Habría que ser de piedra, madre.

—Solo retrasasteis lo inevitable.

Johanna asintió. —En su última carta ya estaba desesperado, el pobre. Temía por su hija como es lógico.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—No creía que al llegar aquí ya estuviera hecho —dijo preocupada—. Por eso me di tanta prisa para salir de Londres. Creía que aún sería pura y hablaría con ella. Pero llego y me encuentro con que ya la ha seducido y la pobre desesperada quiere huir. La enfermedad de Betsy me ha venido de perlas, te lo aseguro.

—No puedes tenerla más tiempo retenida en la cama. La pobre ya no sabe qué hacer para dar excusas y no levantarse.

Johanna soltó una risita. —Y no se levantará hasta que no encuentre la solución. Creía que la había encontrado, pero…

—Cuenta, cuenta…

—Verás, era muy sencillo. Casaba a Kate con un viejo con título que estuviera a punto de morirse y ya tendría título. —Sonrió encantada—¿Qué te parece?

—Un desastre de plan. Cariño, ¿estás perdiendo tu toque?

—Uy madre, es que tengo un miedo a meter la pata. ¡Puedo destrozarle la vida! —Su marido y su primo la miraron con el ceño fruncido y ella forzó una sonrisa gritando para disimular —¡Ten cuidado con la niña!

—Sí, cariño.

Johanna bufó. —Esto se está complicando mucho. Estoy segura de que acude a la cama del Vizconde todas las noches. Kate ya no quiere hablar del asunto desde hace una semana. La ha seducido por completo y ya está resignada a vivir así, abandonando la idea de huir, que por otro lado es un alivio.

—Ah, no. No podemos consentir que se resigne a ser únicamente su amante.

—¿Me ayudarás, madre?

—Por supuesto. Será una nuera maravillosa para el Conde.

—Es encantador, ¿verdad? —Vio llegar a su suegro a lo lejos con Lady Mara hablando animadamente. —Será posible. ¿Es que nunca voy a librarme de ella?

—Cariño, también son su familia. Son vecinos y se ven muy a menudo.

—Ayer vino a cenar y hace dos días a comer. Y ahora está aquí de nuevo.

Rose soltó una risita. —Tendrás que buscarle marido y bien lejos.

Johanna entrecerró los ojos antes de sonreír radiante. —Lo que decía, madre. Eres la más lista de la familia.

Kate corrió hasta el salón y se acercó a la ventana, escondiéndose tras la cortina de terciopelo verde para echar un vistazo. Juró por lo bajo al ver que Lady Mara se acercaba a Justin y éste le sonreía dándole la bienvenida. Escuchó a alguien hablar en el hall y vio pasar a los Marqueses de Wildburg. El padre natural del Lord James hablaba con su esposa sobre lo bonitos que eran los acantilados.

—Estoy deseando conocerlos —dijo Lady Susan antes de echar una risita picarona apretando su brazo—. ¿Me llevarás?

—Te llevaría al fin del mundo.

Kate puso los ojos en blanco. Ver tanto matrimonio bien avenido la ponía de los nervios.

Como no iban hacia el salón, se volvió hacia la ventana de nuevo y jadeó cuando vio como esa lagarta cogía del brazo a su hombre sonriéndole de una manera que le invitaba a muchas cosas. Cuando se dirigieron solos al establo entrecerró los ojos. Iba a mostrarle su purasangre negro porque en las ocasiones anteriores no había tenido oportunidad de enseñárselo porque Lady Johanna con sus ironías la había espantado y sus visitas anteriores habían sido muy breves. Lady Johanna miró hacia atrás apretando los labios y Kate sonrió. Tampoco le gustaba que se fueran juntos. Claro, quería que Justin se casara con ella. En sus ojos azules se reflejó la frustración que sentía porque nunca podrían casarse. Eso si él quisiera, que ni se le había pasado por la imaginación casarse con una doncella y quedar en evidencia ante todo el mundo. Suspiró volviéndose y gimió por dentro al ver a su padre en la puerta del salón observándola con pena. Entonces lo supo. Estaba al tanto de todo. No le salían las palabras porque sabía que le había defraudado muchísimo y no creía que hubiera algo peor que defraudar a un padre que siempre lo había dado todo por uno.

—Lo siento, padre —dijo con la voz congestionada dando un paso hacia él rogándole con la mirada.

—Sé que lo sientes. —Entró en el salón y cerró la puerta tomando aire antes de volverse y mirarla a los ojos. —Creía que te ibas.

Se sonrojó con fuerza y apretándose las manos miró hacia la ventana sin poder evitarlo. —Sí, pero Betsy está enferma y…

—Has cambiado de opinión —dijo como si estuviera derrotado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la tristeza en su rostro. —Lo siento, padre. Pero le amo.

—Pero él no te ama a ti, hija. Y no te amará nunca. No tiene lo que se necesita para luchar por tu amor.

—No digas eso, padre.

—¡Si te quisiera te hubiera respetado! ¡No hubiera mancillado tu buen nombre en esta

comunidad! ¿Crees que no sabe ya todo el mundo que eres su amante? ¡Los rumores corren por toda la aldea! ¡Y más después de despachar a Fred!

Agachó la mirada avergonzada. —A nosotros no nos importan los rumores.

Su padre se acercó furioso cogiéndola de los brazos. —¡No le importa porque su reputación no ha sido dañada, Kate! ¡Despierta de una vez! ¡Él es solo otro noble que lleva a su cama a una sirvienta! ¡Ni casado sentiría su reputación embarrada! Pero tú estás perdida para todos. ¿Has bajado a la aldea?

—No —susurró temblando por dentro.

—Hazlo. Y observa cómo te miran ahora. Para ellos no eres más que una zorra.

—Padre no digas eso.

—Escucha lo que dicen de ti. ¡Hasta tus compañeros que te conocen desde niña bromean sobre cómo sería estar entre tus piernas! —le gritó a la cara—. ¡Has perdido el respeto de todos! Y si el Conde se enterara…

Angustiada soltó sus brazos. —¡Yo le amo!

—¡Un amor que destrozará tu vida! ¿Qué pasará cuando le des un hijo? —Se le cortó el aliento. —¿Qué pasará, hija? Un bastardo del heredero. ¿Qué crees que haría su esposa cuando lo supiera?

—Me echaría.

—¡Exacto! ¡Te echaría a patadas y no serías contratada por nadie de los alrededores porque todo el mundo sabría quién es el padre de tu hijo! ¿Qué harás entonces? ¿Irte a Londres? ¿Quién contratará a una sirvienta con un hijo? ¿O piensas abandonarlo? —La cogió por el brazo llevándola hacia la ventana. —¡Míralos! ¡Pueden ser muy agradables cuando les convienen, pero no son como tú! ¡Pertenecen a otro mundo que tú solo mirarás a través de esta ventana!

Se cubrió el rostro con las manos. —Padre, por favor…

—¿Por favor? —preguntó sorprendido—. ¿Crees que esto es cosa mía? Nuestra vida es así. Y tú has aspirado muy alto, niña. —Sorprendiéndola la abrazó con fuerza y besó su coronilla mientras ella lloraba sobre su torso. —Solo siento lo que vas a sufrir, mi vida. Porque vas a sufrir lo indecible. Está en tus manos sufrir ahora y olvidarle o sufrir más tarde y tener un hijo que no te deje olvidarle jamás.

—Lo siento, lo siento —dijo desesperada por su perdón.

Datong apretó los labios abrazándola con fuerza. —No te disculpes. No es culpa tuya. —Su mirada fue hacia la ventana viendo a sus señores divertirse mientras tomaban un té que les estaba sirviendo el lacayo y miró con odio a Lord Justin que en ese momento llegaba riendo con Lady Mara. —No es culpa tuya, mi preciosa niña.

Lady Johanna miró a través del espejo la cara de funeral que tenía Kate mientras le cepillaba el cabello. Tenía una tristeza en los ojos que era sobrecogedora.

—¿Se ha muerto alguien?

Sorprendida miró al espejo. —¿Se ha muerto alguien, milady? ¿Quién?

Johanna reprimió una risita. —Te lo estaba preguntando a ti.

—No que yo sepa. Pero hace tiempo que no voy a la aldea, milady.

—Kate, ¿te pasa algo?

—¿A mí? No.

Siguió cepillando distraída y Johanna se volvió en el banquito cogiendo su cepillo de plata de sus manos. —¿Qué ocurre? ¿Es Justin? Todavía no he encontrado una solución, pero…

—Porque no la hay, milady —dijo muy tensa—. ¿Puedo retirarme?

—No. —Dejó el cepillo sobre el tocador y se cruzó de brazos mirándola fijamente. —Dime qué se te pasa por la cabeza.

Se sonrojó con fuerza. —Me preguntaba…

—Continúa.

—¿Puede darme una carta de recomendación, milady?

Johanna se tensó. —Quieres irte.

Se apretó las manos. —He avergonzado a mi padre. En la aldea ya lo saben. Le he mentido, milady. He ido esta tarde y me miraban como si fuera una zorra. Unos jóvenes me gritaron si les acompañaba al pajar —dijo con lágrimas en los ojos mientras Johanna jadeaba llevándose una mano al pecho—. Y aquí todo ha cambiado. Mis amigos se ríen de mí y cuchichean a mis espaldas. Y sé que irá a más. Tengo que irme para no ridiculizar más a mi padre.

—Dios mío, Kate… Lo siento muchísimo.

—No es culpa suya, milady.

La cogió por las manos y la sentó a su lado en el banco del tocador. —¿Y qué vas a hacer? Londres es una ciudad enorme para una muchachita de campo como tú.

—Encontraré trabajo.

—En mi casa…

—No, milady. Si le viera otra vez… —Le suplicó con la mirada. —Nunca saldría de mis pensamientos. Debo irme cuanto más lejos mejor y…

Johanna entrecerró los ojos. —¿Cuanto más lejos mejor?

Asintió cogiendo el pañuelo que ahora llevaba en la manga y pasándoselo por la nariz. —No verle más. Es lo que necesito.

Johanna se levantó de un salto. —Quédate aquí, ¿de acuerdo? Vuelvo en un minuto.

Asombrada por su reacción la vio salir en bata de la habitación dejando la puerta abierta. Sorbió por la nariz y se acercó a la puerta para sacar la cabeza, entrecerrando los ojos cuando la vio llamar a la habitación de los Sherman al final del pasillo del otro ala. ¿Qué se propondría?

Alguien carraspeó a su lado y se sonrojó al ver a Lord James en batín apoyado en la pared. —Kate, ¿crees que mi esposa tardará mucho?

—No lo sé, milord. Bueno, yo me retiro.

—¿Te ha dado permiso mi mujer? —preguntó divertido.

—Pues ya que lo dice, milord... No, no me lo ha dado. De hecho me ha dicho que espere.

—Pues a esperar.

Entró en la habitación como si nada y ella se sonrojó al darse cuenta de que debajo del batín no llevaba nada. El antiguo heredero se sentó en la cama. —¿Cómo te va con Justin? ¿Prospera la relación?

—¿Es que lo sabe todo el mundo? —preguntó exasperada.

El Conde se echó a reír. —Mi esposa no tiene secretos para mí. —Gruñó sacando la cabeza al pasillo impaciente. —Estará convenciendo a su padre de algo, seguro. Tranquila que lo conseguirá. Tiene una labia cuando le conviene…

—No si a mí… —Se encogió de hombros como si le diera igual y dio un paso hacia él. —¿Podría escribirme una carta de recomendación, Conde? Sé que es mucho pedir, pero me voy mañana y me vendría muy bien.

—¿Perdón? —James se tensó enderezando la espalda y mirándola fijamente con sus ojos verdes. —¿Cómo que te vas?

—Déjelo, milord —susurró avergonzada.

—¿Cómo te vas a ir de Drummond? Es tu hogar, Kate.

Agachó la mirada. —No, ya no es mi hogar.

En ese momento entró Johanna sonriendo de oreja a oreja. —Hecho.

—¿Y qué has hecho, querida?

—Padre ya está escribiendo la carta.

—¿De recomendación? —Kate sonrió de oreja a oreja. —Gracias, cuantas más mejor.

—¿Qué hablas de cartas de recomendación? Te vas a América. —Kate dejó caer la mandíbula del asombro mientras James reía por lo bajo. —Padre te conseguirá un camarote en el barco que sale dentro de una semana. Irás a América como toda una señorita. En mi casa de Londres recogerás parte del vestuario que usé antes del embarazo. Mucho lo he regalado a las doncellas y a mi prima, pero quedan varios vestidos. Y te irás a América para empezar de nuevo.

—Pero milady, no puedo pagarlo —susurró muerta de la vergüenza.

—Johanna, es un cambio muy brusco —dijo su marido preocupado.

—Tonterías, es la primera parte del plan.

Su marido gimió pasándose las manos por la cara dándose por vencido y Johanna le fulminó con la mirada. —Saldrá bien.

—Más te vale.

Ignorando a su marido cogió a Kate por los hombros. —Es muy sencillo. En América conozco a una mujer que necesita una dama de compañía. Vivirás con ella. Le encanta que le lean y te pagará bien. Me habías dicho que leías mucho, ¿verdad?

Asintió asombrada. —¿Una señora?

—Es la viuda del mejor amigo de mi padre. Tiene algo de carácter, pero un corazón de oro. Se conocieron cuando mi padre ya era un hombre de dinero, pero fueron amigos más de veinte años. Nos tiene mucho aprecio y antes de venir a Inglaterra frecuentaba mi casa a diario. Quiere mucho a mi madre. Yo la llamaba tía Chastity, no te digo más.

—Apuesto a que mi suegra está escribiendo una carta en este momento para convencerla, ¿no, querida?

Miró a su marido como si quisiera matarle. —Cariño, ¿por qué no duermes en tu habitación esta noche? Puede que esto vaya para largo.

—Más quisieras.

Johanna reprimió la risa.

—¿Me acogerá? —preguntó esperanzada.

Milady perdió la sonrisa de golpe y la cogió de las manos. —No te acogerá. Vivirás con

ella, que es muy distinto. Tú trabajarás como su dama y vivirás de una manera muy distinta.

—Pero no soy una dama.

—En América no es como aquí. No necesitas tener un rango para ser dama de compañía. Solo educación y tú la tienes de sobra.

Los ojos de Kate brillaron de esperanza. —¿Usted cree?

Johanna sonrió. —Estoy segura. Ahora vete a hacer la maleta que te vas de inmediato.

—¿Ya?

—Uno de nuestros coches te llevará a Londres, a nuestra casa. Y serás mi invitada hasta que te vayas. No debes preocuparte por nada.

Se emocionó sin poder evitarlo. —No sé cómo agradecerle todo esto.

—No tienes nada que agradecer. —Apretó sus manos. —Espero que seas muy feliz. Ve a decírselo a tu padre.

—Sí, sí —dijo impaciente—. Seguro que se alegrará mucho.

—Y Kate…

Se detuvo en la puerta mirándola. —No te detengas en la habitación del Vizconde para despedirte. Mejor cortar por lo sano.

Kate perdió la sonrisa y asintió antes de salir cerrando la puerta. Johanna se volvió satisfecha y James sonrió extendiendo la mano para que se acercara. —Está tan contenta que ni ha pensado en lo que has dicho de la primera parte del plan. ¿Cuál es la segunda parte, preciosa?

Johanna acarició sus hombros bajo su batín. —Oh, poca cosilla. Tía Chastity tiene previsto mudarse a Londres en unos meses. Nos echa de menos.

—¿No me digas? —James se echó a reír. —Y llegará a casa como la dama de compañía de una rica americana.

Los ojos de Johanna brillaron. —Y tendrá acceso a las mejores fiestas y a la buena sociedad.

—Gracias a ti y a tus influyentes amigas.

—Exacto. A ver cómo reacciona el Vizconde cuando vea a unos cuantos viudos que la pretendan. Sabes que los viudos que tienen descendencia, suelen buscar ese tipo de damas fuera de las debutantes que buscan marido durante la temporada. Mujeres más serenas, con experiencia…

—Esa cabecita tuya nos va a terminar metiendo en un lío bien gordo. —La cogió por la cintura tumbándola sobre la cama mientras su esposa se reía. —Eres maquiavélica.

—¿Crees que le disgustará que se vaya?

—Eso lo comprobaremos mañana en el desayuno, ¿no crees?

La besó suavemente en los labios haciéndola suspirar mientras abrazaba su cuello. —Mi gigante escocés, no me entretengas que tengo mucho que hacer.

Su marido la miró con deseo acariciando su muslo sobre el camisón. —Solo unos minutos. Ya seguirás maquinando más tarde.

Sentados a la mesa se miraban los unos a los otros. Excepto el Conde que comiendo sus riñones no se enteraba de nada. Johanna miró a Datong que sonrió ligeramente agradeciendo lo

que había hecho por él, pero cuando se tensó Johanna miró hacia la puerta susurrando —Ahí viene.

Los fuertes pasos sobre el mármol les indicaron que estaba algo impaciente por llegar y Justin hizo acto de presencia en el comedor del desayuno, deteniéndose en la puerta y mirando a su alrededor con cara de querer soltar cuatro gritos.

—No está de buen talante —dijo Susan por lo bajo. Rose asintió reteniendo la risa y Johanna advirtió a su madre con la mirada.

—Buenos días, primo —dijo James pasándoselo en grande—. No tienes buena cara. ¿No has dormido bien?

—Pues no mucho, la verdad —dijo sentándose en su sitio, estirando el cuello cuando un lacayo abrió la puerta que daba a la cocina. Gruñó mirando su plato vacío—. Té.

—¿No prefieres un café? —preguntó Johanna divertida—. Eso te despejaría.

—No me gusta ese mejunje.

Datong sonrió malicioso viendo cómo se servía unos huevos y algo de pan.

—Al parecer has perdido hasta el apetito —dijo el Conde sorprendido—. Siempre comes mucho más. Hijo, ¿no estarás enfermo? —preguntó escandalizado.

—Tranquilo tío, que te queda heredero para largo.

—¡Eso espero!

—Yo le veo bien —dijo Henry mirándole fijamente—. Igual algo inquieto. Sí, será mejor que no tome el café. Parece a punto de saltar de la silla.

Justin sonrió sin ninguna gana. —Estoy perfectamente.

—Pues muy bien —dijo Johanna con una suave sonrisa en los labios antes de volverse al Conde—. No hace falta buscar a nadie, suegro. Betsy ya está recuperada del todo.

Su primo se tensó con fuerza mirando a su tío fijamente que respondió —Eso es estupendo. Así la marcha de Kate no te afectará.

Justin dejó caer el tenedor que tenía en la mano. —¿Qué Kate?

Johanna le miró sorprendida por su agresividad. —Mi doncella. ¿La conoces?

—De verla por la casa. —Varios pusieron los ojos en blanco pero él ni se dio cuenta. —¿Y a dónde se ha ido? Por aquí cerca, imagino —dijo muy tenso con ganas de pegar cuatro gritos.

—Oh, pues no lo sabemos muy bien. —Johanna miró al Conde. —¿Se lo ha dicho a usted, suegro?

—No. Cuando me he levantado ya estaba hecho. Datong, ¿a dónde se ha ido tu hija?

—A Edimburgo, milord. A casa de una buena mujer que la acogido. Estará muy a gusto allí.

Justin no pudo disimular la sorpresa. —¿Es tu hija?

Datong le miró fríamente a los ojos. —Sí, milord. Mi única hija y haría lo que fuera por ella.

—Como es lógico —dijo el Conde satisfecho—. Me alegro mucho de que esté contenta con su nuevo destino. Una pena, porque es una muchacha encantadora, pero así es la vida.

—Sí, así es la vida, Albert —dijo Henry mirando fijamente a Justin que parecía a punto de explotar—. La he tratado un poco y espero que sea muy feliz. Aunque echará de menos a su

padre, como es lógico.

Todos miraron a Datong que sonrió con pesar. —Yo mientras sea feliz… Solo deseo que encuentre un buen hombre que la proteja y la quiera. Hay mucho aprovechado suelto.

Las cabezas se giraron hacia Justin que les miró sorprendido. —¿Qué?

—Justin, ¿quieres que salgamos a cabalgar un rato? —preguntó James advirtiéndoles con la mirada—. Igual te despeja.

—No, gracias. —Apartó el plato sin tocar y salió del comedor como si fuera a la guerra.

Johanna levantó una de sus cejas negras y todos reprimieron la risa. Todos menos el Conde que no entendía nada. —Qué raro está mi sobrino. Hijo, a ver si le animas porque hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

—Y lo que le queda —dijo Rose por lo bajo.

Capítulo 5

Seis meses después

—¡Qué emoción! ¡La madre patria! —exclamó Chastity llevándose la mano enguantada de negro al pecho, al posar el pie en el puerto de Londres. De repente le dio un bolsazo a un pilluelo que intentó robarle una pulsera—. ¡Será posible, ladronzuelo! ¡Aparta antes de que me enfade!

Kate se echó a reír a carcajadas y la cogió por el brazo. —No se te acercará ninguno más. Ya te dije que no te pusieras tantas joyas.

—¡Las tengo para lucirlas, niña! No me regañes.

Miró con cariño a la mujer a la que acompañaba. Sus rizos canos estaban recogidos como a ella le gustaban en lo alto de la cabeza y lucía un sombrerito negro como el resto de su vestimenta con un enorme pájaro amarillo que llamaría la atención a cien millas. Esperaba que nadie le pegara un tiro pensando que era de verdad. —Vamos hasta el coche del Conde. Ya nos está esperando.

—El equipaje…

—Los lacayos ya lo están subiendo.

—Tú sí que eres una joya. Sin ti jamás hubiera hecho este viaje. Llevó años queriendo venir para estar con mi querida Rose y nunca me decidía. Estoy segura de que Johanna te envió para animarme. —Le dio palmaditas en la mano. —Me has salvado la vida, niña.

—Lo mismo digo, señora Wickman —dijo emocionada.

—Chastity. ¿Crees que la casa que nos ha buscado Johanna está cerca de la suya? Estoy deseando ver a las niñas.

—Son preciosas. Y estarán más preciosas aún. Y sobre la casa todavía la estarán arreglando. Según la Condesa necesitaba algunas obras. —La ayudó a subir al carruaje y Kate se sentó ante ella colocando la falda de su vestido color lavanda regalo de su señora.

—Estoy deseando vivir la temporada —dijo como una niña mientras sus ojos negros brillaban de emoción—. Rose me ha contado mil cosas. Me parece que ya les conozco a todos.

—Seguro que disfrutarás mucho de lo que queda de ella. Todavía estamos en abril.

—Disfrutaremos mucho, niña.

—Chastity, ya te he dicho que estarás muy bien acompañada por los tuyos.

—Y yo te he dicho que no quiero ser una carga para nadie. Si yo me quiero ir de una fiesta no tengo por qué depender de nadie porque para eso te tengo a ti. Además quiero que disfrutes un poco de la vida, que bailes y coquetees como cualquier chica de tu edad. No tienes por qué estar siempre al lado de una vieja como yo.

—Tú no eres vieja en absoluto. —Le guiñó un ojo. —Eres una jovencita de espíritu.

Chastity se adelantó para cogerle la mano. —Sobre todo desde que estás a mi lado, niña.

Chasqueó la lengua de manera poco impropia y al darse cuenta de lo que había hecho se miraron con los ojos como platos antes de echarse a reír a carcajadas. Hasta este punto habían conectado. Se leían el pensamiento la una a la otra solo con una mirada. Y había sido así desde el principio.

Cuando Kate llegó hacía meses ante la puerta de la señora Wickman, estaba tan nerviosa que hasta le sudaban las manos. Tiró de la campanilla intentando arreglar su capa que estaba algo arrugada después del viaje en barco, pero no tenía con que plancharla. Miró sobre su hombro para asegurarse de que el cochero aún seguía ahí y que no se había escapado con el equipaje cuando se abrió la puerta casi tropezándose con un hombre de traje marrón que llevaba un maletín de médico en la mano y por la cara que llevaba no estaba muy contento. —Disculpe, señorita.

—No pasa nada —susurró viendo cómo se alejaba.

—¿Quería algo?

Miró hacia una mujer de unos cuarenta años que con un pañuelo se limpiaba las lágrimas. Tuvo un mal presentimiento. —¿Vive aquí la señora Wickman?

—De momento. Pase, pase.

Kate entró en la casa algo intimidada y se quedó con la boca abierta por la decoración plagada de cosas doradas por todas partes. Mirando un cuadro enorme que reflejaba a una mujer muy seria de ojos negros sentada con un hombre tras ella que tenía el ceño fruncido, se le pusieron los vellos de punta. ¿Dónde la había enviado Lady Johanna?

—¿Y usted es?

—Oh, soy Kate Datong y me envía Lady Johanna Fishburgne, Condesa de Fishburgne. No sé si la conoce.

La mujer chilló de la alegría. —¿La envía la niña? Venga, venga, la señora estará encantada de saber de ella. Al menos espero que la anime.

—¿No se encuentra bien? ¿Ese era el médico?

—Está en las últimas, la pobrecita. Se está consumiendo poco a poco y…

¡No! ¡No podía ser! Había ido hasta allí y no podía tener tan mala suerte. Entonces se dio cuenta de lo que estaba pensando y se sonrojó. Había que ser egoísta cuando la pobre mujer tenía un pie en la tumba. Pero le daba una rabia…

La mujer abrió una puerta lentamente como si no quisiera sobresaltar a la señora que estaba postrada en una cama en penumbra. Sí que estaba al borde de la muerte, sí.

—Señora, tiene visita.

—¿Quién es? —preguntó con una voz demasiado ruda para alguien que estaba a punto de irse al otro mundo.

—Es Kate Datong, la envía lady Johanna.

La mujer se sentó de golpe sobresaltándolas y sonrió. —¿Mi Jo? Oh, mi niña no me ha olvidado.

Kate reprimió la risa porque a esa mujer le quedaban muchos años por delante. —No, no la ha olvidado. —Tenía la impresión de que esa mujer era difícil de olvidar.

—¡Pasa no te quedes ahí! —Le hizo un gesto con la mano. —¡Roslyn abre las cortinas, casi no la veo!

La criada sonrió y corrió hasta las cortinas abriéndolas de par en par. Kate se mordió el labio inferior preocupada por su equipaje. —Mis maletas están en el coche de alquiler y…

—¡Roslyn!

—Enseguida señora. Y les traeré un café.

—¡Un whisky!

—¡Un café! Y no me rechiste que le traigo agua.

La señora gruñó y Kate soltó una risita llamando su atención y entonces la tía Chastity la miró fijamente con esos inteligentes ojos negros. —Ven niña, tienes mucho que contarme. Lo veo en tu rostro.

Se acercó a la cama algo intimidada porque parecía leerle el alma. —Le traigo unas cartas.

—Serán muy interesantes, estoy segura, pero prefiero que me lo cuentes tú. —Se recostó sobre las almohadas. —Empieza por el principio.

—¿Por el principio?

—Por lo que ha cambiado tu vida para que estés aquí.

Y así habían entablado una amistad más que una relación laboral. Chastity la había acogido con los brazos abiertos y había estado a su lado en el momento más difícil de su vida como una buen amiga. Kate había ayudado a la mujer a superar la apatía en la que se había inmerso en los últimos tiempos y la obligaba a salir y a relacionarse con sus amistades que la apreciaban mucho porque a pesar de ser una mujer de carácter, tenía un corazón de oro. No fue difícil para Kate darse cuenta de lo que echaba de menos a los Sherman, así que para animarla contaba historias de Johanna haciéndola reír. Un buen ejemplo fue cómo la había conocido. Cuando relató todo lo que había ocurrido con su marido James, sonrió con nostalgia. —Esta Jo, no cambiará nunca.

—Eso espero.

—Y yo. —Sus ojos brillaron. —Cuéntame más.

Anhelaba ese tipo de noticias y cuando llegaba una carta de Rose Sherman era todo un acontecimiento. Así que cuando leyó que la esperaban en Londres porque ya estaba bien, a Kate se le cortó el aliento porque ella sí que no se lo esperaba. —¿Te vas a Londres?

—Nos vamos a Londres, niña —dijo metiéndose una tostada con mermelada de grosella en la boca.

—Pero… —Se sonrojó con fuerza. —Yo no puedo regresar.

—Tonterías. No has matado a nadie. Seguro que la policía ni te busca por tener un gusto excelente.

—Muy graciosa —gruñó doblando la carta preocupada.

Chastity le cogió la mano por encima de la mesa. —No debes preocuparte. Yo estaré allí y no te perderé de vista.

Sonrió con cariño. —Esto es algo temporal, ¿verdad? Una visita rápida y a casa.

—Qué más quisieras, hermosa. ¡En cuanto vuelva a Londres no regresaré ni loca! ¡Mis niñas están creciendo y no me lo voy a perder! Y tú tienes que buscar marido.

Kate jadeó del asombro. —¡Si soy muy joven!

—¡Ja! Te vas a quedar para vestir santos y es algo que no pienso permitir. ¡Tienes que

casarte y casarte bien! De eso me encargo yo. Vaya si me encargo.

—¡Chastity!

—No protestes y pon la casa a la venta —dijo como si tal cosa dejándole clarísimo que a América no regresaba.

Y allí estaban. La casa se había vendido enseguida porque estaba en una de las zonas más selectas de Boston y en apenas dos semanas ya estaban subidas al barco. Fue duro separarse de Roslyn porque le había cogido mucho cariño, pero su familia estaba allí y no quería alejarse de ellos. La señora se encargó de que quedara bien posicionada en otra casa del vecindario.

Suspiró mirando por la ventanilla. Londres. La última vez que había estado allí casi no había salido de casa porque se pasaba casi todo el tiempo llorando y lamiéndose las heridas, preguntándose si Justin había sentido en algo su falta de Drummond. Pero después de varios días de viaje, empezó a disfrutar de lo que tenía a su alrededor que era fascinante para alguien que nunca había salido de Escocia. Aunque le recordaba continuamente, el dolor de la pérdida se iba disipando poco a poco. Se preguntaba si se había comprometido con Lady Mara o si se había buscado otra amante que compartiera su cama. Entonces los recuerdos de las noches que había compartido a su lado regresaban con fuerza y la torturaban porque sabía que jamás se sentiría así de nuevo con otro hombre.

Chastity chilló sobresaltándola y al mirar por la ventanilla vio a Lady Johanna en la puerta de la casa. Sonrió porque estaba impaciente y bajó los escalones emocionada gritando —¡Ya están aquí, mamá!

La mismísima Condesa abrió la puerta y chilló emocionada al ver a Chastity a quien abrazó con fuerza. —Ya estás aquí, tía. ¡Mira que te ha costado!

—Necesitaba a mi ángel de la guardia para decidirme. Me ha costado un poco dejar a mi George —dijo mencionando a su fallecido esposo al que amaba con locura.

—Estará siempre contigo. —Johanna se apartó y sonrió a Kate. —Bienvenida. ¿Qué tal el viajecito?

—Milady… igual si me hubiera dicho que iba a regresar…

—No te hubieras ido.

—¡Pues eso!

—Vaya, pues muchas gracias —dijo Chastity antes de echarse a reír y chillar de nuevo al ver a Rose Sherman bajando las escaleras con un increíble vestido rosa brillante—. ¡Pero mujer! ¿Quién te consigue las telas?

Johanna y Kate reprimieron la risa mientras Rose ponía los brazos en jarras intentando aparentar enfado. —¿Ya empiezas, vieja? ¡Mira que ni siquiera has bajado del carruaje!

—Puedo ponerte fina hasta desde América.

Las Sherman se echaron a reír y Johanna ayudó a bajar a Chastity que tomando aire miró la fachada de su casa. —Impresionante, niña.

—Gracias tía. Pues no has visto lo mejor.

En ese momento apareció Lord James con un traje gris y sonrió de medio lado a modo de bienvenida. —¡Válgame Dios! ¡No me extraña que le ataras para retenerle! ¡Yo no le soltaría jamás!

James se echó a reír mientras Johanna se ponía como un tomate dejando a Kate con la

boca abierta porque no era precisamente lo que se decía tímida.

—Usted debe ser la encantadora Chastity.

—Tú puedes llamarme como quieras, hermoso.

—¡Tía!

—Hija qué buen gusto tienes —dijo mientras James besaba galantemente su mano.

Rose sonrió orgullosa. —Sabía que te gustaría.

—Ahora quiero uno así para mi Kate.

Todos miraron hacia ella que se puso como un tomate haciendo un gesto con la mano. —Cosas de viejas.

—¡Niña!

Se rieron y James la cogió del brazo. —Permítame ayudarla.

—Todo un galán.

Johanna cogió del brazo a Kate sorprendiéndola. —Gracias.

—¿Gracias por qué, milady?

—Por hacerla feliz. Últimamente estaba algo desanimada. —La miró sorprendida. —Yo me entero de todo, Kate. De todo lo que me interesa, claro.

—Y sobre…

Le dio una palmadita en la mano. —Hablaremos de eso más tarde. A solas.

Se le cortó el aliento porque parecía que se guardaba algo importante y la intriga la inquietó. —¿No estará en Londres?

La miró fijamente con sus ojos color ámbar. —Más tarde, Kate. Ahora tomemos un té.

—¡Un whisky! —exclamó Chastity entrando en el salón—. Hija, qué gusto tienes. Está todo precioso.

—Nada de whisky, Chastity —la reprendió Kate.

—Es una celebración.

Suspiró dándose por vencida y Johanna rió por lo bajo. —¿Cabezota?

—Casi tanto como usted, milady.

La Condesa jadeó indignada mientras su madre se reía tras ellas. Kate sonrió. —Quería agradecerles…

—No tienes nada que agradecer. No pienses más en ello —dijo Rose yendo hasta su amiga y sentándose a su lado abrazándola de nuevo. —¿Cómo te encuentras?

—Esa niña, que es un ángel… Sino ya estaría con mi George.

—Chastity tienes que durarnos muchos años. Ahora ya estás aquí. Con tu familia.

Kate sonrió emocionada. Sabía que no había querido trasladarse con ellos a Londres por estar cerca de su George y para ella había sido un paso enorme llegar hasta allí. Se alegraba de haberla ayudado a reunirse con los Sherman, que se notaba que la querían mucho.

Kate se sentó ante ellas en uno de los hermosos sofás atenta a la conversación. —¿Y dónde está Henry?

—Tiene una reunión de negocios. Pero ya tenía que estar aquí —dijo Rose molesta.

—Madre sabes que tiene mucho trabajo.

—Paparruchas.

James se acercó a la ventana y sonrió. —Ya están aquí.

Kate sonrió a Chastity que muy contenta se levantó demostrando que estaba más ágil de lo que parecía y cuando Henry Sherman entró en el salón se echaron a reír antes de abrazarse. —¡Ya era hora, diablos! —dijo el padre de la Condesa muy feliz.

Johanna sonrió emocionada y su marido la cogió por la cintura pegándola a él. —Cómo me alegro de verte.

Entonces entró Justin en el salón entregándole el sombrero al mayordomo. El corazón de Kate dio un vuelco y se levantó de inmediato atrayendo la vista de él hacia ella. El Vizconde perdió la sonrisa de golpe. —Lord Justin… —susurró sin aliento antes de hacer una reverencia sintiendo que su corazón se le iba a salir del pecho de la impresión.

Confundido miró a James. —¿Qué ocurre aquí, primo? —preguntó muy tenso.

—Oh, pues que la tía Chastity ha llegado de América. ¿No te habíamos dicho que llegaba hoy?

Él se tensó mirando a Kate fijamente. —Así que te fuiste a América.

—Sí, milord.

—Kate, seguro que estarás cansadísima del viaje —dijo Lady Johanna dando un paso hacia ella—. Querrás darte un baño decente y comer algo.

—Sí, hija. Sube a descansar un rato —dijo Chastity mirando a Justin como si quisiera matarle porque Kate estaba sin color en el rostro. Alargó su mano hacia él—. ¿Y usted es?

Justin se tensó cogiendo su mano. —El Vizconde de Drummond. Lord Justin McFerson.

—Chastity Wickman. Mucho gusto.

Kate carraspeó incómoda. —La Condesa tiene razón. Mejor me retiro. Además tienen mucho de lo que hablar. —Se dirigió hacia la puerta a toda prisa queriendo huir, pero Justin no se movió para dejarle paso y se sonrojó intensamente.

—Chastity, Justin es el primo de James —dijo Rose intentando relajar el ambiente.

—Ya lo sé.

Justin no dejaba de mirarla y Chastity chasqueó la lengua dando un paso al frente. —Apártese Vizconde. Mi protegida tiene que descansar.

Él miró a su señora. —¿Su protegida?

—Exacto. —Le miró fríamente con sus ojos negros demostrando el mal carácter que podía tener. —Y lo que es mío lo protejo con uñas y dientes. No dejó que lo dañen de ninguna manera y le aseguro que soy una enemiga feroz, aunque sea una vieja. ¡Ahora apártese de una buena vez y antes de que pierda la paciencia!

Justin miró a Kate como si fuera la causa de todos sus males antes de apartarse y angustiada salió de allí a toda prisa totalmente avergonzada, porque aunque era obvio que todo el mundo sabía sus circunstancias, la atormentaba que supieran que había caído tan bajo.

Escuchó desde la escalera —Chastity, siéntate a descansar —dijo Rose preocupada.

—¡Dónde está ese whisky!

Kate se detuvo en la escalera y pensó en bajar de nuevo para impedir que bebiera, pero al volverse vio a Justin observándola desde la puerta. Se miraron a los ojos durante unos segundos provocando que toda la rabia y el dolor que tenía en su interior se reflejaran en sus ojos azules. Tensa levantó la barbilla hasta que una doncella se acercó a ella susurrándole al oído —Venga conmigo, señorita Datong. Es lo mejor.

Sorprendida vio a una doncella con un embarazo evidente y asintió al reconocer a Betsy, siguiéndola hacia el ala derecha de la casa.

—Dios mío —susurró llevándose la mano al vientre.

—Cálmese. —La doncella la cogió por el brazo metiéndola en una habitación y cerrando la puerta. Betsy puso los brazos en jarras al ver que estaba a punto de desmayarse. —¿Ni se le ocurra desplomarse que estoy preñada y no puedo recogerla!

Parpadeó asombrada. —¿Por qué no me tuteas, Betsy?

—Porque ahora usted forma parte de otra clase, señorita Datong. —Llevó un índice a su sien. —¡Métaselo en la cabeza!

—¿Pero qué locuras dices? ¡Soy como tú!

Betsy sonrió. —No, ya no. Ahora es dama de compañía y debo tratarla así.

—¡Estáis mal de la cabeza! ¿Qué hace Justin aquí?

—Eso se lo explicará mi señora que debe… —La puerta se abrió en ese momento mostrando a la Condesa que sonreía de oreja a oreja. —Estar al llegar.

—Betsy, que se encarguen de traer el baño a la señorita Datong.

—Enseguida, milady.

—Y no cojas pesos.

—Sí, milady.

En cuanto las dejó solas Kate se cruzó de brazos enfadada y Johanna se echó a reír. —Te han venido muy bien los meses que has pasado con tía Chastity. Te han dado carácter. Esa rebeldía es lo que necesitábamos.

—No sé lo que necesita usted, Condesa. Pero yo me largo de aquí.

—Tú no te vas a ningún sitio. Siéntate, Kate.

Levantó la barbilla molesta sin hacerle caso. —¿Qué hace él aquí?

—Está de visita. Como tú hasta que os mudéis a la casa nueva. Se quedará durante la temporada porque el amigo que iba a acompañarle ha decidido no venir. Seguramente por Lady Mara que también está aquí. Al parecer está enamorado de ella, vete tú a saber. El hecho es que Justin está en mi casa y aquí se va a quedar.

—¡Es una trampa!

—Claro que sí. ¡No esperarías que dejara las cosas así! ¡Éste se casa contigo como me llamo Johanna Sherman!

—¡Es Fishburgne!

—Rayos. —Se encogió de hombros. —Bueno, mientras no me oiga mi marido soy Sherman.

La miró como si estuviera loca y la Condesa le hizo un gesto con la mano. —No lo entenderías. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Justin. Las cosas han cambiado mucho, sobre todo para ti que ahora tienes el rango para poder casarte con él. Chastity te ha puesto en esa posición y vamos a aprovecharlo.

—Lo tenía todo planeado, ¿verdad?

—Es que lo de casarte con un viudo de linaje a punto de morir era complicado.

Abrió los ojos como platos. —¡Milady, siento decirle esto porque me es muy agradable, pero usted no está bien de la cabeza!

Jadeó indignada. —¡Perdona bonita, pero mejor hacer algo que andar llorando por las esquinas porque el amor de mi vida es inalcanzable!

La rabia pudo con ella. —¡Yo no lloro! ¡Me desahogo! ¡Y él no se casaría nunca conmigo! ¿Es que está sorda, bonita? ¡Porque no puedo ser más clara!

—¡Pues voy a dejarte algo claro yo a ti, te vas a casar con Justin!

Los congregados en el salón miraron hacia el techo y James reprimió la risa. —Así me gusta, mi mujer poniendo las cosas en su sitio.

—Menos mal que Justin ha salido de la casa tan aprisa que casi ni nos hemos dado cuenta —dijo Rose divertida—. Se hubiera descubierto todo y sería un desastre.

—Ese jovenzuelo. —Chastity bebió su whisky de golpe. —No me gusta mucho para mi Kate.

Todos la miraron asombrados. —¿Pero qué dices? Es un futuro heredero y todas las debutantes se mueren por su atención. Te lo digo yo que lo he visto —dijo Henry sin salir de su asombro.

—No la aprecia lo suficiente. —Levantó la barbilla orgullosa. —Y mi Kate merece un Duque por lo menos.

—Chastity, te aseguro que los Duques escasean —replicó Rose—. Es un partido más que aceptable. Y tan atractivo que quita el aliento.

—Gracias esposa.

Rose le ignoró haciendo reír a James antes de mirar a su amiga de nuevo. —No te pongas cabezota que te veo venir. Kate es una antigua doncella seducida por él y tienen que casarse por la paz en Drummond. No quiero ni pensar lo que diría el Conde del desliz que cometieron.

—No tiene por qué. En América tenía pretendientes muy ricos y de posición. —Todos dejaron caer la mandíbula del asombro. —Aquí no hay muchos ricos, pero seguro que le encuentro algo aceptable.

—¿Qué estás diciendo, Chastity? El plan…

—El plan acaba de cambiar —dijo obcecada—. Ese hombre no la ha amado nunca y no voy a dejar que mi Kate pierda la vida a su lado. —Les fulminó con la mirada. —¡No tenéis ni idea de lo que ha sufrido por su causa y no pienso dejar que la haga sufrir de nuevo! Y puesto que ese hombre se hospeda aquí, nosotras nos iremos a un hotel. Ahora quiero ver a mis niñas.

Se levantó abandonando el salón apenas un segundo después dejándoles de piedra.

—¿A que esto no te lo esperabas, suegra?

—Pero… él la ama. —Rose no salía de su asombro.

—Querida, no ha movido un dedo por ella. Ha embarrado su buen nombre en el lugar donde se ha criado. Kate ha tenido que irse totalmente avergonzada con la situación mientras él seguía su vida. Es ella quien ha pagado todas las consecuencias.

—¡No quiero casarme con él! —gritó Kate desde el piso de arriba—. ¡Le odio! ¡Me hizo perderlo todo! ¡Jamás podré volver a casa ni como su esposa sin sentir vergüenza! ¡He ridiculizado el nombre de mi padre por su causa y jamás me dijo una sola palabra amable! ¡Si por un milagro él quisiera ser mi esposo, eso no pasaría jamás porque le odio!

James apretó los labios. —Creo que lo ha dejado bastante claro.

—¡Pues bien que te acostabas con él todas las noches! ¡Algo te daría digo yo!

Henry puso los ojos en blanco. —¡Me volvió loca! ¡Me sedujo! ¡No tengo excusa y lo he aceptado! ¡Deje de torturarme!

James se levantó al escuchar el llanto de Kate. —Creo que voy a hablar con mi esposa. Esto no tiene buena pinta y…

—¡Kate, nos vamos! —gritó Chastity furiosa.

—Pero tía…

Segundos después tía Chastity y Kate bajaban las escaleras y todos se acercaron a la puerta del salón para ver que estaba descompuesta. Johanna bajaba tras ellas preocupada. —Tía, entiéndelo.

—No, entiéndelo tú. Ese hombre… si puedo llamarlo así, no se merece ni que le escupa a la cara por cómo ha tratado a mi niña. ¡Sé que tienes buenas intenciones Johanna, pero es un sinvergüenza que aprovechándose del amor que Kate sentía por él, la usaba cada noche en su disfrute como si fuera menos que una puta!

Rose jadeó llevándose la mano al pecho. —¿No queréis las cosas claras? ¿Pues ya las tenéis? —Kate se echó a llorar desgarrada y Chastity la abrazó por los hombros furiosa. —¡Jamás fue su amante porque él no la apreció en ningún momento! Y como ejemplo os diré que la obligaba a bajar a su habitación cada noche o si no subía él a la suya.

Johanna palideció mirando a su marido y James muy tenso negó con la cabeza. —No puedo creerlo. Justin no es así.

—¡Es exactamente así! ¡Y Kate muerta de la vergüenza por si alguien les oía, bajaba sin rechistar! ¡Por Dios, si la desvirgó sobre la mesa del comedor y ella ni se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta que ocurrió todo! Es un cerdo que no merece que mi niña derrame una sola lágrima más por él y de eso me encargo yo.

Kate queriendo morirse de la humillación corrió hasta la puerta saliendo al exterior casi sin ver de las lágrimas. Johanna gritó cuando la vio cruzar la calle casi siendo atropellada por un caballo antes de caer desmayada sobre el césped del parque.

James salió corriendo mientras Chastity se llevaba la mano a la boca. —Dios mío Chastity —susurró Rose—. No era necesario ser tan cruel.

Su amiga la fulminó con sus ojos negros. —¿No lo crees? Pues yo opino lo contrario. Quiero que se dé cuenta de que ese hombre no merece nada de ella. Y pienso hacérselo ver de todas las maneras posibles.

Rose observó como James metía a Kate en casa que muy pálida seguía sin sentido. —¡Un médico! —Iba a apartarse, pero Chastity la cogió por el brazo deteniéndola mientras Johanna seguía a Kate muerta de preocupación. —Echa a ese hombre de esta casa o me la llevo desmayada y todo.

—Sé razonable, es el primo de James.

—Es un cabrón que no solo no le dirigió una sola palabra amable en el tiempo que acudió a su lecho, sino que dijo que era su puta y la humilló ante los suyos. —Rose palideció dando un paso atrás y Chastity sonrió. —Veo que no sabéis muchas cosas. Ven amiga, voy a contarte cuán bueno es tu Vizconde.

Capítulo 6

Minutos después Rose se apretaba las manos mientras Henry no salía de su asombro. —Dios mío, tienes que estar equivocada.

—Me lo dijo ella misma. Retorcida de dolor mientras perdía a su hijo. Quería preñarla para que no tuviera opción. Se lo dijo varias veces durante esas noches que compartieron. Ya verás querida, todo irá bien —dijo rabiosa—. Me aseguraré de que no os falte de nada, pero me muero por ver como mi hijo crece en tu vientre. —Chastity hizo un gesto de desprecio. —Teníais que ver sus ojos atormentados por la vergüenza cuando me dijo que estaba en cinta. Como si la maldad la hubiera seguido hasta allí y ya nunca se libraría de ella. Yo por supuesto la calmé. Diríamos que era viuda. Pero a los pocos días lo perdió y ya no hizo falta.

—Pobre niña —dijo Henry molesto.

—Estoy segura de que se atormenta por haber perdido al niño por no haberle querido nunca. Y no es de extrañar que no quisiera tener un hijo en esas circunstancias, pero tuve que ayudarla a superar ese trance y que se diera cuenta de que esas cosas estaban en manos de Dios. ¡Lo ha pasado muy mal! Sabía los planes de Johanna respecto a Kate por vuestras cartas. Y después de ver su sufrimiento debo admitir que no estaba de acuerdo, aunque me animé a venir trayéndola conmigo por un tonto romanticismo. Pero al ver la fría mirada que Lord Justin le ha dirigido, se me ha helado la sangre. No pienso mover un dedo para que esto vaya a más. De hecho pienso sacarla de aquí a toda prisa. —Fulminó a Rose con la mirada. —¡En ningún momento me dijiste que él iba a estar conviviendo con ella!

—Es que fue un imprevisto. Pensaba alquilar una casa de soltero y su amigo se echó atrás. Vino a casa por no quedar mal con James.

—Bueno, ahora tendré que buscar un hotel. —Se levantó enderezando la espalda aparentando menos años de los que tenía. —Voy a comprobar su estado y nos vamos.

—Chastity, no es mal chico, te lo prometo —dijo Rose siguiéndola.

—Me da igual. Como la ha recibido para mí es suficiente. Por Dios, si la miraba como si la odiara.

—No le viste después de que se fuera. Estaba de mal humor y…

Chastity se volvió en la escalera. —¡Porque había perdido su juguete, Rose! Únicamente por eso. Ella no le ha importado nunca y su reacción al verla de nuevo me lo ha confirmado. —La señaló con el dedo. —Olvidad vuestros planes.

—Tía… —Chastity se volvió para ver como Johanna la miraba desde lo alto de la escalera. —Quiere verte. Se ha despertado. El médico dice que ha sido un desmayo y que debe descansar. Esta noche no se va a ningún lado.

La mujer apretó los labios cogiendo el bajo del vestido y subiendo las escaleras con una agilidad impropia de alguien de su edad. Johanna miró a su madre que parecía angustiada y la Condesa bajó los escalones a toda prisa. —¿Qué ocurre?

—Hija, no sabíamos ni la mitad —respondió cogiéndola por el brazo.

Chastity entró en la habitación y sonrió al verla despierta y sentada en la cama en camisón. Estaba mirándose las manos sumida en sus pensamientos. —Niña…

Kate levantó la vista y forzó una sonrisa. —Lo siento.

—Más lo siento yo. —Se sentó a su lado y le cogió las manos. —Siento que haber vuelto a Inglaterra te haya hecho tanto daño. Lo siento de veras. Y mis palabras… ¿Entiendes por qué lo hice? ¿Entiendes por qué revelé lo que me habías contado?

Kate asintió agachando la mirada de nuevo. —Para que lo supieran y lo dejaran estar.

—Exacto. Creen que vuestra relación es una historia romántica que la buena sociedad impide por sus estrictas normas y no es así. No hubo nada de amor en ella, cielo. Solo atracción, sexo y dominación de un hombre que te sabe suya. —Se echó a llorar sin poder evitarlo y Chastity la abrazó. —Llora, llora todo lo que quieras porque tienes razón para hacerlo.

—Cuando le he visto todo se me removió por dentro. Le quiero y le odio. Estoy tan confusa…

—Lo sé. —Sonrió con pena. —Eso es porque no has sentido lo que es el verdadero amor, cielo. Ese amor arrollador en el que sientes que la otra persona lo daría todo por ti como tú por él. Un amor en el que la otra persona no te da nada no es amor. Es egoísmo. Yo me hubiera matado antes de hacer daño a mi George y puede que tuviera cara de ir matando ancianitas, pero conmigo tenía un corazón de oro y adoraba el suelo que pisaba.

Kate se echó a reír sin poder evitarlo. —Sí que parecía muy serio, sí.

Chastity sonrió cogiendo su rostro por las mejillas y elevándolo para que la mirara. Como una madre le limpió las lágrimas y Kate la miró emocionada. —¿Lo encontraré?

—¿El amor? Por supuesto, mi vida. Un día conocerás a un hombre que haga palpitar tu corazón y que haga lo que sea por estar a tu lado. Que te comprenda y que desee despertarse cada día a tu lado. Que nunca te haría daño a sabiendas y que por supuesto protegerá tu buen nombre con su vida si hace falta. No mereces menos y que nadie te haga creer lo contrario.

Con los ojos llenos de lágrimas susurró —Me hubiera gustado tenerte cerca desde hace años.

Chastity sonrió emocionada. —Ahora estoy aquí y aquí me voy a quedar. —La besó en la frente. —Duerme un poco. Voy a ver a las niñas y en cuanto nos levantemos por la mañana, saldremos de aquí hacia el hotel.

—¿Hotel? —preguntó sorprendida.

—Estaremos muy cómodas, ya verás.

—Pero estarás lejos de los Sherman y…

—Shusss, no te preocupes por nada. Ahora a descansar.

—Has venido hasta aquí. Me sentiría culpable.

—No debes sentirte culpable por nada. Duerme, cielo. —Acarició su cabello rubio y los ojos de Kate empezaron a cerrarse. Al ver el frasquito de encima de su mesilla, supo que el doctor le había dado algo para dormir y apretó los labios antes de cogerlo y salir con él de la habitación, guardando la botellita en su bolsito por si tenía ideas raras que la hicieran tomar una salida equivocada.

Recorrió el pasillo para ir hacia la habitación de las niñas, cuando vio como el mayordomo abría la puerta dejando paso a Justin. Chastity se detuvo y en ese momento salió James del salón mirándole muy serio con sus ojos verdes. —Acompáñame, por favor. Ahora.

Justin apretó los labios dándole el sombrero al mayordomo antes de seguirle. —Gracias, George.

—Milord…

Chastity levantó la barbilla sonriendo triunfante antes de seguir su camino. Le daba la sensación de que el que iba a irse de la casa finalmente sería Lord Justin.

James puso los brazos en jarras. —¡Explícate!

Su primo sentado en la butaca muy tenso, levantó la vista fríamente hasta él. —¡No tengo que explicarte nada! ¡Lo que haya entre Kate y yo es cosa nuestra!

—¿Estás loco? ¿Sabes el daño que le has hecho a esa mujer? —preguntó asombrado.

—¡No eres nadie para decirme como tener una relación cuando tú trataste como trataste a tu mujer! —Furioso se levantó. —Al menos a Kate siempre le he dado la seguridad de que estaría a su lado!

—¡Como una puta!

Justin palideció apretando los puños. —No te destrozo la cara por todos los años que nos unen, primo. Otro ya estaría muerto en el suelo.

James no salía de su asombro enderezándose por su violencia. —Dios mío. La amas.

—¡No tengo por qué contarte una mierda! Hablaré con Kate y…

—No vas a acercarte a ella —dijo muy serio.

—No te interpongas entre nosotros, James. Es mi mujer.

Su primo se sentó en el escritorio como si no se lo creyera. —¿Pensabas tenerla como tu amante el resto de tu vida? ¿Como tu puta mientras media aldea la miraba de reojo cuchicheando y la otra mitad se reía en su rostro? ¿Mientras recibía proposiciones de los mozos solo para avergonzarla? —Justin palideció muy tenso. —¿Mientras su padre hacía la vista gorda a pesar de los rumores de la servidumbre? Ninguna mujer soportaría eso, ni por ti ni por nadie, Justin.

—¡Ella me quiere!

—¡La pusiste entre la espada y la pared! ¡No cuidaste su reputación ni su honor! La humillaste ante todos al seducirla y debo decir que de una manera muy burda por lo que he escuchado de labios de Chastity.

Justin entrecerró los ojos. —Esa vieja me odia.

—Y con razón después de sujetar su mano mientras la mujer a la que dices amar tanto perdía a vuestro hijo sola en América.

Su primo palideció dando un paso atrás y James le miró con desprecio. —¿No era lo que querías? ¿Preñarla para que no se fuera?

—No lo entiendes. —Desesperado se llevó las manos a la cabeza dándole la espalda.

James apretó los labios al ver como sufría y susurró —Explícamelo.

Se volvió angustiado. —¡Datong la iba a echar! Escuché como hablaba con una doncella sobre si Mara necesitaría una primera doncella y ella le dijo que no lo sabía, pero que

seguramente tendría la suya y que ya sabía el vínculo que se creaba entre doncella y señora. ¡El mayordomo le dijo que entonces Kate tendría que irse! ¡Qué lo hablaría con ella porque tenía que pensar en su futuro! Esa misma tarde fui al pueblo y estaba tan preciosa… ¡No lo pude evitar! Pero ella se resistía y…

—Eso te atrajo más aún —dijo James entendiendo.

—No sé lo que se me pasó por la cabeza, pero esa misma noche no pude evitarlo. ¡No pegué ojo porque le había quitado la virginidad, pero al día siguiente me entero de que su marcha ya era un hecho! La seguí hasta la habitación y discutimos. —Se pasó la mano por su pelo negro como si le torturaran sus pensamientos. —Le dije cosas…

—Como que era tu puta.

—¡Sí! Me enfurecí porque no atendía a razones. Prefería renunciar a lo que tenemos a estar conmigo siendo mi amante. ¡Lo vi todo rojo y dije cosas muy duras! ¡Quería que se diera cuenta de que no podía negarse a mí porque me quería! ¡Intentaba que no se fuera!

—Atándola a ti con un hijo.

Justin le miró a los ojos y como si estuviera agotado se sentó en el sillón apoyando sus codos en las rodillas. —Ni sabía que Datong era su padre. —Sonrió con pena. —Ya le había comprado una casita en la aldea para estar juntos.

—Y le dirías que se mudara cuando ya te hubieras asegurado de que jamás pensara que tendría la oportunidad de ser tu esposa.

—¿Acaso ese matrimonio podría haberse dado, primo? —Levantó la mirada. —¿Crees que tu padre lo habría aceptado por mucho que aprecie a Kate como dice tan abiertamente?

James se tensó. —No, no lo hubiera aceptado.

—¿Lo habría aceptado alguien de los nuestros? ¿Crees que no la humillarían las mujeres de los que consideramos nuestros amigos? ¡Es una mentira eso de que los de nuestro rango podemos casarnos con quien queramos! ¡Ya se encargan los demás de dejarnos claro cuales son nuestros límites a la hora de escoger esposa! ¡Kate nunca encajaría en nuestro mundo!

—Pues creo que está encajando muy bien. Y más después de lo que me ha dicho Chastity. —Su primo le miró sin entender. —En América tenía pretendientes muy ricos. Pero eso no tendrá importancia cuando los herederos de este país se enteren de que tiene la dote de una princesa.

—¿Qué coño estás diciendo? —gritó levantándose de golpe.

James sonrió. —La tía postiza de mi esposa no tiene herederos. No ha tenido hijos y odia a los sobrinos de su marido. Piensa dejárselo todo a Kate y Johanna. Ya le ha otorgado una dote que será la envidia de todas las debutantes, te lo aseguro. Por supuesto tu…

—¡Mi mujer! ¡Es mi mujer!

—Tu mujer —dijo por no discutir—, no sabe nada. Piensa que va a vivir la temporada con Chastity para que se divierta. Pero la tía de mi mujer tiene otro objetivo y prepárate amigo porque esto no te va a gustar nada. —Justin dio un paso hacia él. —Te odia. No quiere ni verte por el daño que le has ocasionado a su protegida. Así que hará lo que sea necesario para que ni te acerques a ella. Y según tengo entendido puede tener muy mala leche, la vieja. Buscará el mejor marido para ella.

—¡Eso no va a pasar! —gritó Justin furioso. James se sonrió—. ¿De qué coño te ríes

ahora?

—Primo, Chastity quiere que se case por amor.

—No va a querer a otro que no sea yo.

—Pues no creas que Kate estaba muy contenta de verte cuando te fuiste de la casa. Dijo que te odiaba.

Justin apretó las mandíbulas como si estuviera conteniéndose. —Eso es mentira.

—La has hecho sufrir mucho. Una de las cosas que decía era que jamás iba a poder regresar a Drummond por la vergüenza de que todo el mundo supiera lo que había ocurrido.

—Cuando regrese conmigo del brazo, ¿a ver quién tiene los arrestos de decir algo?

James sonrió. —Igual deberías regresar a Escocia para pensar bien esto. Mi padre…

—¡Tu padre tendrá que aceptarlo! Eso si quiere un heredero, claro.

—Te juegas mucho.

Justin fue hasta la puerta y la abrió. —Te aseguro que estos meses me han hecho pensar en mil cosas y si la hubiera encontrado, todo lo demás me hubiera dado exactamente igual, que era lo que tenía que haber pasado desde el principio.

—No te acerques a ella, primo. Se desmayó poco después de que te fueras y el médico le ha dicho que descansara. Y necesita descansar. No la abordes todavía.

Justin salió dando un portazo antes de gritar —¿Qué haces aquí? ¡Johanna que eres una dama!

—¡Pero tengo oídos!

Johanna abrió la puerta y metió la cabeza mirando a su marido indecisa. —¿Qué hacemos, cariño?

—¿Y me lo preguntas ahora? Si no te hubieras metido…

—No se hubiera casado con ella. ¡Viviría en la aldea humillada! —Levantó la barbilla orgullosa entrando en el despacho y sonrió. —Al menos ahora están en mejor posición para una relación duradera. —James sonrió sin poder evitarlo y su alocada esposa guiñó un ojo. —Bien, ¿y qué hacemos? ¿Le echamos? ¿Le dejamos? ¿Qué se vayan las otras? Uff, qué lío. No tenemos un momento de paz en esta casa.

Su marido entrecerró los ojos. —No, no se van a ir. Y mi primo se queda.

Johanna se apretó las manos indecisa. —Pero Chastity querrá irse por la mañana. Y no quiero que se vaya…

Su marido sonrió. —Pues tendrás que convencer a Kate para que no abandone la casa, ¿no crees?

Sonrió entendiendo. —¿Chantaje emocional?

—Sí, creo que es lo mejor en este caso. Aunque es algo rastrero apelar a su sentimiento de culpabilidad porque Chastity se vaya, es la única opción que tenemos. Pero… —Miró los ojos ambarinos de su esposa. —Cielo, espabílala un poco. Justin la dominará con su dedo meñique en cuanto le dirija dos palabras y puede que olvide que en este momento quiere casarse con ella.

Su mujer sonrió abrazándole por la cintura. —Me encanta que maquinemos juntos. Suelo hacerlo con mis amigas o mi madre, pero esto es mucho mejor.

James la besó en los labios. —Te amo, preciosa. ¿Cuándo te lo dije por última vez?

—Esta mañana. Demasiado tiempo.

—Ya me reprenderás esta noche.

Kate se despertó más descansada que en su vida y sonrió estirando los brazos sobre su cabeza antes de girarse y abrazar su almohada. El aroma de Justin llegó hasta ella y se sentó de golpe mirando a su alrededor sintiendo que el corazón le salía del pecho, pero la habitación estaba vacía. Tragó saliva apartando las mantas y bajó los pies al suelo confundida. Ya se imaginaba cosas. En ese momento se abrió la puerta y Lady Johanna sonrió preciosa con un vestido de mañana en amarillo pálido con encajes en el mismo color. —Buenos días.

—Buenos días, milady.

—Llámame Johanna, por favor. Eres mi invitada.

—No debería.

—¡Qué me llames Johanna, te digo! —Parpadeó asombrada mirando a la Condesa que carraspeó. —No tengo mucha paciencia.

—De eso ya me he dado cuenta.

Johanna sonrió y se sentó a su lado. —Quería comentarte una cosa…

Kate se tensó y su anfitriona perdió la sonrisa poco a poco como si pensara en la manera de decírselo. —Milady…

—Quiero mucho a Chastity. —Kate asintió. —Es parte de la familia y sé que no tengo derecho a pedírtelo después de todo lo que has pasado, pero…

—No quiere que se vaya.

—Me entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto, Condesa. Lo entiendo perfectamente.

—Y más en estos términos. Lamentaría que nuestra amistad se resintiera por esto y es algo que no me perdonaría nunca.

—Yo tampoco me lo perdonaría.

—El problema es que James está dispuesto a hablar con su primo para que se vaya, pero si se enterara el Conde tendríamos que explicarle la razón y no creo que quieras eso.

—No, por Dios.

Johanna apretó los labios al ver la preocupación en sus ojos azules. —¿Crees que podrás soportar su presencia?

Levantó la barbilla. —Soy más dura de lo que parezco.

—Ignórale y todo irá bien. Casi ni cena en casa con todo lo que sale y las mujeres que le rodean. Te prometo que casi ni le verás. Solo tienes que resistirte a él y todo irá bien.

Kate entrecerró los ojos sintiendo que la furia la recorría. —Así que mujeres, ¿eh?

—Oh, está muy solicitado. Todos los días llegan invitaciones para que acuda a alguna merienda o una fiesta. Pero como le odias a ti te da igual, ¿verdad?

—¡Exactamente igual! ¡Por mí como si comparte lecho con medio Londres!

—Bueno, no exageremos. —Johanna se levantó satisfecha. —¿Por qué no te vistes destacando esa maravillosa belleza? Que vea lo que ya no podrá tener jamás.

Kate asintió mirándola calculadora. —Sí, milady. Eso mismo haré.

La Condesa sonrió yendo hacia la puerta. —Te enviaré a una doncella para que te ayude.

Tienes que lucir radiante. —Iba a salir cuando metió la cabeza. —Por cierto, espero que hayas descansado porque esta noche es nuestra primera fiesta. —Le guiñó un ojo. —Tengo un traje para ti que será la envidia de todo Londres.

Kate se levantó de golpe. —¿Para mí, milady?

—Que me llames Johanna y sí. Para ti. No habrá hombre que te quite ojo, te lo aseguro.

Se sonrojó de gusto y la Condesa salió de la habitación. Pensando en lo que le había dicho entrecerró los ojos. —Pues tiene razón —dijo hablando sola—. Yo no tengo que huir de nadie. —Fue hasta el armario y lo abrió con energía. —Suya. ¡Ja! Soy libre y le voy a demostrar que no me importa nada que esté en la misma casa. ¡Ya no me va a afectar nada de lo que diga! Así que mujeres —dijo rabiosa sacando un vestido azul y descartándolo de inmediato. Entrecerró los ojos cogiendo un traje rosa con encajes blancos de ligera muselina—. Éste. Éste es perfecto. Se va a enterar de que ya no siento nada por él. Nada en absoluto. Odio es lo único que recibirá de mí. Vaya que sí. ¡Miradas que le fulminen y le dejen seco en el sitio! ¡Si pudiera le pegaba un tiro para perderle de vista! —Se detuvo mirando el vestido de nuevo. —¿Rosa? Igual cree que es una indirecta. Mejor cambio de color. —Iba a colgarlo de nuevo cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. —¿Estás loca? ¡Ponte lo que te dé la gana! ¡Él no puede influirte en absoluto! —Se volvió sonrojándose con fuerza al ver allí a Chastity que la miraba con los ojos como platos. Forzó una sonrisa antes de ponerse el vestido delante. —¿Crees que es apropiado?

—Es perfecto, niña. —Se acercó preocupada. —¿Estás bien?

—Por supuesto. —La miró orgullosa. —Hoy voy a enfrentarme a él. —A su amiga se le cortó el aliento. —Como se atreva a dirigirme la palabra, le saco los ojos.

Chastity reprimió la risa. —¿Crees que serás capaz?

—Por supuesto que sí. —Dejó el vestido sobre la cama. —Necesito un corsé. —Se llevó la mano al labio inferior pensando mientras entrecerraba los ojos. —El de ballena me sube más el pecho. Casi no lo uso, pero ese vestido lo necesita.

—¿No me digas? —Chastity no se lo podía creer. Parecía que iba a la guerra, pero eso sí, quería ir deslumbrante. —Me alegro de verte tan entera y preparada para enfrentarte a él. Si nos fuéramos, puede que ese encuentro fuera en público y no podríamos controlarlo.

—Eso mismo pienso yo. —Cerró el cajón de la cómoda con la cadera. —Puede que intente importunarme en público y es mejor controlar el entorno. Así puedo gritarle a gusto.

—Eso, niña. Tú desahógate lo que quieras. Me da la sensación de que el servicio de Johanna ya no se extraña de nada. —Sonrió radiante. —¿Te has dado cuenta de que ayer casi ni se inmutaron?

—Pues no mucho la verdad, me importa poco lo que piensen —dijo distraída.

Chastity la observó fascinada por su cambio y se dio cuenta de que le faltaban las medias regresando al cajón. Eligió las mejores medias que tenía. —Niña, ¿necesitas ropa?

Se detuvo con las medias en la mano. —Claro que no. Tengo de todo.

—Tengo la sensación de que aquí necesitaremos más. Esta tarde iremos de compras.

Se encogió de hombros sin protestar lo que le indicaba que se moría por ir, pero jamás diría nada. Sonrió dando un paso hacia ella. —Después del desayuno nos iremos al hotel.

—¡No! —protestó volviéndose—. ¡No voy a huir de nuevo! ¡Y Justin ya no va a amargarme más la vida! —Se miró en el espejo y chilló acercando su cara. —¡Me ha salido un

grano en la nariz! —Se volvió señalándoselo con el índice y Chastity entrecerró los ojos. Era tan pequeño que había que tener una vista perfecta, cosa que ella ya no tenía. —¡Es por culpa suya!

—Totalmente. Salen cuando nos ponemos de los nervios.

—Exacto.

Su amiga se volvió reprimiendo la risa. —Así que podrás controlarlo.

—Totalmente. Le ignoraré como si fuera… Esa pared.

—Perfecto. Pero si flaqueas recuerda que se ha atrevido a decir que eres suya, cielo. Eso te recordará todo lo demás.

—Vaya que sí. ¡Y tengo mucho para recordar!

Su amiga asintió antes de dejarla sola y de inmediato llamó la doncella. —Ponme guapa Betsy, que tengo que sentirme radiante.

Pero bajando las escaleras su fuerza se fue desinflando poco a poco a medida que se acercaba al comedor donde ya oía las voces. Tomó aire y echó un vistazo a George que estaba al lado de la puerta. Él levantó la cabeza como hacía su padre y Kate se enderezó entrando en el comedor donde Lord James ya estaba sentado en la cabecera de la mesa desayunando como todos los demás. Incluso Justin estaba sentado al lado de Rose. Los hombres se levantaron y se sonrojó porque nunca había vivido ese privilegio. Solo lo había visto con las damas. —Por favor siéntense.

A pesar de que había un plato libre al lado de Justin, se sentó al lado de Chastity haciendo que el servicio lo cambiara de inmediato provocando que su Vizconde entrecerrara los ojos sentándose de nuevo.

—¿Has dormido bien, querida? —preguntó Rose sonriendo dulcemente.

—Muy bien, gracias. No sé lo que me dio el doctor, pero he dormido toda la noche.

—¿Café, señorita Datong? —preguntó el mayordomo.

—Un té, por favor.

El mayordomo sonrió ligeramente y cogió la jarra al lacayo para servirla él mismo. Miró lo que había sobre la mesa sintiéndose hambrienta. —¿Quiere que la sirva, señorita?

—No es necesario. Gracias, George.

—Es un placer. —Se alejó hasta la esquina y Kate alargó la mano para coger la pala de servir los huevos, pero su mano chocó con la de Justin. Ignoró el estremecimiento que la recorrió para mirarle a los ojos con ganas de matarle porque lo había hecho a propósito.

—Déjame servirte a mí —dijo él echando los huevos sobre su plato.

—Gracias milord, pero no es necesario. —Le arrebató la pala de la mano para hundirla en los huevos. —Puedo hacerlo yo. —Se sirvió otra ración y Johanna hizo una mueca al ver la cantidad que se había echado mientras su marido reprimía la risa.

—¿Tocino, señorita Datong? —preguntó él con ironía.

—Pues sí. —Estiró la mano y él volvió a arrebatarle las pinzas para servir. Una clara provocación. Cogió tres lonchas con las pinzas tirándosela sobre los huevos. —¿Más?

—No, gracias.

Bajo la atenta mirada de todos empezó a comer jurando por dentro por tenerle delante.

Estaba más guapo que nunca el muy canalla, pero solo recordar que compartía su cama con otras damas y todo lo demás, hizo que se dijera a sí misma que le ignorara. Sonrió a su anfitrión sin dejar de masticar.

—Al parecer os vais de compras, Kate. Espero que disfrutéis mucho del día.

—Gracias, Conde. Lo haré.

—¿De compras? —preguntó Justin antes de beber de su taza dejándola sobre el platillo.

Chastity levantó sus cejas canas. —Le veo muy interesado en las compras femeninas, Vizconde.

—Ciertas cosas de ciertas personas me interesan enormemente —dijo sin quitarle la vista de encima.

Kate se tensó y sin poder evitarlo le pegó una patada bajo la mesa que le hizo gemir apretando los cubiertos entre sus manos.

—¿Se encuentra bien, Vizconde? —preguntó Chastity reprimiendo la risa.

—Preciosa… —dijo con voz ronca de dolor—, esas botas son de lo más puntiagudas.

Levantó la barbilla. —No sé de qué me habla, Vizconde —dijo sintiendo una satisfacción enorme antes de darle otra patada. Justin volvió a gemir doblándose hacia delante mientras sus manos desaparecían bajo la mesa—. Le agradecería que no se tomara confianzas. Para usted soy la señorita Datong.

—¿Habéis oído algo? Como un gemido —preguntó Rose mirando a su alrededor haciéndose la loca.

—El viento, señora Sherman —respondió George con una sonrisa en los labios.

Kate sonrió encantada de la vida antes de beber de su taza.

—¿Señorita Datong? Kate…

El tono de advertencia la puso de los nervios y cogió la pala de los huevos para servirse de nuevo, tirándole el contenido a la cara. James reprimió la risa cuando los restos recorrieron su cara, cayendo sobre su antes impecable chaqueta gris.

—Para usted… Señorita Datong, milord.

Él gruñó pasándose la servilleta por la cara antes de gemir de nuevo por otra patada en la rodilla.

—Había pensado dejar las compras para la tarde, pero es mejor que después de comer descansemos un poco para la fiesta de esta noche —dijo Chastity encantada de la vida—. ¿Se encuentra bien, milord?

Justin carraspeó. —Perfectamente, señora Wickman. —Fulminó a Kate con la mirada. —Esto no va a detenerme, preciosa.

El corazón de Kate saltó y le pegó otra patada, pero él la esquivó y el golpe lo recibió la mesa con un enorme estruendo. —¿Estás bien, cielo? —preguntó divertido.

—Perfectamente, milord. —Cogió la pala de los huevos de nuevo y cuando la agarró por la muñeca, Kate golpeó su asiento con el pie haciéndole caer hacia atrás.

James hizo un gesto de dolor. —¿Estás bien, primo?

—Estupendamente —gimió desde el suelo.

—A ver si puedo desayunar en paz —dijo Kate sirviéndose más huevos para sorpresa de todos.

George levantó una ceja indeciso en si ayudar al Vizconde que al final se levantó solo y furioso. —¡Puedes hacer lo que quieras, pero sabes de sobra que eres mía!

Kate se tensó con fuerza y siseó —¿Qué has dicho?

—Puede que yo haya cometido errores, pero… —Ella se levantó de repente cortándoles el aliento a todos antes de gritar desquiciada y como una loca se lanzó sobre el Vizconde, que agarrándola por el trasero cayó de nuevo hacia atrás mirando sorprendido el tenedor que tenía saliéndole de la hombrera. —¿Es que has perdido la cabeza, mujer?

Ella se lo arrancó poniéndoselo bajo la barbilla. —Ni se te ocurra volver a acercarte a mí. —Empujó el tenedor hacia arriba haciéndole elevar la cara. —O te juro que no heredarás ese condado que te interesa tanto.

—Bien, creo que se ha terminado el desayuno —dijo Chastity levantándose como toda una dama—. Johanna, ¿nos vamos?

Mirándose a los ojos Kate gimió por dentro sufriendo lo indecible porque se moría por besar esos labios y Justin apretando sus nalgas sonrió alterándole los nervios aún más. —Te odio.

—Se te pasará.

Chastity caminó hacia el hall. —¿Kate? Tenemos mucho que hacer.

Se levantó con agilidad tirándole el tenedor sobre el pecho antes de respirar hondo y sonreír a los de la mesa que aún estaban con la boca abierta. —Ha sido un desayuno muy agradable. Gracias.

Todos asintieron viéndola ir hacia el hall y cuando la perdieron de vista, estiraron el cuello para ver a Justin tirado aún en el suelo sonriendo de oreja a oreja. —Todavía me quiere.

—¿Seguro, primo?

—¿Puedes llamar al médico? Creo que me ha roto el espinazo. —Se miró el hombro antes de meter la mano debajo de la chaqueta mostrando sus dedos manchados de sangre. —Y me ha traspasado con el tenedor.

—Se nota que te adora, te lo digo yo, ¿verdad mi amor? —dijo Johanna antes de levantarse para salir corriendo—. ¡Esperadme, esto no me lo pierdo! ¡Mamá!

Rose reaccionó levantándose mostrando su vestido rojo intenso. —¡Ya voy! ¡Detenlas! —gritó corriendo y pasando de un salto sobre Justin que hizo una mueca.

James se echó a reír. —Primo, tanto rencor va a pasarte factura.

—Puedo soportarlo.

George puso los ojos en blanco antes de acercarse y coger la mano del Vizconde para ayudarle a levantarse. Justin chasqueó la lengua al ver los huevos que Kate no se había comido. —Vaya, casi no ha desayunado. ¿Debería seguirla? Por si se encuentra mal. —Todos negaron con la cabeza. —Sí, voy a darle un respiro. Hasta la comida. Así me revisa el médico.

—Haré que te consigan un babero.

Cojeando hacia la puerta con la mano en la espalda a la altura de los riñones replicó —Muy gracioso, primo.

Capítulo 7

Kate entrando en la casa rió. —Increíble, nunca me había pasado algo así. Pobrecito.

Chastity le entregó el sombrero a George con los ojos como platos del susto. —Espero que no sea nada.

—Qué va —dijo Johanna sin poder dejar de reír—. Un par de huesos rotos y nada más.

—Si te parece poco…

—La cara que puso bajo el carromato. —Kate se echó a reír de nuevo. —Es que no lo puedo evitar.

Todas se echaron a reír y James salió del despacho en ese momento viendo como los lacayos metían en casa una multitud de paquetes mientras las mujeres no dejaban de reír. —¿Qué es tan divertido? ¿La factura que me va a llegar?

—Qué pesado está con los gastos —dijo Johanna sin perder la sonrisa—. No cielo, si oyes lo que nos ha ocurrido en Bond Street ni te lo creerás.

—De vosotras me creo cualquier cosa. —Se acercó para cogerla del brazo y llevarla hacia el salón.

—Pues verás, salíamos de una sombrerería y un hombre se acercó a Kate.

—Ya no le quitaba ojo desde el escaparate —apuntilló Rose.

—Eso dice mi madre que se entera de todo, ya sabes. Bueno, el hecho es que Kate frunció el ceño por su descaro al pedirle su nombre.

—Eso no se hace. Así no —señaló Chastity gruñendo por dentro.

—Como es lógico Kate le ignoró después de echarle una mirada… El pobre hombre se puso como un tomate y se disculpó rápidamente. Pero se puso tan nervioso siguiéndola hasta la acera mientras se disculpaba una y otra vez, que tropezó con una de las cajas que había dejado allí un tendero y sin saber cómo, rodó por encima de ellas cayendo a la calzada justo cuando pasaba un carro —dijo Johanna divertida—. La rueda de atrás le pasó por encima y Kate al ver la cara de susto del hombre no pudo evitar reír. La llamó bruja y eso nos hizo reír a todas. Parecía desquiciado, el pobre.

—Muy contento no debía estar.

—Yo intenté ayudarle —dijo Johanna reprimiendo la risa—. Pero estaba tan fuera de sí que no hacía más que despotricar que la culpa era suya por fijarse en ella. Con la cantidad de pretendientas que él tenía. Y muy ricas. Que seguro pierde, porque se había roto la pierna.

—¿No me digas? ¿Le conocías?

—Oh, dijo su nombre… —Miró a las demás. —¿Madre?

—Era algo de vomitar —dijo Kate sentándose en el sofá como si le diera igual.

James levantó una ceja. —¿No sería Daniel Vormittag?

—¡Ese! ¡Ese era el nombre! —exclamó la suegra—. ¿Te suena, hijo?

Carraspeó pasándose la mano por la boca disimulando una sonrisa. —Señoras, Daniel

Vormittag es el primogénito de Stefan Vormittag.

Le miraron como si no tuvieran ni idea de quién era.

—Madre me parece que estás perdiendo tu toque.

—Eso parece —dijo sentándose al lado de Kate—. ¿Es importante?

—¿Importante? Tiene propiedades por toda Europa. Sobre todo en Prusia. Aunque ellos viven aquí desde hace un par de generaciones. Son ricos no, lo siguiente. A Daniel lo he visto varias veces en el club. Es un joven muy agradable y no me extraña que tenga pretendientas para dar y regalar.

—Vaya… —dijo Rose con los ojos como platos.

Kate chasqueó la lengua como si le diera igual y todos la miraron. —¿Qué? ¡No sabía quién era! Yo trato igual a todo el mundo. Y era un descarado. —Levantó la barbilla orgullosa.

—Bien dicho, preciosa. ¿Qué tal esas compras?

Kate gimió girando la cabeza para ver a Justin sonriendo encantado de la vida. —Bueno, creo que me voy a retirar unas horitas para descansar antes de la fiesta. —Se levantó de un salto. —Me ha entrado el sueño de repente.

—Eso, descansa que tienes que disfrutar de la fiesta —dijo Johanna.

Cuando pasó a su lado la cogió de la muñeca deteniéndola. Él susurró a su oído —Por mucho que huyas sabes que eres mía. Al final ganaré yo.

El roce de su aliento la estremeció, pero Kate sonrió mirando sus ojos y le pegó tal pisotón que él gimió levantando la pierna mientras ella corría hacia las escaleras.

James hizo una mueca de dolor. —Te va a dejar hecho un trapo, primo. ¿Seguro que quieres continuar?

—Puedo soportarlo —dijo con voz ronca de dolor rojo como un tomate.

—¿Crees que podrás bailar esta noche? —preguntó Rose divertida.

—Lo intentaré —dijo antes de ir a la pata coja hasta una silla mientras todos le observaban—. Se le pasará.

—Si usted lo dice, Vizconde. —Chastity sonrió de oreja a oreja antes de extender su abanico.

Alguien tocó su hombro y muerta de sueño abrió los ojos para ver a Betsy sonriendo. —Si quiere estar preparada para esta noche, debemos comenzar, señorita.

—Uff, me he quedado profundamente dormida. No sé qué me pasa.

—El viaje le está pasando factura. Pero enseguida se espabilará con un buen baño.

Se sentó sobre la cama y suspiró pasándose las manos por la cara. —No te necesito, Betsy. Las damas te necesitarán.

—Tonterías. Milady no me deja hacer nada.

Sonrió levantándose. —Pues yo tampoco te dejaré. —Se le cortó el aliento al ver un maravilloso vestido de fiesta en color melocotón con incrustaciones de cristales en color azul. Nunca había visto nada tan increíble y la doncella acarició la manga corta de la que colgaban en cascada unos cristales más largos. —Es maravilloso.

—Es el regalo de la Condesa por su regreso. Quiere que su entrada en sociedad sea

impresionante. Por todo lo alto. Y para eso esta noche irán a la fiesta de los Barones de Tunstead. Son unos ancianos muy simpáticos que les gusta alardear de hacer las fiestas más divertidas y originales. Se divertirá. La última vez llevaron un hombre que sacaba fuego por la boca. —Se echó a reír. —Les quemó las cortinas y casi provoca un desastre. La gente salió espantada, pero regresó en cuanto apagaron el fuego deseando saber si habría más entretenimientos. —Acarició la seda del vestido. —Espero que le quede bien. Madame Blanchard se fio de lo que le dijo una de las doncellas sobre cómo le quedaban los vestidos de Lady Johanna.

—¿Madame Blanchard es la costurera?

Betsy se echó a reír. —¿Costurera? Es la modista más importante de Inglaterra. Viste a la mismísima Reina.

—Oh… —Se sonrojó de gusto. —No debería, no soy como ellas.

Betsy levantó una ceja. —Pero lo será. Vaya que sí.

—Si lo dices por Justin…

—Lo digo porque he oído cosas. —Se volvió para coger las medias antes de ir hasta el llamador y tirar de la seda para llamar al servicio.

—¿Qué cosas?

—Bueno. Una actriz que se ha casado con un Marqués, una cantante que ahora se codea con un Duque en las más altas esferas sin ningún disimulo, no sé si me entiende... Las cosas han cambiado mucho. Sobre todo en Londres. Por eso nosotros no vemos tan extraño que usted que ahora es dama de compañía de una rica americana pueda encontrar un marido de posición. Sin tener en cuenta a Lord Justin, puede encontrar un marido más que aceptable.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí. Además según ha comentado su señora, usted tuvo mucho éxito en América. —Kate la miró sin entender. —¿No la pretendieron hombres muy ricos?

Se sonrojó intensamente por la mentira de Chastity. Vale que un viudo con cuatro hijos había puesto sus ojos en ella, pero era más feo que Picio. Muy agradable eso sí, pero ni loca le hubiera dado alas. Frunció el ceño recordando a otro del que ni sabía el nombre que había insistido en merendar con ella y otro había querido llevarlas al teatro. Igual Chastity no había mentido tanto. ¿Estaba tan ciega que ni se había dado cuenta de que la pretendían? ¡Eso era culpa de Justin también! ¡Dichoso hombre!

—Bueno, eran ricos, sí. —Betsy sonrió. —Pero yo no…

—Por supuesto, señorita. Estaba enamorada del Vizconde. Ahora estará más abierta al amor. No se apure. Tiene tiempo ahora que va a vivir aquí. Disfrute de la fiesta. —Betsy sonrió radiante. —Vamos a prepararla para la noche de su vida.

—Debería echarle un ojo a Chastity. Suelo peinarla yo.

—Tiene una doncella para ella sola. No la necesita, señorita. —En ese momento llamaron a la puerta. —Ya está aquí la bañera.

A pesar de que no la dejó mover un dedo y menos para bañarse, dejó que la ayudara a peinarse y a atarle el corsé, pero no quería que se forzara demasiado. —No tires más.

—No señorita, esto tiene que estar muy apretado o el vestido no entrará. Espere que pido ayuda —dijo atando el corsé.

—Pero…

Antes de darse cuenta ya había salido de la habitación. Se miró al espejo y acarició los preciosos rizos que Betsy le había hecho. Se le cortó el aliento al ver tras ella a través del reflejo a Justin, que vestido con un traje negro de noche con un impecable pañuelo blanco atado al cuello la besó en el hombro estremeciéndola. —Estás preciosa.

—No puedes estar aquí.

Él acarició su hombro bajando la mano por su brazo erizándole el vello, porque había echado tanto de menos su tacto que su piel lloraba por él y se odió a sí misma por ello. —Necesitaba hablar contigo. —Se acercó a ella y la besó en el lóbulo de la oreja. —Te he echado de menos. No vuelvas a huir, preciosa. Vuelve a irte y me voy a cabrear de veras.

Se volvió furiosa porque era evidente que no lo había entendido. —Escúchame bien. Jamás volveré a ser tu puta, ¿me has entendido? —Levantó la barbilla. —¡Así que largo de mi habitación!

Justin se tensó. —No lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente.

La agarró por el brazo con fuerza pegándola a él. —Cuando te dije eso quería que te dieras cuenta de que lo nuestro no iba a desaparecer porque no estuvieras conmigo. ¡Y a pesar de estos meses no ha desaparecido!

—Te aseguro que lo que sentía por ti ha desaparecido por completo. Eso si alguna vez he sentido algo —dijo con desprecio.

—¡Ni te atrevas a negarlo! —le gritó a la cara.

Kate sonrió poniéndole los pelos de punta. —Fascinada, puede que deslumbrada por el Vizconde que sería el heredero de Drummond, pero ahora estoy en Londres, cielo —dijo con burla—. Puedo aspirar a algo mucho mejor.

Justin palideció dando un paso atrás y durante un momento Kate se arrepintió de sus palabras, pero no pensaba desdecirse después de todo el daño y la humillación que había tenido que soportar por su causa. —Estás enfadada por no haberte dado tu sitio.

—¿No haberme dado mi sitio? —Tensándose dio un paso hacia él. —Claro que me lo diste. Era tu puta.

—¡Deja de decir eso!

—¡Sí que lo era! ¡Y todo el que me conocía se dio cuenta de ello! ¿Ahora te arrepientes, Justin? Pues no tienes por qué. Gracias a eso estoy aquí. —Levantó la barbilla fríamente mirando sus ojos grises. —Y pienso aprovecharlo.

—Estás furiosa y a punto de cometer una tontería, Kate —siseó muy tenso—. No me lleves al límite. ¡Eres mía!

—Seré de cualquiera que me dé lo que yo quiero. Y tú ya no eres esa persona. —Le dio la espalda yendo hacia el tocador y cogiendo el frasco de perfume que le había regalado Chastity. Levantó una ceja al ver que no se había movido del sitio. —¿Algo más?

—No me provoques, Kate. Te lo advierto.

Se echó a reír volviéndose. —¿Vas a pegarme?

—Jamás te haría daño —dijo rabioso.

Le miró con desprecio. —Cabrón mentiroso. Sabías que me hacías daño cuando ibas a buscarme a mi habitación sin ocultar a lo que ibas. Cuando me amenazaste con hacerlo cada

noche como no acudiera a ti. Cuando me decías que podía retirarme como si fuera una zorra que ya había terminado un servicio. Las veces que te supliqué que no continuaras e insistías en preñarme para que no pudiera abandonarte.

—Quería que lo aceptaras.

—¡Querías doblegarme a tu antojo! —Sonrió satisfecha. —Pero si crees que vas a volver a convencerme para regresar a tu lado, estás más que equivocado. —Puso una mano en la cadera. —Pero gracias por enseñarme a cómo complacer a un hombre. Seguro que el siguiente lo agradece.

Furioso la cogió por la cintura pegándola a él y a Kate se le cortó el aliento porque nunca le había visto así de enfadado. —Deja que te toque otro hombre y os mato. —Kate intentó soltarse y como no la dejaba, le dio un bofetón que le volvió la cara. Justin sonrió girando la cabeza lentamente y Kate chilló al ver el deseo en sus ojos. La sujetó por la nuca acercándola a su rostro y siseó —¿Qué sientes, preciosa? ¿El fuego recorre tu vientre? ¿Te mueres porque te bese? Lo veo en tus ojos. —La respiración de Kate se alteró por sus palabras y sin darse cuenta se lamió el labio inferior. Él sonrió mirando sus labios antes de bajar la vista hasta su pecho al descubierto por la camisa interior. —¿No eres mía? Todo tu cuerpo llora por mí. Solo tengo que tocarte…

—¡Lord Justin! —gritó Betsy escandalizada desde la puerta abierta con una doncella mucho más joven detrás que estaba roja como un tomate.

Kate gritó desgarrada empujándole por los hombros y Justin palideció al ver la vergüenza en su rostro. —Preciosa…

—¡Vete! —gritó por un dolor indescriptible en el pecho que le hizo pensar que jamás volvería a llevar una vida sin esa sensación—. ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Ojalá no volviera a verte nunca más! ¡Me has destrozado la vida!

Lord James llegó en camisa y al ver la situación dijo muy serio —Justin acompáñame.

Justin dio un paso hacia ella, pero James al ver que ni le había escuchado le cogió por los brazos tirando de él fuera de la habitación. James era más fuerte, pero él intentó resistirse. —Puede que ahora pienses eso, pero somos uno, preciosa. Y siempre será así por mucho que te resistas.

Con los ojos plagados de lágrimas se quedó helada porque lo decía como si ella también formara parte de él. Como si la amara y eso no podía ser porque alguien que ama a otra persona nunca se comportaría como lo hacía Justin. Solo quería convencerla.

—Desaparece de mi vista —dijo con odio mientras una lágrima recorría su mejilla.

Él miró esa lágrima justo antes de que el Conde le sacara de la habitación y Betsy preocupada cerró la puerta de inmediato y con llave. Con la mano temblorosa se apoyó en el tocador antes de sentarse en el banquito que estaba ante él sintiendo que las piernas no le respondían.

—No señorita, no deje que la altere. Esta es su noche, ¿recuerda? —Betsy preocupada apretó los labios al ver que su peinado se había deshecho en parte. —Yo lo arreglaré y estará preciosa. —La cogió por los hombros volviéndola. —Recuerde que él no es el único hombre de esta ciudad.

Kate entrecerró los ojos. —Sí, solo hay una manera de librarme de él, de librarme de

todo. Ayúdame a arreglarme, Betsy. Debo encontrar un marido.

Sentada en su carruaje, James la observaba muy tenso sentado al lado de su esposa que cogió su mano, mientras Chastity no disimulaba su malestar por lo que había ocurrido. Ya se había enterado toda la casa. Estupendo. Estaba claro que ese hombre tenía que fastidiarle la vida por donde pasara, dejándola en evidencia.

—Esto no va a volver a ocurrir —dijo su señora fríamente haciendo que la mirara—. En este momento trasladan nuestras pertenencias a un hotel.

Johanna apretó los labios asintiendo porque sabía que ya no le haría cambiar de opinión. Chastity cogió su mano y forzó una sonrisa. —Ese hombre no te conviene. No le quiero cerca de ti. Su actuación de hoy ha demostrado que no tiene ningún decoro y consideración por ti y esto se ha acabado. No debes preocuparte más por él. Es el pasado y ahí fuera te espera tu futuro. Y te juro por lo más sagrado que serás muy feliz.

Se emocionó al escucharla y susurró —Gracias, Chastity.

James apretó la mano de su esposa que le miró ansiosa como si tuviera la solución, pero su marido miró por la ventanilla. —Hemos llegado.

Las ayudó a descender del carruaje y Johanna le cogió del brazo para ir hacia la casa que parecía a reventar. —¿Hemos llegado? —susurró furiosa—. ¿Vas a dejarlo así?

—No me iba a poner a discutir con la tía Chastity. Justin se ha vuelto a extralimitar y…

—La quiere. Está a punto de perderla y actúa a la desesperada.

—Lo sé, preciosa. Por eso no quiero ponerlo más en contra de tu tía de lo que lo está en este momento. Ha metido la pata y creo que ya se ha dado cuenta.

—¿Dónde está? ¿Vendrá a la fiesta?

—¿Crees que se la perdería? —preguntó irónico mirando hacia la casa levantando una de sus cejas rubias—. Ahí le tienes.

Johanna miró hacia la entrada y allí estaba. En las escaleras. Ambos vieron como Chastity y Kate se tensaban, pero la tía cogió a su protegida del brazo metiéndola en la casa. Justin apretó los puños mientras pasaban sin mirarle. James se detuvo ante él. —Buena la has hecho. Se van de la casa.

Ambos vieron el miedo en sus ojos grises. —¿A dónde?

—A un hotel hasta que tengan lista su residencia. No se cual, pero me enteraré. —Le advirtió con la mirada. —Ni se te ocurra disgustarla en la fiesta. No vuelvas a avergonzarla.

—No fue a propósito. ¡Creí que estábamos solos! ¿Acaso tú no le dices intimidades a tu esposa?

Johanna rió por lo bajo. —Más le vale.

—Esposa no le animes.

—Creo que el Vizconde no necesita animarse, marido. —Miró a su alrededor discretamente. —Cuidado con Chastity, Justin. Te estás buscando una enemiga feroz. —Ambos la miraron. —Y cuando digo feroz, quiero decir despiadada con los que odia. No llegó a tener su fortuna porque sí.

—Preciosa, esto se pone de lo más interesante. ¿Qué quieres decir?

Johanna se hizo la loca. —Bueno, ¿por qué no pasamos? Seguro que nos espera una noche de lo más entretenida. ¿Dónde estará Elizabeth? No veo su carruaje. Esta amiga mía siempre llega tarde.

—¡Johanna! —exclamaron los dos a la vez haciéndola gemir.

Volvió la vista hacia su marido y susurró —Es un secreto familiar.

—¡No estás emparentada con ella! ¡Él es mi primo!

—Bueno, técnicamente…

—¡Déjate de tonterías! ¡Suéltalo de una buena vez!

Se mordió el labio inferior y les hizo un gesto para apartarse de la entrada. Les miró a ambos con sus preciosos ojos ambarinos e hizo una mueca porque parecían de lo más interesados. —Sabéis que ella y su marido tenían gran amistad con mi padre. —Ambos asintieron. —Cuando les conocieron ya eran ricos. Nuevos ricos. Como nosotros. Habían amasado una fortuna con… —Bufó como si no quisiera decirlo. —El robo de bancos.

Ambos la miraron con sorpresa y Johanna se sonrojó. —¡No sé por qué pones esa cara marido, uno de nuestros mejores amigos es el rey de los bajos fondos de Londres y no te escandalizas tanto! ¡Además, ya lo habían dejado cuando conocieron a mis padres! ¡Su marido se dedicó a los negocios y con buena fortuna, debo decir! Pero…

James se cruzó de brazos. —¿Pero?

—Pero según se enteró mi padre, en su juventud Chastity no dudaba en deshacerse de los problemas de manera muy eficiente al igual que su esposo. De hecho ella era quien llevaba la voz cantante y si había un obstáculo ella lo resolvía.

—¿Mi mujer está acompañando a una asesina que robaba bancos?

—¡Tu mujer está acompañada por una de las damas más respetadas de Boston! Se ha hecho un hueco en la buena sociedad gracias a sus obras de caridad y no hay una sola casa que no la reciba.

—Porque no saben de dónde viene, ¿no es cierto? —preguntó Justin con ojos calculadores.

A Johanna se le cortó el aliento. —Ni se te ocurra hacerle daño a Chastity. El único que quedaría en evidencia eres tú porque no pienso darle la espalda. ¡Le debo mucho a esa mujer!

James se tensó. —Mi primo jamás haría una cosa así, cielo. No debes preocuparte.

Johanna se enderezó. —Más le vale porque si me traiciona verá de cerca el cañón de mi pistola y me importa poco que sea primo tuyo.

Molesta se alejó entrando en la casa y James gruñó. —Felicidades, primo. Acabas de perder a la última aliada.

Se volvió impotente. —No me jodas, James. Ya tengo bastantes problemas.

—Pues no te busques más. Estás yendo por el camino incorrecto y no terminas de darte cuenta. Te entiendo, de verdad, porque con Johanna los principios tampoco fueron fáciles, pero voy a darte el mejor consejo que te darán jamás. —Eso logró captar toda la atención de Justin. —Nunca has sido tierno, ni sincero respecto a tus sentimientos, nunca la has alabado fuera de la cama y nunca la has cortejado. Has perdido su amor. Has empezado mal y solo puedes solucionarlo de una manera.

—¿Qué manera?

—Tienes que recordarle por qué se enamoró de ti.

—¡Me quería sin conocerme!

—No seas estúpido. Te observó durante años. Te conoce mucho mejor que tú a ella. Solo le has mostrado tu lado malo desde que la tocaste por primera vez y eso ha borrado todo lo demás. Tienes que hacer que lo recuerde. Esa es la única solución a tu problema. —Le dio un golpe en la espalda que podría derribar a una montaña. —Y vuelve a cabrear a mi mujer y te retuerzo las pelotas.

Kate muy nerviosa dejó que la Condesa la presentara a todos sus conocidos como la dama de compañía de su querida tía Chastity. Ahí se dio cuenta de la influencia que tenían los Condes porque todo el mundo estaba pendiente de ellas. Incluso la Duquesa de Stradford, una mujer hermosísima que tenía un precioso cabello color caoba sonrió agradablemente cuando las presentaron y con confianza la cogió del brazo para presentarle a varios solteros. Entonces no paró de bailar. Pero aunque sonreía y era agradable con todo el mundo, no estaba disfrutando porque se sentía observada por Justin que estaba al borde de la pista con cara de funeral. Era imposible divertirse así y más después de la discusión que habían tenido.

Un joven rubio muy apuesto del que no se acordaba del nombre la pisó por tercera vez y él se sonrojó antes de disculparse. —No sé qué me pasa, señorita. Lo siento mucho.

Sonrió radiante porque no quería que se sintiera incómodo. —Pise lo que quiera, milord. Ya casi ni los siento de tanto bailar.

Él se echó a reír atrayendo las miradas y Kate le miró maliciosa. —Además, cuanto más me pise antes me iré a casa. En esta fiesta no cabe un alma más. —La risa del hombre la animó. —En cualquier momento nos faltará el aire y pareceremos peces fuera del agua todos tirados sobre este blanquísimo suelo de mármol con la boca en forma de o intentando que nos llegue el aliento. Por cierto, ¿quién lo limpiará? El suelo, digo. Puede verse una en él. —Abrió los ojos exageradamente mirando a su derecha. —Mire, uno que se está mirando. Ah no, que se le había caído el anteojo. —El chico se dobló de la risa y Kate soltó una risita. —¿Se ríe, milord? Pues no le he hablado de una mujer de mi pueblo que no ve nada. La pobre va palpándole la cara a todo el mundo y no es la primera vez que me mete el dedo en la nariz. Aunque yo creo que finge un poco porque bien que ve si le tiras un penique. Lo probaron unos niños de mi pueblo y funcionó. La muy aguililla lo cogió tan rápido que nadie podría decir que no ve bien. Claro que no probaron de nuevo porque se habían quedado sin el penique y no tenían más. —El hombre se apretó el vientre riendo y Kate sonrió. —¿A que ahora ya no se acuerda de haberme pisado?

—Sí que me acuerdo, pero lo llevo mucho mejor.

Kate sonrió radiante y el joven la miró como si le hubiera regalado la luna. —Seguro que querrá sentarse un poco para calmar esos delicados pies.

Antes de darse cuenta estaba sentada cerca de Chastity rodeada de jóvenes por todas partes que se reían de lo que les contaba. Johanna observándola mientras bailaba con su marido no salía de su asombro. —La adoran.

—Un problema, querida. Debo decir que no me lo esperaba tan…

—¿Exagerado? Mira ahí va otro. ¡Y deja plantada a su prometida! Oh… esto se nos va de

las manos.

—De las manos se le va a ir a Justin que parece que quiere matar a alguien. —Ambos miraron a su primo que se bebía su copa de brandy de golpe. Se les cortó el aliento al ver que daba un paso hacia el grupo, pero en lugar de eso salió a la terraza. —Menos mal… Ya creía que íbamos a dar otro espectáculo.

—Como si eso te importara —dijo James divertido.

—Pues no, pero ahora somos padres. Tenemos una reputación. —Su marido se echó a reír a carcajadas y Johanna sonrió. —¿A que cada día soy más dama?

La besó en la frente. —Sí, cielo. Cada día más.

Los Condes se quedaron de piedra al ver que Kate se levantaba y todos los demás iban detrás como corderitos sin querer perderse cada una de sus palabras. Y como el resto de la fiesta la vieron salir hacia el jardín. Johanna entrecerró los ojos. —Querido eso es una provocación en toda regla.

—Opino lo mismo, Condesa. Intenta sacarle de sus casillas. —Juró por lo bajo llevándola al borde de la pista y tan aprisa como podían llegaron a la puerta del jardín. Kate se había sentado en un banco de piedra bien a la vista rodeada de pretendientes que reían mientras que Justin al fondo del jardín les daba la espalda muy tenso.

—Pobrecito —dijo Johanna cogiendo del brazo a su marido.

—¿Ahora te pones de su parte?

—¡Siempre he estado de su parte! Pero es que tiene unas formas… ¿Seguro que no sois primos de sangre?

—Muy graciosa.

En ese momento Johanna se volvió para mirar a la fiesta y dejó caer la mandíbula del asombro al ver al joven de esa mañana, el que había sido atropellado por el carro, que casi arrastrándose con dos muletas iba en dirección a la balaustrada de piedra que estaba a su lado para mirar el jardín. Johanna no salía de su asombro.

Kate rió. —¡Válgame Dios! ¿Pero qué hace aquí, buen hombre?

—Necesitaba verla —dijo en voz bien alta para que le oyera desde allí.

Kate se levantó ignorando a los demás y se acercó mirándole desde abajo haciendo que los cristales de su vestido brillaran con la luz de la luna. Estaba tan hermosa que dejaba sin habla como demostró el joven que la miraba como si fuera una aparición.

—¿Y cómo se encuentra? ¿Ha sido mucho?

—No es nada, pero no podía dejar la oportunidad de disculparme.

—Disculparse por qué.

—Por echarle la culpa de mi tropiezo y por mi atrevimiento.

Kate soltó una risita de lo más seductora y James abrió los ojos exageradamente —Ésta quiere guerra.

—Sí, marido —dijo Johanna muy seria—. Y guerra va a tener.

—¿Incluso en contra de los deseos de Chastity?

—Puede que con Justin no se amedrente, pero querido… Soy yo y me adora. Jamás haría algo en mi contra. Puede que aprecie a Kate, pero a mí me quiere.

—¿Estás celosa, cielo?

—Pues un poco, la verdad.

Su marido se echó a reír. —¿La quieres lejos de Chastity?

—Bueno, en Escocia está bien.

En ese momento pasó Lady Mara con un hombre del brazo. Un lord que vivía cerca de su casa. —¡Ni hablar, ésta no se queda en Londres!

—Querida…

—Uf, cuanto trabajo. Cariño hablamos luego. Tengo que quitarle a ese hombre esa idea de la cabeza. —Salió corriendo tras Mara y James puso los ojos en blanco siguiéndola.

La puerta principal se cerró de golpe. —¡Milady, milady!

Johanna se levantó del sofá con su hija Rose en brazos y vio llegar a Betsy colorada por haber corrido. Eso la asustó. —¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a mis padres?

—No, señora. No es eso. Vengo de Bond Street.

Johanna frunció el ceño. —¿Te he enviado a hacer un recado?

—No. Pero tengo iniciativa, milady. Ya lo sabe.

Gruñó sentándose de nuevo. —¿Y bien? ¿Qué ocurre?

—No paran de hablar de ella, milady. Todo Londres la tiene en los labios.

—¿De quién hablas?

—¡De la señorita Datong! ¡Es la sensación de la temporada!

Johanna se levantó de nuevo y le hizo un gesto a la nani para que cogiera a la niña. —Empieza desde el principio.

—Bueno, como ayer no me enteré de mucho porque estaba dormida cuando llegaron… Dichoso embarazo…

—Al grano, Betsy.

—Pues fui a dar una vuelta por Bond Street a ver lo que se decía de ella. Solo iba a hablar con un par de ayudantes de Madame Blanchard porque así me enteraría si había pasado algo interesante en la velada, pero fue prácticamente salir a la calle y escuchar hablar de una joven encantadora que tiene locos a los mejores pretendientes de la ciudad. ¡No sabía que hablaban de ella hasta que dos damas dijeron su nombre! No me lo podía creer, así que fui a la casa de Madame y entré por detrás. Mary me lo confirmó, señora. ¡Es de ella de quien habla todo el mundo! De hecho, va a haber peleas por su atención y será invitada a las mejores fiestas de la temporada.

—Vaya. —Johanna se volvió poniendo los brazos en jarras.

—¡Y no solo eso! ¡La llaman la rompecorazones, milady! Por el chico ese que se rompió la pierna y fue al baile a verla. No saben lo que ocurre, pero debido a su atención y que después ella le ignoró el resto de la noche, la llaman así.

—Dile a tu marido que preparen el carruaje.

—Enseguida, milady.

James sentado mientras leía el periódico como si nada, lo cerró suspirando. Se cruzó de brazos molesta. —¿Y bien? ¿Tienes algo que aportar?

—¿Vas a verlas?

—Eso si están en el hotel, porque seguro que están en algún té desplegando sus encantos.

—Querida, creo que no deberías ir. Que se confíen. ¿Recuerdas que quería guerra? ¿Llevas tu puñal?

Johanna levantó las faldas colocando el pie sobre el brazo de su sillón y mostrándole el puñal en su pantorrilla. Su marido se la acarició y la miró a los ojos con deseo. —Hace mucho tiempo que no te diviertes. ¿Por qué no dejas volar tu imaginación?

Su mirada brilló. —¿Puedo hacerlo? ¿No me regañarás después?

—Estoy harto de verlos sufrir de esa manera. Ella no le entiende y él no se hace entender. Deben hablar y hablar mucho. ¿No estás de acuerdo conmigo, mi amor?

—Siempre estoy de acuerdo contigo, mi vida.

—Te ayudaría, pero como soy hombre…

—No estaría bien visto. Al menos con ella. Además, no quieres que Justin se cabree contigo.

—Qué lista eres. Pero disfrutaré muchísimo de lo que hagas tú.

Los ojos de Johanna brillaron. —Te mantendré al tanto.

—Eso espero.

Capítulo 8

Kate cogió el arco y uno de sus pretendientes movió su mano sobre la madera para que lo cogiera correctamente. —¿Así, Lord Shubrick?

—Lo hace de maravilla, señorita Datong. Ahora estire la cuerda mirando la diana y suelte.

Estiró el brazo hacia atrás y guiñó el ojo para ver mejor el punto rojo. Tomó aire y soltó la flecha que llegó a la diana casi rozando el centro. Chilló de la alegría haciendo reír a quienes la observaban. Chastity sentada a unos metros aplaudió como varios más.

—Es encantadora, señora Wickman —dijo la Baronesa de Melville sentada a su lado.

—Sí, da alegría por donde pasa.

—Me han comentado que lleva con usted relativamente poco tiempo. ¿A qué se dedicaba antes?

Aquella quería sonsacarla, pero no sabía con quien se había topado. —Estaba estudiando en Escocia, milady. Unos amigos en común me escribieron para comunicarme que debía salir del colegio de señoritas y como su familia no tiene recursos, me preguntaron si necesitaba una dama de compañía. Y vaya como la necesitaba. Yo me encontraba muy mal, ¿sabe usted? —La mujer la miró sorprendida. —Desde que enviudé echaba mucho de menos a mi George y ella fue un soplo de aire fresco. —La baronesa sonrió emocionada. —Mi ángel de la guarda. Si ella no hubiera aparecido yo no estaría aquí.

—Sí, es un ángel. Y muy divertida. Los jóvenes requieren su atención continuamente. —La vieron coger el arco de nuevo. —La casará enseguida si es lo que se propone.

Chastity miró a la dama con sus inteligentes ojos negros. —¿Y por qué iba a querer perderla? Solo quiero que se divierta. Aunque si se enamora… No soy quien para poner puertas al campo, milady.

—Ha llegado a mis oídos que ya han pedido su mano.

—Jóvenes impacientes y demasiado impulsivos para mi gusto —dijo Chastity molesta—. Mi querida Kate tiene la cabeza en su sitio y jamás se casaría sin conocer bien a su pretendiente. Que luego hay sorpresas desagradables.

—Tiene toda la razón, Chastity. Mi nieta se casó con un joven del que casi no teníamos referencias y fue un desastre de matrimonio cubierto por las deudas. Menos mal que el muy canalla se retó a duelo y nos deshicimos de él. —La Baronesa giró la cabeza hacia la otra parte del jardín. —Oh, mire. Aquí llegan los Condes de Fishburgne. —Dejó el platillo sobre la mesa. —Iré a saludarles.

—No se mueva, Baronesa. Mi Johanna viene hacia aquí —dijo con una sonrisa en los labios que demostraba que la adoraba.

—Oh, no sabía que tenían tan buena relación.

—La conozco desde que era una niña, milady.

—¡Tía Chastity! —Johanna se acercó del brazo de su marido. —Veo que estás muy bien

acompañada. Baronesa. —La mujer iba a levantarse para hacer una reverencia en respeto a su rango, pero Johanna no lo permitió. —Por favor no se levante.

—Me alegra muchísimo que hayan aceptado la invitación.

—Siempre es un placer asistir a sus meriendas. Son las más divertidas de Londres.

—Conde, ¿quiere un brandy?

—Me encantaría. —La Baronesa hizo un gesto con la mano y un lacayo se acercó. —Brandy para el Conde y té para la Condesa. —Johanna gruñó por dentro al pensar en el té y disimulando miró a su alrededor. —Kate se lo está pasando estupendamente. Como en las últimas dos semanas, ¿no Chastity? Nos hemos visto poco, pero las andanzas de tu dama de compañía se comentan por toda la ciudad.

Chastity se tensó. —¿Andanzas? No sé a qué te refieres, Johanna.

La Condesa hizo un gesto sin darle importancia. —Bah, tonterías de cotillas. —James reprimió la risa sentándose después de hacerlo su esposa y cogió la copa de brandy que le tendían. —Aunque debo decir que cierto rumor me preocupó un poco.

—¿Qué rumor? —preguntó la Baronesa de lo más interesada.

—No sé si debería. —Miró de reojo a Chastity que se había tensado. —¿Tía?

Chastity levantó la barbilla aceptando el reto. —Habla sin miedo, estoy segura de que es una estupidez porque mi Kate no ha hecho nada.

Johanna sonrió como si estuviera aliviada. —Pues verás, se comenta por la ciudad que la llaman de cierta manera. La rompecorazones. ¿Lo habías escuchado?

—Sí, cielo. Otra estupidez. Kate no le ha roto el corazón a nadie en su vida.

Los ojos de Johanna brillaron. —Eso no es del todo cierto, amiga. —La Baronesa se inclinó hacia delante sabiendo que estaba a punto de hincarle el diente a un jugoso cotilleo. —Según ha llegado a mis oídos, cierto joven de Escocia se prendó de ella y Kate le dio esperanzas. —Los ojos de Chastity refulgieron de furia, pero Johanna no se amilanó. —Y el pobrecito, creyendo que le amaba, le ofreció matrimonio. Hasta le compró una casa. Pero ella huyó dejándole en evidencia. A América, tía Chastity. Contigo. Pero el joven no se dio por vencido y sabiendo que regresarías a Londres, vino hasta aquí para esperarla. ¿A que es romántico?

—Mucho —dijo la Baronesa antes de sonreír—. ¿Y el nombre del joven? ¿Está por aquí?

—Oh, esa es la peor parte. No quiere ni verlo. El Vizconde tiene el corazón destrozado. Se dedica a beber lamiéndose sus heridas.

—¡Ella tiene derecho a amar a quien le plazca! —Todos miraron sorprendidos a Chastity que se sonrojó por su exabrupto. —Dentro de lo que marca la buena sociedad, por supuesto.

—Por supuesto —dijo la Baronesa—. Es una pena que ese joven se encuentre así, pero ella es libre de elegir. ¿No cree, Conde?

—Sí, pero no estoy de acuerdo con que se rían de un hombre. Si ella le dio alas para su comportamiento, como estoy seguro de que ocurrió por fuentes fidedignas. No me parece bien que se juegue así con las ilusiones de nadie.

La Baronesa apretó los labios mirando a Kate que reía cogiendo la flecha que le tendía uno de los jóvenes.

—Sé de buena tinta que esa historia no fue así —dijo Chastity con ganas de gritar.

—¿Y cómo fue, tía? ¿Puedes explicarlo? —preguntó divertida sabiendo que no podía

contar la verdad.

Chastity levantó la barbilla. —Por supuesto. Ese hombre quería lo que no le correspondía y se pasó de la raya con sus exigencias. Por eso ella huyó. Y me parece increíble que apoyéis a un sinvergüenza que únicamente quería aprovecharse de ella.

La Baronesa jadeó llevándose la mano al pecho entendiendo la situación y Johanna y James se tensaron porque les había salido el tiro por la culata. Chastity sonrió. —Johanna, te aconsejo que revises tus amistades si todas son como el Vizconde. —Se levantó como toda una dama. —Pregunta por ahí cuán triste estuvo el Vizconde hasta que llegó Kate, porque tengo entendido que su amante era visitada con frecuencia y agasajada como una Condesa. Si tanto echaba de menos a mi niña, ¿qué pintaba esa mujer en su vida? ¿Buscaba consolarse? —preguntó con burla—. Buenas tardes. Si me disculpan yo me retiro. ¡Kate! ¡Querida, nos vamos!

Kate se volvió sonriendo y Chastity correspondió a esa sonrisa. —¿Creen de veras que esa muchacha tiene una pizca de maldad en su alma? —Johanna gruñó antes de beber su té. —Y si la tiene simplemente es por desesperación. Como haría cualquier animal cuando está herido.

Kate llegó corriendo hasta ellas con las mejillas sonrojadas. —¿Nos vamos, Chastity?

—Sí, querida. Quiero descansar antes de la fiesta de esta noche.

Miró a los Condes y sonrió encantada. —¿Cómo se encuentran? Hace días que no hemos tenido la oportunidad de vernos.

—Muy bien, gracias —respondió el Conde—. ¿Asistirán al baile de los Wilber?

—¡Sí! Tengo muchas ganas de ir —dijo Kate emocionada—. Me han dicho que habrá fuegos artificiales. Nunca los he visto.

Todos sonrieron porque era imposible no hacerlo. Estaba llena de ilusión. —Pues nos veremos allí. Yo también quiero disfrutar de ellos.

—Estupendo. —Hizo una impecable reverencia. —Condes, Baronesa…

Chastity cogió su brazo y empezaron a caminar por el jardín en dirección a la casa mientras Kate no dejaba de hablar emocionada. Johanna se la quedó mirando mientras se alejaba. —Parece muy feliz.

Su marido gruñó por lo bajo.

—Esa niña es una fuente de alegría. —Miró hacia los jóvenes que ya no parecían pasárselo bien. —Enseguida se retirarán. Una pena. —Se volvió hacia los Condes. —¿Así que el Vizconde tenía una amante?

Los Condes se revolvieron incómodos. —No tenía ni idea. La vida te da unas sorpresas —dijo entre dientes antes de fulminar con la mirada a su marido.

—Yo tampoco lo sabía, preciosa. Te lo hubiera dicho.

—Me he quedado de piedra cuando lo ha dicho tía Chastity. Cariño, ¿no tenías una cita en el club de caballeros?

—Oh, ¿ya se van?

—Nos ha agradado mucho visitarla, Baronesa —dijeron a la vez levantándose. Johanna cogió a su marido del brazo—. Espero verla esta noche.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Se alejaron a toda prisa y Johanna bufó. —¿Una amante, James?

—Le voy a matar. No tenía ni idea.

—Bueno, da igual. Al menos ya hemos averiguado a dónde irán esta noche. Después de visitar tres meriendas estoy de té hasta las orejas.

James se echó a reír y la besó en la sien. —¿Está todo listo?

—Todo preparado. Nada puede salir mal.

—Espero que Justin no la fastidie demasiado.

—Ya hemos sembrado la duda respecto al amor que tiene por ella. Nadie se sorprenderá del final. La Baronesa se encargará de extender el rumor.

—Tu madre te ha enseñado bien.

—Gracias, marido.

Llegaron al carruaje y la ayudó a subir diciendo —Chastity no estará nada conten… — Cuando James vio a Chastity sentada en su carruaje se detuvo en seco. —Vaya.

—¿Vaya? ¡Creo que sé que os proponéis, pero aun así exijo explicaciones!

—Tía... —Chastity fulminó a Johanna con la mirada. —¡No me mires así! ¡La ama!

—¿La ama? ¿Y cuándo se lo ha demostrado si puede saberse?

—No puede porque no deja que se le acerque. ¡Lo ha intentado mil veces y siempre está acompañada de alguien! ¡Así no puede arreglarlo sin un escándalo!

—¡Y vosotros queréis ayudarle! ¡Traicionando la confianza que Kate depositó en vosotros!

Ambos se sonrojaron, pero Johanna no se dio por vencida. —No seas así, tía. Sabes tan bien como yo que ella también le ama.

—Un amor equivocado, es evidente. Por eso intento que se olvide de él —dijo empecinada.

—Justin no se ha sincerado respecto a lo que siente en el pasado porque no era apropiado —dijo su primo muy tenso—. Pero la ama. Te doy mi palabra, Chastity. Está dispuesto a hacer lo que sea para demostrárselo.

—¿Sin amenazarla? —A ambos se les cortó el aliento. —Porque la última vez que hablaron amenazó con matarla.

—Bueno, yo también amenacé con eso a mi marido alguna que otra vez y sigue aquí.

James asintió. —Varias veces, creo recordar. Pero Justin nunca le haría daño. Estaba celoso.

Chastity apretó los labios observándoles fríamente y bufó antes de mirar por la ventanilla. —Ese hombre no me gusta.

—Claro que te gusta. Le gustaría a cualquiera. Y ella le quiere. Ese odio que le demuestra es una fachada para proteger su corazón y lo sabes. Debemos hacer algo antes de que Kate de un paso que la lleve al desastre. ¡Y entonces serán los dos desdichados, tía! ¡Porque sabes que ese tipo de amor no desaparece nunca! ¡Ni después de la muerte!

Su tía bajó la vista hasta sus manos enguantadas. —¿Y si funcionara? ¿Habéis pensado en eso? ¿Con qué cara volvería ella a Drummond? Para todos sería el matrimonio de un Vizconde con una doncella. Eso no habría cambiado.

—Mi primo está dispuesto a pasar por ello. Incluso en contra de los deseos del Conde. No le importa que le desherede.

A Chastity se le cortó el aliento. —¿De verdad?

—Aunque sé que mi padre jamás haría eso. Además conoce a Kate desde niña y le tiene cariño. Si se da cuenta del amor que se profesan, todo irá bien y les protegerá de las malas lenguas. Menudo es mi padre cuando se enfada.

Chastity suspiró. —Mi niña no es feliz. Aparenta ante todos que lo es, pero no es feliz. Le prometí que lo sería y disimula ante mí, pero la escucho llorar por las noches.

—Tía… Debemos ayudarles. —Johanna sonrió radiante. —¿Te cuento mi plan?

—Johanna…

—Ya está medio convencida. En cuanto se entere de todo, me da el visto bueno, ya verás. ¿Sabes, tía? Tengo una casita preparada a las afueras de Londres. Les metemos allí y les sacamos en un mes. Ya tienen comida y todo. Un mes juntos y vuelven más enamorados aún, ya verás. El roce hace el cariño.

Chastity hizo una mueca. —¿Y cómo voy a justificar que falta un mes?

—Ha ido a ver a su padre a Escocia. Estaba algo delicado.

—Ella no querrá.

—Claro que no, por eso la secuestraré esta noche en la fiesta. A Justin no tengo que forzarle demasiado.

Su tía la miró a los ojos. —¿Secuestrarla esta noche?

—Será perfecto que lo sepas para que no des la voz de alarma. La sacas al jardín con los fuegos artificiales y me la acercas a una zona oscura. Ya tengo el cloroformo. Será pan comido.

—No sé. —Miró por la ventanilla. —Ese plan no me gusta demasiado.

—¿Quieres cambiarlo, tía? Admitimos sugerencias.

—Sí, voy a sugerir algo. —Sonrió poniéndoles los pelos de punta. —Como no dejéis en paz a mi niña, Justin aparecerá en el puente Serpentine con la lengua saliéndole de la garganta. —James se tensó con fuerza. —¿Creéis que porque soy una vieja, soy estúpida? No me provoquéis. Alejaros de Kate o resolveré yo este problema a mi manera.

—¡Chastity! No te atrevas a tocarle un pelo a Justin. ¡Te lo advierto!

—Te voy a advertir yo algo… Puede que te quiera como a una hija, pero Kate también es parte de mi vida y pienso protegerla. ¡De ti, de Justin y de quien haga falta! ¡Así que déjala en paz o me voy a enfadar! —Golpeó el techo del coche con fuerza. —¡Detenga el carruaje!

Johanna asombrada vio cómo se bajaba ágilmente. —Pero tía…

Chastity se volvió para mirarla fríamente a los ojos. —No os lo repito más.

Cerró la portezuela con fuerza y Johanna miró a James que hizo una mueca. —Preciosa, creo que hay que cambiar el plan porque se lo has dicho al enemigo.

Johanna gruñó de rabia. —¡Esa bruja me ha sonsacado para contarle mis planes!

—Sí, exactamente eso. Y debo reconocer que finge maravillosamente.

Se cruzó de brazos molesta. —¡Me ha amenazado! —No salía de su asombro. —¡A mí!

—¿Suspenderás lo de esta noche?

—¡Ni hablar! Ya he contratado a los hombres de Sterling —dijo mencionando al rey de los bajos fondos.

—¿No iba a hacer yo el traslado?

—Te necesito al lado de Justin para no crear sospechas.

—¿Y cuándo has cambiado el plan?

—Cariño, no empieces. ¿Esto no era cosa mía? —James asintió. —Pues eso. Tú con Justin. Así el traslado será más discreto aún.

—Pero no va a haber secuestro, Johanna. No voy a poner en peligro a Justin. Tu tía postiza está mal de la cabeza.

—Sí. —Hizo una mueca. —Esto no me lo esperaba. Pero saldrá bien, ya verás. No tendrá acceso a Justin en un mes porque no sabrá donde están. Y después ya estará hecho. Kate estará totalmente enamorada y no podrá negarse a su felicidad. —Gruñó de nuevo. —Como la quiere tanto…

—Preciosa deja tus celos a un lado de momento, ¿quieres?

—¡No estoy celosa!

—¡Es capaz de matarnos a nosotros para que le digamos su paradero!

—Qué tontería. Son amenazas que se dicen. —Se encogió de hombros. —A mí no me haría ningún daño.

—¡A ti!

—James, cariño, le sacas medio cuerpo a una viejecita. ¿No puedes defenderte solo?

—¡Uy… tú quieres sacarme de mis casillas!

Johanna se echó a reír y le abrazó por el cuello. —Confía en mí. Este plan va a salir de perlas.

Él gruñó abrazándola. —Más te vale. Condesa, ¿una siesta en cuanto lleguemos a casa?

—Estoy agotada —susurró antes de besarle.

Johanna vestida de rojo para la ocasión sonrió viendo como colocaban el cuerpo sobre la cama. Su rehén gimió bajo la mordaza mirándola con sus ojos como platos.

—Vamos, Chastity… Me has obligado a hacerlo —dijo divertida.

Uno de los gemelos de Sterling le quitó la mordaza. —Serás…

—Ah, ah. No digas algo de lo que te puedas arrepentir, tía. Te dije cuáles eran mis planes y pienso llegar hasta el final.

—¿La desato, milady? —preguntó Irwin divertido.

—Sí, por supuesto. No quiero que esté incómoda en su nuevo hogar.

—¡Ni se te ocurra dejarme aquí! —gritó furibunda sentándose en la cama de golpe.

—Tía, me he dado cuenta de que tú eres el obstáculo que hay entre Justin y Kate. Te necesito fuera de escena un tiempo. Ellos lo arreglarán, por supuesto. Y cuando regreses en unas semanas, quiero ver otra actitud.

—¡Johanna Sherman, ni se te ocurra! ¡Te voy a poner el trasero rojo como un tomate como se te ocurra dejarme aquí!

Los gemelos de Sterling se pusieron tras ella y Johanna sonrió. —Tendrás todo lo que necesites. Haré que te traigan el equipaje del hotel y no te faltará de nada. No te quejes tanto, éste es un secuestro de lujo.

—¡Estás desheredada!

Johanna se echó a reír. —¿De verdad, tía? Sabes que a mí no me interesa el dinero. Te quiero igual. —Le lanzó un beso yendo hacia la puerta. —Te lo daría en la mejilla, pero igual me

arañas y James se enfadaría un poco.

—¡Johanna! —La Condesa se detuvo para mirarla. —Cuida de Kate. Si le hace daño…

—No te preocupes, tía. La pienso cuidar muy bien. Esta es la última oportunidad del Vizconde. Como la fastidie… Después de lo que he tenido que hacer… Ya puede esconderse.

Los ojos de Chastity brillaron. —Te fallará, como le fallará a ella. Conozco a los hombres y sé que será así. Júrame que serás tan diligente en vengarte si vuelve a hacerle daño, como lo estás demostrando ahora.

Johanna levantó la barbilla. —Te lo prometo, tía.

Chastity asintió creyendo en su palabra. —¿Un mes? Eso no es nada si me libro de él. Y lo haré.

—Bien dicho. Pasaré a visitarte.

—Tráeme chocolates.

Johanna salió de la casa y le dijo a Irwin —Que no salga de aquí bajo ningún concepto.

—Sí, Condesa. Los hombres rodean la casa en turnos de cuatro horas.

—Perfecto. —Cogió su mano para subir a su carruaje y después de que cerrara la puerta le dijo por la ventanilla. —Por cierto, Irwin…

—¿Si, Condesa?

—Chastity te ha robado el cuchillo cuando le desatabas los pies.

Asombrado llevó la mano al cinturón para comprobar que no estaba en su funda. Johanna se echó a reír viéndole correr hacia la casa.

Cuando llegó a la fiesta se acercó sonriendo a su marido que hablaba con unos amigos y le acarició la espalda. El Conde se volvió con sorpresa y se echó a reír al ver que era ella. —Menos mal, si fuera otra tendría que darle muchas explicaciones a mi esposa.

—¿Es celosa, milord?

—Mucho. —Dejó su copa y pidió disculpas a sus conocidos. —Mi esposa me reclama un baile. —La cogió de la mano llevándola a la pista y la rodeó con sus brazos iniciando el vals. —¿Y bien?

—Todo perfecto. —Disimulando miró a su alrededor. —¿Dónde está Kate?

—Detrás de ti bailando. No la he perdido de vista. Hace unos minutos estuvo buscándola, pero la sacaron a bailar y sus pretendientes no le han dado un respiro. Pero ya se ha dado cuenta de que no está por aquí. Debe pensar que está fuera del salón. En nada de tiempo irá a buscarla.

—Bueno, ¿y Justin?

—En su lugar de siempre esperando para matar a alguien.

Ella miró hacia la chimenea y allí estaba charlando con unos conocidos sin quitar la vista de la pista de baile. —Bien, pues continuemos. Tú a Justin y yo a Kate. Adviértele que no meta la pata.

—Cariño, déjamelo a mí.

Se separaron en cuanto terminó la pieza y cada uno fue hacia un lado. No era difícil localizar a Kate, porque en cuanto terminó la música cuatro hombres se acercaron a ella con intención de sacarla a bailar. Johanna sonrió abriendo el abanico. —Discúlpenme caballeros,

debo hablar con Kate.

—Oh, por supuesto —dijo él que ya la tenía cogida de la mano antes de besársela como todo un caballero—. Pero no me olvide, señorita Datong.

—No podría —respondió seductora. Los hombres se alejaron y Johanna levantó sus finas cejas negras—. ¿Qué? ¿No se supone que tengo que comportarme así? —Estiró el cuello mirando de un lado a otro. —¿Has visto a Chastity? Hace rato que no la veo.

La cogió por el brazo saliendo de la pista de baile para ir hacia la puerta. —De eso quería hablarte. Ha tenido que irse.

La miró confundida. —¿Al hotel? ¿Por qué no me ha avisado? Hubiera ido con ella y…

Johanna negó con la cabeza. —¿Has visto que ha venido mi madre?

—No.

—Pues al parecer una amiga en común de la que yo no había oído hablar nunca se ha puesto enferma y han tenido que irse.

Kate la miró con desconfianza. —¿A dónde?

—Oh, a Bath. No sé lo que estarán fuera, pero me ha dicho que cuide de ti.

—Muy intempestivo todo, ¿no crees, Condesa?

—Sí, yo misma le dije que esperaran hasta mañana, pero al parecer esa mujer es alguien a quien Chastity aprecia enormemente. No ha querido esperar ni un minuto.

Era obvio que no se creía una palabra, pero allí no podía discutir y menos con una Condesa. Estiró la espalda como si fuera un palo y siseó —¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?

Johanna sonrió. —Nada. Esperarla en mi casa hasta que llegue. No vas a quedarte sola en un hotel.

—Como le pase algo…

Jadeó ofendida. —¿En serio crees que yo haría algo que dañara a mi tía querida?

—No es tía tuya.

—Ni tuya. —Johanna levantó la barbilla viendo como tras ella se ponían James y Justin. —Oh, mi vida, ¿nos vamos a casa? Estoy algo cansada.

Kate se volvió de golpe tensándose con fuerza al ver a Justin que sonrió cruzándose de brazos. —Ya veo.

—Creo que lo mejor es que nos vayamos antes de que empecéis a discutir.

Furiosa cogió sus faldas y fue hacia la salida cruzando el hall sin esperar a nadie. Johanna sonrió radiante. —Perfecto. Se lo ha tomado muy bien.

—No te confíes, esposa.

Al escuchar eso Justin salió corriendo y los Condes aceleraron el paso para llegar al exterior. Se quedaron asombrados al ver a Justin cogiendo a Kate por la cintura para intentar impedir que entrara en el carruaje de Chastity que estaba allí.

—Querida, tenías que haber cerrado la huida.

—Fallo mío. Lo reconozco.

Kate estaba furiosa e intentó pegarle una patada a Justin en el vientre para apartarle, pero éste la esquivó agarrándola por la cintura y metiéndola dentro para su sorpresa. Justin ordenó algo al cochero y entró cerrando la puerta. —Preciosa, es un empleado. Hará lo que le pida.

—¡Socorro! —gritó yendo hacia la puerta.

—Para no gustarte los escándalos…

Le miró con odio antes de chillar tirándose sobre él y agarrarle del cabello con fuerza. —¡Maldito chiflado! ¡Qué le habéis hecho a Chastity!

—¿A esa vieja? —preguntó asombrado—. ¡No le he tocado un pelo! —La sujetó por la cintura girándola y tumbándola de espaldas sobre el asiento.

Kate con la respiración agitada le miró a los ojos sin soltar su cabello. —¿De verdad?

Justin asintió subiendo la mano de la cintura hasta el lateral de su pecho. —Dios, estás tan preciosa. —Amasó su pecho por encima del corpiño y en recompensa recibió un bofetón que le volvió la cara parcialmente porque aún agarraba su cabello con una mano. Justin gruñó. —Querida te estás acostumbrando.

—¡Sobón! —le gritó a la cara. Justin se echó a reír cortándole el aliento porque hacía tanto tiempo que no escuchaba su risa que su corazón saltó en su pecho tomándola por sorpresa.

—Es que estás para comerte, preciosa. ¿Recuerdas ese día? Ese fue el día en que decidí que serías mía y no he cambiado de opinión en todo este tiempo.

La rabia y el miedo volvieron y tiró de su pelo de nuevo revolviéndose bajo su cuerpo. —¡Perro traidor! ¿Y qué dice esa amante tuya de eso?

La miró sin entender nada cogiéndole las muñecas y colocándoselas sobre la cabeza. —¿Qué amante? —gritó en su cara.

—¡Esa con la que has disfrutado desde que estás en Londres!

Justin levantó una ceja. —¿Estás celosa?

—¡Muérete!

—No te librarás de mí tan fácilmente.

—¡Te odio!

—No tengo ninguna amante. ¿Quién te ha contado ese embuste?

Kate frunció el ceño. —¿No tienes?

Justin se tensó. —¿Chastity?

—No me mentiría.

—¿Y qué más te ha dicho de mí? —dijo entre dientes sentándose molesto.

Al verse libre ella apoyó los codos sobre el asiento levantando la cabeza. —¿Te has enfadado?

—No, es que estoy muy interesado en conocer todo lo que esa mujer te ha dicho de mí.

—¿Aparte de que vas de fiesta en fiesta?

—¡Sabes perfectamente a que fiestas voy porque te encargas de dejarme muy claro que dejas que se te acerque cualquiera menos yo! —Kate se sonrojó.

—¡Pero después te vas de putas!

Justin la miró sin poder creérselo. —¡Al parecer me vale cualquiera!

—No, cualquiera no. Solo las que no pueden exigirte matrimonio. Como te gusta picotear…

—Vaya, por lo visto has guardado muy bien ese carácter que luces ahora. ¿O la mala leche solo la reservas para mí?

Sonrió dulcemente. —Solo para ti, cielo.

—Ya me he dado cuenta.

—¡No pienso quedarme en casa de los Condes!

—No creo que tengas muchas opciones. ¿O tienes dinero para pagar el hotel?

Se sonrojó con fuerza. —Chastity…

—Se ha ido. Si te exigen un pago no podrás hacerle frente y entonces sí que sabrás lo que es la vergüenza cuando te echen a patadas. Y puede que después Johanna esté lo suficientemente ofendida como para no acogerte en su casa hasta que regrese esa dulce viejecita. ¡Qué por otro lado no me gusta un pelo!

Jadeó indignada. —¿Quién eres tú para juzgar a esa buena mujer?

—¡Esa buena mujer es una ladrona y una asesina! En sus buenos tiempos seguro que pedían una buena recompensa por su cabeza.

Le miró con los ojos como platos. —Estás loco.

—Pregúntaselo a Johanna que la conoce muy bien. ¡Robaba bancos! Para que te fíes de su palabra.

—¡Me fío de su palabra porque nunca me ha hecho daño!

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que ignorara lo que sentíamos? ¡Eso seguro que hubiera sido mucho más honesto!

—Al menos no me habrías dejado en ridículo ante mi padre.

Él suspiró pasándose la mano por su pelo negro. —Preciosa, no tenía ni idea de que era tu padre. Nadie me lo dijo nunca.

—¡Eso es lo que te interesaba yo! ¡No sabías nada de mí! —dijo dolida—. ¡Solo querías una cosa y es lo que obtuviste, así que ahora desaparece de mi vista porque no lo vas a tener de nuevo!

—Nos casamos mañana.

Se quedó helada creyendo que había oído mal. —Estás loco.

—No. Lo he pensado mucho y me da igual todo.

—¡Pero a mí sí! Si no me amas, ¿para qué quieres casarte? ¿Por tu primo?

—No digas tonterías.

—¡Es que no lo entiendo!

—Pues está muy claro. Te quiero en mi vida. A mi lado. —Miró al frente muy serio tirando de las solapas de la chaqueta para ponerla en su sitio. —Serás mi esposa. Habrá un revuelo en Drummond, pero se pasará en cuanto me des un heredero.

Palideció al escucharle. —Un hijo…

Él la miró apretando los labios. —No pasa nada, cielo. Tendremos más. Es terrible por lo que pasaste y debía haber estado contigo. En la siguiente oportunidad saldrá bien.

—No habrá otra oportunidad. ¿Quién te lo ha contado? —preguntó rabiosa.

—Tu amiga Chastity se encargó de dejarme en evidencia ante mi familia contándoselo todo. Al parecer soy el culpable de tu trance y debía dejarlo claro. Por supuesto les impresionó que te hubiera ocurrido eso. Imagínate lo que pasé yo cuando me enteré de que habías perdido un bebé y yo sin saberlo. ¡Era mi hijo y no estabas ni en el mismo continente! No pensabas decírmelo, ¿verdad?

—¿El hijo bastardo de un Vizconde? ¿Qué lugar habría tenido en tu vida?

La cogió por la nuca acercándola a su rostro. —Preciosa, llevo unos meses realmente malos. No colmes mi paciencia. ¡Era mi hijo! ¡Tenía derecho a saberlo!

Furiosa metió la mano entre sus piernas y apretó con fuerza haciéndole gemir. —Vuelve a tocarme y ya puedes ir despidiéndote de tu hombría —siseó con ganas de arrancársela.

—Preciosa —dijo casi sin voz.

Kate sonrió maliciosa. —¿Te duele? ¡Más te va a doler como vuelvas a echarme en cara que me fui de tu lado! ¡En mi vida haré lo que me venga en gana! No eres nada mío y no lo serás nunca. —Sorprendiéndole saltó sobre él para bajar del carruaje a toda prisa. Él gimió doblándose sobre sí mismo. La madre que la parió. Qué dolor.

James apareció en la puerta y levantó una ceja. —Primo, tu novia ya está al final de la calle.

—Cógela tú —dijo con voz aguda.

—¿Es que vamos a tener que hacerlo todo nosotros?

—Por favor…

James puso los ojos en blanco antes de decirle al cochero. —Siga a esa mujer.

—Enseguida, milord.

Se subió al coche y cerró la puerta. Su primo seguía doblado sobre sí mismo. —Déjame sitio. Ya sabes que soy muy grande.

Gruñó enderezándose y James hizo una mueca al ver donde tenía las manos. —Vaya.

—Cuando la pille…

—Será cuando la pille yo. Primo, ¿no eres capaz de retener a tu mujer ni quince minutos?

—Muy gracioso. —Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. —Nunca había sentido esto.

—Claro, el amor. —Justin le miró como si fuera idiota y James se echó a reír a carcajadas. —Ah, que te referías…

—A veces te odio.

—Milord, ¿qué hago.? Está aquí.

James sacó la cabeza por la ventanilla y sonrió a Kate que corría como una descosida. —¿Subes y te llevo?

—¡No!

Justin puso los ojos en blanco antes de escuchar a su primo. —¿Y a dónde piensas ir?

Kate se detuvo en seco poniendo los brazos en jarras. —¡Disculpe Conde, pero le importa una mierda!

James se echó a reír antes de que Kate cruzara la calle para adentrarse en Hyde Park. Juró por lo bajo saltando del coche para seguirla y Justin la vio correr por el césped.

—¡Siga más adelante!

El cochero azuzó los caballos y siguieron la calle hasta el final del parque. El vestido azul de Kate era visible gracias a la luz de la luna y vio como miraba hacia atrás porque James acortaba el espacio entre los dos con cada zancada. Justin bajó del carruaje caminando tranquilamente sobre el césped y escondiéndose tras un árbol. Kate chilló cuando James por poco la agarra justo antes de que Justin la sujetara por la cintura girándola para quitarla de su camino. James se detuvo poniendo las manos sobre sus rodillas mientras ella intentaba soltarse. —Cómo

corre. Es una gacela.

—O tú muy lento. —La cogió en brazos sin esfuerzo y ella se retorció como pudo.

—¡Suéltame!

—Preciosa, estás asustada por lo que sientes a mi lado, pero es hora de dejar de huir. —Le miró con los ojos como platos y Justin sonrió satisfecho porque había dejado de resistirse. —Nos irá bien juntos, ya verás.

—¡Estáis todos locos! ¡Qué habéis hecho con Chastity!

—Está muy bien cuidada hasta que entres en razón —dijo James porque era obvio que no se había creído nada de lo que le había contado Johanna. Es que a su mujer lo de mentir…

—¡La habéis secuestrado!

—¡No! —Justin sonrió. —¿Cómo íbamos a hacer eso? —Miró a James que hizo una mueca. —¿La habéis secuestrado?

—¡Tú y tus esbirros estáis para que os encierren!

—¿Nos ha llamado esbirros?

—Se le pasará —respondió como si ella no estuviera delante. La metió en el carruaje y Kate se lanzó hacia la otra puerta. Justin la cogió por la falda reteniéndola mientras se subía tras ella.

El sonido de la falda al desgarrarse la detuvo en seco y se volvió mirándole como si quisiera matarle. —¡Me has roto el vestido!

—No, lo has roto tú al resistirte.

Furiosa se sentó a su lado cruzándose de brazos. —Ya puedes hacer que lo arreglen.

—Por lo que he visto tienes muchos gracias a la generosidad de esa bruja.

—¡No la llames así!

James se sentó ante ellos, pero sus piernas eran tan largas que chocaban con sus rodillas. —Dichosos carruajes. Parecen de juguete.

Justin la cogió por la cintura sentándola sobre él. Kate gruñó mirándoles como si quisiera matarles. Así que estaba retenida en casa de los Condes hasta que entrara en razón. Pues se iba a cansar de esperar. Y en cuanto pudiera, se largaba de allí. Vaya que sí. Como si tenía que robar dinero para desaparecer. Se quedó de piedra por ese pensamiento. ¿Robar? ¿Ella que nunca en la vida había robado nada? Hasta ese punto estaba desesperada por perderle de vista. ¡Los vestidos! Podía venderlos y conseguir billete para Boston. Había conocido a mucha gente durante su estancia allí. Sería fácil encontrar otro trabajo. Lo difícil sería sacar los vestidos y venderlos. Podía hacerlo poco a poco. Eso si la dejaban salir de la casa, claro. Que lo dudaba mucho.

—Uy, primo. Tiene la misma cara que pone mi esposa cuando maquina algo.

Justin la cogió por los mofletes volviéndola hacia él y frunció el ceño. —¡Kate, ya está bien!

Con boca de pez porque no la soltaba susurró —Espero que te caiga un rayo y te parta ese alma tan negra que tienes.

Justin puso los ojos en blanco antes de atraerla hacia él y besar sus jugosos labios. Kate gimió empujándole por los hombros y él la dejó sonriendo divertido. —Preciosa si abres la boca se te da mejor.

—¡Imbécil!

—Nada, que no avanzamos.

James carraspeó. —Estoy aquí, primo. Menos mal que hemos llegado.

Kate se sonrojó y le dio a Justin varias palmadas en las manos para que la soltara. —Muy bien, pero es la casa de ahí enfrente. Por si te confundes.

—Muy gracioso.

Saltó del coche y subió los escalones entrando en la vivienda de los Condes porque George tenía la puerta abierta. —Bienvenida, señorita Datong.

Sin dirigir la palabra a nadie subió las escaleras corriendo y el mayordomo levantó una ceja. —La de siempre, señorita.

El portazo en el piso de arriba indicó que había encontrado la habitación. Justin suspiró. —Un whisky, triple.

—Anímese Vizconde. Le odia un poco más pero no hay nada imposible.

Gruñó entrando en el salón donde toda la familia estaba reunida. —Bueno, ¿alguien me va a explicar por qué habéis secuestrado a Chastity? No es que me queje, ¿pero no creéis que deberíais haberme mencionado algo?

—Es que te necesitábamos furioso —dijo Rose encantada de la vida sentada al lado de su hija en bata y camisón—. Y celoso. Chastity podía sospechar algo si mostrabas otra actitud. Es muy lista.

—¡Muy lista no puede ser cuando la habéis secuestrado!

—¡Oye, no nos quites mérito! Pensaba que íbamos a secuestrar a Kate por eso se confió. —Johanna sonrió. —Pero cambié el plan.

—Porque la vieja le sacó el plan de principio a fin —dijo James divertido.

—Es muy lista. Lo que yo decía.

Justin miró de un lado a otro. —¿Y Henry?

—Oh, durmiendo. Es que yo quería saber en qué acababa todo. El pobrecito no aguanta tanto. Debe ser la edad.

—¡Estoy hecho un jovencito, mujer! —dijo entrando en el salón en batín.

—Padre, ¿te ha despertado Kate?

—Menudo portazo ha metido. Y creo que ha roto un jarrón.

Algo haciéndose añicos les hizo mirar hacia arriba y Johanna jadeó. —¡Justin detenla!

—Te lo pagaré.

Parpadeó asombrada. —Ah, vale.

Rose reprimió una risita. —Al menos ya está en casa.

—Mañana me caso. —Todos le miraron como si le hubieran salido cuernos. —¿Demasiado pronto?

—¡A no ser que quieras que diga sí quiero con una pistola apuntándola! —dijo Johanna indignada. Su marido la miró divertido—. ¡Lo nuestro fue muy distinto! No compares.

—¿Yo? No. Ni se me ocurriría comparar la situación.

Johanna con los ojos entrecerrados chasqueó la lengua antes de mirar a Justin de nuevo. —Mira, te he facilitado muchísimo las cosas, pero ahora está en tu mano que ella diga sí quiero libremente.

—Por…

—Lo he prometido. No debes dañarla de ninguna manera. De ninguna manera, Justin. ¡Cómo la vea llorar una sola vez, te despellejo vivo!

El sonido de algo al romperse hizo gemir a Justin pasándose la mano por la nuca. —¿Eso ha sido la ventana? —preguntó Rose dándole un codazo a su marido que se estaba quedando dormido en el sofá.

Justin salió corriendo y todos expectantes salieron al hall para ver que había salido de la casa. —¡Mujer! ¡Cómo se te ocurre descolgarte por la ventana! ¿Has perdido la cabeza?

—¡Justin me caigo!

Él se puso debajo y Kate gritó cuando su mano se resbaló cayendo sobre él antes de rodar por el jardín. Con la mejilla sobre el húmedo césped suspiró. Se había librado de una buena.

—¿Justin? —La voz de Johanna le hizo levantar la cabeza. —James que llamen a un médico.

Asustada caminó a cuatro patas hasta él que estaba boca arriba con los ojos cerrados. —¿Justin? —Le tocó la mejilla porque no respondía y asustada rasgó la camisa de golpe para poner su oído sobre su pecho. —¿Justin? —La caricia en su cuello le hizo levantar la cabeza y su sonrisa casi la hizo llorar del alivio. Casi.

—¿Te he hecho daño?

—No, cielo.

—¡Qué pena!

Se levantó y entró de nuevo en la casa dando otro portazo dejándolos a todos fuera. —Menudo carácter que se le está poniendo —dijo Henry sorprendido.

—Es él que la desespera. Kate es de trato fácil —dijo Johanna haciendo un gesto con la mano sin darle importancia. El llanto de una de las niñas la hizo jadear antes de correr hasta la entrada—. ¡George, abre la puerta!

Capítulo 9

Kate sentada sobre la cama de su habitación, echó un vistazo a su alrededor buscando una salida o algo que la ayudara a escapar. Hizo una mueca porque la verdad es que la habitación estaba hecha un desastre. Suspirando se levantó para recoger los restos del jarrón que había tirado. Ahora se sentía avergonzada por su comportamiento. Como si fuera una de esas malcriadas que ella había atendido tantas veces.

Se arrodilló en el suelo gimiendo al ver el espejo roto, pero al darse cuenta de que no tenía donde tirarlos se levantó a toda prisa. Abrió la puerta y caminó por el pasillo hasta la escalera de servicio. Al bajar las escaleras fue consciente de la hora que era y de lo silenciosa que estaba la casa. Se mordió el labio inferior viendo la cocina vacía y cogiéndose las faldas se acercó a la puerta de puntillas. Reteniendo el aliento vio que solo tenía un pestillo por dentro y estiró la mano para deslizarlo tan silenciosamente como pudiera.

—Kate… ¿A dónde vas a ir?

Se volvió sorprendida para ver a Justin tras ella con una copa de brandy en la mano. La observaba muy serio sin moverse y eso la tensó más si era posible.

—¿A dónde vas a ir, preciosa?

Se le cortó el aliento porque tenía razón. Sin sus vestidos no tenía ni donde caerse muerta. Se quedaron mirándose a los ojos y la impotencia la recorrió. Se lo había robado todo. Su antigua vida en Drummond al lado de su padre y la que había conseguido con Chastity. Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas que luchaban por salir y vio cómo se acercaba sonriendo irónico.

—Preciosa, deberías regresar a tu habitación. A no ser… —Kate dio un paso a un lado poniéndose nerviosa por lo que prometían sus ojos grises. —Vamos, lo estás deseando. —Le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos. —¿Ya no me quieres, Kate? —Ella negó con la cabeza alejándose mientras sentía que todo empezaba de nuevo y al chochar con la encimera se sobresaltó. Justin rió. —Pareces a punto de saltar en cualquier momento. Soy yo, cielo. —Agachó la cabeza con intención de besarla, pero ella sintiendo pánico porque se repitiera la historia, se arqueó hacia atrás huyendo de su beso porque sabía que si la besaba de nuevo ya no podría negarle nada. Su mano chocó con algo y agarró el mango del cuchillo sin dejar de mirar sus ojos grises que sonreían satisfechos como si ya lo hubiera conseguido. —Te esperaba porque sabía que lo intentarías de nuevo. —Acarició su cuello estremeciéndola. —Lo supe aquel día, ¿sabes? Cuando montada ante mí me ordenaste que detuviera el caballo. Tienes carácter, preciosa… y me iba a costar convencerte. —Rió por lo bajo. —Y te resististe, ¿no es cierto? Tenías que retarme en cada momento, pero al final viniste a mí cada noche. Unas noches maravillosas. —Le acarició la nuca tirando suavemente de ella hasta su rostro. —Pero te fuiste por el que dirán. Lo entiendo. La vergüenza pudo contigo, pero ahora será distinto, cielo. Te lo prometo. Volverás como mi esposa y serás tú quien mandes. Nadie se atreverá a rechazarte o avergonzarte de nuevo, te lo prometo.

No se creía una sola palabra. Justin jamás se enfrentaría a su tío porque tenía el título al alcance de las manos y ella no le importaba nada como demostraba la manera en que la había tratado en el pasado. La frase puedes retirarte resonó en sus oídos. Nunca sería suficiente para él. Solo quería seducirla de nuevo como veía en sus ojos grises. Después le diría que no podrían casarse cuando ya la hubiera amarrado con un hijo como fue su intención en el pasado. Y eso le impediría alejarse de él de nuevo porque no tendría a donde ir. Si claudicaba ya no habría nada que hacer. Sería su amante hasta que se muriera porque solo le tendría a él y los hijos que pudiera darle. Pensar en lo que dirían a su alrededor en Drummond le revolvió el alma. Pensar en su padre y en su desilusión si regresaba la rompió por dentro. —Nunca seré tu esposa —susurró agitadamente. Una lágrima corrió por su mejilla sorprendiéndole por el dolor que reflejaba.

—Sé que te hice daño…

—¡Daño! ¡Me lo has quitado todo! ¡Mi familia! ¡Mi hogar! ¡Nunca podré mirar a mi padre de la misma manera por la vergüenza que me recorre porque sepa que me abrí de piernas para el señor de la casa! ¡Perdí a mi hijo! —gritó desgarrada—. Y no me queda nada.

Justin palideció. —Preciosa, ahora podrás regresar. Te lo prometo.

—¡Nunca regresaré a Drummond! Y nunca regresaré a tu lado. —Descompuesta se puso el cuchillo en el cuello. —Antes me mato.

—¡Kate! —Asustado por como temblaba su mano, dio un paso atrás temiendo que lo hiciera. —Kate baja el cuchillo —dijo pálido.

Angustiada susurró —Solo quería que me dejaras en paz. Quería iniciar una nueva vida. ¡Quería ser feliz!

—Y serás feliz, te lo prometo. Me alejaré.

—No, no lo harás. ¡Crees que soy tuya!

El afilado filo del cuchillo estaba marcando su delicada piel y ni se daba cuenta. Kate gimió por el dolor que sentía su corazón. —Con Chastity era feliz. No como en Drummond observándote a través de la ventana —dijo con la voz entrecortada. Sonrió con tristeza—. Fueron los mejores años de mi vida. Anhelaba tus visitas al castillo, ¿sabes?

—Preciosa, por favor —dijo angustiado—, baja el cuchillo.

—Jamás imaginé que tendría tu atención. Sabía que era algo imposible. Mi padre me lo advirtió. Tenía que haberle hecho caso. —Con la mirada perdida como si estuviera recordando sollozó. —Mi pobre padre... No quiero ni imaginar la vergüenza que ha pasado.

—Estará deseando verte.

—¡No! —gritó haciéndose un corte muy feo en el cuello—. ¡Quiso que me fuera!

—Dios mío, Kate dame el cuchillo.

—Es lo mejor —dijo como si hubiera dado con la solución. Sonrió de repente poniéndole los pelos de punta—. Así se acabará todo. El dolor y tu…

Justin vio como apretaba el mango del cuchillo y desesperado le lanzó un puñetazo que la tiró sobre la encimera golpeando su cabeza con fuerza contra la pared. Sin sentido abrió la mano y el cuchillo cayó al suelo de madera haciendo un ruido estrepitoso. Justin asustado vio la sangre en su cuello y la cogió antes de que su cuerpo cayera al suelo. Se arrodilló a su lado y le acarició las mejillas. —¿Kate? —Parecía estar muerta. —¡Kate!

George entró en la cocina con una lámpara de aceite y se santiguó al ver a la señorita que

estaba pálida como una muerta. El mayordomo se giró gritando y pidiendo ayuda. Justin angustiado la abrazó sin darse cuenta de que lloraba. —Por favor… por favor preciosa… Jamás he amado a nadie tanto como a ti. —La besó en la sien. —Serás feliz. Te lo prometo. Te lo prometo, preciosa. Haré lo que sea para que seas feliz, pero no te vayas.

James llegó corriendo a la cocina solo con los pantalones puestos, perdiendo todo el color de la cara al ver a Kate. —¡Un médico!

Su primo le miró a los ojos. —Está muerta. —El Conde se llevó las manos a la cabeza. —La he matado.

Las horas pasaban muy lentamente y Justin desesperado sentado en el sofá ni escuchaba a los demás que susurraban mientras esperaban noticias del médico.

—Dios mío, ¿qué estará pasando? —preguntó Rose descompuesta.

Su marido se sentó a su lado y cogió su mano para reconfortarla. Justin vio el gesto y se quedó mirando sus manos unidas ante él con la mirada perdida. Eso es lo que Kate no había tenido nunca. Un gesto amable de su parte. Un gesto cariñoso que le demostrara que le importaba. Su maldito orgullo le había impedido mostrarle lo importante que era para él cuando había querido apartarse de su lado y se mantuvo en sus trece empeñado en doblegarla porque sabía que era suya.

James muy tenso le observaba desde al lado de la ventana. Empezaba a amanecer y su primo podía ver en su rostro el sufrimiento que reflejaba su alma. —Justin…

Negó con la cabeza. —Solo quiero saber que se pondrá bien. —Apoyó los codos sobre las rodillas con sus ojos llenos de lágrimas y pasándose la mano por ellos para borrarlas sorbió por la nariz.

Rose le miró con pena. —Seguro que sí. No te aflijas. El doctor dijo que estaba viva y la sacará adelante, ya verás.

Johanna entró en el salón con una gruesa bata de terciopelo rojo y Justin se levantó de golpe reteniendo la respiración. —Tiene un corte muy feo en la garganta. El doctor dice que ha tenido mucha suerte porque se podía haber cortado una vena. Lo que le preocupa es el golpe en la cabeza. Tiene la parte derecha muy hinchada por el puñetazo, pero en la parte de atrás tiene un chichón enorme. Dice que eso es lo que la mantiene inconsciente y no sabe si despertará. La ha tocado por todo el cuerpo y al parecer reacciona bien, pero dice que los golpes en la cabeza son muy peligrosos. —Miró a su marido. —Deberíamos ir a buscar a Chastity.

—Hija, ahora no es buen momento. Se pondrá como loca y eso no solucionará nada —dijo Henry preocupado—. Mejor esperemos acontecimientos.

—James vete a buscarla —dijo Justin pálido—. Si se despierta querrá verla porque no se fía de nadie que no sea Chastity.

—Joder —dijo su primo por lo bajo antes de acercarse a su esposa que parecía descompuesta—. ¿Estás bien?

Asintió con lágrimas en los ojos. —¿Qué hemos hecho mal?

—Presionarla, preciosa. Eso es lo que hemos hecho mal.

—Pero le quería. Sé que le quería.

—No es culpa vuestra —dijo Justin muy tenso—. La culpa es solo mía porque ni una maldita vez le he demostrado lo importante que es para mí.

El doctor apareció tras Johanna sorprendiéndoles por la sonrisa de sus labios. —La señorita se ha despertado.

Johanna jadeó llevándose la mano al pecho. —¿De veras?

—No, pero quería comprobar su reacción.

Todos dejaron caer la mandíbula del asombro. Todos menos Justin que reaccionó con furia acercándose y agarrándole de las solapas del traje. —¿Vas a hacerte el gracioso con la salud de mi mujer?

—Era para cuando hablara con la policía —dijo asustado—. Para ver quién era el culpable, pero ya veo que usted es más inocente que nadie.

Rose jadeó indignada. —¿Pero qué dice este hombre?

James gruñó. —Es que nuestro médico está resfriado y ha enviado a su ayudante.

El médico se sonrojó. —Doctor Maggot a su servicio.

—¿Está bien? —gritó Justin en su rostro.

—Estará perfecta en una semana. Se ha despertado con algo de dolor y la he medicado. La doncella está con ella en este momento y le he dado un tónico para que esté tranquila.

Justin le empujó corriendo hacia la escalera. El doctor consiguió no caerse y el Conde dio un paso hacia él. —Si quiere trabajar en esta ciudad, hay ciertas cosas que no se hablan con la policía —dijo amenazante.

El hombre levantó la cabeza para mirar su rostro. —Sí, por supuesto.

—Cariño, espero que el doctor Hobson se ponga bien pronto. Ya que entiende muy bien a esta familia y sería una pena que le pasara algo. Espero que se reponga pronto. —Entrecerró los ojos mirando al médico. —¿Le atiende usted?

—No, se atiende a sí mismo.

Todos suspiraron del alivio y George le hizo un gesto con la mano. —Por aquí, doctor.

—Antes de irme… Que descanse y la herida del cuello que no la destape en un par de días. Si hay suerte no le quedarán demasiadas marcas. —Cogió el sombrero que le tendía George. —Buenos días.

Johanna cogió impaciente los bajos de su bata y empezó a subir la escalera tras su marido. Cuando llegaron se quedaron en la puerta porque Justin estaba sentado en la cama cogiendo su mano como si quisiera aferrarse a Kate de alguna manera mientras hablaba con ella en voz baja, pero parecía que estaba dormida. Johanna dio un paso hacia la habitación, pero su marido la cogió por el brazo. —Dejémoslos solos.

—Pero…

—Sí, hija. Vete a descansar. Justin se quedará con ella —dijo Henry muy serio mirando lo hinchada que tenía la cara—. Madre mía, como Chastity se entere de esto nos va a matar a todos.

James le hizo un gesto a Betsy que se acercó de inmediato saliendo al pasillo. —¿Ha dicho algo?

—Cuando se despertó estaba desorientada y preguntó dónde estaba su padre. Pero al darse cuenta de que estaba en Londres se quedó callada y no dijo nada más. Se ha vuelto a

quedar dormida con lo que le ha dado ese médico. Así no le duele.

—Mañana llamaré a otro médico para que la revise. No me ha dado mucha confianza con sus tonterías.

—Marido, el tiempo que estuve en la habitación fue de lo más profesional. ¿Y si hablaba en serio y llama a la policía?

—No pasará nada. Es su palabra contra la nuestra y ella no puede mentir al respecto.

—Eso si te crees lo que te ha contado tu primo.

A James se le cortó el aliento. —¿Qué insinúas?

—El mismo dijo que la había matado, hijo —replicó su suegro —. Y cómo la ha tratado desde que la convirtió en su amante... Ha dicho mil veces que es suya como si pudiera hacer con ella lo que quisiera. Cada vez que están juntos ocurre algo desagradable para Kate. ¿Y si la pilló escapándose, pues estaban al lado de la puerta de la cocina y perdió los nervios porque no conseguía de ella sus propósitos? He oído de hombres que mataron a sus mujeres por mucho menos, te lo aseguro.

—Justin no es así —siseó muy tenso—. La quiere.

—Quizás la quiere demasiado y ella solo quiere huir. Teníamos que haberle hecho caso. Respetar sus deseos —dijo Rose preocupada—. Igual quiso huir por razones que no sabemos. Algunas mujeres se avergüenzan de esas cosas.

—Os digo que Justin no es así. La quiere. ¡Nunca le haría daño! ¡No iba a dejar que se matara ante sus ojos!

Johanna miró sus ojos azules con pena porque sabía que estaba sufriendo por su primo. —Cariño, ¿no te has preguntado lo que tiene que sufrir Kate para haber buscado esa salida? En los dos casos es ella la que sufre, cielo.

James apretó los labios asintiendo. —Hablaré con él. Le pediré que se vaya de la casa.

Para todos fue un alivio y más cuando el Conde le dijo a Betsy —Quiero una doncella con ella día y noche para vigilarla. No deben dejarla sola ni con el Vizconde, ¿entendido? Encárgate de que George lo ordene a quien crea conveniente.

Betsy asintió. —Enseguida, milord. —Sus señores se alejaron y Betsy susurró —Preguntó por él. —Todos se volvieron mirándola sin entender y Betsy se acarició el vientre. —Preguntó por él antes de quedarse dormida de nuevo. Preguntó dónde estaba.

Johanna frunció el ceño. —¿Y qué le respondiste?

—Que estaba en el salón, milady. Que estaba preocupado por ella.

—¿Te dijo algo más?

—Estaba agotada. Creo que ni pensaba con claridad al decirlo.

—¿Qué dijo, Betsy? —preguntó James muy tenso.

—¿Preocupado por mí? Si estoy aquí es por su culpa. Su maldita culpa. —Apretó los labios. —Esas fueron sus palabras.

—Bueno, esas palabras pueden significar mil cosas —dijo Rose encogiéndose de hombros.

—Dejan una cosa clara. Le hace responsable de su situación. —James le hizo un gesto a la doncella para que les dejara y Betsy se alejó para hablar con su marido que estaba en las escaleras. —Mañana hablaré con Justin muy seriamente y si no entra en razón mandaré llamar a

mi padre.

Henry asintió. —Es lo mejor.

Miraron hacia la puerta. —Deberíamos…—susurró Johanna.

—Está dormida. Déjale un rato con ella para que no se altere. En un par de horas me pasaré por la habitación y le sacaré. Vamos, cielo. Vete a descansar. —Besó a Johanna en la sien. —No has dormido nada.

—Me siento tan culpable. Yo…

—Cielo, no haces estas cosas con malicia. Simplemente te salen mal.

Parpadeó asombrada mirando a su madre. —Oye, guapa... Que a meterme en las vidas ajenas lo aprendí de ti. Y no salen mal. Al principio siempre se tuercen un poco, pero al final siempre triunfo. ¡Y tú eres la culpable de todo que lo aprendí desde pequeñita!

Su madre jadeó indignada. —Con los líos en los que te metes. ¡Tendrás cara!

Viéndolas discutir ambos sonrieron hasta que se metieron en sus habitaciones con sendos portazos. Entonces los dos suspiraron perdiendo la sonrisa. —¿Quieres que vaya a hablar con tu padre para explicarle la situación?

—Si Datong te ve allí, te preguntará por ella. Ya sabe que está en Londres y está impaciente por verla. Me lo ha escrito padre por carta.

—Vaya. Eso es un problema. ¿Crees que vendrá a verla?

—En este justo momento espero que no lo haga. Sería un inconveniente que no sabríamos resolver.

Una doncella muy seria pasó ante ellos haciendo una reverencia y entrando en la habitación sin decir ni una palabra. —Están en pie de guerra. Es una de los suyos y no aprueban esta situación. Hace unas horas he escuchado que una de las doncellas decía que era indignante como la teníamos secuestrada. Que Kate era libre para irse cuando quisiera y que solo pensábamos en los deseos de un Vizconde caprichoso que el día de mañana le daría la patada sin mirar atrás. Que le estábamos arruinando la vida. Otra la hizo callar diciendo que se metiera en sus cosas, pero la miró de una manera que era evidente que le daba la razón.

James se tensó. —Hablaré con George para que les explique la situación.

—Creo que la saben muy bien porque no hemos sido discretos precisamente. Y menos en la casa. Han oído de Kate ciertas intimidades que a mí me avergonzarían. Somos muy dados a expresar todo en voz alta y a nosotros nos da igual porque sabemos que nuestra vida no saldrá de estas cuatro paredes por la cuenta que les trae, pero al ser una de ellos… Temo que esto se comente fuera de la casa y entonces Justin será desacreditado por toda la ciudad. Sabes lo que un mal rumor puede ocasionar en una reputación, James. Le van a destrozar cuando se enteren. Unos por atreverse a sugerir que pueda llegar a tener una vida con una antigua doncella y otros simplemente por hacer daño. Y será inevitable que todo el mundo se entere de que antes era doncella. Eso es evidente.

James asintió. —Hablaré con George de inmediato para evitar los rumores a toda costa. La enviamos a América para que tuviera una nueva vida. Sería un desastre que se enteraran de sus antecedentes ahora por un paso en falso.

Henry negó con la cabeza. —Da igual lo que hagáis. La gente se enterará tarde o temprano. Hace unos días vi como Lady Mara la observaba en Hyde Park cuando Johanna fue a

saludar a Chastity. La reconoció, pero no podía asegurarlo al cien por cien. En cuanto lo relacione con Justin…

—Déjame a Mara a mí. No habrá problema.

—¿Seguro?

—Seguro. Mara es de fiar y más con la familia. Puede que le haya hecho daño, pero quiere a mi padre y no haría nada que nos ofendiera.

Justin acarició su mano y se detuvo cuando la escuchó suspirar mirando expectante su rostro. Dejó salir el aire que estaba reteniendo cuando no se despertó. Atento a su respiración ni escuchó como se abría la puerta lentamente ni como su primo se ponía a su lado.

—Justin —susurró llamando su atención—. Ven conmigo.

Se tensó, pero apretando los labios se levantó por no discutir ante Kate y despertarla alterándola más. Justin miró a la doncella preocupado, pero ella para sorpresa de James sonrió tranquilizándole. —No me moveré de aquí, milord.

—Gracias.

En silencio bajaron al despacho y James cerró la puerta viéndole sentarse en uno de los sillones y apoyar los codos sobre las rodillas como si estuviera agotado. Ni se daba cuenta de que tenía sangre en la camisa y en los pantalones. Incluso sus manos estaban manchadas de sangre. —Primo, deberías cambiarte. Tu aspecto…

—Me importa una mierda mi aspecto —susurró levantando la vista hacia él—. ¿Qué quieres?

—Estás agotado y si te soy sincero no creo que sea adecuado que estés al lado de Kate en este momento después de lo que ha ocurrido.

Justin pareció entender. —Quieres que me vaya.

—Quiero que entres en razón.

—Voy a renunciar al título.

James le miró sin poder creérselo. —¿De qué coño hablas?

Asintió muy tenso. —Lo he pensado mucho y es lo mejor. He heredado una casa de mi abuela paterna cerca de Edimburgo. Allí podremos llevar una vida tranquila. Sin presiones ni críticas. Sin vergüenza para ella. Allí será feliz que es lo único que me importa en este maldito momento. —Se levantó dejándole atónito. —Y te juro por Dios que lo único que quiero, es que sea feliz.

—¡No puedes renunciar a Drummond!

Justin sonrió irónico. —De todas maneras, hasta hace unos años no me correspondía en herencia. Me acostumbraré de nuevo. —Fue hasta la puerta. —Y no pienso irme hasta hablar con ella. Después, y si me dice que no, cosa que tendré que aceptar, me iré a Escocia para siempre. —Salió dejándole con la palabra en la boca y sin salir de su estupor se sentó en su sillón. A ver cómo se lo explicaba a su padre. ¡Les iba a matar!

Kate abrió la boca para que Betsy le diera un poco de caldo. Todavía no se creía lo que

había hecho y no era capaz de hablar de ello, aunque Lady Johanna lo había intentado. Betsy sonrió dándole la última cucharada. —Muy bien, señorita.

Se tumbó en silencio poniéndose de costado sintiéndose terriblemente mal y cerró los ojos como si eso le ayudara a olvidar lo que había hecho y no era así. ¿Se estaba volviendo loca? Una lágrima corrió por su sien y se la borró furiosa.

—Se lo ha comido todo —susurró la doncella retirándose. Escuchó como se cerraba la puerta y abrió los ojos tensándose cuando vio a Justin acercándose con una sonrisa en el rostro.

—Hola preciosa. ¿Cómo estás? —Cerró los ojos de nuevo muerta de la vergüenza. —Eh… no hagas eso. Llevo horas esperando a que despiertes. —Le acarició la sien hinchada apartándole un mechón de pelo. —Quiero disculparme. ¿No vas a escucharme? —Kate frunció el ceño abriendo los ojos y Justin sonrió cogiendo su mano. —En Drummond no quería demostrarte que me importabas. Quería enamorarte lo suficiente para que jamás me abandonaras y conseguí todo lo contrario. ¿No es irónico? —Apretó los labios mirando su mano. —Cuando me dijiste que te ibas al día siguiente perdí los nervios. No tengo excusa y no me estoy justificando, te lo juro. Pero escucharte decir una y otra vez que no querías ser mi… —Tomó aire negando con la cabeza. —Me hizo cabrearme. Y más cuando claramente esa era la razón por la que te ibas. Creía que me querías. Y fue una sorpresa descubrir que solo me deseabas y huías de la vergüenza de ser mi amante. —Sonrió con pena. —No sabes cómo me alegré de la llegada de mi primo. Así podría demostrarte que me importabas, pero creí que teníamos más tiempo, que al final te darías cuenta de que podíamos estar juntos. Por eso deseaba tanto que te quedaras en estado. —Sonrió con tristeza acariciando su pulgar. —Compré una casita, ¿sabes? Allí vivirías muy cómoda esperando pacientemente a que yo llegara de mi vida de Conde. Tienes razón. Soy un egoísta. —El corazón de Kate dio un vuelco al ver su dolor. —Un egoísta y un cobarde porque jamás se me pasó por la imaginación cambiar las cosas. Quería que tú te resignaras a esa vida y yo seguiría viviendo cómodamente en el castillo ajeno a los comentarios o a las miradas que tendrías que soportar. No pensé en eso, ¿sabes? Y debería haberlo hecho. —Acarició su anular pensativo. —Sí, debería haberlo hecho porque fue lo que te separó de mí.

—Lo siento —susurró sin poder evitarlo.

Él cerró los ojos como si no pudiera soportar sus palabras. —Por favor preciosa, no te disculpes cuando toda la culpa fue mía. Solo mía. —Abrió sus ojos grises torturado. —Durante meses pensé que te había perdido y en lugar de demostrarte lo que me importabas cuando volviste a Inglaterra, únicamente exigí y exigí. Me decía a mí mismo que me amabas y no intenté comprenderte. Los celos me cegaban al ver cómo te relacionabas con otros y la impotencia me recorría porque no dabas señales de quererme cerca. Di gracias a Dios por la ayuda de James y Johanna al forzarte a regresar a la casa cuando era evidente que tú rechazabas estar a mi lado y querías empezar de nuevo lejos de mi alcance. Me decía que ya te convencería. Que había sido Chastity la responsable de tu alejamiento. Responsabilizaba a todos cuando la culpa era solo mía por no decirte que te quería y que te necesitaba a mi lado.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas. —Shusss, no llores preciosa. Por favor no llores. No quiero hacerte daño. —La cogió por los brazos abrazándola desesperado porque no sufriera más. —Lo siento, lo siento. Tenía que haberme ido, ¿no es cierto? Pero no puedo, mi amor. Necesito, deseo verte cada día de mi vida y estar a tu lado tanto como respirar. —Kate sintiendo que su corazón volvía a latir se aferró a él llorando sobre su hombro. —Sé que no soy

justo. Que no tengo derecho a pedirte nada. Pero si crees que puedes perdonarme, prometo compensarte el resto de mi vida.

Kate se aferró a su chaqueta sintiéndose inmensamente feliz y las lágrimas corrían descontroladas. Él acarició su espalda angustiado porque no dejaba de llorar. —Kate… —Se tensó cuando sus labios rozaron su cuello antes de sentir un ligero beso que le hizo cerrar los ojos de placer. —¿Kate?

Ella acarició su nariz contra su oreja y susurró —Te amo. Y tenías razón. Soy tuya y lo seré siempre.

Justin la abrazó con fuerza antes de apartarla cabreado y gritarle a la cara —¡Pues si eres mía qué coño hiciste ayer! ¡No vuelvas a hacerlo! —Kate parpadeó asombrada. —¡Me has asustado!

—¿Lo siento?

Justin rió antes de abrazarla de nuevo pegándola a él como si no quisiera soltarla jamás. —Preciosa, ¿en serio ibas a casarte con otro? —Kate se echó a reír y para Justin ese era el mejor sonido del mundo. —Cásate conmigo.

Ella se apartó para mirar sus ojos. —No podemos, Justin.

—Por supuesto que podemos. Porque solo importamos nosotros.

Sus preciosos ojos azules brillaron de emoción. —Hablabas en serio cuando lo dijiste, ¿no es cierto?

—Totalmente. Te quiero a mi lado y estaré muy orgulloso de que seas mi esposa. —Besó sus labios suavemente. —Di que sí, mi amor.

Se abrazó a su cuello sintiendo que su corazón iba a estallar en su pecho. —¡Sí, sí! Seré tu esposa. —Se apartó de nuevo mirándole preocupada. —Pero el Conde Kirkpatrick no lo aceptará.

—Déjame eso a mí. Además, te adora. —Besó sus labios de nuevo y gimió de deseo. —Preciosa bésame. Llevo meses soñando con esos labios y con tus besos. No sabes lo que te he echado de menos.

Chastity sentada en el jardín, observaba como su protegida totalmente recuperada disfrutaba de las niñas de los Condes sentada sobre una manta mientras les movía los cubos de madera de colores de un lado a otro haciendo que protestaran. Johanna sentada a su lado se echó a reír cuando Rose chilló dándole un manotazo en la mano porque no los colocaba como ella quería.

—Igualita que su madre —dijo Chastity divertida dejando la taza de porcelana sobre el platillo—. ¿Dónde está el Vizconde, Johanna? No le he visto en todo el día, y es extraño porque no se separa de su prometida para nada.

—Con James en el club —susurró mientras su madre carraspeaba advirtiéndolas. Las tres se callaron al ver que Kate se acercaba a ellas radiante mientras las nanis se encargaban de las niñas. —Se te dan muy bien los niños.

—¿De verdad? Pues nunca he cuidado a ninguno. Como en el castillo no había… —Cogió el té que le tendió George sonriendo. —Gracias.

—De nada, señorita. Es un placer servirla.

Kate se sentó al lado de Chastity y radiante bebió de su té. —¿Sabéis? Justin me ha dicho que padre vendrá a la boda. Que cuando envíe la carta a Drummond comunicándole la boda al Conde, aprovechará para invitarle —dijo emocionada—. Tengo unas ganas de verle… Además, me ha dicho que mi vestido de novia lo hará Madame Blanchard. Que solo nos casamos una vez en la vida y quiere que tenga la boda que siempre he soñado. —Parpadeó incrédula. —Si nunca había soñado casarme con él. ¿Puede haber algo que supere eso?

Todas sonrieron por la ilusión que le hacía. Estaba totalmente enamorada y Chastity iba a abrir la boca, pero Johanna le dio una patada y la mujer gruñó entrecerrando los ojos. —Es estupendo, niña. —Johanna sonrió aliviada y Chastity la miró como si quisiera matarla. —¿Pero cuándo va a enviar esa carta? Porque ya ha pasado un mes desde que os comprometisteis.

Johanna y Rose gruñeron cogiendo ambas pastas y metiéndoselas en la boca para no pegarle cuatro gritos. Kate perdió algo la sonrisa. —Pues no lo sé. Me ha dicho que quería que me recuperara para la boda, pero a lo tonto es cierto que ya ha pasado un tiempo. —De repente se echó a reír. —Pero han sido las mejores semanas de mi vida, Chastity. —Sus preciosos ojos azules brillaron de felicidad. —Y esta noche tendremos nuestro primer baile. Estoy deseando que vea mi vestido. Llegaré del brazo de mi prometido —dijo soñadora—. Estoy deseando ver la cara de Lady Mara. Seguro que no lo sabe todavía.

—Eso si va al baile. Según me ha comentado James, su hermano se está quedando sin dinero y su hacienda no es especialmente rica. No debe derrochar.

—La temporada es cara para la familia de la debutante —dijo Rose.

Kate frunció el ceño. —¿Cómo que no es especialmente rica? Ella siempre lleva los mejores vestidos y su caballo… Todo aparenta…

—Ese es el problema de la nobleza, querida. Que quieren aparentar lo que no son. Además, Lady Mara no tiene dote como parece creer —dijo Chastity sorprendiéndola—. No me mires así. Que tú no hayas salido en estas semanas no implica que yo me haya quedado en casa como bien sabes. Te aseguro que he aprovechado muy bien el tiempo. Y me enterado de muchas cosas como que un pretendiente que pidió su mano y fue concedida por su hermano antes de expresar sus intenciones a Lady Mara, salió corriendo en cuanto se enteró de que no tendría… ninguna recompensa monetaria por ese matrimonio.

—¿De veras? ¿No tiene dote? —preguntaron todas a la vez. Johanna miró a su madre—. Estás perdiendo facultades.

—Lo sé —dijo impresionada—. A ver si me pongo a ello que me cogen la delantera.

—Sí, madre.

Kate soltó una risita al escuchar el jadeo de indignación de Rose Sherman antes de volverse hacia Chastity que carraspeó. —¿Estáis atentas?

—Tienes toda nuestra atención —dijo Johanna interesadísima.

—Lady Mara empieza a mostrar su desesperación. Ya ha tenido discusiones con varios caballeros e incluso a alguno le ha pegado un puñetazo por sobrepasarse. —Johanna chasqueó la lengua. —Al parecer la consideran una presa fácil porque al principio se mostraba demasiado abierta para conocer caballeros. No era selectiva y todo el mundo se dio cuenta de su desesperación por encontrar marido. Eso ha hecho que los aprovechados de la ciudad la pusieran

en su objetivo. Según tengo entendido, acabó en cierto libro de apuestas del White`s para ver quien se la beneficiaba primero.

Johanna se tensó mirando a su madre de reojo que gruñó mientras Kate se llevaba la mano al pecho. —Pobre muchacha. —Todas levantaron una ceja mirándola. —Vale, no la soporto. Intentó quedarse con Justin. Pero tenemos casi la misma edad y la he visto crecer. No es mala persona y todo lo que le ha ocurrido… Ha tenido que ser muy duro para ella. —Desde que la gente la había avergonzado con sus comentarios se daba cuenta de lo crueles que podían ser y sabía que Lady Mara debía haber escuchado muchas cosas sobre que James la hubiera abandonado para casarse con otra. —Era una niña cuando se comprometió con tu marido, Johanna. No tenía ni quince años. Era el amor de una niña y en toda su vida adulta supo que se casaría con él hasta que apareciste. Yo estaba allí cuando se enteró del matrimonio de James al llegar de Edimburgo. Fue desgarrador.

Johanna se sonrojó. —Vaya, pues ahora me siento culpable de haber espantado a varios de sus pretendientes. —Chastity rió por lo bajo mientras Kate la miraba asombrada. —¿Qué? ¡No podía dejar que se quedara a vivir en Londres! La vería a menudo y no me siento cómoda.

—Porque te sientes culpable —dijo su madre con ternura.

—¡Vale! ¡Pero James es mío!

—Eso ya le ha quedado claro.

Johanna gruñó. —Ahora sí que me siento culpable.

En ese momento vieron que un carruaje se detenía ante la casa y Johanna estiró el cuello para saber quién era. Separó los labios al ver bajar del coche al mismísimo Conde Kirkpatrick y no llevaba precisamente buena cara. Kate se levantó de inmediato. —El Conde…

Johanna y Rose se levantaron de golpe. —Kate sube a tu habitación.

Kate frunció el ceño. —¿No debería…?

Chastity la cogió de la mano. —Sube a tu habitación, niña. Esto es cosa de hombres y no debes interferir hasta que tu prometido hable con él.

Kate asintió y cogió el bajo de las faldas para correr a la puerta lateral que daba al salón de la casa. Se miraron preocupadas. —Dios mío, está furioso —dijo Johanna antes de empezar a caminar por el jardín para rodear la casa y recibir a su suegro que ya estaba en los escalones de entrada—. Conde, qué sorpresa. Estaba en el jardín lateral y le he visto llegar.

Albert se volvió de golpe y forzó una sonrisa. —Johanna, estás preciosa.

—Espero que esta vez se quede mucho más tiempo, suegro.

—¿Justin está aquí?

Le miró aparentando confusión. —¿Justin? Por supuesto que está aquí. Pero ahora está con James en el club con unos amigos. ¿Todo va bien?

George que ya esperaba con la puerta abierta levantó una ceja y Johanna cogió del brazo a su suegro para que no viera el gesto. —¿Que si todo va bien? James me ha escrito. ¡Hace semanas, pero la maldita carta llegó hace apenas cuatro días! ¿Qué es esa tontería de que Justin renuncia a su título? —preguntó alterado.

Johanna miró a su alrededor disimuladamente y respiró del alivio al no ver a Kate. Tiró de su brazo. —Entremos en el salón. Seamos discretos, Conde. Es un tema delicado y no queremos que se entere nadie, ¿verdad?

Albert asintió entrando en el salón y Johanna dijo por lo bajo a su mayordomo —Asegúrate de que la señorita Datong no se acerca por aquí.

—Por supuesto, milady. No se preocupe.

—Tráenos un… —Se volvió hacia su suegro que ya se servía un whisky. —Déjalo George. Cierra la puerta.

—Como ordene, milady.

Entró en el salón y George cerró la puerta a su paso. Albert se volvió con el vaso vacío en la mano. —Disculpa nuera, pero desde que llegó la carta de James estoy algo alterado.

Sonrió a su suegro acercándose a él y le cogió el vaso de la mano. —No se preocupe, Conde. —Se acercó a las botellas de cristal y le sirvió otro whisky. —No se va a quedar sin heredero.

Albert suspiró del alivio. —Lo he entendido mal entonces.

—No, lo ha entendido perfectamente. Siéntese, Conde. No sé lo que tardará mi marido y creo que debo explicar lo que ha ocurrido para que se calme un poco. Y debo explicárselo porque lo que ha ocurrido es en parte responsabilidad mía y yo no rehúyo mis responsabilidades.

El Conde se dejó caer en el sillón dándole toda su atención y Johanna forzó una sonrisa poniéndose algo nerviosa. —¿Otro whisky? ¿Para pasar el mal trago? Yo me tomaré otro para acompañarle.

Capítulo 10

En cuanto George les comunicó a los Lores que el Conde estaba en la casa, fueron a toda prisa a la puerta del salón para abrirla de inmediato. Justin y James se quedaron de piedra al ver a Johanna sirviéndole más whisky a un muy embriagado Conde que casi ni podía tenerse derecho sobre el sillón.

—¿Qué haces, mujer? —gritó James asombrado.

—Calla, marido. Casi le he convencido —susurró guiñándole un ojo cómplice de manera exagerada.

James miró a su mujer con el entrecejo fruncido porque la veía rara. El Conde ni se había dado cuenta de que estaban allí y se echó a reír llevándose el vaso a la boca, pero no la encontró y se tiró la bebida por la mejilla manchando su chaqueta marrón. Johanna hizo una mueca. —Mira cómo se ríe. Éste da el visto bueno al matrimonio como me apellido Sherman.

Justin miró sorprendido a su primo. —¿Pero tú no te apellidas Fishburgne?

—¡Cosas de mi esposa que está de atar!

Johanna jadeó indignada y se levantó de golpe inclinándose a un lado mientras ponía los brazos en jarras. —Repite eso.

—¿Estás borracha? —El Conde no salía de su asombro.

—Tenía que seguirle el ritmo para que se confiara. Primera regla del espionaje. Marido ponte al día que sino… —Se encogió de hombros cayendo sentada al sofá. —La Reina nos va a terminar echando.

Justin miró a su primo reprimiendo la risa. —¿Qué dice?

—¡Está borracha! ¿No te has dado cuenta todavía? —Su padre hipó y James gritó —¡Padre a la cama!

—¿Qué? —Sorprendido le miró y sonrió encantado de la vida. —James, hijo… Cómo me alegro de verte. A ver si vas más a vernos porque te echamos mucho de menos. —James se sonrojó por el reproche y su padre se levantó tambaleante abrazándole con ganas.

Justin hizo una mueca. —Nunca le había visto borracho y le da por ser cariñoso. Sorprendente con la mala leche que tiene a veces.

Su tío pareció reparar en él y gritó —¡Justin! ¡Ven aquí! —Se apartó de su hijo abrazándole con fuerza. —Serás bribón. ¡Así que te casas! Eso es estupendo. Quiero un heredero cuanto antes.

Justin perdió la sonrisa de golpe mirando a James a los ojos que tampoco entendía nada. Al mirar a su esposa juró por lo bajo al ver que se había quedado dormida sobre el sofá con la boca abierta. Menuda espía estaba hecha. Se agachó para cogerla en brazos. —Te ha tocado mi padre. Lo siento.

—Tío te acompaño a tu alcoba —dijo Justin cogiéndole por la cintura.

En ese momento llegó Kate que por su cara estaba ansiosa y Justin negó con la cabeza. Dio un paso atrás llamando la atención del Conde que levantó la vista. —¿Quién es esta

encantadora jovencita?

—Milord…

—Es mi prometida, tío.

—Oh, qué belleza. —Se apartó de él trastrabillando y Justin le agarró antes de que cayera al suelo. —Lo siento, milady. Estoy algo mareado.

Kate asombrada al darse cuenta de que estaba bebido y jamás le había visto así susurró —No pasa nada, Conde. —Estaba claro que no se había tomado demasiado bien el matrimonio de su heredero. Entonces se dio cuenta de algo mientras Justin le sacaba del salón. ¡Ni la había reconocido! Eso le hizo dudar de que supiera toda la verdad e impaciente dio un paso hacia su prometido. —¿Se lo has contado?

—Preciosa, acabo de llegar. No tengo ni idea de lo que le ha contado Johanna. Pero eso no cambiará nada, ¿entiendes? Todo va bien.

Más tranquila forzó una sonrisa porque la situación era algo incómoda y les observó subir las escaleras mientras George les indicaba donde estaba la habitación del Conde. Sintió a Rose tras ella y se volvió inquieta. —No me ha reconocido.

—No me extraña. Vistes como una auténtica dama y está beodo. —La cogió de la mano y le dio palmaditas para que se tranquilizara. —¿No estabas con Chastity bordando?

—Se ha quedado dormida. Otra que ha bebido dos copitas de jerez a mis espaldas.

Rose reprimió la risa. —Es que ayer ella asistió a una fiesta. ¿No deberías estar descansando tú también? Esta noche es tu noche, ¿recuerdas?

—Pero con la llegada del Conde…

—Ese no se levanta hasta mañana. Vosotros sois jóvenes y tenéis que disfrutar. Vamos niña. A la cama que tienes que dormir al menos dos horas para estar radiante esta noche.

Kate sonrió emocionada. —Sí, anunciaremos nuestro compromiso en el baile de la Duquesa. Es todo un honor.

—Lo es. Vamos, sube y descansa.

Cogiendo el bajo de su vestido subió a toda prisa y Rose perdió la sonrisa al ver que entraba en el pasillo. Le hizo un gesto a George que se acercó de inmediato. —¿Qué has escuchado?

—La Condesa le ha dicho lo del matrimonio y él se alegró mucho. Pero cuando le dijo quién era la novia… Al Conde no le gustó un pelo. Se puso hecho un basilisco, aunque ya estaba algo bebido, señora.

—Continúa.

—Lady Johanna fue muy persuasiva apelando a que se quedaría sin heredero y el Conde fue entrando por el aro con sus palabras sobre que no encontraría nuera mejor y que conociera tan bien su condado.

Rose sonrió satisfecha. —Mi hija es muy inteligente. Continúa.

—Ya era conocida por todos y la querrían después de las sorpresas iniciales. Y respecto a los de su alcurnia, los rumores cesarían en cuanto hubiera otro escándalo. Y de eso se encargaría ella.

Le miró sorprendida. —¿Ella?

George sonrió. —No dio explicaciones señora, pero creo que se refiere a Lady Mara. Es

la baza que tiene la Condesa para hacer un escándalo aún mayor que deje el escándalo del Conde en agua de borrajas y más en cuanto la señorita Kate le dé un heredero. Y calculo que no tardará mucho, señora.

Ambos miraron hacia arriba para ver pasar a Justin por el pasillo en dirección de la habitación de Kate. Rose chasqueó la lengua. —Al menos podía disimular un poco.

El mayordomo reprimió la risa. —¿A estas alturas, señora?

—Tienes razón. En esta casa no disimulamos demasiado. ¿Algo más?

—Pues no mucho. Poco a poco el Conde fue claudicando, aunque puede ser debido al alcohol. Debemos esperar a que se le pase la borrachera, señora. Pero sospecho que cuando lo piense de nuevo, no va a estar muy contento.

—Yo también lo pienso. Pero mi hija ha hecho bien. No estará disponible para esta noche y no fastidiará el anuncio de compromiso. Ya estará hecho.

—Lord Justin seguirá en sus trece.

—No vamos a dejar que renuncie a sus derechos dinásticos por lo que diga la gente. Que se pudran.

—Bien dicho, señora. Todos estaremos orgullosos de este matrimonio y la señorita Kate tendrá que endurecerse.

Rose levantó la barbilla. —Yo no lo hubiera dicho mejor, George. Y que esas brujas se atrevan a decir algo en contra, George. Que se atrevan.

El mayordomo sonrió al verla subir las escaleras. Sí, que se atrevieran en Londres a abrir la boca al respecto porque los Sherman y sus amigos eran muy poderosos en la ciudad. Destrozarían a cualquiera que dijera algo en contra, pero en Escocia era distinto. A ver que se le ocurría a su señora para solucionarlo.

Kate estaba sacando las piernas para salir del voluminoso vestido y de los faldones cuando la puerta se abrió sin que llamaran siquiera y Justin entró en la habitación para el sonrojo de la doncella que era muy jovencita, pero Kate no sintió vergüenza porque ya le consideraba su marido, aunque no tuviera un anillo en el dedo. —Puedes retirarte Betty.

—Sí, señorita.

Sonrió a su prometido que en cuanto salió de la habitación la cogió por la cintura pegándola a él. —Debo darle las gracias a Johanna porque me ha ahorrado el drama de contárselo al Conde.

—¿Crees que se enfadará mucho?

—No —dijo besándola en el cuello—. Te conoce y es una persona muy razonable. Preciosa… —dijo con voz ronca bajando las manos a su trasero—, ¿por qué no nos vamos esta noche después del baile y nos casamos en Escocia?

Se apartó para mirarle sorprendida. —¿Qué dices, mi amor? Dijiste…

—Sí, sé lo que dije. —Suspiró apartándose de ella y sentándose en la cama. No podía disimular que estaba preocupado. —Pero es una sorpresa que mi tío se haya presentado en Londres. ¿No te parece extraño cuando todavía no le he escrito?

—Lo has estado retrasando, ¿verdad?

—No quería que nada enturbiara nuestra relación. Aunque fuera unas semanas. Lo has pasado muy mal por mi culpa y no quiero que nada te altere de nuevo.

Ella sonrió acercándose a él y acarició sus hombros. —Sabes que te amo, ¿verdad?

—Y yo a ti, preciosa. —Miró sus ojos preocupado. —Lo sabes, ¿verdad? Ahora no lo dudas.

—No. No tengo ninguna duda.

Él apretó las mandíbulas. —No te he dicho esto para no preocuparte, pero…

—Cariño, ahora sí que me has preocupado. ¿Qué ocurre?

—He renunciado al título.

Kate jadeó dando un paso atrás mirándole como si no se lo creyera. —¿Qué dices, Justin? ¿Estás loco?

—¡Me importa poco si con eso llevamos una vida tranquila! Tengo la casa de mi abuela que nos dará buenas rentas y…

—¿Estás loco? —preguntó de nuevo atónita—. ¡Serás el próximo Conde de Kirkpatrick! ¡Es casi un milagro que el Conde te tenga a ti! ¿Qué hará ahora? ¿Buscar a un desconocido entre sus parientes que herede Drummond?

Justin la miró incrédulo. —Eso a mí no me importa.

Kate no se lo podía creer. Ella amaba Drummond mucho más que él y no podía comprender su reacción. —No te importa. Vas a renunciar a todo por casarte conmigo. —Entonces fue consciente de todo lo que la amaba. La amaba por encima de todo. Por encima de su deber y Kate se preguntó si en un futuro no se lo echaría en cara.

Justin sonrió levantándose. —Nuestra felicidad es lo importante. ¿No crees? —Dio un paso atrás sorprendiéndole. —Mi amor, ¿qué ocurre?

—No puedo consentirlo —dijo asustada—. Eres el heredero legítimo y…

Él sonrió abrazándola por la cintura. —¿Me amas?

Miró sus ojos asustada. —Sabes que sí.

—Pues no te preocupes. No me importa.

Acarició su pecho sin poder evitar tocarle. Le amaba tanto… Sabía que era egoísta, pero alejarse de él en ese momento sería como arrancarse el corazón. —Por eso ha venido el Conde. James le ha avisado.

Justin asintió. —Me lo dijo hará una semana preocupado porque no había llegado. Por eso te dije que iba a enviarle una carta.

—Creías que estaba enfadado.

—Su silencio era preocupante. Puede que no quiera el título, pero son mi familia y no quiero perderles.

Lo entendía perfectamente y le abrazó con fuerza. —Lo siento.

Él acarició su espalda y sonrió. —¿Qué sientes, mi vida?

—Haberte puesto en esta tesitura. No tenía que haber vuelto de América.

Justin la sujetó por la cintura para apartarla mirándola muy serio. —No vuelvas a decir algo así jamás.

—Pero…

—No discutamos. —Kate apretó los labios mientras la besaba en la frente. Intentaba

disimular que estaba molesto pero su tensión era palpable. —Descansa. Esta es nuestra noche. —Justin sonrió. —James me ha dicho que los Duques de Stradford hacen las mejores fiestas de la ciudad. Disfrutaremos.

Le observó ir hacia la puerta. —Justin… —Él se volvió con la mano en el pomo. —No me importa, ¿sabes? Me sería igual que fueras Conde, Rey o un simple labrador. Te he entregado mi corazón y después de estas maravillosas semanas no me arrepiento. Ni me arrepentiría jamás. ¿Lo harás tú?

Justin se tensó. —¿Dudas de mis deseos?

—Dudo si lo que crees que ahora es correcto, seguirá siendo correcto en el futuro con una vida simple rodeado de hijos sin fiestas ni lujos. Una vida sencilla a mi lado.

Él sonrió divertido sorprendiéndola. —Ni te acabas de dar cuenta de que me has ofendido, pero es igual, preciosa.

Jadeó indignada. —¿Ofendido yo? Menuda mentira, milord.

—Tú lo has dicho. Milord. Puede que no sea Conde, pero sigo siendo Lord. —Le guiñó un ojo haciéndola sonreír. —Y tú serás mi esposa. Y prefiero una vida sencilla a tu lado, que vivir solo el resto del tiempo que me pase en este mundo porque jamás podría olvidarte. Ahora a dormir porque pienso hacerte bailar toda la noche.

Emocionada vio como salía de la habitación y se llevó las manos a las mejillas que estaban sonrojadas de gusto porque no podía haber declaración de amor más hermosa. Y ella le amaba. Sabía que tendrían que enfrentarse a dificultades, pero la decisión de Justin les facilitaría mucho la vida, eso no podía negarlo. Vivirían tranquilos alejados de Drummond. Eso la entristeció un poco porque el Conde se iba a disgustar muchísimo. Preocupada se sentó en el banquito del tocador y se miró al espejo. ¿Estaba siendo egoísta? Miró su rostro, su peinado lleno de tirabuzones y su ropa interior de fino hilo. Cualquiera diría que era una dama. Pero sus ojos azules le mostraron a la Kate de siempre y apretó los labios. —Ni se te ocurra pensarlo. ¡Tú también tienes derecho a ser feliz como cualquiera de esas damas de alcurnia! —Se levantó apartándose de su imagen.

—Bien dicho —dijo Chastity sobresaltándola sentada en la cama.

—No te había visto entrar.

—Estabas distraída torturándote. Ven, siéntate a mi lado. —Dio dos palmaditas al colchón y se acercó a ella sentándose a su lado. Chastity sonrió cogiendo su mano. —Niña, deberías estar radiante de felicidad. Vas a casarte y con un hombre que ha demostrado que te ama, nada menos.

—¿Lo sabías?

—Me lo dijo Johanna en cuanto fue a recogerme a la casa. Todo había salido desastrosamente mal y necesitaban que viniera a apoyarte. Algo irónico cuando me separaron de ti para que no interfiriera. Pero esa separación entre nosotras os vino muy bien porque pusisteis las cartas sobre la mesa. De manera dramática debo decir, pero fue bueno para vuestra relación. —Kate se sonrojó. —No te avergüences, yo también era algo dramática en mi juventud.

—Y hablando de eso… ¿Es cierto que robabas bancos? —Chastity levantó una ceja, pero por su sonrisa supo que era cierto. —¡Dios mío, es verdad!

—Shusss, que no se entere nadie que todavía deben buscarme por ahí.

—Increíble.

—Volviendo al tema, no he podido evitar escuchar vuestra conversación. —Sonrió sin poder evitarlo por su expresión de cariño. —Debo reconocer que ese hombre no me gustaba nada. Pero nada de nada. Aunque después de ver cómo te adora durante estas semanas debo reconocer que no podía estar más equivocada. Es tu hombre, niña. No debes dejar que nada enturbie tu felicidad.

—Gracias Chastity. Significa mucho para mí tener tu visto bueno. —Parecía que Chastity quería decirle algo más pero no se decidía. —¿Qué ocurre?

—Pero tienes razón. No debe renunciar a su título. Como has dicho, en los momentos duros de vuestra relación es algo que podrá echarte en cara y eso resquebrajará vuestro futuro.

—¿Eso crees? Yo también pienso lo mismo.

—Por eso voy a convencer al Conde para que siga considerándole su heredero.

Le miró esperanzada. —¿Cómo?

—Tenía previsto darte una dote muy generosa cuando te casaras.

—Pero Chastity…

—Y serás una de mis herederas y la otra será Johanna. Ella no lo necesita porque tiene dinero de sobra. Tú lo necesitas mucho más. Y si lo del Conde no sale como pienso, el dinero os vendrá muy bien en esa vida sencilla que está dispuesto a llevar.

—No puedo aceptarlo —dijo abrumada.

—No digas tonterías, niña. Será el dinero mejor gastado que he robado.

Kate la abrazó con fuerza. —Gracias, gracias.

—Nadie se lo merece más que tú. Déjame esto a mí. Yo me encargo de todo.

Chastity miró a un lado y otro del pasillo ya vestida con su traje de noche negro para asistir a la fiesta de los Stradford. La actividad en la casa era intensa con todas las damas preparándose y disimuló mirando su bolsito cuando una doncella salió de la habitación de Johanna con unas toallas en la mano. Pasó a su lado haciendo una reverencia antes de seguir su camino. Chastity gruñó mirando la puerta del Conde Kirkpatrick y se decidió entrando sin llamar. Además para qué iba a llamar si estaba beodo. Solo quería echarle un vistazo al enemigo. Las cortinas estaban echadas, pero había una lámpara de aceite sobre el aparador que le permitió ver donde estaba la cama. Se acercó de puntillas por si tenía el sueño ligero y parpadeó al ver al hombre sobre la cama sin desvestir siquiera. Solo le habían quitado las botas y la chaqueta. Chastity entrecerró los ojos dando un paso más para ver bien su rostro y dejó caer la mandíbula del asombro acercándose más aún. ¡No podía ser! ¡Albert! Se enderezó negando con la cabeza moviendo sus rizos de un lado a otro antes de acercarse de nuevo cogiendo el monóculo que tenía colgado de la muñeca para ponérselo en el ojo derecho y gruñó observando sus facciones. Estaba más viejo, eso era evidente. Habían pasado cuarenta años, pero por supuesto que era Albert, con el pelo que le quedaba cano y con más arrugas, pero era él. Se apartó de él furiosa. Después de tantos años… ¡Allí tenía al cabrito que le había destrozado la vida! Se acercó de nuevo a la cama y jadeó de la indignación. ¡Y estaba más atractivo aún! Claro, la buena vida. ¡Y ella aparentando más años que ese desgraciado cuando tenían la misma edad! Se volvió

mirándose al espejo y se pasó la mano enguantada de negro por la mejilla sintiendo que su corazón se le salía del pecho. Cuarenta años. Hacía cuarenta años que se había subido a ese barco para no mirar atrás. Acababa de cumplir diecinueve años cuando le conoció en Hyde Park. Ella llevaba de paseo a la niña de sus señores que jugaba con su muñeca de trapo y su caballo manchó su vestido al pasar a su lado porque había llovido y el camino de tierra estaba encharcado. Chastity vio fascinada como bajaba del caballo y se disculpaba como todo un caballero. Ahí perdió su corazón y algo más que su corazón porque no podía negarle nada. Él estaba con su familia en Londres para visitar a unos amigos y Chastity no era de perder el tiempo. Él le prometió mil cosas como que sería su esposa y ella se tragó cada una de sus palabras entregándose a él en cuerpo y alma. Hasta que su madre la vio bajando de su carruaje y todo explotó. Su familia la había echado de casa al contarle que mantenía una relación con un hombre de posición y su padre que no era tonto le gritó que jamás se casaría con ella. Por supuesto su señora no la acogió porque sabía la causa del disgusto de sus padres. Le había dicho que si era su amante, se fuera con él pero que por allí no apareciera más. Todavía recordaba cómo le había esperado bajo la lluvia ante el teatro donde sabía que acudiría esa noche y como le vio salir con una jovencita del brazo que le sonreía mirándole enamorada. Albert la había visto, pero había simulado que no la conocía para ayudar a la dama a subir al carruaje. Ahí su corazón se rompió para siempre. Ni su George había conseguido que se recuperara, aunque había sido un compañero insustituible en su vida y le había querido muchísimo, sabía que a quien había amado de verdad era a aquel sinvergüenza que ahora soltaba un ronquido tirado sobre la cama. Rabiosa le dio un bofetón antes de salir de la habitación dando un portazo.

Albert sobresaltado abrió los ojos mirando confundido a su alrededor antes de que el alcohol hiciera que se durmiera de nuevo sin tener ni idea de lo que se le venía encima.

La fiesta estaba en su pleno apogeo y no cabía nadie más en el inmenso salón de baile de los Stradford, demostrando que la fiesta era todo un éxito. Justin la tenía entre sus brazos y daban vueltas en la pista mirándose a los ojos mostrando a todos que estaban muy enamorados después de que el mismo Duque anunciara su compromiso y recibieran las felicitaciones de sus conocidos. De todos excepto de una que en ese momento la observaba con odio desde el borde de la pista. Lady Mara.

Elizabeth miró a su amiga Johanna que también la observaba. —Uy, amiga. ¿Vas a meterte en otro lío?

—Todavía no hemos salido de éste.

—Bah. —Se apartó un rizo caoba del hombro con elegancia. —Sabréis lidiar con el Conde. Es un hombre justo y de honor como ha demostrado.

Alguien chasqueó la lengua con desprecio tras ellas y ambas se volvieron para ver a Chastity con una copa de coñac en la mano. —Tía, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente. Y mucho mejor que me voy a encontrar cuando liquide un asunto insignificante —dijo fríamente antes de alejarse hasta las sillas donde se sentaban las matronas.

La Duquesa de Stradford abrió el abanico acercándose a ella. —Espero que no hable de Justin.

—No lo creo —susurró sin perderla de vista—. Está furiosa. Mucho. Nunca la había visto así.

En ese momento Rose se acercó a ella con un traje violeta que dañaba a la vista y preguntó preocupada —¿Sabéis qué le ocurre a Chastity?

—Eso mismo estamos hablando. ¿Ha discutido con alguien?

—No, pero está muy rara. En el carruaje casi no abrió la boca y al bajar le dijo a Henry que quién le mandaba a ella regresar a este maldito país —dijo escandalizada.

Las tres la miraron y Johanna suspiró. —Voy a hablar con ella.

—Ya la he interrogado yo y no se deja.

Elizabeth gruñó. —Vaya, acaban de llegar los Smithson. Tengo que acercarme a saludarlos.

—Vete, vete. No te preocupes. Me basto sola.

Liss se echó a reír asintiendo. —Lo sé, amiga.

Mientras la Duquesa se alejaba Rose se acercó más a su hija. —¿Qué crees que puede haber pasado? Tiene que ver con Justin, estoy segura.

Entrecerró los ojos al verla beber su copa de coñac de golpe mientras una de las matronas la observaba con los ojos como platos. —No lo creo, madre. Está encantada de que estén tan enamorados. Y ya conoces a Chastity, es una romántica. Al principio no podía ni verle, pero sé que no haría nada que molestara a Kate.

En ese momento los novios se acercaron a ellas con una sonrisa que indicaba lo felices que eran. —¿Os divertís?

—Es una fiesta maravillosa. Los Duques son muy amables agasajándonos de esta manera.

—Mis amigos son sus amigos.

Kate perdió algo la sonrisa. —¿Qué le pasa a Chastity?

Justin frunció el ceño. —¿No querrá liquidarme de nuevo? Mira que me porto bien.

—No creo que seas tú el objetivo de su furia.

—No, cariño. Habló maravillas de ti antes de que durmiera la siesta.

—Pues después no la he visto hasta llegar aquí, así que no soy el responsable. —Justin rió. —Es un alivio. Es casi como llevarme mal con mi suegra.

Todas se echaron a reír. Johanna sonrió pensando en ello. —Así que estaba bien en casa.

—Y media hora antes de salir para la fiesta entró en mi habitación y estaba muy contenta. Dijo que todo se arreglaría para bien —comentó Rose.

Justin frunció el ceño. —¿Que se arreglaría para bien? Ya está todo bien.

Rose se sonrojó mirando de reojo a Kate que se le cortó el aliento al darse cuenta de lo que quería decir. —Oh, pues eso. Que ya está todo bien. Y más después del anuncio de boda. Esto no tiene marcha atrás, ¿no es cierto?

El Vizconde la miró con desconfianza. —Pues claro que no. Kate es mía y nadie va a impedir esta boda.

—Pues por eso estaba tan contenta. —Rose disimuló mirando a su hija de reojo que seguía pensando. —Cielo, ¿no ibas a hablar con Chastity de lo que la ha molestado?

—No he oído discusiones en casa en esa media hora —dijo Johanna sin contestar a su

pregunta—. ¿Y dices que después estaba molesta en el carruaje para venir hasta aquí?

—Se enfadó en esa media hora.

—¿Con quién?

Todos negaron con la cabeza y Rose añadió —Y con Henry tampoco porque estuvo conmigo.

—Pues con James tampoco y las niñas no tienen edad de discutir.

—¿Alguien del servicio? —preguntó Kate preocupada.

—No, mi mayordomo me lo hubiera dicho antes de salir si Chastity se hubiera disgustado tanto.

Todos miraron hacia ella que murmuraba por lo bajo fulminando a un hombre de edad que le echó un vistazo pasando ante ella. Un hombre muy parecido al Conde que en ese momento estaba durmiendo en casa. Los cuatro dejaron caer la mandíbula del asombro al ver la inquina con que miraba las espaldas de aquel desconocido.

Kate soltó una risita. —Es imposible. Se nos está desbordando la imaginación.

—Tienes razón, cielo. ¿Cómo va a discutir con mi tío si el pobre no debe ni ser capaz de hablar?

—Voy a interrogarla —dijo Johanna dando un paso hacia ella.

Kate la cogió del brazo. —No, Condesa. Iré yo.

—¿Y por qué ibas a ir tú? ¡Y te he dicho mil veces que me llames Johanna, o Jo!

—Iré yo porque es mi día y no querrá decir nada que me disguste.

—Precisamente.

Entrecerró sus ojos azules. —Tiene más confianza conmigo.

—Menuda mentira.

Fascinados vieron como las dos se ponían a discutir como si fueran hermanas y Justin sonriendo vio que su mujer no se amilanaba en absoluto frente a Johanna. James se puso a su lado tan tranquilo. —¿Qué ocurre?

—Discuten por ir a hablar con Chastity —respondió divertido.

—¿Y por qué no van las dos?

Ambas le miraron antes de entrecerrar los ojos para casi correr a la vez hasta Chastity que sonrió de la que se acercaban.

James y Justin levantaron las cejas al ver que cada una cogía una mano de la mujer y que empezaban a hablar a la vez.

—¿Notas algo de rivalidad? —preguntó James divertido.

—No. No tengo ni idea de lo que hablas, primo.

Ambos se echaron a reír cuando se pusieron a discutir entre ellas mientras Chastity sonreía a sus niñas encantada por su atención. Su atención y sus celos por ser su favorita.

Henry llegó con el Marqués de Wildburg y su esposa. Los padres biológicos de James se acercaron a él y Susan preguntó —¿Dónde está tu esposa?

James hizo un gesto con la cabeza indicándole donde estaba y su madre soltó una risita. —Se las ve muy compenetradas.

De repente ambas miraron a Chastity fijamente y la mujer gruñó. El grupo no perdía detalle y en ese momento las chicas empezaron a preguntar de nuevo. Justin y James se tensaron

al ver que empezaban a levantar la voz. —Esto se está caldeando. ¿Intervenimos? —preguntó Justin—. Tu mujer es de armas tomar.

—¡Pues la tuya tampoco se queda corta!

Susan, Nelson, Rose y Henry les miraron asombrados antes de girarse hacia las chicas. Kate entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

Chastity gritó cuando Kate se lanzó sobre Johanna tirándola al suelo. Chastity se levantó de golpe. —¡Niñas!

La familia dio un paso hacia ellas para ver como giraban la una sobre la otra mientras se agarraban del pelo. Justin carraspeó. —Preciosa, ¿te ayudo?

Kate chilló cuando Johanna que se notaba que tenía tablas a la hora de defenderse le dio un rodillazo en la cadera tirándola al suelo. Justin dio un paso hacia ella, pero James le agarró del brazo. —¿A dónde te crees que vas?

—¡A defender a mi mujer!

Su primo hizo una mueca antes de arrearle un puñetazo que le tiró sobre el suelo. Kate chilló levantándose de golpe y tirándose sobre la espalda de James para agarrarle del cabello justo cuando llegó Elizabeth que con los ojos como platos observó como agarrada como una garrapata intentaba quitársela de encima. Gimió tapándose los ojos con la mano y Alex se puso a su lado reprimiendo la risa. —Mi amor, organizas las mejores fiestas de la ciudad. De eso no hay duda.

—¡Alex, detén esto!

En ese momento James se giró de golpe y los pies de Kate golpearon a Elizabeth en la cara. La Duquesa puso los ojos en blanco antes de caer desmayada hacia atrás.

Alex rugió y como no podía golpear a Kate para desahogarse, cogió a James de la pechera antes de meterle un buen puñetazo. Justin dio un toque en el hombro de Alex. —¡A mi primo no le arreas! ¡Solo le arreo yo! —gritó antes de pegarle un derechazo que le hizo trastrabillar con los pies de su esposa cayendo hacia atrás sobre un barón que se reía como una hiena. Antes de darse cuenta media fiesta se estaba pegando y Susan se tiró sobre Elizabeth que estaba inconsciente para que no la pisaran. Johanna se lanzó sobre Kate para quitársela de encima a su marido y ésta se revolvió cayendo al suelo. El sonido de un disparo les hizo detenerse y Kate con la respiración agitada vio a Chastity sobre una silla con una enorme pistola en la mano.

—¡Puesto que la anfitriona está algo… indispuesta, se acabó la fiesta!

Alex se pasó la mano por el labio inferior borrando la sangre antes de arrearle un puñetazo a Justin. —¡Ahora sí que se ha acabado la fiesta! —Se acercó a su esposa y la cogió en brazos saliendo con ella del salón mientras los invitados le hacían un pasillo viendo como la Duquesa estaba totalmente sin sentido. —¡Un médico para la Duquesa, joder!

Quien conocía al Duque de Stradford nunca le había visto tan furioso y James apretó los labios apoyando las manos en las rodillas antes de enderezarse. Johanna se levantó de golpe y corrió tras ellos preocupada por su mejor amiga. Kate y Justin se sonrojaron con fuerza al ver a todo el mundo observándoles. —Será mejor que nos vayamos —dijo Justin.

—Sí, será lo mejor—siseó su primo con ganas de pegar cuatro gritos.

—Fue sin querer —dijo Kate con ganas de morirse. Había dejado sin sentido a una de las

mujeres más influyentes de Londres.

—Vámonos, niños. La fiesta ha terminado —dijo Chastity pasando ante ellos con la cabeza alta y aún con la pistola en la mano.

Justin cogió su brazo y caminaron tras ella mientras los presentes no se perdían detalle. Miró arrepentida a su prometido que levantó la barbilla indicando que hiciera lo mismo. No supo de dónde sacó las fuerzas, pero lo hizo hasta llegar al carruaje de Chastity que por fortuna estaba cerca. Casi ni se había sentado cuando se echó a llorar. Justin la cogió por el hombro pegándola a él. —No es para tanto, preciosa.

—¿Que no es para tanto? ¡He arruinado nuestra fiesta! Te he dejado en evidencia ante todos. —Le miró sorprendida. —¿Por qué no estás enfadado?

De repente él se echó a reír y Chastity soltó una risita antes de reír como él con ganas. Les miró como si estuvieran chiflados. —¿Qué os pasa?

—La cara que puso la Duquesa. No se lo podía creer y no lo entiendo si Johanna es su mejor amiga. Menudas organizaba mi niña en Boston. Era el terror de la ciudad. —Chastity no podía dejar de reír.

—No te aflijas, cielo. —Justin la besó en la sien. —Nadie te echará a ti la culpa.

—En eso tu prometido tiene razón. Será culpa de Johanna. Seguro que la consideran algo descarada, pero nadie se atrevería a decírselo a la cara y más con amistades tan relevantes.

—¡Pero fue culpa mía! Me provocó y…

Justin se tensó. —¿Qué has dicho?

Chastity apretó los labios. —Está algo celosa, niña. Siempre ha sido mi favorita y desde que estás tú nota la diferencia. No se lo tomes en cuenta porque Johanna tiene un corazón enorme.

—¿Qué fue lo que te dijo? —Kate desvió la mirada y Justin cogió su barbilla para que le mirara. —¿Qué fue?

Kate forzó una sonrisa. —Nada, no tiene importancia. Son muchas emociones, eso es todo.

Justin miró a Chastity a los ojos y ésta apretó los labios desviando la mirada. Estaba claro que le ocultaban algo. —Se lo preguntaré a Johanna en cuanto llegue a casa.

Kate le suplicó con la mirada. —No lo hagas. No fue a propósito. Seguro que lo dijo sin pensar.

—¿Qué dijo sin pensar? —gritó enfadándose.

Miró a Chastity que asintió. —Díselo, niña. O puede temerse algo peor.

Suspiró mirándose las manos. —Estaba molesta porque la interrumpí y me dijo que debía quedarme calladita, porque bien que me había callado y no te había plantado cara cuando estábamos en casa. Que todo hubiera sido distinto si hubiera mostrado algo de carácter.

Justin suspiró. —Mostraste carácter, preciosa. De otra manera no te hubieras ido.

—Si hubiera mostrado carácter no hubiera dejado que me tocaras y no hubiera avergonzado a mi padre —susurró.

Él cogió su mano. —Te quiero, preciosa. Y no me arrepiento de lo que pasó porque todo eso me ha llevado a donde estamos ahora.

—Sí, a que renuncies a tu futuro.

—Ya te lo he dicho. Mi futuro eres tú.

Ninguno de ellos quiso irse a la cama hasta que James y Johanna no volvieran a casa. Kate quería disculparse y preocupada se quedó sentada en el sofá varias horas sin hacer caso a Justin que insistía en que se acostara.

Chastity se había quedado dormida en el sofá hacía horas y Justin sentado en el sillón tomando un coñac miró a su prometida de reojo. —Deja de hacer eso, preciosa.

—¿El qué?

—Echarte la culpa de todo. —Kate se sonrojó. —¡Echarte la culpa de lo que pasó en Drummond y todo lo demás, cuando yo fui el único responsable de aquello! ¡Sabía que me querías! Sabía que no te resistirías. De hecho te resististe más de lo que pensaba. —Sonrió irónico. —Por eso dije antes que mostraste carácter.

—¿Tenemos que hablar de ello de nuevo? Lo hemos dejado atrás.

—Y eso quiero. Que lo dejes atrás. Y me gusta que te hayas defendido de alguien que te ha hecho daño. No te disculpes por eso.

Kate se levantó sonriendo y se sentó en sus rodillas. Acarició su cuello por encima de su inmaculado pañuelo. —Casi es una suerte que no vaya a ser Condesa. Nuestras fiestas serían desastrosas.

Justin rió por lo bajo antes de besar su labio inferior. —Al menos serían entretenidas. Seguro que no faltaba nadie.

En ese momento se abrió la puerta del hall y Kate se levantó de golpe. Incluso Chastity se levantó viendo entrar a los Sherman y a James con Johanna. El lacayo de noche les cogió las estolas y entraron en silencio en el salón cerrando la puerta. Johanna no tenía buena cara.

—¿La Duquesa está bien? —preguntó asustada.

—Oh, Liss está bien. No debes preocuparte por eso —dijo James muy serio—. El médico ha dicho que no tiene nada de importancia.

Kate suspiró del alivio mirando a Johanna antes de dar un paso hacia ella. —¿Me perdonas? —preguntaron a la vez arrepentidas.

Todos sonrieron al escucharlas decir —No, si fue culpa mía.

Johanna levantó la mano deteniéndola. —Por favor, déjame hablar. Soy totalmente responsable de lo que ha ocurrido y así se lo he hecho saber a los Duques. Desde que llegaste con Chastity, debo reconocer que he estado algo celosa y lo que ha ocurrido hoy es demencial porque sabía de sobra que lo que decía no era cierto. —Johanna cogió su mano. —¿Me perdonas?

—Por supuesto que sí —dijo emocionada.

James miró a su primo. —Estoy esperando tus disculpas.

—¿Las mías? Si me pegaste tú primero.

—Yo no lo recuerdo así.

—Espera mis disculpas sentado, primo.

Todos se echaron a reír y Kate se dejó abrazar por la cintura por su prometido. En ese momento se sintió de veras parte de la familia.

Capítulo 11

Tumbada en la cama suspiró mirando el dosel. Estaba tan excitada con todo lo que había ocurrido que no se sentía capaz de dormir. Alargó la mano para apagar la lámpara de aceite cuando su puerta se abrió y Justin entró en su habitación como siempre sin llamar. Se apoyó en los codos para incorporarse y vio que debajo del batín no llevaba nada. Se le cortó el aliento por su mirada. Una mirada que decía que la deseaba.

Él dejó caer el batín al suelo mostrando su miembro endurecido antes de apartar las mantas tumbándose a su lado. Se miraron a los ojos y él acarició su mejilla. —Cielo… —dijo con voz ronca—, necesito amarte en todos los sentidos. Pero si quieres esperar hasta la boda, si quieres que esta vez hagamos las cosas de otra manera, lo entiendo y…

Kate miró sus labios cortándole el aliento antes de mirarle a los ojos de nuevo. Esos ojos grises que le habían robado el corazón hacía años. —Te amo. —Acarició su cuello antes de acercarse y besar su labio inferior. Él llevó la mano a su cintura para pegarla a su cuerpo. Kate suspiró contra sus labios al sentir su excitación rozando su vientre y Justin entró en su boca invadiéndola, para saborearla tan intensamente que se mareó de placer sin darse cuenta de que la tumbaba boca arriba colocándose sobre ella entre sus piernas. Sin dejar de besarla acarició su muslo subiendo su camisón hasta la cintura y Kate dobló la rodilla rodeando sus caderas impaciente por tenerle en su interior. Justin apartó sus labios para mirar su rostro y su mano acarició su vientre hasta bajar a su sexo. Kate gimió arqueando su cuello hacia atrás y él besó su cuello con pasión susurrando a su oído —¿Me necesitas, preciosa? ¿Me necesitas dentro de ti? —Apretó su clítoris entre el índice y el pulgar y Kate gritó de placer. —Eres maravillosa. —Entró en ella con firmeza. Su mano la agarró por los glúteos elevando su cadera para entrar en ella más profundamente y cerró los ojos como si sentirla a su alrededor fuera lo mejor del mundo. —Te amo, preciosa. —Abrió los ojos y besó suavemente sus labios antes de mover sus caderas con contundencia haciendo que gimiera de placer. Se aferró a su cuello deseando la liberación que sabía que podía proporcionarle y Justin cogió sus manos colocándolas sobre su cabeza, sonriendo cuando se resistió antes de entrar en su cuerpo con tal contundencia que creyó que moriría de placer. —¿Ves, mi amor? Sigue ahí por mucho que huyas. —Entró de nuevo en su ser, alargando su placer y su tortura por no darle todo lo que necesitaba. —Era lo que siempre intenté hacerte ver. Lo que tenemos es único. —De repente se apartó arrodillándose entre sus piernas sin llegar a salir de su interior, cogiéndola por los tobillos para colocarlos sobre sus hombros. La cogió de las caderas tirando de ella sobre sus muslos. Kate gritó arqueando su espalda mientras apretaba las almohadas entre sus dedos por el placer que la recorrió cuando la llenó de nuevo. Era maravilloso y se retorció tensándose con fuerza. Justin gruñó moviendo las caderas con más ímpetu y sintiendo que cada músculo de su cuerpo estaba a punto de quebrarse con cada embestida, Kate gimió sintiendo que su cuerpo ya no era suyo.

—Vamos, preciosa. Córrete conmigo. —Rozó su clítoris con el pulgar entrando de nuevo con contundencia y ambos se tensaron antes de que la liberación estallara estremeciéndoles de

arriba abajo.

Justin se tumbó a su lado con la respiración agitada y ella sonriendo acarició su pecho pegándose a él mientras el latido de su corazón se normalizaba. Siempre había estado fascinada con su pecho y sin poder evitarlo le besó entre los pectorales, pasando la nariz por su vello negro hasta llegar a su pezón y pasar la lengua por él tensándole de nuevo. Justin acarició su trasero. —Preciosa, está claro que me has echado mucho de menos.

—No lo sabes bien, Vizconde.

Los gritos les despertaron sobresaltados y Kate se sentó en la cama medio dormida mientras Justin se ponía la bata. —¿Qué ocurre?

—No lo sé, preciosa.

Al escuchar los gritos del Conde Kirkpatrick le miró asustada. —¿Cariño?

—No pasa nada. Nada cambiará lo nuestro. ¿Entiendes? Nada.

Kate asintió y él más tranquilo salió de la habitación. Nerviosa saltó de la cama y al oír a Chastity se tensó poniéndose una gruesa bata de terciopelo azul. Sacó su melena rubia del cuello y salió de la habitación descalza. Los gritos provenían del comedor del desayuno y Johanna salió al pasillo. —¿Qué ocurre?

—No lo sé —respondió bajando por las escaleras.

—¡Maldito mentiroso!

Ambas entraron en el comedor y abrieron los ojos como platos al ver que Chastity tenía una pistola en la mano y apuntaba al Conde que sentado al lado de su hijo no salía de su asombro. —¿Crees que voy a dejar que hagas lo mismo con mi niña? —Chastity sonrió con maldad. —¡Eso no va a pasar, viejo rastrero!

Justin dio un paso hacia ella mientras James decía muy tenso —Baja el arma, Chastity.

—¡No le conocéis como yo! ¡Hará lo que sea por salirse con la suya!

—¿Cómo? ¿Se conocen? —susurró Johanna.

—No sé qué ocurre —respondió porque Chastity parecía desquiciada. Dio un paso al frente, pero Justin le puso una mano en el vientre deteniéndola y poniéndose ante ella como si quisiera protegerla.

El Conde muy tenso siseó —¡La culpa fue tuya! ¡Te fuiste!

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que viviera en la calle? —preguntó con burla—. ¡Ya vi tu preocupación la noche del teatro, cabrón retorcido! ¿Era tu esposa?

Kate separó los labios del asombro antes de ver en el rostro del Conde la verdad y se lo confirmó al decir —Sí, fue mi esposa un año después. ¡Tú habías desaparecido!

—¡Cómo si hubieras tenido intenciones de casarte conmigo alguna vez! ¡Con una niñera que no tenía donde caerse muerta!

—Dios mío —susurró Kate.

—¿Sabes todo lo que tuve que hacer para sobrevivir? —preguntó Chastity con rabia—. ¿Lo sabes?

El Conde la miró arrepentido. —Te busqué.

—Ya. Me buscaste. Si la vergüenza no te hubiera sobrepasado esa noche, ¿qué habrías

hecho? ¿Te habrías casado conmigo? —preguntó con burla—. ¡Me mentiste! ¡Eres un perro que solo quería divertirse! ¡Por tu culpa perdí a mi familia! —Kate se llevó una mano al pecho de la impresión. —Mi padre me echó de casa después de gritarme que no quería verme más. Eso sí, me dio los peniques de los que disponía para que al menos no durmiera esa noche en la calle. ¡Y la señora me echó! ¡Después de que mi madre me viera descendiendo del carruaje de un caballero, la zorra de mi señora informó a mi padre del nombre de mi amante! ¡Y se reía mientras cerraba la puerta en mis narices! Intenté buscar un empleo, ¿sabes? ¡Pero sin referencias nadie quiso contratarme! ¡Muerta de hambre pensé en tirarme al Támesis y dejarme morir porque no le importaba a nadie! —gritó sin darse cuenta de que lloraba—. Fue entonces cuando vi una mujer muy rica que bajaba de uno de los barcos. Por su vestido me di cuenta de que no era una dama, pero venía de las Américas. —Sonrió con tristeza. —Me vio allí de pie y debió ver mi desesperación porque se acercó. Esperanzada la miré a los ojos y me dio un bofetón. —Johanna jadeó tras ella. —Sí, y me dijo, lucha por lo que quieres y si no te lo dan por las buenas llévatelo por las malas. Nadie cuidará de ti. Que se te meta en la cabeza. Y ese fue el mejor consejo que me dieron jamás.

El Conde apretó los puños. —Chastity, no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo, pero con Kate no vas a hacer lo mismo. Ella sí que me tiene a mí para protegerla.

James se levantó lentamente. —Baja el arma, por favor. Mi padre no está en contra de la relación de Kate y Justin.

—¡Miente! —Miró sus ojos sonriendo sin ganas. —Miente muy bien. Dímelo a mí que le conozco mejor que vosotros. ¿No es cierto, cariño?

El Conde enderezó la espalda y Johanna no se lo podía creer. —Albert, ¿me ha mentido, suegro?

—Suegro… —Chastity se echó a reír. —Este cabrón siempre consigue lo que quiere, ¿verdad? ¡Querías un hijo y lo robaste!

—¡Eso no es cierto! —Albert se levantó indignado. —¡Le abandonaron allí! ¡Mi esposa estaba desesperada por darme un hijo e hice lo que tenía que hacer para que no se torturara más! ¡Nadie lo sabía excepto la familia que me lo entregó! ¡Siempre fue un secreto hasta que llegaron a buscarle!

James apretó los labios. —Mi niñez ya ha quedado aclarada. ¡Y ha sido un padre excepcional que no tienes derecho a juzgar! ¡Ahora baja el arma de una maldita vez!

Johanna asustada por su marido gritó —¡Baja el arma, Chastity!

—Maldito cerdo. Acoges a un niño que no sabías de donde provenía para hacerle tu heredero, pero no puedes tolerar que todo el mundo sepa que la futura Condesa fue doncella, ¿no es cierto? ¡Le ibas a quitar el título a Justin con un heredero falso y ahora quieres arrebatárselo de nuevo! ¡No pienso bajar el arma hasta que jure por lo más sagrado para él que es su título, que les dejará en paz!

Albert negó con la cabeza. —No tengo que jurar eso porque Justin ha renunciado a su título.

Kate cogió del brazo a su prometido que se tensó con fuerza al oír esas palabras. Por su reacción supo que había tenido la esperanza de que su tío claudicara.

Chastity sonrió. —¿Ves, Kate? Pero seguro que ahora cambia de opinión. No te preocupes. Quinientas mil libras.

El Conde palideció. —¡No quiero tu dinero!

—¡He aprendido en estos años que el dinero lo puede comprar todo! Justin recibirá quinientas mil libras como dote de la niña y se compromete a invertirlas en la finca. ¿No es cierto, Justin?

—No contestes a eso, sobrino. No es necesario. —El Conde se apartó de la mesa lentamente sin dejar de mirar a Chastity a los ojos—Tienes razón. Yo no tuve el valor de enfrentarme a mi familia por ti. Y admiro mucho a Justin porque es capaz de hacerlo, incluso renunciando a algo para lo que está destinado y tiene todo el derecho. Eso demuestra que la ama mucho más de lo que yo te amaba a ti. —La mano de Chastity tembló al escuchar sus palabras. —Cuando ayer Johanna me habló de ello, debo reconocer que al principio era reticente. Pero todo cambió al escuchar lo que se amaban y lo que Kate había sufrido. Entonces te recordé a ti, aunque no lo creas. Y pensé si tú habías pasado por lo mismo. Fue imperdonable lo que te ocurrió y no quiero ni pensar en lo que sufriste. —Una lágrima recorrió la mejilla de Chastity. —No quiero ser responsable de que algo así ocurra de nuevo, aunque Justin ha demostrado que no es como yo en absoluto. No me opondré al matrimonio. De hecho doy mi bendición.

Kate sonrió aliviada y miró a su prometido que no se había relajado en absoluto. —¿Cariño?

—No lo has entendido, cielo. Da su bendición al matrimonio, pero no con el título.

El Conde muy tenso miró a su hijo de reojo que le miró incrédulo. —¡Padre!

—No tengo opción, James. Sabes que no la tengo después de lo que ocurrió con tus orígenes. El nombre del condado se enfangaría con todo lo que dirían. ¡Y no cambiaré de opinión por mucho que esta mujer amenace con matarme! ¡Prometí proteger el título con mi vida si hacía falta y es algo que pienso hacer hasta que me quede un soplo de aliento! Y cuando hablo de protegerlo no hablo solamente de proveer de un sucesor sino de proteger su reputación y buen nombre. Siento ser quien explote vuestra burbuja con un golpe de realidad, pero todos los aquí presentes sabéis lo que ocurrirá si Kate llega a Drummond como Vizcondesa. ¡Somos uno de los linajes más antiguos de Escocia!

James le miró incrédulo dando un paso atrás. Kate palideció mientras Justin pasaba su brazo por sus hombros como si quisiera protegerla. El Conde la miró a los ojos. —Te conozco desde niña y sabes que tengo razón. Por eso te fuiste y estuve de acuerdo.

Se le cortó el aliento porque había simulado no saber nada de su relación, pero no sabía de qué se extrañaba porque seguro que su padre le había tenido al tanto.

—¿Lo sabía? —preguntó Johanna incrédula.

—¡Por supuesto que lo sabía! —gritó Chastity—. Es el Conde. No se le escapa nada que ocurra en sus dominios. Como sabía que yo me había ido a América, ¿no es cierto, mi vida?

El Conde se sentó derrotado en su silla. —No, no sabía que tú te habías ido a América. Pero de su relación tuve conocimiento desde el principio. Mi valet me lo contó la noche siguiente de que Justin la tocara por primera vez. Escuchó ruidos en el comedor y se acercó a mirar.

Kate cerró los ojos de la vergüenza mientras Justin apretaba su hombro seguramente sabiendo lo que pensaba.

—Los rumores corrían por la casa y llegaron al pueblo. No era difícil que me enterara y hablé con Datong que me dijo que Johanna intentaba solucionarlo. Confié en que mi nuera tomara la decisión correcta y me quedé tranquilo cuando supe que Kate se había ido en uno de los barcos Sherman. El problema se había liquidado.

—Liquidado —dijo Johanna sin salir de su estupor—. ¡Solo buscaba una solución a su problema!

—Cielo, lleva liquidando problemas años —dijo Chastity con ironía—. Seguro que fue un alivio para él no verme más.

—¡Eso es mentira! ¡Yo te amaba!

James miró a su padre sin poder creérselo. —Entonces nunca quisiste a mi madre. ¿Te casaste con ella solo porque era la adecuada?

—Dios, la quise, la quise muchísimo. Nos conocíamos desde hacía años. Ya sabes cómo es tu abuelo de excéntrico, no soporta a los ingleses, pero su hija debía tener lo mejor. Así que la envió a estudiar aquí. Fue así como nos encontramos de nuevo. —Suspiró pasándose la mano por el cuello recordando. —No era como Chastity en absoluto —dijo emocionado mirando a su hijo a los ojos—. Fueron amores distintos. Tu madre era tan delicada, necesitaba de mí continuamente. —Chastity perdió todo el color de la cara y Kate sintió como se le desgarraba el corazón al escuchar —La quise y fui el mejor marido que se podía ser.

—¡Porque te sentías culpable! —gritó James señalando a Chastity—. La amabas a ella y te casaste con mi madre sin quererla como debías.

—¡Los matrimonios de nuestra posición la mayoría de las veces ni se aman! ¿Te recuerdo que tu matrimonio fue por deber?

Johanna se tapó la boca. —Dios mío. Si no hubiera sido rica no me hubiera soportado.

James se tensó. —No, preciosa. Porque yo ya no heredaría el título. —Sonrió con ironía. —No lo hubieras manchado al no tener sangre azul.

—¡No sabía que eras rica cuando te casaste con él! ¡No tergiverséis todo lo que ha ocurrido porque no estoy de acuerdo con que ella sea la próxima Vizcondesa! Si no se hubiera criado en la casa y la conociera todo el condado, podría pasar por una dama…

Palideció al darse cuenta de lo que había querido decir antes de mirar a Chastity que dio un paso atrás como si la hubiera golpeado, porque acababa de dejar claro que ella nunca hubiera podido pasar por una dama de alcurnia y que esa había sido la razón para su abandono.

Kate se apartó de Justin y se acercó a ella que miraba a Albert rota de dolor. Para sorpresa de todos dejó que le quitara el arma y la dejó sobre la mesa del salón antes de abrazarla por la cintura. —Vamos a tu habitación. Debes descansar un poco.

El Conde se tapó los ojos con la mano como si no soportara mirarla y todos se quedaron en silencio mientras Chastity se dejaba llevar como si no tuviera voluntad.

No se escuchó un solo ruido mientras se alejaban porque nadie sabía qué decir a lo que había ocurrido. Y James más que nadie que se sentó en su asiento suspirando. —Padre…

—No era apropiada, James. —Apartó la mano de los ojos y Johanna sintió pena por los dos al ver que se aguantaba las lágrimas pues tenía los ojos empañados de ellas. —No lo era y lo sabía. Pero no pude resistirme a estar a su lado. —Sonrió con tristeza mirando a su sobrino. —Sé que estás furioso conmigo. Que te he defraudado.

—No, tío. No me has defraudado. Sabía lo que pensabas. Lo dejaste claro cuando me dijiste que me centrara en encontrar la persona apropiada antes de venirme a Londres. Supe de inmediato a que te referías. Lo vi en tus ojos. Pero Kate es la persona apropiada para mí porque la quiero por encima de todo. —Negó con la cabeza. —Me da igual el título. Prefiero estar a su lado.

—Bien dicho, primo —dijo Johanna enfadándose con la situación—. Vamos a ver. ¿Qué puede ocurrir si Kate es la siguiente Vizcondesa? ¿Alguna crítica de personas malintencionadas? ¡Podéis superarlo! Se pasará en cuanto dé un heredero. ¡La gente con el dinero adecuado es frágil de memoria! ¡Si lo sabré yo! ¡Además, tú mismo lo has dicho, puede pasar por una dama! ¡Es una dama! Y tiene el dinero. —Levantó la barbilla. —Como yo.

—Tú no has servido en la casa, Johanna —dijo James mirándola a los ojos—. Siempre has sido de buena crianza gracias al dinero de tu familia. Kate no es así. Tendría que codearse con los que ha servido desde niña. Muchos lo tomarán como una ofensa. Como una arribista que ha conseguido traspasar la línea. Aquello no es Londres donde todo el mundo tiene una memoria más frágil. En nuestras tierras puede que no se olvide nunca.

—¡Tú estás de acuerdo conmigo! ¿Ahora te pones de su parte?

—No hay partes. Aquí hay un problema que hay que solucionar y de una vez por todas. —Johanna apretó los labios disgustada. —Es evidente que ellos se van a casar porque se necesitan, pero el título es el problema. El título y las responsabilidades que conlleva.

Justin muy serio se sentó ante su tío. —¿Tienes candidatos?

El Conde apartó el plato que estaba sin tocar y negó con la cabeza. —Sabes que no. Tengo unos primos en Francia que puede que hayan tenido hijos. No lo sé. Perdimos el contacto hace años. Ni siquiera sé si siguen vivos. Tuvieron que irse por las deudas que había adquirido su padre.

—Joder.

Johanna no salía de su asombro. —¿De verdad os preocupa eso más que dar la espalda a Justin porque quiere a una mujer que le ama intensamente? ¡No me lo puedo creer!

Su marido suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla. —Preciosa, el título, nuestra posición… es algo que debemos proteger. Es una cuestión de honor.

—¡Honor! —gritó con desprecio señalando a Justin—. ¡Él es el único que ha demostrado honor al no fallar a alguien que ama! ¡Eso es el honor! ¡Lo demás son patrañas que os decís vosotros para que la gente que no consideráis apropiada invada vuestro pequeño mundo!

Furiosa salió del comedor y James hizo una mueca. —Lo siento, hijo. Esto te va a traer problemas.

James levantó una de sus cejas rubias divertido. —No te equivoques, padre. Johanna conseguirá lo que se propone. Siempre lo consigue. De un modo u otro.

—Pues si encuentra una solución estoy más que dispuesto a oírla. —Miró a su sobrino a los ojos. —Lo siento.

—No lo sientas. Sé por qué lo haces. Pero contéstame a una pregunta.

—Pregunta lo que quieras, sobrino.

—¿Cómo fuiste capaz?

—¿Capaz?

—Capaz de apartarte de ella.

Su mirada se ensombreció. —Recuerdo cómo me miró y su dolor todos los días desde aquella noche. Estaba allí empapada bajo la lluvia y dio un paso hacia mí al verme salir del teatro. La vi de inmediato, pero la evité. Su reacción y cómo se sintió en ese momento me han torturado desde entonces.

—Pero no te arrepientes.

Se apretó las manos. —Por supuesto que me arrepiento. Su dolor, ese sufrimiento me gustaría habérselo ahorrado. Tenía que haberme ido de Londres mucho antes.

—Pero no lo hiciste precisamente por ella.

El Conde asintió. —Tiene razón en todo lo que ha dicho. Le mentí desde el principio. Sabía que nunca me casaría con ella, que no era adecuada y que yo regresaría a casa dejándola atrás. Lo sabía todo, pero aún así no fui capaz de alejarme hasta que lo hizo ella.

Justin le miró pensativo. —Exactamente como mi comportamiento en Drummond. Lo que pasa es que tú no tuviste la oportunidad de redimirte.

—No te confundas, hijo. Yo jamás hubiera renunciado al título por ella. Y nunca hubiera sido una buena Vizcondesa como lo fue tu tía. Ellas no se parecen en nada. Y menos si las comparamos con la Chastity de entonces.

—Ahora no es el momento de remover el pasado si no de solucionar el futuro. Sabes que Justin sería un Vizconde adecuado y tiene derecho al título. Si él quisiera podría llevarte a los tribunales.

—No voy a hacer eso.

—Será rica, padre. Eso callará muchas lenguas. Además, ha sido dama de compañía de Chastity que ahora es considerada una dama de mucho prestigio en Boston. —El Conde le miró sorprendido. —Sí padre, te confundiste de pleno con ella. Ha llegado muy lejos y hubiera sido una buena Vizcondesa para ti. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque por lo que he visto te amaba intensamente y no hay nada más poderoso para esforzarse y mejorar que hacer feliz a la persona que amas.

—¡Bien dicho, cariño! —Johanna entró en el comedor de nuevo y puso los brazos en jarras. —¡Muy bien! Ya había pensado en esto, pero lo había dejado de lado porque solo acercarme a ella me da una rabia... Pero creo que es la solución. Tenemos que organizar un escándalo tremendo en Drummond para que nadie hable de Kate. —Los tres la miraron sin comprender. —Un escándalo que deje en pañales un matrimonio poco adecuado con una rica heredera que antes fue doncella. —Sus ojos ambarinos brillaron de malicia mientras su madre se ponía a su lado uniendo sus manos como una niña buena, aunque sus ojos decían que estaba maquinando algo y ayudaría a su hija en lo que hiciera falta. Johanna sonrió. —Tenemos que casar a Lady Mara.

Kate caminaba de un lado a otro del comedor apretándose las manos sintiéndose muy culpable por Lady Mara. No sabía la que se le caía encima. Los hombres entraron en el comedor y para su sorpresa sonrieron a las mujeres que estaban sentadas a la mesa. Había un montón de candidatos en papel sobre ella. Justin se acercó a su prometida y la cogió por la cintura. —No te

preocupes tanto.

—¿Cómo no voy a preocuparme? ¿Y si el candidato es horrible? Justin, así no voy a ser feliz.

—No permitiré que sea mal candidato —dijo Johanna repasando una lista que le había proporcionado su madre—. Solo que sea lo suficientemente escandaloso como para que su matrimonio sea la comidilla de todo Drummond durante una buena temporada. Mamá, ¿el Barón de Spicer? ¿Pero está aún vivo?

—Tiene noventa y dos años. Pero busca su sexta esposa. —Se echó a reír. —No me digas que no sería un escándalo.

James carraspeó incómodo. —Preciosa…

Johanna gruño tachándolo con la pluma antes de fulminarle con la mirada. —¿Tienes algo que decir?

—No, luz de mi vida.

El Conde se sentó a su lado. —Aprecio a Lady Mara, pero tiene un carácter... No se dejará convencer fácilmente.

—No tiene dote ni candidatos. Antes de regresar a Escocia soltera, se casa con quien sea. Se lo digo yo, suegro.

—Pobre muchacha. —Kate se acercó a la mesa. —Que sea atractivo, Johanna.

—Oye, no pidáis milagros. —Siguió repasando la lista y cogió otra hoja. —Cuanto sinvergüenza busca esposa.

—No todos son sinvergüenzas. También hay feos o viejos como el Barón. Oh, hay uno que estuvo en prisión.

Johanna se detuvo en seco antes de mirar a su madre fijamente. —¿Prisión?

Su madre buscó entre las hojas y sonrió. —Si Lord Ewert Strigman. Marqués de Satterfield.

—¿Edad? —preguntó James ganándose una mirada de odio de su esposa—. No, si es por preguntar algo.

—Treinta y cuatro años —dijo leyendo el informe de sus detectives—. Estuvo en prisión por matar a golpes al amante de su amante. Ella se tiró por la ventana para huir de él. Se quedó lisiada de la caída.

—Es violento —dijo Kate asustada.

—Bueno, yo no sé cómo reaccionaría si te encontrara en el lecho con otro hombre, preciosa. —Jadeó mirando a su prometido que reprimió la risa. —Pero te aseguro que muy bien no.

—Yo le mataba también. No quedarían ni los restos —dijo James muy serio.

—Yo no te haría eso, mi vida.

—Más te vale.

—Se pasó tres años en prisión. Salió de allí por indulto real. Al parecer el Marqués no tenía buenas relaciones con la corona, pero la Reina hizo la vista gorda.

Johanna frunció el ceño. —¿No tenía buenas relaciones con la corona?

—Busca a otro Jo, no quiero problemas con la Reina.

—¡Pero si no vivirán aquí! Tienen que hacerlo en Escocia.

El Conde bufó exasperado. —Esto no va a salir bien.

—Tranquilo, Conde —dijo Rose sonriendo de medio lado—. ¿Adivine dónde se fue el Marqués a vivir después de salir de prisión para alejarse de todo?

Johanna le arrebató la hoja leyendo a toda prisa y chilló —¡Es perfecto!

—¿Perfecto? —Kate le arrebató la hoja y abrió los ojos como platos. —Dios mío. Vive cerca de casa.

—¿Si? Pues no le conozco. —Justin miró sobre su hombro. —Joder, Hostong House.

—¿Qué dices, Justin? Esa casa pertenece a las hermanas Logan. Dos hijas de un coronel del ejército de la Reina que hizo fortuna. No pertenece a ningún Marqués. —El Conde negó con la cabeza. —Eso está equivocado. Conozco a Lorenza y Loretta desde hace años.

—Han estado en Drummond mil veces —dijo Kate sonriendo—. Son unas mujeres muy amables y divertidas. ¿Las conoces, cielo?

—No creo haber coincidido con ellas.

—Una es rubia y otra morena. Van vestidas iguales.

—Pues no. Eso no se me olvidaría.

—Mis informes son muy exactos. Cuando buscaba marido para Johanna, los detectives me hicieron unos con los mejores candidatos y no se les escapó un solo detalle.

—Y si el Marqués está en Escocia, ¿cómo saben que busca esposa? —preguntó el Conde perdiendo la paciencia.

Kate le puso la hoja bajo la cara. —Porque necesita un heredero con urgencia. O eso les ha dicho a sus fuentes. ¿Ve, suegro? ¿Puedo llamarle suegro? Es lo más parecido que tengo a un suegro.

El Conde sonrió. —Claro que sí.

Kate sonrió como si le hubiera regalado la luna y Justin dio las gracias a su tío con la mirada. Él hizo un gesto como si no tuviera importancia.

—A ver si va a estar enfermo y por eso quiere un heredero con urgencia —dijo James ganándose otra mirada de reproche de Johanna—. Cariño, ha estado en prisión. Eso envejece mucho. Además, ¿no te parece un poco mayor para ella?

—¡Cierra el pico! ¡Me estás poniendo de los nervios con tus quejas!

Justin reprimió la risa. —Es que eso de con urgencia suena mal.

Ellas negaron con la cabeza. —Es lógico que quiera un heredero después de estar en prisión. Sobre todo teniendo su patrimonio —dijo Kate dándole la hoja al Conde que la alejó intentando leer la letra—. Está forrado, suegro. Se lo resumo para que no fuerce la vista, que luego le puede doler la cabeza.

—Gracias, niña.

—De nada.

—Lo que no entiendo es como pretende encontrar esposa si no sale de ese caserón —dijo Justin divertido.

—Tú la encontraste en casa —replicó Kate.

—Ya me entiendes, preciosa.

—Haré que investiguen más a fondo —dijo Rose—. ¿Pero creéis que puede ser buen candidato? ¿Buscamos otro?

—Es perfecto —sentenció Johanna—. Quiero saberlo todo de él, mamá.

En ese momento bajaron dos lacayos con unos baúles y Johanna chilló levantándose. —¿Qué hacéis?

Se detuvieron en seco. —La señora Wickman nos ha pedido que los llevemos al coche, Condesa. Se va a la casa nueva.

Johanna y Rose salieron corriendo y el Conde gruñó pasándose la mano por la nuca. —Padre, deberías hablar con ella. Lleva una semana sin salir de su habitación.

—Es que no sé qué decirle. No puedo excusar mi comportamiento y esa conversación solo le haría daño.

Justin negó con la cabeza. —Si no solucionas esto, sí que le harás daño. Seguro que no es la Chastity que conociste y de la que te enamoraste, pero eso no significa que le debas al menos una disculpa.

El Conde asintió alejándose de ellos y Kate abrazó a Justin por la cintura. —Cariño…

—Tranquila, si se va nos iremos con ella. Sé que no quieres dejarla sola.

—Cada día te quiero más.

El Conde vio desde el pasillo como Johanna intentaba convencerla de que se quedara y tomó aire dándose valor para lo que iba a pasar en ese momento. Entró en la habitación y muy serio le dijo a su nuera —¿Puedes dejarnos solos, por favor?

—¡No tengo nada que hablar contigo! ¡Ya me he enterado de que vas a ayudar en lo que puedas a los chicos que era lo único que me interesaba, pero no pienso pasar otra noche más bajo el mismo techo que tú!

Johanna salió de la habitación cerrando la puerta y Albert se la quedó mirando, metiendo los pulgares en el chaleco. Chastity se sonrojó ligeramente por su escrutinio, pero levantó la barbilla con orgullo.

—Todavía no me puedo creer que estés aquí.

—Seguro que te hubiera convenido más no verme de nuevo.

—No. Te aseguro que me alegro muchísimo de que estés aquí. Y de ver que has salido adelante. Y también me alegro de que hayas regresado en estas circunstancias porque de otra manera puede que olvidara por mi propia conveniencia nuestra historia juntos y el error se repitiera.

—¿Error? No consideras que fuera un error.

—Fue un error porque no debería haber pasado nunca, Chastity. Y lo sabes tan bien como yo. Siento que pagaras las consecuencias.

Ella desvió la mirada y dejó el abrigo que tenía en la mano sobre la cama. Albert dio un paso hacia ella dejando caer los brazos antes de detenerse y apretar los puños. —No quiero hacerte más daño —susurró él—. Pero quiero a Justin como a un hijo y tú a Kate. Si queremos que esto salga adelante y el plan se culmine, necesitamos la colaboración de todos.

Ella sonrió con pena. —Vi en él muchas cosas de ti, ¿sabes?

—Es mucho mejor que yo. Supo rectificar a tiempo y luchó por lo que quería. —A Chastity se le cortó el aliento viendo como abría la puerta. —No te vayas, por favor. Los chicos

se disgustarían y Kate te necesita. Te tiene mucho cariño. No tienes que hablarme si no quieres, solo tolerar mi presencia.

Abandonó la habitación y se llevó la mano al pecho porque su corazón saltó como el día en el que le conoció. Johanna entró en la habitación sin llamar. En cuanto cerró la puerta le preguntó preocupada —¿Te quedas?

Chastity se quedó allí de pie sumida en sus pensamientos y Jo se acercó inquieta. —¿Tía?

Sorprendida la miró a los ojos. —¿Me ves vieja?

—¿Vieja? —Le dio un repaso de arriba abajo e hizo una mueca. —Si te quitaras el luto… Y otro peinado. Ese es muy anticuado, tía. Te lo he dicho mil veces.

—¿El luto? —Se mordió el labio inferior porque hacía siete años que lo llevaba. Había querido mucho a George, pero… ¿Le estaba traicionando?

Johanna la entendió. —Fue tu marido. Un buen compañero, pero aún te queda vida por delante. —Sus ojos brillaron. —Y pueden ser años muy buenos, tía. —Le guiñó un ojo sonrojándola. —Muy buenos. ¿Quieres que tu corazón vuele de nuevo? Tienes otra oportunidad. No la desaproveches.

—¿Y si él no quiere? —preguntó asustada.

—Al menos lo habrás intentado. Pero está arrepentido de haberte hecho daño. Lo sé. ¿Entiendes sus razones para hacer lo que hizo? Porque si no esto no tiene sentido.

Chastity suspiró volviéndose y fue hacia la ventana apartando la cortina para mirar al exterior. —Durante todos estos años quería odiarle por su traición. Pero tiene razón, en aquel tiempo no hubiera sido adecuada para ser Vizcondesa. No tenía ni la clase ni la educación. Si ni sabía leer. Era la niñera de la esposa de un militar. Ni siquiera trabajaba en una casa de buena cuna. Fue George quien me lo enseñó todo para nuestros robos. —Sonrió con pena. —Él era hijo de un profesor y era culto.

—Le recuerdo muy bien.

—Se enamoró de mí en cuanto me vio y me sacó del Saloon donde trabajaba. —Johanna expresó su sorpresa en su rostro y Chastity se echó a reír. —Trabajaba recogiendo las mesas, pero él no podía permitir que su mujer trabajara allí. —Se echó a reír de nuevo. —Eso fue lo primero que me dijo. Lo segundo fue que no teníamos dinero para comer y que tenía que robar la caja.

Johanna soltó una risita. —Era muy listo.

—Mucho. Pero yo era la que siempre quería más. Más bancos con más dinero. —Acarició el terciopelo de la cortina. —Supongo que buscaba algo que nunca llegué a encontrar.

—Querías la posición que disfrutas ahora.

—Puede. Hasta que no dispararon a George y casi le pierdo no hubiera habido nada que me detuviera. He hecho cosas…

—Tía, no te tortures.

—Creía que no debía importarme nadie salvo George, porque nadie se había preocupado por mí.

Johanna la entendió perfectamente. Todos los que la conocían le habían dado la espalda. Chastity sonrió mirándola a los ojos. —No sabes lo orgullosa que estoy de ti.

—¿De mí? —preguntó sorprendida.

—Sí, porque tú has ayudado a Kate cuando estaba desesperada.

—No fue nada. Te la encasqueté a ti.

Chastity se echó a reír. —Cierto.

—Y no podía haber estado en mejores manos. Ahora vamos a solucionarlo del todo. Vamos a solucionarlo todo del todo, ¿entiendes?

—Estoy asustada.

—Es que el amor duele, tía. Y da miedo. Pero cuando lo vives intensamente no hay nada mejor en el mundo.

Capítulo 12

La comida fue algo tensa porque Chastity no hablaba, aunque Kate y Johanna intentaban meterla en la conversación continuamente. El Conde sentado a la izquierda de su hijo la miraba de soslayo de cuando en cuando. La pobre de los nervios casi no probó bocado.

—¿Y qué vais a hacer esta tarde?

—Oh, tengo que ir a la modista.

James giró la cabeza hacia su esposa como un resorte. —¿Pero no fuiste ayer? Mujer, vas a acabar con mis cuentas.

—Ya estamos otra vez —dijo Henry Sherman antes de gruñir.

—Sí, querido. Está muy pesado con ese tema desde que se casaron —añadió su esposa—. Mi hija tiene una posición. ¡Y debe vestirse adecuadamente!

—¡Puede vestir a toda la calle adecuadamente con la cantidad de vestidos que tiene!

—Eso hijo, hay que acabar con tanto despilfarro —dijo Albert dándole la razón.

Chastity jadeó. —¡Qué sabrás tú de lo que necesita una mujer en Londres! ¡Y en plena temporada!

Albert se sonrojó por el ataque. —¡Pues no mucho, pero por la cantidad de vestidos que le he visto a mi nuera, no creo que tantos!

Kate intentó mediar, pero Justin la cogió de la mano interrumpiéndola. —¡Una dama debe usar cuatro vestidos al día! Uno por la mañana o el de paseo a caballo. ¡Otro en la comida otro para el té de la tarde y el vestido de noche o de baile!

—¡Pues tú siempre llevas el mismo! ¡Y vas vestida igual!

Jadeó indignada. —¡Eso no es cierto! ¡Son vestidos distintos!

Él levantó una ceja. —Ah, pues como son todos negros…

Kate reprimió una risita al ver como Chastity entrecerraba los ojos. —¡Son negros porque voy de luto, estúpido!

—Querida, los insultos no llevan a ningún sitio. A ver si controlas tu lengua.

—¡Eres imposible!

Para sorpresa de todos Albert sonrió de oreja a oreja. —Gracias.

James carraspeó cogiendo la mano de su esposa. —Mi vida…

—¿Si, cielo?

—Ya hemos hablado de esto.

—No, has hablado tú. Te advertí hace mucho que yo gasto lo que quiero. Mi padre me tiene muy mal acostumbrada desde tu punto de vista y has intentado convencerme. Pero no lo has conseguido. Además, tengo que encargar vestidos para las niñas.

—Oh, he visto unos sombreritos ideales para ellas —dijo Chastity emocionada.

Kate la miró con horror porque los sombreros de Chastity era en lo único que ponía color y eran de los más llamativos. —Voy con vosotras.

Justin la miró horrorizado. —¿Qué?

—Cariño, tengo que hablar con Madame Blanchard del vestido de novia. No se hace de un día para otro, ¿sabes?

—Si pagas sí —dijo Johanna.

—Tampoco hay tanta prisa —dijo Justin rápidamente. Toda la mesa le miró fijamente como si hubiera dicho un sacrilegio y forzó una sonrisa—. Claro que hay prisa. Encárgalo cuanto antes.

Kate sonrió. —Gracias, mi amor.

—Uy, tengo que hacerme un vestido para la boda —dijo Johanna haciendo que su marido dejara caer la mandíbula del asombro—. Además, vamos a ir a ver a Elizabeth. Tomaremos el té con ella. La necesitamos para el plan.

—Eso si la Duquesa quiere colaborar después de que Kate la dejara sin sentido —apostilló James entre dientes.

—Bah, ya se le ha pasado. Me ha enviado una nota para que vayamos a su casa. Liss no es rencorosa. Además, gracias a nuestra… trifulca, su fiesta ha sido la más comentada de la temporada.

—¿Me recibirá? —preguntó Kate ansiosa.

—Claro que sí. En realidad quiere hablar contigo.

Preocupada miró a Justin que susurró —No te preocupes. Todo irá bien.

—Sí, querida. No conozco mucho a la Duquesa, pero tiene la pasta de mi Johanna. No hay problema —dijo Chastity sonriendo dulcemente. El Conde se la quedó mirando y cuando se dio cuenta se sonrojó con fuerza antes de mirar su plato.

—Pues yo sí que la conozco muy bien. Mi niña y ella son uña y carne —dijo Rose orgullosa—. No pueden vivir la una sin la otra.

—Almas gemelas. Eso dice el Duque de Stradford. —Henry sonrió hinchando el pecho antes de fulminar a su yerno con la mirada. —¡Y se comprará lo que guste!

—Chastity, la modista me ha dicho que los vestidos que encargaste hace dos semanas aún tardarán —dijo Johanna como si nada haciendo que las mujeres la miraran—. Madame tiene mucho trabajo.

—¿Qué vestidos? —susurró Rose a su hija antes de recibir un golpe en el tobillo—. Ay…

El Conde miró a Rose. —¿Se encuentra bien?

—Un retortijón —dijo sin pensar. Todos carraspearon y se dio cuenta de lo que había dicho—. Quiero decir…

Johanna se echó a reír a carcajadas cuando su madre se puso de un rojo intenso que le sentaba fatal con el vestido amarillo que lucía ese día. Rose siseó —No es nada, Conde.

—Por favor, llámeme Albert. Somos familia.

En ese momento George entró en el comedor pálido como la cera. —Milady, Betsy…

Johanna se levantó de un salto y corrió saliendo del comedor mientras gritaba a un lacayo. —¡Tú! ¡Vete a buscar al doctor Hobson! ¡Rápido!

—¿Quién es Betsy? —preguntó Albert sorprendido.

James se levantó. —Es la doncella de Johanna. Va a tener a su primer hijo.

—Han estado juntas desde niñas prácticamente —dijo Rose preocupada levantándose

también—. Si me disculpa Conde, voy a ver qué ocurre.

—Por supuesto.

Kate fascinada vio como toda la familia de Johanna se preocupaba por una simple doncella. —¿Estará bien? Me es muy agradable.

Henry sonrió. —Seguro que todo va bien. Es que la quieren mucho y se preocupan como es lógico. —Tomó aire. —Esta niña. Celebramos su boda aquí, ¿sabes Kate?

Abrió los ojos como platos. —¿Aquí?

—Sí, en el salón de baile. Fue una fiesta magnifica. Nos divertimos mucho.

El Conde no salía de su asombro. —Si que tratáis bien al servicio.

—Betsy es de la familia. Si me disculpan voy a ver qué ocurre. Si me lo cuenta alguien porque seguramente las mujeres estarán con ella.

El señor Sherman siguió a James por donde había salido y se quedaron los cuatro allí sentados sin saber qué hacer. —Bueno, querida. ¿Nos vamos nosotras?

Sonrió a Chastity. —Claro. Veamos esos vestidos que Madame está haciéndote —dijo maliciosa.

—Espero que no sean negros —dijo el Conde por lo bajo—. Parece una urraca.

Chastity jadeó mientras Kate reprimía la risa. Justin la besó en la sien. —Disfruta de la tarde, preciosa. Me voy al club.

Mientras Chastity y el Conde se ponían a discutir, Kate miró a los ojos a su prometido. —¿No quieres que me haga el vestido? Podemos casarnos más discretamente.

Él sonrió y acarició su mejilla. —No es eso. Además te prometí la boda soñada.

—¿Entonces qué es? —susurró.

Él miró a los otros que estaban tan acalorados que ni se enteraban, así que la cogió de la mano levantándola de la silla y sacándola al hall. —Preciosa, esto se está alargando mucho. Al principio tenías que recuperarte, pero ahora ha llegado mi tío. Y encima el plan de Mara que yo no veo nada claro. ¿Cuándo nos casaremos? A este paso no nos casaremos nunca.

Kate encantada le abrazó por la cintura. —¿Estás impaciente, milord?

—No sé. A veces me da la sensación de que va a ocurrir algo y que saldrás huyendo de nuevo.

Sus preciosos ojos azules brillaron de felicidad. —Eso no va a pasar, ¿de acuerdo? Quítatelo de la cabeza. Nada me apartaría de ti.

La pegó a él. —Te seguiría, ¿sabes? —Besó su labio inferior con ternura.

—Mi amor… —Justin la besó ansioso durante unos minutos pegándola a la pared. Sus manos bajaron a su trasero antes de escuchar algo estrellándose contra la pared que tenían detrás.

—¡Estúpido! —Chastity salió del comedor indignada y se detuvo en seco al verles. —Ah, que estáis ahí.

—Pues sí. —Justin entrecerró los ojos al ver que el labio inferior de Chastity estaba algo hinchado. —¿Te ha pasado algo en los labios?

La mujer se sonrojó con fuerza. —¿En los labios? No. —Estiró el cuello altanera. —¿Kate? Nos vamos.

—Sí, Chastity —dijo reprimiendo la risa. Dio un beso rápido a su novio para seguirla.

El Conde salió del comedor con una sonrisa satisfecha en el rostro observándolas

mientras se iban de la casa. Se acercó a Albert y le dio una palmada en el hombro. —Eres un bribón, tío. Más te vale hacer las cosas bien en esta ocasión, porque si no te pegará un tiro entre ceja y ceja.

—Sí, he visto que es aficionada a las armas. ¿Crees que en realidad sabe usarlas?

—Sí, tengo la impresión de que las sabe usar muy bien.

Chastity y Kate salieron de la sombrerería donde le habían comprado los sombreritos a las niñas cuando se toparon con Lady Mara que iba con su tía Drusilla. Mara con una sonrisa totalmente falsa se detuvo. —Vaya, vaya, si está aquí la escandalosa doncella que se compromete con quien no le corresponde. ¿Cómo te va, Kate? ¿Preparando alguna pelea interesante? No creas, te animé a ti. Lady Johanna no es del todo de mi gusto.

Kate se tensó por el ataque. —Sabemos que no te agrada. Sobre todo por el marido que tiene. Pero cualquiera se daría cuenta de que se aman con locura como mi Justin me ama a mí.

Mara entrecerró sus preciosos ojos azules mientras su tía la cogía del brazo reteniéndola. —Unas zorras oportunistas, eso es lo que sois.

Kate se echó a reír. —La envidia te corroe, Mara —dijo tuteándola de nuevo lo que la puso de los nervios. —¿Te cuesta encontrar marido? Por eso te viniste a Londres. —Dio un paso hacia ella. —Cuidado querida, se empieza a notar tu desesperación y eso no es bueno. Sueles conseguir el efecto contrario y salen corriendo. Más si no tienes dote. Solo el amor verdadero hace que se olviden del dinero y la posición. Te aconsejo que le enamores primero. Te dará mejores resultados.

Mara palideció. —¿Qué dices de mi dote?

Kate perdió la sonrisa de golpe y al mirar a su tía se dio cuenta de que ella no lo sabía. —Perdona, creía que ya lo sabías y…

Mara cogió los bajos de su falda y salió corriendo en dirección contraria. —¡Mara!

—Oh, Dios mío —dijo su tía antes de salir corriendo lo que podía tras ella.

Sintiéndose terriblemente mal miró a Chastity que negó con la cabeza. —Se lo merecía. Vino a provocar.

—Quería casarse con Justin y anteriormente con James… Enterarse de lo de la dote y por mí además, ha tenido que ser un golpe tremendo para su orgullo.

Chastity hizo una mueca. —Tranquila que le buscaremos uno con el que se quede a gusto.

—¿Eso crees?

—Vamos, que tenemos el té en casa de la Duquesa. No debemos llegar tarde.

El mayordomo de la Duquesa les hizo pasar y cogió sus capas dándoselas al lacayo antes de acompañarlas al salón donde escucharon voces de varias personas y eso puso nerviosa a Kate. Elizabeth las vio llegar y sonriendo de oreja a oreja se levantó dejando con la palabra en la boca a una mujer. —Oh, ya estáis aquí. —Abrió los brazos. —Qué alegría veros —dijo a modo de bienvenida antes de abrazarla y susurrarle al oído —Ya te la devolveré, guapa.

Chastity reprimió la risa antes de que la Duquesa también la abrazara demostrando ante todos que eran grandes amigas. —Es una pena que Johanna no pueda venir. —Se volvió hacia la sala. —Una de las niñas tiene fiebre.

Las damas sonrieron y Susan añadió —Después me pasaré por su casa a ver cómo está mi querida nieta.

—Espero que no sea nada —dijo una de las damas.

—Seguro que no —dijo Elizabeth zanjando el tema—. Venid que os presente. No estoy segura de a quien conocéis.

Durante toda la tarde la Duquesa no se separó de ellas, lo que indicaba quién era sus invitadas de honor. Estaban a punto de retirarse cuando Johanna entró en el salón y dijo radiante —Falsa alarma. Necesito un jerez. Mis nervios se han puesto en tensión porque el médico no llegaba.

—¿Qué tal las niñas? —preguntó Elizabeth advirtiéndole con la mirada porque aún quedaban un par de invitadas.

—Oh, bien… —Carraspeó mirando a su alrededor. —Mejor me tomo un té.

Se notaba que Johanna quería hablar con Liss y sin cortarse un pelo se sentó en el sofá ante las damas que no se daban por enteradas. —¿No se iban?

Confundidas se miraron la una a la otra antes de levantarse de inmediato. —Sí, por supuesto.

Elizabeth puso los ojos en blanco. —Gracias por venir.

—Como siempre ha sido un placer, Duquesa. —Hicieron una reverencia antes de salir del salón a toda prisa.

—Johanna, más delicadeza.

Chasqueó la lengua yendo ella misma a por un jerez. —Otro para mí, querida —dijo Chastity

—Así que Betsy no ha dado a luz.

—El médico dice que son gases. —Johanna soltó una risita. —Tenías que ver la cara que puso cuando se lo dijo. Le llamó de todo. Menos mal que el doctor nos conoce muy bien y no se escandaliza de nada. Pero ha dicho que está cerca. —Le dio la copita a Chastity y se sentó frente a ellas. —Bien, ¿nos ayudarás?

—Sobre eso —dijo Kate avergonzada—. Nos encontramos con Lady Mara al salir de una tienda.

—Fue hiriente, niña. No debes disculparte por defenderte.

—¿Qué has hecho? —preguntó Liss divertida.

—Le eché en cara su desesperación y le dije que los estaba espantando a todos. Unido a que no tiene dote… Que procurara enamorarle primero. No sabía que desconocía que no tenía dote. Es de dominio público.

—¿Le dijiste eso? —Johanna hizo una mueca. —Bien por ti.

Negó con la cabeza. —Me dio mucha pena.

—Tienes un corazón muy blando, niña.

Johanna la miró pensativa. —A mí también me da pena. Aunque no se lo digáis a James.

La Duquesa suspiró. —Bueno, no hay problema. Arreglaremos su situación. Y por

supuesto podéis contar conmigo.

En ese momento el Duque pasó ante el salón y al verlas puso los ojos en blanco antes de pasar de largo haciéndolas reír. —Cariño… ¿No saludas?

Un gruñido las hizo reír de nuevo. —Se me pasará.

—¡Lo sé! —gritó Johanna para que le oyera bien.

—¡Dile a James que mañana le veo en el club para practicar esgrima!

Johanna sonrió radiante. —Tu marido es un sol.

—Lo sé.

—¡No os metáis en líos!

La voz del Duque desde el piso de arriba las hizo reír de nuevo. El sonido de la campanilla de la entrada ni lo escucharon, pero perdieron la sonrisa al ver a Lady Mara en la puerta del salón con sus ojos azules llenos de lágrimas. Al ver que estaban todas se sonrojó apretándose las manos. Liss se levantó de inmediato. —Lady Mara, pero qué sorpresa —dijo sin saber cómo reaccionar.

—Disculpe Duquesa, no tenía que haber venido. Pero siempre ha sido tan amable conmigo que… —Dio un paso atrás ocultando la mirada.

—No des un paso más, Mara —ordenó Johanna muy seria.

Mara se giró mirándola con odio. —¡A mí no me des órdenes!

Johanna gruñó. —¿Quieres dejar esa actitud? ¡Siempre estás a la defensiva!

—¡Será porque siempre me hacéis daño!

Kate se levantó mirándola arrepentida. —Pensaba que lo sabías. Nunca he querido hacerte daño.

—Al contrario que ella con sus comentarios hirientes —apostilló Chastity sin bajarse de la burra.

Mara se sonrojó. —Lo siento.

A Kate se le cortó el aliento. —No pasa nada.

Liss sonrió. —Por favor, ven a sentarte. Eres muy bienvenida y parece que necesitas una amiga.

De repente Mara se echó a llorar y Kate se llevó la mano al pecho porque jamás la había visto así. Furiosa sí, descarada también, pero nunca de esa manera. La Duquesa la rodeó con el brazo por los hombros. —Ven, siéntate.

Johanna apretó los labios antes de levantarse y servirle un whisky. Era escocesa, así que no le sentaría mal. Cuando se sentó al lado de su amiga que la consolaba se lo puso ante la cara. —Bebe. —La miró como si quisiera matarla. —¡Es una sugerencia no una orden! Estás muy sensible, chica.

—Jo, estate calladita un rato. Si puedes —dijo Liss divertida.

Mara cogió el vaso y se lo bebió de golpe haciéndola sonreír. Johanna asintió. —Eres de las mías.

—Le las nuestras, niña. Dame uno de esos —añadió Chastity.

—No, de eso nada. —Kate la reprendió con la mirada y su señora bufó mientras Susan reprimía la risa.

Liss cogió el vaso vacío de su mano y lo puso sobre la mesa de centro antes de apartar un

mechón castaño de su sien. —¿Dónde está tu tía? —Se encogió de hombros. —¿Tu hermano sabe que estás aquí?

—No. —Se miró las manos mientras se las apretaba con fuerza dejando los dedos blancos.

—Vamos, suéltalo de una vez —dijo Johanna haciendo que todas la miraran exasperadas —. ¿Qué? Todas pensáis lo mismo. Se está yendo por las ramas. —Se sentó al lado de Chastity y Kate cruzándose de brazos.

Mara no abrió la boca y Liss le acarició la espalda al ver sus dedos blancos. Con delicadeza la cogió por la barbilla para que la mirara. —No te lo esperabas, ¿verdad? Lo de la dote.

Tragó saliva negando e intentando retener las lágrimas. —Mi hermano siempre me dijo que era una buena dote. No sé por qué me ha mentido.

—Es evidente que como te casabas con James, que es uno de sus mejores amigos, no le dio importancia al tema —dijo Johanna irónica.

—¡Pero después Buzz tenía que habérmelo dicho! Cuando se rompió el compromiso…

—Creo que no se dio cuenta de la importancia que tenía hasta que ha llegado a Londres. En Escocia recibiste propuestas de matrimonio —dijo Kate preocupada por su disgusto.

Mara se echó a reír sin ganas. —Solo de Edwin. Exageré para que Justin no pensara… Dios, qué estupidez si nunca le quise —dijo avergonzada—. Buzz me advirtió que estaba perdiendo el tiempo, pero aun así seguí haciendo el ridículo.

—No hiciste el ridículo. Aprecia tu amistad.

La miró a los ojos esperanzada. —¿De veras?

—Por supuesto. Pero búscate a otro guapa, que Justin es mío.

Mara hizo una mueca y la Duquesa se echó a reír. —¡Será posible! ¿No pensarías que tenías otra oportunidad con Justin?

—No, claro que no.

—Es que sería mucho más fácil, ¿no es cierto, Mara? —preguntó Kate sabiendo lo que pensaba—. Estarías a lado de casa, siendo la señora de las mejores tierras del contorno… —Mara se sonrojó. —Viniste a Londres para no perderle de vista, y eso que no le querías. —Kate se echó a reír. —La verdad es que eres insistente. Tú no quieres casarte con un inglés.

—Claro que no. Aunque después de ver que Justin no me hacía ni caso, tuve que tomarlo en cuenta. Allí no tengo posibilidades y ya que estaba aquí y que Buzz no hace más que recordarme la fortuna que se está gastando…

Chastity apretó los labios. —Como al parecer no sabes en qué situación estás y que nadie te lo quiere contar, te lo diré yo. —Mara asintió. —No tenéis dinero. De hecho tu hermano se ha endeudado para estar en Londres.

—Dios mío…

—Y eso no es lo peor —dijo la Duquesa preocupada—, tu reputación…

Mara palideció. —¿Qué?

—Se han hecho apuestas en el Whiste´s sobre quién te llevará a la cama primero. Se ha corrido la voz de que buscas marido de manera desesperada y creen que pueden seducirte con facilidad. Se…

—Ríen de mí —dijo con lágrimas en los ojos—. Ahora entiendo todas esas proposiciones que he recibido.

—Tenías que haber dado más puñetazos —dijo Johanna antes de beber de su copa—. Y despellejar a esos cabrones. Si me hubiera pasado a mí, lo hubiera hecho.

—No nos tenías a nosotras para protegerte —dijo la Duquesa con cariño—. No te aflijas. Londres puede ser muy duro sin las amistades adecuadas.

—Sí —dijo Johanna chasqueando la lengua—. Por eso lo vamos a solucionar.

Kate la miró de reojo empezando a arrepentirse de su plan. —Johanna…

—Lo entenderá… Y se llevará un marido de primera.

Mara frunció el ceño. —¿De qué habláis?

—Mira, pensábamos medio engañarte con un plan muy enrevesado para que tragaras un candidato que te sacaría del atolladero, pero mejor ponemos las cartas sobre la mesa porque estás en un lío de primera y esto nos beneficiará a todos.

—¡Johanna! —exclamaron todas sobresaltándola.

—¿Qué? No tiene recursos, ni perspectiva de tenerlos. No tiene candidatos porque está claro que nadie se casará con ella en Londres. A no ser que vuelva a casa y se case con Edwin su futuro lo veo muy negro. Eso si no quiere ser solterona toda su vida, claro. —La miró a los ojos. —¿Quieres?

Mara se tensó. —Dime el plan.

Johanna sonrió de oreja a oreja. —Sabes que Kate y Justin no pueden heredar el condado por la posición de Kate. Les destrozarían y lo que es peor la buena sociedad les daría la espalda. Sobre todo después de todo el revuelo que se organizó con la verdadera paternidad de James. Ya tuvo bastante escándalo el condado como para añadir más.

Mara asintió. —Lo he visto antes. Una tía de mi madre se escapó para casarse con un artesano del pueblo y todo el mundo le dio la espalda. Su padre prohibió a toda la familia que les dirigieran la palabra y tuvieron que irse.

Kate perdió todo el color de la cara. —¿En serio les ocurrió eso?

Mara asintió.

—Querida eso no te pasaría a ti. El Conde terminará apoyándoos —dijo Chastity.

—Solo si un escándalo mayor detiene los que surgirán con tu matrimonio. —Johanna levantó las cejas mirando a Mara que no entendía nada. —Tú serás el escándalo.

—¿Yo? —preguntó con los ojos como platos.

Johanna se levantó y caminó hasta la chimenea antes de volverse con los brazos en jarras. —Te hemos buscado un candidato ideal. En este momento reside relativamente cerca de tu casa en Escocia, tiene treinta y cuatro años y es soltero. Soltero, no viudo. Es Marqués y quiere un heredero, por eso busca esposa.

Los ojos de Mara brillaron. —¿Es atractivo?

Se miraron las unas a las otras. —¿También quieres que sea guapo?

—¡Oye! ¡Tú te quedaste con James! ¡No me conformaré con menos! Eso si quieres que forme un escándalo para tapar a ésta, claro. ¡Voy a arriesgar mi reputación!

Gruñó molesta mientras Kate se aguantaba la risa.

—No sé si el Marqués de Satterfield es atractivo. ¡Tendrás que conformarte!

Alguien carraspeó en la puerta y todas vieron al Duque de Stradford con el periódico en la mano. —Johanna, ¿hablas en serio?

Con los brazos en jarras miró hacia él. —Sabes que siempre hablo en serio, Alex.

Él miró a Mara que ansiosa preguntó —¿Le conoce, Duque?

Carraspeó de nuevo. —De oídas.

—Cariño, solo responde si es atractivo. ¿Lo es? ¿Cómo es? —preguntó Liss encantada de que le conociera.

—Es… grande.

—Oh, como mi James —dijo Mara emocionada uniendo las manos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Johanna mosqueada.

—Sí, más o menos. ¿Querida podemos hablar un minuto? —preguntó Alex sin salir de su asombro.

—Oh por Dios, si nos lo va a contar en cuanto regrese. ¡Suéltalo ya, Alex! Tengo una parturienta en casa que va a dar a luz en cualquier momento y cosas que hacer de esas de Condesa que me fastidian tanto.

Alex la miró exasperado. —Es atractivo. Al menos eso decían las damas. Tiene el cabello rubio y ojos claros. Creo que verdes. Mide más o menos como James, pero siempre ha hecho mucho ejercicio y es más corpulento.

—Un dios griego —dijo Mara cada vez más emocionada—. ¿Qué más? ¿Qué más?

—Es rico por lo que tengo entendido. Tiene muchas propiedades por toda Inglaterra y no pasa por Londres desde hace tres años.

—¡Bien! —Johanna sonrió mirando a Mara. —¿Qué te parece?

—Parece divino. —Entonces perdió la sonrisa de golpe. —¿Y por qué iba a casarse conmigo si es tan guapo y tan rico? —Todas levantaron las cejas. —¿Qué? ¿Qué tiene? ¡Algo raro tiene que tener para que no haya encontrado esposa! —Como nadie le respondía chilló —¿Queréis soltarlo ya?

—Ha estado en prisión —dijo el Duque muy serio.

A Mara se le cortó el aliento. —¿Perdón?

—Por asesinato nada menos.

—Cariño, no te va a dar tiempo a leerte ese periódico antes de la cena. Ya nos encargamos nosotras.

Mara pálida las miró como si estuvieran locas. —¿Queréis que me case con un asesino? ¡Menudas amigas estáis hechas!

—Ah, ¿que somos amigas? —preguntó Johanna sorprendida —. ¡Porque hasta hace media hora no podías ni verme!

—¡Como tú a mí!

—Niñas, no nos desviemos. —Chastity sonrió. —¿Qué te parece nuestro candidato? Bueno, ¿eh? Ese no te lo quitará nadie.

—¡No tiene gracia, señora! —dijo indignada. Frunció el entrecejo—. ¿A quién quitó del medio?

—Oh… —Johanna se miró las uñas. —Al amante de su amante. Bah, una cosilla de cuernos.

—Encima celoso.

—No, guapa. ¡Qué le pilló en la cama con ella!

Mara se sonrojó con fuerza. —Oh.

—Sí, oh.

—Eso yo no lo haría.

—Y ahora aún menos —dijo Kate por lo bajo aguantando la risa.

—¡Qué aún no he decidido nada!

—Bueno, ¿continuamos con el siguiente paso o no? Mira que estoy de lo más ocupada —dijo Johanna exasperada.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —preguntaron todos a la vez.

Les miró asombrada. —Pues concertar el matrimonio, por supuesto.

—¡Definitivamente estás loca! —Mara se levantó de golpe. —Yo me largo de aquí.

Estaba ya en la puerta del salón cuando Johanna dijo —Es rico, sacará a tu hermano de sus deudas y serás Marquesa. —Mara se detuvo en seco. —Podrás llevar la vida que siempre has querido. Además es atractivo. No vas a encontrar un candidato mejor.

La Duquesa suspiró. —Desgraciadamente Johanna tiene razón, Mara. Sin fortuna… a no ser que encuentres otra cosa cuando llegues a Escocia… Aquí no te casarás bien.

Mara se volvió. —¿Así sin conocerle?

—Será lo mejor. Tanto para ti como para él. Un matrimonio concertado y por poderes. Cuando salgas de Londres ya serás Marquesa. Y se formará el escándalo que queremos para que el matrimonio de Kate y Justin pase más desapercibido porque nos encargaremos de decir con quien te has casado. Ellos se mantendrán discretamente apartados hasta que ella le dé un heredero. Después de eso y con el apoyo del Conde, nadie se atreverá a criticar lo ocurrido.

—¡Porque me criticarán a mí!

—Es el precio que tendrás que pagar por ser Marquesa. Tranquila, en un par de años nadie recordará que estuvo preso.

—Debo discrepar con eso —dijo el Duque muy serio—. Aquí todavía no se ha olvidado el escándalo. Seguramente el Marqués no podrá regresar a Londres porque el hombre al que mató también era de alcurnia. Y no estoy de acuerdo con que expongáis a Mara a un carácter que puede ser violento y más después de haber estado en prisión.

Liss le miró preocupada. —¿Tú crees que es violento?

—Antes de ese episodio te hubiera dicho que no. Pero su amante no dejó de decir que si no se hubiera tirado por la ventana la hubiera matado a ella. Que estaba fuera de sí.

Mara perdió parte del color de la cara. —Dios mío.

—Esa es la razón por la que se ha ido a Escocia. Porque aquí no es bienvenido.

—Yo también he matado y no soy una asesina —protestó Johanna haciendo que todos la miraran—. ¿Qué? Es verdad. Díselo Chastity.

La tía Chastity enderezó la espalda. —Opino lo mismo. Que levante la mano quien no haya matado a alguien alguna vez.

Para su asombro Mara, Kate, Susan y Elizabeth fueron las únicas que levantaron la mano. ¿En dónde se había metido?

—Liss baja la mano —dijo Johanna como si nada.

—Yo no he matado a nadie.

—Claro que sí. Colaboraste en aquel del parque.

—¡Le mataste tú!

—Fuiste mi cómplice.

—Ah, pues sí. —Bajó la mano dejándola de piedra. —Eso sí. ¿Susan? Tú también has sido cómplice. ¿Recuerdas el castillo Drummond?

Ahí todas bajaron las manos y miraron interrogantes a Kate que se sonrojó carraspeando. —Ese día maté a uno un poquito con ayuda de la cocinera. Es que no me acordaba.

Alex reprimió la risa por la cara de asombro de Lady Mara. —Somos una familia algo peculiar.

—Eso ya lo veo, Duque. Mejor me voy a que me dé un poco el aire.

—Mira, la que tenía un carácter que todo el mundo le tenía miedo.

Mara fulminó a Johanna con la mirada. —¿Quieres comprobar mi carácter? ¡Porque ésta no te dio lo que merecías el otro día!

—¿Y me lo vas a dar tú?

—¡Niñas! ¿Empezamos otra vez?

Kate se levantó caminando hacia ella con una dulce sonrisa y cogió su mano. —No te preocupes por nosotros. Justin renunciará al título y seremos felices de todas maneras.

—Claro que sí, niña —dijo Chastity convencida.

—Pero piensa en ti. ¿Qué harás cuando regreses? Sabes que serás el hazmerreír de todos al regresar soltera después de una temporada en Londres. —Mara se sonrojó agachando la mirada. —Los que te conocemos, te apoyaremos. Justin y el Conde estarán de tu lado…

—Bastante tendréis vosotros como para pensar en mí —dijo avergonzada.

—Puedes volver y que chismorreen de ti por conseguir un Marqués o por ser una solterona. Tú decides.

Mara levantó la vista para mirarla a los ojos y se decidió. Con ese matrimonio regresaría Marquesa y rica. Su hermano ya no tendría deudas y si de paso podía ayudar a Justin a conservar su título, lo haría porque también eran su familia. Eran todo ventajas, aunque el miedo a lo que se encontraría… Nunca había sido cobarde y ese era el momento de demostrarlo. —Lo haré.

Kate sonrió y la abrazó con fuerza. —Gracias, gracias —susurró en su oído—. Temía que en el futuro Justin me echara en cara haber perdido su título por mí. No sabes cómo te lo agradezco. Al menos tendremos una oportunidad por tu valor. —Se apartó emocionada y sonrió limpiándose las lágrimas mientras Mara temblaba por dentro de la responsabilidad.

—Haré lo que pueda.

—Gracias.

—Bien —dijo Johanna satisfecha—. Tranquila Mara, te acompañaremos.

Todas la miraron asombradas. —¿Ah, sí? —preguntó Elizabeth—. ¡Yo no puedo moverme de Londres! ¡Tengo un bebé ahí arriba!

Alex suspiró del alivio. —Y otro que no es tan bebé. Menos mal que has entrado en razón, mi amor.

—Vaya, con lo que me apetecía esta excursión como en el pasado. Bueno, pero nosotras sí que podemos ir a Escocia.

Chastity levantó la barbilla. —Sí, yo puedo viajar cuando quieras. Me muero por conocer Escocia. En especial el castillo.

—¿Susan? La última vez te lo pasaste muy bien. Y mi madre seguro que se anima.

—Estoy impaciente —dijo la aludida con una sonrisa de oreja a oreja—. Con vosotras al fin del mundo.

Kate sonrió emocionada. —Iremos todos. Veré a mi padre. —Sus ojos brillaron. —¿Crees que podremos casarnos allí? Me encantaría casarme en la ermita del castillo.

Todos vieron la ilusión que le hacía y Mara sonrió. —Seguro que podrás casarte allí. —Perdió la sonrisa poco a poco y todos se dieron cuenta que en algún momento ella también pensó que se casaría allí ya que sería la señora del castillo.

Johanna sonrió intentando darle confianza. —¿Sabes? Cuando me casé con James también tuve miedo.

—¿De veras?

—Claro que sí. Me había casado con un desconocido. No sabía nada de él. —Se echó a reír. —Recuerdo que Elizabeth me dijo que no sabía si era un violador o un asesino.

Mara sonrió. —Al menos yo ya sé la respuesta.

—Además te prometo una cosa, si se pone difícil, siempre tendrás un barco Sherman a tu disposición para ir a cualquier parte del mundo. Siempre podrás contar con nuestro apoyo. Eso no lo dudes nunca. Ahora eres de las nuestras y nosotras protegemos a la familia.

El Duque dio un paso adelante asintiendo al igual que los demás y emocionada susurró —Estoy lista para lo que sea.

Capítulo 13

Sentada en su carruaje al lado de su tía que se había quedado dormida ya no pensaba lo mismo. Tenía el estómago del revés. Miró por la ventanilla viendo que los coches de los demás les seguían. Aparte de los Sherman también se habían unido los Marqueses de Wildburg. A Susan no le había costado nada convencer a su marido. Los padres de James no querían perderse nada de las maquinaciones de su nuera y la apoyaban en todo como demostraban yendo a ese viaje. Incluso los Duques de Stradford estuvieron a punto de ir, pero la Duquesa se indispuso una semana antes del viaje y todos pensaban que ya esperaba a su tercer retoño. El Duque se negó en redondo a iniciar el viaje y eso la retuvo en casa. Aunque no le impidió ir a la boda por poderes que se celebró en la casa de Johanna con todos como invitados.

Ni siquiera había llevado un vestido de boda decente. Se mordió su labio inferior diciéndose que había hecho lo correcto. Johanna le había dicho lo que los investigadores privados habían descubierto. Estaba viviendo en Hostong House desde hacía un año. Después de salir de prisión viajó por Europa, pero se puso enfermo y tuvo que regresar. Pero en lugar de regresar a su casa en Londres, decidió irse con la única familia que le quedaba. Sus primas de Escocia que vivían en su propiedad desde pequeñas. Ellas le habían cuidado y aunque Ewert vivía en la propiedad solo salía para cabalgar en los bosques y para ejercitarse en el jardín. El resto del tiempo lo pasaba en el despacho o leyendo en el invernadero.

Mara tomó aire. Cuando se había enterado quienes eran sus familiares no se lo podía creer. Eran dos hermanas maravillosas y jamás las vería compartiendo casa con un hombre violento. Eso le dio ánimos. Seguro que no era para tanto. Además ellas la habían escrito alegrándose muchísimo del enlace y le dijeron que la esperaban en casa con los brazos abiertos. Al menos conocía a alguien en Hostong House.

—Todavía estamos a tiempo de detener esta locura, Mara —susurró su hermano llamando su atención.

Le miró a los ojos. Sus mismos ojos azules. —Sabes que no tenía otra opción. Y... —Apartó la mirada como si no soportara ni verle y Buzz apretó los labios. —No pensaba regresar soltera para que se rieran de mí de nuevo. Las carcajadas serían enormes cuando se enteraran de la próxima boda de Justin.

—¿Él lo sabrá todo por las hermanas Logan?

—Se lo ha explicado Johanna a su manera por carta. Esa es la razón para que él haya aceptado este matrimonio entregándote ese dinero para hacer frente a las deudas de juego que has adquirido y hayamos podido salir de Londres con la cabeza alta.

Buzz apretó los labios. —No necesitábamos su dinero.

Le miró incrédula. —¡Habías perdido una auténtica fortuna! ¡Ahora no me extraña nada que la dote que nuestros padres habían reservado para mi matrimonio haya desaparecido! Te vino de perlas mi compromiso con James para gastártela a gusto. —Su hermano se sonrojó. —Y cuando se rompió el compromiso ya no pudiste devolverla, ¿no es cierto?

—Y no sabes cómo lo siento, porque te hubieras casado con ese barón y vivirías en Londres.

—¿Ese cerdo que salió corriendo en cuanto no hubo dinero? Que se pudra. Con ese gesto me demostró que no es de fiar.

—Tampoco sabes si es de fiar tu marido.

—Al menos cumple con lo prometido —replicó mirándole fríamente—. Es más de fiar que tú.

Buzz apartó la mirada y la tía susurró sin abrir los ojos —No discutáis, niños. Si os queréis con locura.

Arrepentida miró por la ventanilla porque tenía razón. Buzz era su hermano y le querría siempre. —Mara… —Le miró de reojo. —Te quiero, pequeña. No lo olvides nunca.

Emocionada se acercó de golpe para abrazarle. La tía Drusilla sonrió y cuando Mara se sentó a su lado cogió su mano. —Siempre nos tendrás a nosotros. Si no te sientes a gusto puedes volver a casa.

La miró asombrada. —Tía, ¿no te vas a quedar conmigo?

—Niña…

—Por favor —dijo asustada—. Al menos durante unos días.

—No estás lejos de casa y llevo mucho tiempo fuera de la mía. Tengo un marido, cielo. Como ahora tú tienes el tuyo y debes estar a su lado.

Mara lo entendió. Había prácticamente abandonado a su marido durante meses por acompañarla a Londres. Estaría deseando regresar a casa. —Lo siento, tía. Soy una egoísta.

—No serías egoísta ni aunque lo intentaras. Y lo que has hecho por tu hermano lo ha demostrado.

—No solo lo he hecho por mi hermano.

—Lo sé. —Sus inteligentes ojos azules sonrieron. —Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo echándola muchísimo de menos. Hacía siete años que se habían ido a causa de un horrible incendio y seguía echándoles de menos como el primer día. —Gracias, tía.

—De todas maneras pasaremos noche allí. Así tendrás la primera toma de contacto rodeada de los tuyos. —Drusilla soltó una risita. —Los Sherman son muy divertidos. No nos aburriremos.

—Ya estamos aquí —dijo su hermano viendo la casa por la ventanilla.

Mara pasó sobre su tía para sacar la cabeza. Era una casa estilo Tudor y la impresionó lo grande que era. —Dios mío es más grande que nuestra casa.

—Es que era la casa de un… —Su hermano chasqueó la lengua. —Ahora voy recordando.

—¿Un Marqués? —preguntó divertida.

—Hace mucho tiempo de eso, pero al parecer siempre ha seguido en sus manos, aunque no la usaba. Solo estuve aquí una vez con padre, así que era muy niño.

Fascinada miró la casa de la que salía en ese momento todo el servicio vestido con sus mejores galas. Las hermanas Logan vestidas de verde les saludaron con la mano, pero impaciente

Mara miró a todos los varones sin reconocer al que ahora era su marido lo que la puso aún más nerviosa. Que supiera que era un fracaso como doncella en su afán de buscar marido era otra cosa que la torturaba y mucho.

El carruaje se detuvo algo adelantado debido a todos los que venían detrás, pero las hermanas chillaron acercándose al suyo y abriendo la puerta llenas de felicidad, demostrando que a pesar de tener ya cuarenta años seguían siendo unas niñas. —¡Mara bienvenida a la familia! —chillaron emocionadas.

Mara rió. —Gracias. Me alegra mucho estar aquí.

—Quién nos iba a decir a nosotras que ahora serías de nuestra familia, ¿verdad Loretta? —preguntó Lorenza moviendo sus rizos negros.

—Muy cierto, hermana. —Loretta alargó la mano para ayudar a salir a la tía Drusilla. —Bienvenida a Hostong House, Drusilla.

—Es un placer volver a veros. Hacía años que no coincidíamos.

—Una pena. Y sobre todo viviendo tan cerca.

Buzz salió del carruaje y alargó la mano para que saliera su hermana. Las hermanas sonrieron a Mara que sonrió mostrando el precioso vestido de viaje azul que se había hecho en Londres y que había pagado su marido.

—Estás tan preciosa. Cuando te vea Ewert… —dijo Lorenza mirándola impresionada con sus bonitos ojos verdes iguales a los de su hermana.

—¿Y dónde está? —preguntó su hermano leyendo su pensamiento.

—Oh, no os esperábamos tan pronto. Creíamos que no llegaríais hasta mañana.

—¿Mañana? —preguntó confundida.

Lorenza hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Está montando a caballo. Le verás en un par de horas como mucho.

Vaya, se le notaba impaciente por conocerla. Forzó una sonrisa y más al escuchar —¡Las hermanas Logan!

Se volvieron a la vez y chillaron al ver que el Conde Kirkpatrick abría los brazos a modo de saludo. Ellas le saludaron dándole dos besos en las mejillas como si fuera su tío o algo así. —No las recordaba tan efusivas —dijo Drusilla por lo bajo.

—Ni yo. Demasiado efusivas. Igual están intentando disimular su incomodidad por tener que ser las anfitrionas hasta que llegue mi marido.

Mara observó como el Conde presentaba a toda la familia cuando era su función como señora de la casa. Estaba claro que de momento era una invitada más porque allí no estaba su marido para darle su sitio. Eso si se lo daba alguna vez, claro. Igual la tenía como un florero en una esquina de la habitación hasta que le diera un hijo. Ese pensamiento la puso más nerviosa aún y disimulando subió al lado de Johanna que la miró de reojo siseando —No se han dado cuenta de quien es Kate.

—Perfecto.

—¿Estás bien?

Asintió entrando en la casa y se estremeció sin darse cuenta al ver la escalera de caoba que llevaba al piso de arriba. Todo el edificio era de piedra y al caminar por el suelo de madera miró hacia el techo donde cuatro nervios tallados con ángeles se unían en una cúpula

impresionante.

—Tienen una casa preciosa, señoritas —dijo Susan mirando hacia arriba.

—Gracias —contestaron a la vez como si la casa fuera suya. Johanna frunció el ceño mirando a Mara que encogió los hombros sin saber qué decir—. Pero es muy fría en invierno —añadió Loretta moviendo sus rizos rubios.

Susan se acercó a Rose y a Chastity y susurró —¿Llevan los mismos vestidos?

—Sí, querida. Al parecer siempre visten igual —dijo Chastity quitándose la capa de viaje y mostrando su vestido morado con encajes negros. Se sonrojó cuando Albert le guiñó un ojo—. Será descarado.

—¿Qué? —preguntó Susan.

—Oh, nada. Una casa muy grande.

—Sí, no me la esperaba así.

Chastity miró a Mara a los ojos y se acercó a ella de inmediato al ver su palidez. —Respira hondo. Todo va bien.

—Ni siquiera está aquí —siseó sabiendo que no la escuchaba nadie porque las hermanas estaban muy ocupadas contando la historia de la casa.

—¡Mara! ¡Ven! —gritó Loretta haciéndole un gesto con la mano—. Ven a conocer a Greg. Es nuestro mayordomo.

Se acercó mientras todos se apartaban para mostrarle a un hombre vestido de negro de unos sesenta años que la miró fijamente con sus ojos castaños poniéndole los pelos de punta. Y no solo por su seriedad. Parecía que no la quería allí en absoluto y eso la confundió muchísimo. —Greg, es la nueva señora de Hostong House. Lady Mara Strigman.

Greg hizo una ligera inclinación. —Marquesa, es un honor conocerla. Disculpe que no la esperara en la escalera con el resto del servicio. Un contratiempo.

—No es nada —contestó antes de mirar a Kate de reojo que se había tensado con fuerza porque ella sabía muy bien que había sido un insulto a la nueva señora de la casa.

Las hermanas sonrieron encantadas. —Té para todos, Greg.

—Enseguida señoritas, Marquesa…

Se alejó rápidamente y Kate se acercó susurrándole al oído —Cuidado con ese.

—Lo sé, amiga. Lo sé.

Kate sonrió asintiendo antes de coger del brazo a su prometido para entrar en el enorme salón presidido por una chimenea cuatro veces más grande que cualquiera que hubiera visto antes. Las mujeres se sentaron en los sofás unas en frente de las otras mientras los hombres se quedaron de pie al lado de la chimenea comentando lo que veían a su alrededor. James miró a Mara muy serio obviamente preocupado por su situación mientras hablaba con Buzz en voz baja. Ella desvió la mirada de inmediato algo avergonzada porque él viera en lo que se había convertido. Una novia de saldo con tal de salir del mercado matrimonial. Y al parecer su marido no consideraba ni que tenía que estar allí para recibirla, porque ella no se tragaba que pensaban que llegaban al día siguiente cuando la noche anterior salió un lacayo para avisar a la casa de cuando llegarían.

Las hermanas estaban encantadas y no dejaron de parlotear durante todo el té. De repente Mara no lo soportó más y dejó su taza sobre la mesa. —Estoy algo cansada. Si me decís cuál es

mi habitación…

—Es la habitación de Ewert, querida. Bueno en realidad es la habitación de la Marquesa. —Lorenza soltó una risita. —Las habitaciones de los Marqueses.

Forzó una sonrisa porque por un momento pensó que tenían que compartir cama y alcoba. Sabía que tenía que ocurrir tarde o temprano pero no se sentía capaz de hacerlo tan pronto, casi sin conocerle.

—Sí, querida… acuéstate un rato antes de la cena —dijo Drusilla preocupada porque no había abierto la boca en todo el té.

Rose se levantó. —Te acompaño. Yo también quiero descansar.

—Yo voy a ver cómo están las niñas —dijo Johanna levantándose también.

—Greg os indicará donde están las habitaciones. —Loretta la miró preocupada porque ya ni era capaz de sonreír con convicción. —¿Seguro que te encuentras bien, querida?

Con ganas de gritar simplemente susurró —Sí, por supuesto. Solo estoy algo cansada del viaje. Han sido unos días algo… intensos.

La miraron con dulzura. —Claro que sí. Eso son los nervios por conocer a tu marido, querida. Lo comprendemos.

Pues ella no comprendía nada. Se volvió para irse casi topándose con Greg que muy serio dijo —Acompáñeme, Marquesa. Su habitación está preparada.

En cuanto el mayordomo se volvió, Johanna le sacó la lengua haciéndola sonreír de verdad por primera vez desde que había llegado.

Las tres subieron tras él en silencio y al llegar arriba se detuvo. La casa estaba tan silenciosa que se le pusieron los pelos de punta. El mayordomo caminó por un pasillo hasta el final y a Mara le extrañó que estuviera tan lejos. Por la cara de Johanna y de su madre supo que pensaban lo mismo, pero ellas no se callaron.

—¿Cómo es que las habitaciones de los Marqueses están tan lejos de la escalera, Greg? —preguntó Johanna mirando un cuadro de una cacería como todos los que había en ese piso. Estaba claro que habían usado la casa en el pasado para ir a cazar y la decoración estaba intacta como demostraban los antiquísimos muebles.

—Hace cien años hubo un incendio en la casa y el Marqués tuvo que dormir aquí durante las obras, milady. Le gustó tanto que decidió dejarlas en esta parte de la casa y los posteriores Marqueses no se preocuparon del cambio, pues nunca pasaron por aquí.

—Entiendo. Estará encantado de que el Marqués haya instalado aquí su residencia.

—Nunca lo he estado más. —Solo había una puerta al fondo y Mara tragó saliva cuando le vio girar el pomo. —Como comprobará Marquesa, esta no es la típica habitación de los señores. Ahora entenderá lo que quiero decir. Abrió la puerta mostrando un salón muy masculino para su gusto pues todo estaba en tonos ocres y sedas borgoñas. Los cuatro entraron en el salón que estaba ampliamente iluminado por los ventanales de los que simplemente colgaban finas cortinas de hilo.

—Ahora entiendo al Marqués. Es muy luminosa.

—Exacto —dijo el mayordomo cortante provocando que las tres se miraran mientras él iba hacia la puerta de la derecha—. La habitación de la Marquesa, milady. —Abrió la puerta y a Mara se le cortó el aliento al ver una maravillosa habitación pintada de rosas. Una gran cama en

el centro de la habitación con un maravilloso dosel estaba hermosamente pintada con varias representaciones de damas con exageradas pelucas blancas.

—Dios mío. Esa cama debe tener más de doscientos años —susurró Johanna.

—La Condesa entiende de muebles.

—No mucho, pero vi una muy parecida en Italia hace un tiempo.

—Esta tiene la pintura original.

Mara separó los labios dando un paso hacia ella. Los postes de la cama estaban pintados de dorado y parecía la cama de una reina.

—Dios mío, Mara. Es preciosa. Mira que tocador… —susurró Rose realmente impresionada por los tres cuerpos del espejo que tenía un grueso marco dorado que contrastaba sobre el fondo pintado de la pared.

—Es tan bonita que quita el aliento —susurró acariciando uno de los cajones pintados con rosas del aparador con patas de estilo francés.

—Se encargaron los muebles especialmente para esta habitación, Marquesa. Espero que sea de su agrado.

—Dios mío, ¿habéis visto qué bañera? —Johanna asombrada señaló una bañera al lado de la ventana.

—A la Marquesa le gustaba contemplar las vistas y en esta parte del jardín hay privacidad, por eso la chimenea está justo en frente.

Mara fue hasta el enorme armario que ocupaba toda la pared tras la cama y al abrir una puerta se encontró ya sus vestidos colgados.

—Espero que todo sea de su gusto, Marquesa. Como he visto que no ha traído doncella, le enviaré una de la casa. Espero que Bethel sea de su agrado, milady.

—Seguro que sí. —Sonrió a Greg. —Puede retirarse.

El mayordomo se envaró. —¿Las señoras no quieren que las acompañe a sus habitaciones?

Rose se sonrojó. —Oh sí, por supuesto. ¿Johanna?

Johanna la miró como diciendo que regresaba enseguida y no tuvo más remedio que salir. Greg la miró a los ojos. —Enseguida llegará Bethel para ayudarla, milady.

—Gracias, Greg.

—Greg, yo también necesito doncella. ¿La mía ha dado a luz hace una semana, sabe? Un precioso varón que se llamará como su padre.

—Siento el inconveniente, Condesa —dijo cerrando la puerta.

—Oh, qué tontería —Johanna se echó a reír. —Me alegro muchísimo por ella. Es como de la familia.

Las voces cesaron lo que indicaba que había cerrado la puerta del salón. Mara miró a su alrededor y sintiéndose totalmente sin fuerzas se sentó sobre el edredón verde pálido. La habitación de una reina, pero ella no se sentía reina en absoluto. Todo lo contrario, se sentía prisionera de las malditas circunstancias y del destino que parecía que se estaba riendo de ella. Sonrió con pena. Sí, seguramente era un castigo por todo lo que había presumido en el pasado al comprometerse con el futuro Conde Kirkpatrick, provocando las envidias de sus conocidas porque era un partido estupendo. Y había acabado allí, casada con un desconocido que jamás

tendría el reconocimiento social que ella había esperado. Sí, toda una ironía. Además, el matrimonio no presagiaba nada bueno si el trato de su marido empezaba de esa manera. No, nada bueno. Estaba claro que ella no iba a importarle en absoluto cuando la desdeñaba de esa manera y ante sus conocidos, además. Porque sabía de sobra que iba acompañada de amigos y familia. La estaba humillando, aunque no sabía si lo hacía a propósito o no, porque igual no pensaba en ella en absoluto pues solo quería de ella una cosa y era lo que le había dejado claro a Johanna. Necesito un heredero. Mi abogado les dará el dinero y lo tramitará todo en mi nombre. Punto. Ninguna otra explicación. ¿Y si no estaba muy bien de la cabeza? Podía ser, había matado a un hombre y había estado en prisión. Muy bien de la cabeza no podía estar. Gimió tapándose los ojos porque la que no estaba bien de la cabeza era ella al casarse con un completo desconocido que tenía esos antecedentes, únicamente con el fin de que sus conocidos no chismorrearan de ella. ¿Qué más da que la pusieran verde durante el resto de su vida? Era dura, podía soportarlo. Volvió a gemir porque no era cierto. Esos dos años desde que James había roto el compromiso habían sido horribles y no podía regresar a eso. Lo sabía. Pero lo que había hecho…

La puerta se abrió sin llamar y Johanna entró a toda prisa con Rose. —No puedo creer cómo nos vigila ese hombre —dijo la Condesa asombrada—. Iba a salir y estaba en el pasillo.

—No le gusta nuestra presencia aquí, eso está claro —dijo su madre sentándose a su lado en la cama—. ¿Cómo estás, niña?

—¿Cómo estoy? —La miró incrédula. —¡Casada! ¡Así estoy!

—Era lo que querías —dijo Johanna levantando un espejo de mano que era una obra de arte. —Le voy a decir a James que vea tu habitación para que hable de mis gastos en el futuro. Será gruñón. El tuyo te trata como una princesa.

—Esto ya estaba aquí.

Johanna levantó una botella de perfume primorosamente tallado. —Esto no estaba aquí.

Se le cortó el aliento viendo el frasco. —Es de esa perfumería de Londres. Ese tan caro del escaparate.

—No, cielo. Es de París. —Johanna soltó una risita. —Ni yo me atreví a comprarlo por lo que dijera James.

—Hija… Si te gusta…

Johanna chasqueó la lengua. —Es que le gusta mi olor, mamá.

—Ah —dijo satisfecha sonriendo a Mara. Johanna quitó el tapón de cristal y lo movió ante sus narices ligeramente. Ambas cerraron los ojos disfrutando de un olor a lavanda tan perfecto que Mara abrió los ojos del asombro porque ni se imaginaba que olía así. —En cuanto llegue a Londres me lo compro.

Johanna sonrió con picardía. —No mamá. Es el perfume de Mara. No podéis oler igual. Es perfecto para ella. Tu marido tiene muy buen gusto.

—Lo ha comprado alguien por él.

Hizo una mueca. —Sí, seguro que sí. Porque por estos contornos dudo que haya algo tan exclusivo.

Mara se levantó rodeándola y abrió el joyero que había sobre el tocador. Había joyas tan caras que ni se atrevió a tocarlas. Ella era lady de nacimiento, pero nunca había habido algo así en su casa. Abrió la caja de las horquillas y primorosamente colocadas las había con distintas

piedras preciosas. Abrió el primer cajón y se le cortó el aliento al ver unos pañuelos con sus iniciales bordadas. Sus iniciales de casada. Una M y una S.

—Es un detallista, de eso no hay duda —dijo Rose sonriendo—. Detallista y algo tímido porque no se le ha visto el pelo.

La puerta se abrió sin que llamara nadie y para su asombro entró una anciana que debía tener ochenta años con un vestido de sirvienta. Las tres se miraron y Mara forzó una sonrisa. —¿Tú eres Bethel?

La mujer intentó hacer una reverencia, pero no era capaz. —Déjelo mujer —dijo apurada —. No es necesario.

La anciana sonrió. —¿La ayudo con el vestido, milady?

Sin saber cómo salir de esa situación carraspeó. —No es necesario. Mis amigas me ayudarán. Seguro que tienes otras cosas que hacer.

—No es molestia, Marquesa. —Caminó hacia ella como si no hubiera dicho nada. —Dese la vuelta, milady.

Dios, no podía tener una doncella de esa edad. Estaba para que la ayudaran a ella. ¿Debía imponerse? Estaba segura de que el cabrito del mayordomo lo había hecho a propósito para ponerla en esa tesitura. Si la echaba seguro que se pondría en contra a todo el servicio y si la dejaba casi no la atendería. Estaba acostumbrada a una doncella mayor. Edna había sido la doncella de su madre y cuando murió se encargó de atenderla, pero cuando habían decidido ir a la temporada habló con ella porque estaba segura de que no quería moverse de su casa. Y había tenido razón. Se había ido a vivir con su hija que deseaba desde hacía tiempo que se mudara con ella. Así que en Londres habían contratado a una joven que peinaba muy bien y que había sido maravillosa. Mirando los ojitos azules de esa mujer rodeados de arrugas gimió por dentro porque tampoco había querido irse de Londres, pues tenía un novio impaciente por casarse con ella. Maldito Greg, cuando le pillara…

Forzó una sonrisa. —No, de verdad. Me ayudarán mis amigas.

—Pero es mi función, milady —dijo asombrada.

—¿No ha oído a milady? —preguntó Rose suavemente sonrojándola.

—Sí, por supuesto. —Intentó hacer una reverencia para salir, pero debió fallarle la rodilla porque cayó a cuatro patas sobre el suelo de madera haciéndolas chillar del susto.

—Dios mío —dijo Mara asustada—. ¿Se encuentra bien?

—Ay…

—Déjeme sentarla. —Entre las tres la llevaron hasta la cama y el gesto de dolor de la mujer la puso frenética. Furiosa abrió la puerta de su habitación y gritó —¡Greg!

Salió de su salón privado y corrió por el pasillo hasta la barandilla. —¡Greg!

El mayordomo salió del salón y levantó una ceja. —No es necesario que grite, milady. Tiene un llamador en la habitación.

—¡Es que quería hablar contigo! ¡Envía a por un médico para que atiendan a Bethel!

El mayordomo se tensó. —¿Le ocurre algo?

—¡Se ha caído en mi habitación! ¡Esa mujer no debería trabajar en la casa!

El mayordomo subió las escaleras a toda prisa gritándole a un lacayo —¡El médico, rápido!

Asombrada vio como pasaba ante ella y corría hacia la habitación. Seguro que si ella necesitaba un médico no corría tanto. Exasperada le siguió y cuando llegó a su habitación la escuchó decir forzando una sonrisa para disimular el dolor. —No es nada. Ni sé lo que ha pasado, señor. Me levanto de inmediato.

—No se levante, mujer —ordenó ella muy enfadada—. Enseguida llegará el doctor.

—Pero milady quería acostarse.

—Te llevaré a...

—¡Que no la mueva! ¿Acaso no me entiende cuando hablo? —preguntó furiosa porque era evidente que nadie la escuchaba.

Greg apretó los labios. —Sí, milady. La entiendo muy bien.

Johanna se acercó a ella. —No te exaltes —susurró—. También está preocupado por ella.

Sin hacerle caso dio un paso hacia la cama y levantó la falda de la mujer hasta las rodillas. Tenía una que se estaba hinchando y muy sonrosada. —¿Le duele mucho?

—No, milady.

—Rayos. —Fulminó al mayordomo con la mirada. —¿En qué trabaja normalmente esta mujer?

—En arreglar las flores, milady. Lleva en la casa toda la vida y no tiene familia.

Bethel la miró asustada. —No me eche, milady. Me levanto enseguida y…

—No diga tonterías, mujer. ¿Cómo voy a echarla? Seguro que hace unos centros de flores maravillosos. —Sonrió para que se tranquilizara aunque quería pegar cuatro gritos a ese estúpido. —Pero tendrá que descansar unos días hasta que se ponga buena. —Vio el alivio en el rostro de la anciana. —Y cuando esté restablecida quiero rosas blancas en mi habitación a diario. ¿Hay rosas en la finca?

—Las más hermosas de Escocia, milady.

—Pues que no me falten.

El mayordomo sonrió a la mujer y le dio una palmadita en la mano. —Enseguida llegará el doctor.

—Ya casi no me duele —mintió con descaro haciéndoles sonreír.

—De todas maneras te verá, Bethel. Greg, ven un momento.

El mayordomo se enderezó y asintió saliendo tras ella hasta el salón. Mara se volvió fulminándole con sus preciosos ojos azules. —Tu jugarreta ha traído consecuencias, ¿no crees?

—No sé de lo que habla.

—Mira, no me provoques que cuando me enfado puede arder la casa. —Le señaló con el dedo. —Lo has hecho a propósito y a mí estos jueguecitos no me gustan nada. Yo voy de frente y espero lo mismo. ¿Acaso no hay doncellas más jóvenes y preparadas para el puesto?

—No, milady.

Le miró incrédula. —Vuelve a mentirme a la cara y saldrás de esta casa.

—Usted no puede despedirme —dijo con descaro.

—¿Qué has dicho? —Dio un paso hacia él. —¿Acaso no soy la señora de esta casa?

—De momento es la esposa del señor. Que llegue a ser señora algún día es algo que aún está por ver.

Mara palideció por su descaro y más cuando paso ante ella saliendo del salón sin permiso

como si fuera el dueño de la casa. Rose y Johanna que lo habían escuchado todo se quedaron de piedra y por la cara de Bethel que parecía avergonzada se dieron cuenta de que la nueva Marquesa tenía a todo el servicio en contra. Sin color en la cara entró en la habitación y dijo —Creo que voy a tomar el aire.

—Te acompaño —dijo Johanna rápidamente.

—No, será mejor que no. Necesito estar sola. —Preocupada su amiga asintió. —¿Os quedáis con ella? —preguntó reprimiendo sus ganas de llorar.

—Sí, por supuesto. Vete tranquila.

Salió de la estancia y casi sin ver sumida en sus pensamientos, bajó las escaleras saliendo de la casa dejando la puerta abierta. Bajó los escalones y corrió por el jardín mientras las lágrimas se le escapaban corriendo por sus mejillas. Se sentía tan sola, tan humillada… Toda su vida se había preparado para ese momento. Para ser la señora de la casa de su marido. Sería de buena posición y había trabajado muchísimo para ser la dama perfecta de la que cualquier hombre se sintiera orgulloso. Jamás se le había pasado por la imaginación cuando era niña que tendría tales problemas para encontrar marido. Y jamás se le había ocurrido que se casaría de esa manera en una boda horrible y con un hombre que la tratara con tanto desprecio. Porque era culpa suya no haberle dado su sitio. Todavía recordaba como su madre le había explicado cómo era ese momento. Cuando sus padres se casaron, la presentó al servicio y dejó claro quien mandaba en la casa desde ese instante. Pero su marido ni había estado para recibirla a ella, demostrándole al servicio que le importaba bien poco.

Cuando llegó a lo alto de la colina ni se dio cuenta de que había perdido las horquillas. Se quedó sin aliento al ver el lago que había al otro lado, donde se reflejaba el sol haciéndolo casi idílico. Bajó la colina lentamente mirando ese agua y se sentó en una roca. Se limpió las lágrimas furiosa consigo misma. Últimamente siempre se estaba lamentando y ella no era así. Esa era la vida que había elegido. Ya no habría bailes ni fiestas. Las meriendas con la buena sociedad habían desaparecido. Se había casado con un hombre de buena posición, pero había estado en la cárcel. Su reputación estaba destrozada y las invitaciones que recibía en otros tiempos, ahora serían inexistentes. Lo sabía cuándo se casó con él y realmente no le importaba demasiado. Con tal de no regresar para escuchar a las chismosas, le daba lo mismo. Además, ella disfrutaba más con una buena cabalgata que en una fiesta. La vida en Londres la había agobiado muchísimo acostumbrada a vivir en el campo. Sí, aquel era su sitio. Pero lo de no mandar en su casa ni se le había pasado por la cabeza. Seguramente Greg estaba acostumbrado a que mandaran las hermanas Logan y veía su estancia allí como algo pasajero. Y su esposo seguramente no había impuesto su estatus agradecido porque le cuidaran cuando estaba enfermo. Además, seguro que las cosas de la casa no le interesaban mientras tuviera todo lo necesario. Su padre jamás se había metido en esas cosas que ella recordara. Seguro que el Marqués era igual. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Protestar nada más ver a su marido sobre un mayordomo que seguramente había sido muy eficiente en su trabajo hasta que llegó ella? Dejó caer los hombros derrotada. Estaba claro que tendría las de perder y quedaría como una niña caprichosa. Las hermanas Logan se pondrían en su contra y empezarían los problemas con ellas. Lo malo es que si no se imponía ahora, le costaría hacerse con el servicio.

Cerró los ojos levantando el rostro para que el sol le diera en la cara. El sonido del agua la hizo mirar hacia el lago de nuevo y el sol pegaba con fuerza, así que se desabrochó la

chaquetilla del traje de viaje para quitársela, mostrando los brazos por la manga corta de su vestido. Sonrió de gusto. Se mordió el labio inferior y sin pensárselo más, se quitó las lazadas de los botines tirándolos sobre la hierba antes de mirar a su alrededor levantando la falda para bajar las medias inmaculadamente blancas que llevaba. Las tiró a un lado y sujetándose las faldas sobre los muslos caminó hasta el agua chillando porque estaba helada. Se echó a reír sin poder evitarlo y miró a un lado y a otro por si la veía alguien. Entonces escuchó un ladrido y se volvió asustada para ver un perro blanco enorme en la colina. Se quedó muy quieta y más cuando dio un paso hacia ella.

—Vaya… —susurró mirando a un lado y a otro. Si era salvaje podía estar en problemas. Se puso nerviosa al ver que se acercaba lentamente como si estuviera receloso, deteniéndose al lado de sus botas.

—Vete —dijo asustada—. ¡Vamos, vete!

El perro cogió uno de sus botines y salió corriendo. —¡No! —Juró por lo bajo. —¡Tráelo aquí! —Salió del agua mojándose el bajo del vestido sin darse cuenta y corrió tras él. —¡Oye trae! —El perro se detuvo y la esquivó corriendo en sentido contrario demostrando que quería jugar. —Voy a ponerme seria —dijo poniendo los brazos en jarras. El perro gimió girando la cabeza a un lado, pero cuando dio un paso hacia él, pegó un salto esquivándola—. ¡Serás pillo! —Corrió tras él y estuvo a punto de cogerle un par de veces, pero agotada decidió darse por vencida. Se echó a reír. —Bien, quédatelo, me da igual.

Él tiró la bota al suelo moviendo su enorme rabo de un lado a otro y ella vio sus intenciones. —Ni se te ocurra.

Con la lengua fuera corrió hacia ella tirándose sobre sus hombros, provocando que cayera al suelo bajo su peso antes de recibir un montón de lametadas por toda la cara. Cerró los ojos gimiendo antes de escuchar un silbido que recorrió el valle. El perro se apartó en el acto corriendo colina arriba y se apoyó en sus antebrazos mirando en la dirección que iba, pero no vio a nadie. Bufó dejándose caer de nuevo sobre la hierba. Bueno, debía volver. Sonrió incorporándose y cogiendo el botín. Esperaba que la nueva doncella supiera limpiar el vestido, porque con la actitud de Greg se veía con un vestido lleno de lamparones para el siguiente viaje.

Capítulo 14

Llegó a su habitación a hurtadillas y sin que la viera nadie. Tenía poco tiempo para la cena. Se quitó la chaquetilla a toda prisa y fue hasta el llamador, tirando de la seda azul. Se volvió y dejó caer la chaquetilla al suelo al ver a un hombre rubio enorme con unos pantalones y camisa negros, mirándola fijamente con unos increíbles ojos verdes del color del mar de Escocia. Se le cortó el aliento al sentir que su corazón pegaba un salto en su pecho impresionada por sus duras facciones, pero lo que más le llamó la atención fue la frialdad de su mirada.

—Usted debe ser Lady Mara —dijo con voz grave entrando en la habitación haciendo resonar sus botas sobre la madera. Asintió sintiendo la boca seca al ver que casi no le llegaba a los hombros y él cogió su mano antes de hacer una inclinación de cabeza. Esa mano la estremeció de arriba abajo e impresionada bajó la vista hasta ellas. La suya parecía la de una niña, tan blanca y pequeña en contraste con la suya—. Mucho gusto. Soy Lord Ewert Strigman, su esposo.

—¿De verdad? —preguntó sin aliento aún sin creerse la suerte que tenía. ¡Al diablo James, ese era mucho pero mucho mejor! Hasta pasaría por alto que era un asesino por como hacía latir su corazón.

Él frunció el ceño. —De verdad, ¿acaso le han dicho otra cosa?

—No.

—Pues soy yo. —Frunció el ceño soltando su mano y miró a su alrededor. —Espero que tenga todo lo necesario.

—Sí. —Sonrió radiante, pero al ver que se tensaba, temió que se fuera e intentó impedirlo. —Gracias por el perfume. Es un detalle precioso.

La miró sin comprender y decepcionada perdió algo la sonrisa. —¿No me lo ha comprado usted?

—No sé de qué me habla. Pedí que tuviera lo necesario para estar cómoda en esta casa. Espero que sea así.

—Sí, sí. Y la habitación es preciosa. La más bonita que he visto jamás.

—No creo que haya visto muchas. —Se volvió sin más. —La cena es en una hora. Espero que esté lista. No soporto la impuntualidad.

Inquieta dio un paso hacia él. —Estaré lista. ¿Cómo debo llamarle?

Él se volvió mirándola fijamente a los ojos. —Me llamo Ewert.

Mara se echó a reír muy nerviosa. —Sí, ya lo sé, ¿pero nos seguiremos hablando de usted? Mi madre llamaba a su marido de usted, pero en los matrimonios modernos…

La fulminó con la mirada. —¿Tengo aspecto de ser moderno?

Mara se sonrojó intensamente. —Todas mis amistades tutean a sus maridos. Y entre nosotros también nos tuteamos. Es una demostración de confianza.

—Pero entre nosotros no hay confianza y no la habrá nunca —dijo cortándole el aliento —. Espero que esté lista en una hora. Sino bajaré solo.

—Entendido, milord —susurró sin darse cuenta de que había palidecido.

Él asintió antes de cerrar la puerta dejándola en estado de shock. ¿Nunca tendrían confianza? No sabía lo que estaba pasando en el interior de su pecho, pero lo que sí sintió fueron unas fuerzas renovadas que no había sentido en mucho tiempo. Su Marqués tenía mucho que aprender de la mujer con la que se había casado. Vaya que sí.

Cuando al fin apareció la doncella le dijo que rápidamente le desabrochara el vestido. —Y trae agua, rápido. No quiero hacer esperar al Marqués.

—Enseguida, milady —dijo la muchacha que no debía tener más de quince años. Estaba claro que esa chica no tendría ni idea de peinarla porque se notaba que no sabía cómo comportarse con ella.

—¿Cómo te llamas?

—Ruby, milady —dijo tímidamente.

Mara sonrió radiante. —Nunca has trabajado para una dama, ¿verdad?

—No, milady. Soy del pueblo. Mi padre me consiguió este trabajo. Pero es temporal hasta que se vayan los señores. Pero aprenderé, milady. Se lo prometo.

—Tranquila, te quedarás y yo te enseñaré todo lo que necesites. Trae el agua. Templada. Jabón y una toalla.

La chica asintió encantada moviendo sus rizos morenos bajo la cofia que estaba torcida. Se fue tan rápidamente que no pudo decírselo. Bueno, ya se lo diría después.

Fue hasta el armario y eligió el vestido para la cena. Uno verde de seda con encajes blancos. No tenía colores brillantes de mujer casada pero no pensaba molestar a su marido con un vestuario nuevo. Esos le valdrían una temporada y más cuando estaban en el campo.

Eligió todo lo necesario y rápidamente echó algo de perfume en uno de sus pañuelos nuevos. Ruby entró a toda prisa y sin llamar. —Has de llamar a la puerta siempre, aunque te esté esperando.

—Sí, milady. —Echó el agua en la palangana de porcelana y dejó el jabón y la toalla a su lado. Como no podía bañarse porque no le daba tiempo, se lavó bajo los brazos y gimió al ver sus pies. Levantó uno por encima de su cintura y después el otro para meterlos en la palangana mientras su doncella se agachaba para secarle el otro. —Las medias, rápido.

La doncella corrió hasta la cama cogiéndolas y la ayudó a ponerle una mientras ella se ponía la otra. Se levantó de un salto mirándose al espejo. —Bah, este corsé está bien.

—Sí, milady.

—Los faldones. —Se volvió y vio que ya los tenía preparados. —Perfecto. Vas a ser una doncella buenísima.

—¿Usted cree, milady?

—Ya verás como sí. —Se volvió mientras la chica pasaba las cintas por su cintura y se las ataba a la espalda. Sin decir nada le puso el vestido por la cabeza y empezó a abrochárselo. Mara se miró al espejo del tocador con las manos en la cintura. —Sabes hacer trenzas, ¿verdad?

Los ojos marrones de la chica brillaron. —Sí, milady.

—Perfecto. —Se sentó en el banquito. —Cepilla con brío hasta que brille, lo recoges en una cola alta y empieza a trenzar. Rodeas la cola con las tres trenzas que harás y lo aguantas con

las horquillas. Simple.

La chica entrecerró los ojos. —Voy a intentarlo, milady.

—No se puede pedir más.

Increíblemente cuando terminó el peinado había quedado perfecto. Sonrió a través del espejo. —Próxima lección, tenacillas.

—He visto cómo se usan.

—Estupendo, entonces ya eres una experta. —Se levantó echándose su perfume bajo las orejas y cogió el pañuelo metiéndoselo en la manga que le quedaba por encima del codo. —¿Cómo estoy?

—Preciosa, milady.

—Muchas gracias, señorita. Recógelo todo, pon la ropa para dormir sobre la cama y debes estar aquí cuando me retire para ayudarme.

—Bien, milady —dijo concentrada en lo que le decía.

—Lo haces muy bien.

Sonrió emocionada y Mara sonriendo abrió la puerta y allí estaba su marido mirando la chimenea encendida de espaldas a ella. Se mordió el labio inferior al ver que se tensaba bajo su traje negro de noche y cuando se volvió intentó no decepcionarse porque parecía no quererla allí. Una tontería porque se había casado con ella. Mara sonrió acercándose. —¿He sido puntual, marido?

—Toda una sorpresa, debo reconocerlo —dijo con voz grave caminando hacia la puerta sin tocarla. Confundida vio que levantaba las cejas como si esperara que pasara y ella lo hizo mirándole de reojo—. Se ha echado demasiado perfume. No lo haga más. —Se sonrojó con fuerza caminando a su lado muy tiesa. —¿Me ha oído?

—Sí, marido. Le he oído —siseó por su grosería antes de empezar a bajar las escaleras. ¿Debía replicarle? ¿O debía disimular su descontento hasta que se conocieran mejor? No, mejor dejaba las cosas claras desde el principio para que eso no volviera a pasar—. Le he oído muy bien. Pero si tengo que soportar su mala educación, usted podrá soportar mi perfume. —Ewert entrecerró los ojos viéndola descender las escaleras y volverse en el hall levantando una de sus cejas castañas. —¿Tan difícil es de soportar mi olor que no puede seguirme el ritmo, marido? Lo tendré en cuenta. —Entró en el salón sin esperarle y él enderezó la espalda.

Greg que lo había visto todo, se tensó cuando el Marqués llegó hasta él al lado de la puerta del salón. —Los invitados aún no han bajado, milord.

—¿Acaso no saben a la hora a la que se les espera? —preguntó muy serio.

—Yo mismo les he informado de ello, Marqués.

Gruñó entrando en el salón donde sus primas ya estaban sentadas en el sofá con sendos vestidos violetas y parecían de lo más emocionadas. —¿Has visto que mujer más hermosa te hemos buscado, querido? —preguntó Loretta—. En cuanto llegó la carta de la Condesa, le dije a mi hermana que era el destino. Una vecina tan querida y hermosa, era perfecta para mi Ewert.

—No sé si él pensará lo mismo —respondió su esposa ácida sentándose en la butaca que él usaba normalmente, pues en el sofá estaba incómodo por su gran tamaño—. Al parecer no soy del agrado de mi marido. Ni siquiera quiere darme el brazo como haría cualquier caballero. Debe pensar que tengo la peste o algo así. O que no le gusta mi perfume.

Las primas perdieron la sonrisa poco a poco. —Bueno, no os conocéis…

—Cierto. Un error claramente —dijo Mara sin cortarse. Estiró el cuello hacia la entrada y gritó —¡Greg, un jerez!

—No hace falta que grite —le recriminó Ewert muy tenso.

—Oh, es que no quería obligarle a usted a servirme. Puede considerarlo un insulto, Marqués. —Sonrió falsamente. —Además Greg está encantado de servirme, ¿no es así?

—Por supuesto, Marquesa —dijo como si le estuvieran arrancando una muela.

Mara se echó a reír sabiendo que eso lo pagaría en otro momento porque su mayordomo se vengaría de alguna manera, pero mientras su marido estuviera delante le iba a torturar todo lo que pudiera. —Gracias, Greg —dijo con ironía cogiendo su copa.

—Es un placer, milady.

Sonrió mientras se alejaba mirando los ojos de su marido que seguía ante ella y bebió un sorbito. —Uhmm, delicioso.

Las hermanas sonrieron aliviadas. —Estás preciosa esta noche. ¿Te encuentras a gusto con tu doncella?

—Oh, Ruby es un diamante en bruto. Será una doncella de primera en unos meses. Por cierto Greg, ¿cómo se encuentra Bethel?

El mayordomo se sonrojó. —Necesita reposo, milady.

Las mujeres la miraron confundidas mientras Ewert gruñendo como si aquella conversación le diera igual fue hasta el mueble de las botellas para servirse un jerez.

—¿Bethel? No sabía que se encontraba mal —dijo Lorenza preocupada.

—Se cayó en mi habitación. Greg me la envió de doncella y la pobre mujer se cayó intentando hacer una reverencia. Por supuesto hice llamar de inmediato al doctor. No os parece mal, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —contestó Loretta—. Bethel es parte de la familia e hiciste muy bien. —Asombrada miró a Greg. —¿Cómo se le ocurre enviarla de doncella, hombre?

El mayordomo carraspeó. —En ese momento no había nadie disponible, señorita Logan.

—Oh, pues hay que contratar servicio de inmediato, Ewert —apuntilló Lorenza moviendo sus rizos negros como si eso fuera inconcebible—. Ahora somos más en casa y necesitamos servicio. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Nuestros invitados estarán bien atendidos, espero.

—No se preocupe, señorita. Ya me he encargado de contratar al personal necesario —dijo como si fuera el mayordomo más eficiente del mundo haciéndolas sonreír del alivio.

—Espero que Bethel se recupere pronto —dijo molesta porque el muy cabrito se había librado de la regañina.

Él sonrió irónico. —Se repondrá enseguida, Marquesa.

Su marido se colocó a su lado con aquella copita en su gran mano y Mara levantó la vista sonriendo radiante. La verdad es que Justin era apuesto y James era también muy atractivo, pero si alguien le había hecho palpitar su corazón, era ese desconocido que tenía al lado impaciente porque se levantara de su sitio. —¿Quería algo, marido?

—Ese es mi sitio.

Le miró aparentando sorpresa. —¿De verdad?

—Sí querida, es que no está cómodo en ningún otro. Como es tan grande…

Le miró de arriba abajo con descaro y él se tensó. —Entiendo. —Soltó una risita levantándose y disimulando su fastidio porque no era un caballero en absoluto. Cualquier otro se hubiera mordido la lengua para media hora que iban a estar allí. Debía estar agotado de tanto cabalgar. —No hay problema, marido. Si quiere algo, dígalo sin miedo.

—Eso pienso hacer.

—No lo dudo. —Se sentó con elegancia ante las hermanas que estaban algo sonrojadas por la tensión del ambiente.

En ese momento llegó su hermano que se detuvo en la puerta apretando los puños antes de entrar en el salón. —Buenas noches a todos.

—¡Buzz! —Mara se levantó de nuevo acercándose a su hermano para cogerle del brazo y así relajarle un poco. —Cómo me alegro de que estés aquí. —Su marido se levantó de su asiento mientras se acercaban. —Permite que te presente a mi marido, Lord Ewert Strigman, él es mi querido y único hermano Lord Buzz Leaventon, Barón de Leaventon.

—Un placer conocerle —dijo su hermano muy tenso haciendo una inclinación de cabeza antes de coger su mano.

Su marido asintió. —¿Ha pagado sus deudas?

A Mara se le cortó el aliento por el insulto y su hermano se enderezó envarado. —Sí, Marqués. Todo ha quedado liquidado.

—Bien. ¿Quiere un jerez?

Greg fue de inmediato para servirle, pero su hermano dijo —Prefiero un whisky, si es posible.

Mara le fulminó con la mirada mientras su marido se sentaba de nuevo. Otro insulto hasta que ella no se sentara. Ese hombre no conocía las mínimas normas de cortesía. Cogió a su hermano del brazo forzando una sonrisa. —Ven, siéntate conmigo.

Pálido porque no sabía cómo reaccionar se dejó llevar hasta el sofá. Las hermanas sonrieron a la vez intentando aliviar la tensión. —¿Está cómodo en su habitación, Buzz? —preguntó Lorenza.

—Muy cómodo, gracias. —Cogió el vaso de whisky y prácticamente se lo bebió de golpe. Mara sabía que todo aquello era humillante para él. Bajo su punto de vista había vendido a su hermana y aunque ella había querido estar en esa situación, se consideraba responsable.

Afortunadamente en ese momento llegaron Susan con su marido y Albert. Así que tuvo una excusa para ir presentándolos mientras llegaban los demás que llegaron prácticamente detrás. Johanna preciosa vestida de verde esmeralda, levantó una de sus cejas negras acercándose y alargando la mano. —Madre mía, el Duque tenía razón.

Su esposo besó su mano. —¿En qué tenía razón ese Duque que desconozco, milady?

—Es más grande que mi James.

Todos se echaron a reír y James le dio la mano. —Bienvenido a la zona.

Para su sorpresa vio cómo su marido hablaba tan normal con sus amigos y Chastity le susurró al oído —Vaya planta tiene tu marido, hermosa. No te quejarás.

La fulminó con la mirada haciéndola reír a carcajadas lo que hizo que la atención de todos se centrara en ellas. —¿De qué os reís? —preguntó Johanna maliciosa.

—Chastity considera que he tenido mucha suerte con el marido que me ha tocado en gracia —dijo con descaro.

Todos se echaron a reír mientras se acercaba a su Marqués y le cogía por el brazo. —¿Pasamos a cenar? Estoy desfallecida.

—Por supuesto, milady.

—Oh, qué formal —dijo Johanna como si lo hubiera dicho en broma—. ¿Dónde está mi Conde?

—Aquí querida, detrás de ti.

Todos rieron y siguieron a los anfitriones hasta el comedor, donde una mesa impresionante para cincuenta comensales les esperaba ya preparada.

—Tienes una casa preciosa, Ewert —dijo Johanna de manera familiar.

Mara notó como su marido se tensaba bajo su mano. —Muchas gracias, Condesa.

Por supuesto no se dio cuenta de que había mantenido el trato formal porque ella era así de espontánea, pero Mara que ya había sido advertida, miró de reojo a su marido que seguía muy tenso como si aquello le molestara mucho. Un lacayo apartó su silla a su derecha de la cabecera y se sentó advirtiéndole con la mirada que no dijera nada. Él entrecerró los ojos sentándose y presidiendo la mesa mientras sus primas se sentaban al otro lado sin enterarse de nada, como debía ser su costumbre.

Cuando les sirvieron el vino, James levantó la copa. —Os deseo un matrimonio tan feliz como el mío. Os lo deseo de corazón.

Kate sonriendo le guiñó un ojo y más tranquila bebió de su copa mientras todos les deseaban lo mismo.

—Es increíble cómo ha cambiado todo en unos años —dijo Loretta a Albert—. Recuerdo cuando James era tu futuro heredero y fíjate ahora. —Sonrió a Nelson. —Ahora es el heredero de su verdadero padre, se ha casado con Johanna y tiene dos niñas que son dos hermosuras.

—Ahora somos una gran familia —dijo James mirando de reojo a Mara que agachó la cabeza de inmediato para ver cómo le servían la sopa de champiñones.

—Eso es cierto —dijo Rose Sherman encantada—. Y aún hemos dejado familia en Londres.

Todos se echaron a reír porque sabían que hablaban de Elizabeth y Alex.

—Mis primas me han comentado lo que ocurrió, Conde Kirkpatrick. Debió ser un shock para usted —dijo su marido.

—En aquel momento debo reconocer que lo único que temía era perder a James, no a mi heredero.

—Oh suegro, qué bonito —dijo Johanna cogiendo la mano de su marido por encima de la mesa.

El Marqués vio el gesto y bebió de su copa observándolo todo con sus inteligentes ojos verdes.

—Afortunadamente todo ha acabado bien —dijo Loretta sonriendo a Mara—. Perdiste a James, pero encontraste a Ewert.

Su marido giró la cabeza de golpe. —¿Perdón?

—Estuvieron comprometidos unos años —dijo su prima Lorenza—. Hasta que conoció a

Johanna y todo cambió.

Ewert la miró fríamente. —Entiendo.

Pues a ella le daba la sensación de que no entendía nada. —¿De verdad lo entiende, Marqués? Si quiere se lo explico.

—No es necesario —siseó antes de beber el resto del contenido de su copa—. ¡Vino!

—Enseguida, Marqués —dijo el lacayo sirviéndole a toda prisa.

—Pero no se aman ni nada. Ya no —dijo Kate intentando ayudar haciendo que toda la mesa la mirara como si estuviera loca—. ¡Es que era un silencio muy tenso! ¡Qué alguien diga algo!

Ahora sí que nadie sabía qué decir y Kate gimió mientras su prometido cogía su mano bajo la mesa. Chastity carraspeó. —La sopa está muy buena.

—Mi marido no la quería.

James gruñó a su esposa y ésta le fulminó con la mirada. —¿Qué? Niégamelo ante testigos. Niégamelo y te acordarás de mí el resto de tu vida.

—Le tenía cariño —dijo sin intimidarse.

—Bah, eso es distinto.

Todos miraron a Mara como si esperaran que dijera que no le amaba y la verdad es que en aquella época creía estar increíblemente enamorada de él, pero cuando la dejó lo que más le dolió fue la humillación de que lo supiera todo el mundo. Frunció el ceño pensando en ello y James carraspeó —¿Mara?

Sorprendida le miró. —¿Qué?

—La sopa buenísima —dijo Rose metiéndose la cuchara en la boca.

—¡Qué si le querías! —exclamó Johanna con cara de querer sacarle los ojos.

—¿En pasado?

—Uy, ésta… —Dejó la servilleta sobre la mesa con intención de levantarse, pero James la agarró por el brazo. —Déjame cariño, que le voy a dejar claritas cuatro cosas.

—¿Creéis que esta es la conversación apropiada para esta noche precisamente? —preguntó Nelson asombrado.

—¡Sí! —contestaron las dos a la vez. Mara se levantó—. Mira, bonita. Creo que ya habíamos hablado de esto. ¡Claro que le quería! ¡Iba a casarme con él! ¡Pero apareciste tú y como ya se ha dicho lo cambiaste todo! Y ahora estoy casada con él.

Señaló a Ewert que dio un golpe en la mesa sobresaltándola al levantarse de repente. —Creo que esta conversación no es de mi agrado. Si me disculpan…

Separó los labios viendo como salía del comedor rápidamente. ¿Cómo había pasado eso? Mirando con rencor a Johanna corrió tras él. —Ewert no lo entiendes. No quería decir eso.

Johanna hizo una mueca sentándose. —Vaya, para ser tan grande, le veo un poco sensible. —Las hermanas la fulminaron con la mirada y forzó una sonrisa. —Tranquilas, lo arreglarán. Mara es muy expresiva cuando quiere.

—¡Ewert! ¡Abre la puerta! No puedes ignorarme, te has casado conmigo…

Todos se levantaron corriendo hacia el hall y se escondieron tras la escalera viendo como Mara aporreaba la puerta. —Pues no me muevo de aquí hasta que no abras. Estas cosas no pueden dejarse para más tarde, que luego hay malentendidos.

Alguien le chistó y se volvió para ver a toda la familia observando. Lorenza señaló la puerta de al lado y corrió hacia allí viendo que era un saloncito que tenía una puerta de comunicación con la habitación donde estaba su marido. Abrió la puerta de golpe y se quedó sin aliento al verle de espaldas a ella ante la chimenea con las manos en la cintura como si se estuviera reteniendo. Mara cerró la puerta tras ella temiendo que hubiera problemas porque al fin y al cabo había estado en la cárcel por un brote de violencia. Preocupada dio un paso hacia él y debió darse cuenta de que estaba en el despacho porque se tensó.

—No te voy a negar que creía que le amaba. Me comprometí muy joven y era el hombre que siempre soñé que sería mi marido. Le conocía desde niña y siempre quise casarme con él. Pero debo admitir que lo que más sentí después de que se rompiera el compromiso, era lo que diría la gente después de esos años en que todos habían esperado que fuera su esposa. —Sonrió con pena. —Y como sabes, esa es la razón para que me casara contigo, porque no podía soportar regresar a casa como la solterona que también había fracasado en Londres. —Se apretó las manos nerviosa porque no la miraba. —Pero si te preocupa si le amo ahora, la respuesta es no. Y tendrás que creerme. Es un amigo como lo es Johanna, Justin o Kate. Increíblemente todo lo ocurrido ha hecho que seamos más amigos que nunca y me gustaría que siguiera siendo así.

Él se volvió fulminándola con esos ojos verdes y la cogió por el brazo con fuerza acercándola. —Ni se te ocurra pensar que vas a hacerme un cornudo porque como sabes, antes te mato —siseó fríamente.

Podría ponerle los pelos de punta a cualquiera, pero sin embargo Mara sonrió sin sentir ningún miedo. —¡Me has tuteado! ¿Eso significa que ya confías en mí?

—¡Fuera de mi vista! —le gritó a la cara.

Ella miró sus labios tensándole y sin poder evitarlo le dio un beso rápido dejándole de piedra. Como no se había movido del sitio y no decía nada Mara se sonrojó. —¿Puedo repetir?

—No.

—¿Seguro? —preguntó dando un paso hacia él sin darse cuenta mirando sus labios de nuevo.

Ewert gruñó cogiéndola por la cintura y pegándola a su cuerpo. Mara levantó la cara poniéndose de puntillas gimiendo porque aún le llegaba a los hombros. —Marido… me quedas muy alt… —Él atrapó su boca saboreando sus labios de manera embriagadora y Mara pensó que esos labios hacían maravillas hasta que acarició su labio inferior con la lengua. Asombrada se apartó arqueando la espalda mirándole horrorizada. —Eso ha sido…

—¿Qué? ¿No te ha gustado? —preguntó ofendido.

—¿Se hace así?

Para su sorpresa él sonrió relajándose antes de bajar las manos a su trasero apretándolo con ansias. Mara jadeó con los ojos como platos antes de que invadiera su boca elevándola para ponerla a su altura. Ella gimió cuando su lengua acarició la suya y pensó que no era tan desagradable después de todo. Pero cuando bebió de ella como si fuera el mejor licor del mundo, cerró los ojos medio mareada por lo que le hacía, estremeciéndola de arriba abajo cuando acarició su paladar. Acarició su cuello sin darse cuenta sintiendo un calor abrasador y respondió a su beso enlazando sus lenguas de manera desesperada. Ewert apartó su boca con la respiración agitada y Mara medio mareada le miró a los ojos. Él elevándola más y sin dejar de mirarla, besó

sus pechos al descubierto por el escote del vestido. Gimió cerrando los ojos enterrando las manos en su pelo rubio cuando mordisqueó suavemente su delicada piel.

Alguien llamó a la puerta para gritar —Mara, ¿estás bien?

Se miraron sorprendidos, aunque él que parecía más sorprendido era su marido que la dejó en el suelo de inmediato, pasándose las manos por su cabello rubio un par de veces. Mara carraspeó. —Sí —dijo con voz chillona—. Muy bien. ¡Johanna desaparece!

Una risita al otro lado la sonrojó con fuerza y miró a su marido de reojo.

—Será mejor que regresemos con nuestros invitados.

—¿Eso crees? —Dio un paso hacia él intentando ser seductora, pero Ewert la miró como si estuviera cometiendo un delito. Bufó molesta. —Estamos casados.

—¡Esta mañana ni me conocías! ¡Al parecer te valdría cualquiera!

Mara palideció por el insulto. —Lo mismo digo, Marqués. —Con la cabeza alta salió del despacho antes de echar a correr escaleras arriba disimulando el dolor que le habían hecho sus palabras. Ella le había besado siguiendo un impulso y Ewert lo había visto como una manera de seducir a su marido para congraciarse con él después de lo que había ocurrido. Que lo habría hecho con cualquiera. Puede que se hubiera casado con cualquiera, pero si le había besado de esa manera era porque lo deseaba más que nada sin saberlo siquiera.

Entró en su habitación y su doncella se levantó de la silla donde estaba sentada. La miró con sorpresa. —¿Qué haces aquí?

—Esperarla, milady.

—Por Dios, no tienes que esperarme durante toda la cena. Sabes que estoy abajo. Solo tienes que estar aquí cuando suba.

—Ah. —De repente sonrió. —Pero ahora está aquí.

Decidió dejarlo. —Ayúdame a desvestirme.

—¿Ya ha cenado?

—He perdido el apetito. —Se volvió para que Ruby empezara a desabrochar su vestido cuando la puerta de su habitación se abrió de golpe. Su marido se acercó furioso y la cogió por la muñeca tirando de ella casi sin esfuerzo fuera de la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó indignada.

—¡Eres mi esposa y estarás a mi lado para soportar la maldita cena! —le gritó a la cara furioso—. Cumplirás con tu papel que para eso he pagado una fortuna, ¿me has entendido?

Mara reflejó en sus ojos azules el dolor que le produjeron sus palabras y sin ser capaz de decir nada asintió. Ewert se enderezó soltándola y esperó a que pasara ante ella. Lo hizo con la cabeza bien alta. Él se puso a su lado y al escuchar las risas en el comedor Mara forzó una sonrisa entrando como si nada.

—Sentimos el retraso. Oh, veo que ya estáis con el segundo plato, perfecto.

Se sentó en su sitio con ayuda del lacayo y su hermano que parecía más relajado se tensó mirando sus ojos. Ella apartó la mirada de inmediato sonriendo a su marido que ni la miró.

Intentó ser amena para sus invitados hablando de personas que no sabía si su marido conocía. Así inició una conversación sobre las fiestas de la temporada y transcurrió la velada que interiormente se le estaba haciendo eterna. Después de una cena de cinco platos, se trasladaron al salón donde las mujeres tomarían el té mientras ellos iban a la biblioteca a tomarse un coñac y

fumarse un cigarro.

En cuanto se sentó en el sofá su tía lo hizo a su lado y susurró —¿Qué ha pasado?

—Nada. Le explicado lo ocurrido con James y lo hemos aclarado.

Su tía la cogió por la muñeca he hizo un gesto de dolor sin poder evitarlo. Asombrada su tía apartó la mano para ver el morado que le estaba saliendo. —Dios mío.

—No es nada. —Asustada miró a su alrededor por si alguien se había dado cuenta, pero todas estaban hablando entretenidas.

—Te ha hecho daño —dijo asustada.

—No se da cuenta de la fuerza que tiene —susurró antes de tragar saliva por las lágrimas que luchaban por salir—. Por favor tía, ahora no quiero hablar de esto. —Sonrió a un lacayo que le entregó una taza de té y susurró dándole las gracias.

—Todavía podemos irnos. Todavía…

Ella la miró fríamente y siseó —No pienso abandonar a mi marido. Conseguiré que me ame y sobre todo que confíe en mí. Lo conseguiré.

—Eso espero, hija. Porque sino vas a vivir un infierno.

Mara levantó la barbilla. —Entonces será él o yo y ya sabes que tengo buena puntería.

Su tía asintió. —Bien dicho.

Agachó la mirada observando el líquido del té mientras pensaba en todo lo que había ocurrido. No se conocían. No podía esperar que confiara en ella. Necesitaban tiempo para conocerse y tenían todo el tiempo del mundo. Eso es. Debía pensar que era una descarada por querer besarle casi de inmediato, pero él también la había besado y no parecía estar sufriendo en absoluto. Todo lo contrario, porque bien que le besaba los pechos. Ese pensamiento la sonrojó sin darse cuenta recordando lo que había sentido. ¿Y ahora qué debía hacer? ¿No besarle jamás? Eso era inaceptable. James y Johanna se besaban mucho. Tenían muestras de cariño continuamente como si no pudieran dejar de tocarse y eso que ya llevaban unos años casados. No, si quería un matrimonio feliz tenía que tocarle mucho. Que se sintiera querido y eso le quitaría las dudas sobre sus sentimientos. Porque si algo sabía es que se había enamorado de su marido y que necesitaría lo que había sentido al besarle el resto de su vida.

Capítulo 15

Cuando los hombres se unieron a ellas, varias estaban jugando a las cartas. Kate y Johanna sentadas con ella hablaban de la boda de Kate en Drummond. Se celebraría en cuanto llegaran. Kate estaba deseando ver a su padre y contarle todo lo que había ocurrido. Distraída mirando su taza pensó en lo que pasaría. En cuanto llegaran, empezarían a expandir rumores sobre el matrimonio de Mara y cuando todo el mundo hablara de él, alguien recordaría el nombre del Marqués. Solo era cuestión de tiempo y entonces el escándalo estallaría solo. Para entonces Kate y Justin ya estarían casados. El Conde si todo iba bien con la llegada de Kate, pues sabían que eso causaría revuelo y más volviendo como heredera de una americana, hablaría con la servidumbre discretamente y enviarían a su mayordomo a la casa del pueblo que Justin tenía allí. Ella sería la Vizcondesa y si había rumores sobre sus orígenes, explicarían la verdad. Primero doncella y después dama de compañía de una rica americana. Y ahora su heredera. Su dinero, el apoyo del Conde y sus influyentes amigos, unido a que el escándalo de Mara era mucho más jugoso, haría que los rumores fueran cesando poco a poco. Además, le daría un heredero en cuanto se lo enviara Dios y eso la haría Vizcondesa de pleno derecho. En un año como mucho podría codearse en sociedad como la mismísima Johanna. Algo que ella no podría hacer nunca y conociendo a su marido aún menos, porque era la persona más antisocial que había conocido. Prácticamente no había abierto la boca en toda la noche, dejándole a ella todo el peso de la velada.

—Mara, ¿estás bien?

Sobresaltada levantó los ojos hacia Kate que la miraba fijamente desde el sofá de enfrente. —¿Te encuentras bien? Estás algo pálida.

Forzó una sonrisa. —Al final no pude descansar por la tarde y estoy agotada.

—Oh… —Preocupada la miró a los ojos. —No te preocupes por nosotros. Somos de la familia.

Miró a todos uno por uno y emocionada asintió sabiendo que les tendría a cualquiera de ellos si les necesitaba. —Sí, sois mi familia. No os iréis muy temprano, ¿verdad? Me dará tiempo a despedirme.

Todo el mundo pudo ver la desesperación porque no se fueran antes de que se levantara y Johanna frunció el ceño. —Claro que no nos iremos sin despedirnos de ti, Mara. Además vendremos a verte a menudo. No estamos ni a una hora de casa.

Sonrió aliviada. —Estupendo.

Albert asintió mirándola fijamente. —Vendré a verte continuamente, niña. No debes preocuparte por nada.

—Y nosotros también, ¿verdad, amor? —preguntó Kate a Justin que estaba muy serio.

—¿Y por qué iba a preocuparse? —preguntó su marido muy molesto—. Esposa creo que deberías acostarte. Es cierto que pareces agotada.

Asintió levantándose y forzó una sonrisa. —Buenas noches a todos.

—Que descanses, querida —dijo Chastity con el ceño fruncido.

Todo el mundo observó cómo iba hacia la puerta y se hizo el silencio en el salón. Kate se quedó muy preocupada por ella y giró la cabeza hacia Justin que de pie al lado de James estaba muy tenso observando al Marqués, que estaba tranquilamente sentado en su asiento mirando su copa de coñac.

—Bueno —dijo Lorenza levantándose de la mesa de juego—. ¿Alguien quiere tomar algo más?

—No, gracias —dijo Johanna con la espalda muy recta.

—Creo que todos deberíamos retirarnos. Ha sido un viaje largo —dijo Nelson dejando la copa que tenía en la mano sobre una de las mesas.

—Tienes toda la razón. Mis viejos huesos deben descansar —añadió Albert sonriendo a las hermanas Logan—. Una velada estupenda.

Ellas forzaron una sonrisa sabiendo que era mentira, pero no dijeron palabra mientras todos iban saliendo del salón deseando buenas noches. Cuando se quedaron los tres solos Lorenza se acercó a Ewert. —¿Se puede saber qué ha ocurrido?

—No es lo que me esperaba. —Las miró como si todo fuera culpa suya. —¡Os habéis equivocado!

—No nos hemos equivocado —replicó su hermana—. Es el mejor partido que hay por la zona, te lo aseguro, primo. Solo ha tenido mala suerte y…

—Mala suerte. —Bebió de su coñac. —¡Todo lo solucionáis con la mala suerte! ¡Todo es porque no se ha tenido suerte o porque Dios ha querido que ocurra!

—Si le das una oportunidad… —suplicó Loretta con la mirada—. Es buena chica, lo sé.

—Solo la has visto cuatro veces —dijo con desprecio levantándose—. ¿Si es tan buen partido por qué no se ha casado en Londres?

—La Condesa te lo decía en la carta. Porque no tenía dote. Sabes cómo es eso mucho mejor que nosotras.

—¿Y se casa con un hombre que ha estado en prisión?

—La pobre niña lo ha pasado muy mal con los comentarios de la gente después de que James la abandonara. Sabes lo crueles que pueden ser. ¿Por qué no la crees?

—¿Y por eso se casa con un hombre que nunca tendrá vida en sociedad? —preguntó furioso—. ¿Prefiere vivir aquí recluida que soportar cuatro comentarios? No lo creo.

—¿Entonces por qué no estás en Londres, Ewert? Si solo tendrías que soportar cuatro comentarios por regresar a tu vida, ¿por qué no estás allí?

Él se tensó viéndolas abandonar el salón y furioso se levantó para servirse otro coñac, pero sintiendo que la rabia le recorría, lanzó la copa a la chimenea antes de apoyar las manos en la repisa observando el fuego y recordando la maldita noche que le cambió la vida. La mirada de Greta antes de tirarse por la ventana le heló la sangre porque estaba segura de que iba a matarla y en ese momento era así. Entonces en lugar de los ojos color miel de Greta aparecieron los azules de Mara expresando su dolor cuando le había recriminado que había pagado una fortuna porque fuera su esposa. Cerró los ojos con fuerza queriendo olvidarlo, pero haber visto durante la cena como se acariciaba la muñeca con disimulo le estaba comiendo las entrañas.

No podía haber empezado peor ese matrimonio. Sin pensarlo salió del salón y subió las

escaleras. Al entrar en su salón privado, cerró la puerta en silencio y se acercó a la alcoba de Mara levantando la mano para llamar. Pensó que realmente no tenía por qué llamar porque estaba en su casa y era su esposa. Además, no había llamado antes. Cogió el pomo de la puerta y se detuvo en seco al escuchar un sollozo. Apartó la mano del pomo dando un paso atrás. Mirando la puerta, volvió a escuchar otro sollozo y se sintió un miserable. Mejor la dejaba tranquila, necesitaba descansar. Como había dicho debía estar agotada del viaje.

Sin haber pegado ojo en toda la noche y con los párpados hinchados de tanto llorar, entró en la sala de desayuno vestida de amarillo, a ver si así se alegraba un poco. Ese día se quedaría sola en esa casa y solo pensar en ello la angustiaba mucho.

—Buenos días, Marquesa —dijo Greg irónico porque su rostro indicaba que para ella no eran buenos días en absoluto.

Mara le fulminó con la mirada antes de ir hacia su sitio donde su marido no había perdido detalle. —Buenos días —susurró ella cogiendo la servilleta.

—Buenos días, esposa. ¿Acaso no has dormido bien?

Forzó una sonrisa porque se sabía observada por las primas de su marido que eran las únicas que ya estaban desayunando. —He dormido muy bien, gracias.

Era obvio que mentía como una bellaca, pero le importaba muy poco lo que pensaran. Cogió un bollo de canela y cuando un lacayo le ofreció huevos, negó con la cabeza. Las hermanas se miraron de reojo mientras Ewert se tensaba.

—Querida, ¿no deberías comer algo más? —preguntó Lorenza suavemente.

—No, gracias. —Dejando el bollo sobre el plato apoyó los codos sobre la mesa pasándose las manos por las sienes. Se sentía muy tensa y suspiró necesitando gritar. Quería desahogarse y no sabía cómo.

—¿Te duele la cabeza?

—¿Hay caballos en la casa? —preguntó sorprendiéndoles antes de echarse a reír—. Claro que sí. Aquí hay de todo, ¿verdad? —Se levantó dejándoles con la boca abierta y más cuando salió de la casa casi corriendo.

—Necesitará algo de aire puro —dijo Lorenza sin entender nada.

Ewert frunció el ceño levantándose y fue hasta la ventana. Pero se tensó al no verla en el jardín. Se volvió de golpe. —¿No irá a montar a caballo ahora? Ni siquiera lleva un traje adecuado —preguntó molesto porque ni había desayunado.

Las hermanas se miraron más tranquilas. —Claro, igual ha ido a ver la caballeriza. Es muy aficionada. Lo que no entiendo es porque no ha podido ir después de comer algo.

En ese momento Mara montada sobre Júpiter a pelo, pasó a galope tendido recorriendo el jardín casi como una exhalación. A Ewert se le pusieron los pelos de punta al ver la velocidad a la que iba. —¿Está loca? ¡Se va a matar!

Las hermanas corrieron hacia la ventana para ver su silueta sobre la colina antes de desaparecer. —¿Ewert?

Su primo ya corría hacia la puerta y las hermanas se miraron preocupadas. —No la alcanzará —dijo Loretta apenada.

—No, pero esperemos que regrese voluntariamente o si no su matrimonio se acabará aquí, porque aún no… No sé si me entiendes.

Su hermana jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Crees que no han consumado?

—Por supuesto que no. Nuestro Ewert la teme más que ella a él y estoy segura de que no le ha tocado uno de sus preciosos cabellos. Además es pronto. Deben conocerse mejor para que surja el amor.

—Pero surgirá.

—Vaya si surgirá. Están hechos el uno para el otro. Lo veo en sus ojos.

—¿Es uno de tus pálpitos, Lorenza?

—Sí, totalmente. Nuestro plan saldrá perfectamente.

—Oh, pues entonces ya no tengo ninguna duda. A ti no se te escapa una, hermana.

Cuando Ewert regresó, su esposa todavía no había vuelto a casa y sus invitados estaban preocupados porque Mara sabía que tenían que irse. Las horas fueron pasando y Ewert envió a una partida de búsqueda en el que participaron todos los varones. Kate y Johanna muy preocupadas porque empezaba a anochecer estaban en la ventana esperando que llegara alguien.

—No debíamos haberlo hecho —susurró Kate—. La pobre…

—No digas tonterías. El Marqués es algo estirado y poco hablador, pero es que la situación es tensa. En cuanto se relajen por ambas partes será un matrimonio de lo más normal.

Kate la miró con sus ojos azules como platos. —¿Siempre eres tan positiva?

—No —contestó como si estuviera loca—, pero solo hay que verles. Hacen una pareja ideal. Además no tienen otra cosa, así que tienen que soportarse. Eso hará que el roce haga el cariño y de ahí al amor hay un paso. —Kate puso los ojos en blanco y suspiró mirando hacia la ventana. —¿Qué? Contigo tenía razón, ¿no? ¡Vas a casarte con Justin! ¡No sé a qué vienen ahora tantas pegas! ¡Le he encontrado un marido de primera con lo poco que tenía para escoger!

—¿Quieres discutir, Johanna? ¡Porque mira que te voy a dar el gusto!

—¿Ya estáis discutiendo, niñas?

Ambas se volvieron para ver llegar a Chastity que las observaba a punto de regañarlas. En ese momento escucharon un grito fuera y se volvieron hacia la ventana para ver llegar un caballo castaño sin silla que caminaba hacia el establo. Johanna se llevó una mano al pecho. —Dios mío. Se ha caído del caballo.

Varios hombres corrieron hacia él que se asustó y Johanna pudo ver lo que parecía sangre en el lomo del caballo. —¡Está muerta! —chilló Kate por la gran mancha de sangre que oscurecía su pelo.

Johanna salió corriendo y sujetándose las faldas llegó hasta él apartando a un lacayo para tocar el cuello del animal que estaba muy nervioso. —¡Alejaos, le vais a espantar!

Varios dieron un paso atrás mientras el chico del establo le sujetaba de las crines. Johanna pasó la mano por el lomo buscando una herida esperando que la sangre fuera suya, pero no. No tenía ninguna herida. —Dios mío —susurró apartando la mano para ver su sangre—. Está fresca. No se ha secado. ¡Un caballo, rápido! ¡Tiene que estar cerca!

—Johanna —dijo Chastity asustada.

—Los hombres estarán mucho más lejos buscando. —Sin preocuparse por su vestido corrió a la casa y entró en el salón donde estaban las Logan. —Necesito una pistola.

—¿Una pistola? —Lorenza asintió corriendo fuera del salón. —El armero de mi padre, en el despacho.

Johanna fue tras ella y la vio abrir una vitrina de donde sacó una pistola antiquísima. —¿Ewert no tiene pistolas en casa?

—No lo sé.

A toda prisa fue hasta la mesa del despacho y abrió el primer cajón. Allí estaba. Comprobó que estuviera cargada y Lorenza la observó con la boca abierta. —¿Sabes cómo se usa?

—Un poco. Soy americana.

Corrió fuera del salón y cuando llegó al jardín ya estaba su montura preparada. Lo más sorprendente fue que Kate se había montado en otro caballo y no se la veía muy cómoda. —¿A dónde te crees que vas?

—¿Contigo?

—¡Ni hablar! Solo me faltaba que tú te partieras el cuello. ¡Baja de ahí!

—¡No! Voy contigo. Yo también quiero ayudar.

Johanna gruñó. —¡No has cogido un caballo así en tu vida, Kate! Baja ahora mismo que no quiero perder el tiempo. Mara está sangrando.

—Por eso quiero ir contigo —dijo asustada.

Apretó los labios subiéndose a su caballo a horcajadas sin preocuparse mostrar parte de sus piernas y Kate asintió porque ella montaba igual como le había visto hacer a Mara en muchas ocasiones. Johanna azuzó a su caballo y Kate sin amilanarse hizo lo mismo. Reprimió un chillido de la impresión porque aquello iba muy rápido, pero imitó la postura de Johanna no estando tan derecha en la silla. Johanna miraba sobre su hombro de vez en cuando y le guiñó un ojo haciéndola sonreír. No debía hacerlo muy mal. Entonces su amiga después de subir la colina se detuvo y ella tuvo que tirar de las riendas para que su montura se detuviera. Johanna miraba el suelo y Kate imitándola hizo lo mismo. —¿Qué has visto?

—Mira, hay sangre. Es el único rastro que podemos seguir. Vamos.

Más despacio continuaron camino rodeando el lago y Johanna juró por lo bajo cuando oscureció demasiado como para ver nada.

—Johanna llevamos una hora y no la hemos encontrado —dijo Kate preocupada mirando a su alrededor. La verdad es que el bosque donde se habían adentrado daba miedo.

—Tiene que estar por aquí. Grita.

Sin detenerse empezaron a gritar su nombre y estuvieron así un rato, pero no había respuesta. —No podemos dejarla aquí sangrando —dijo Johanna angustiada—. Morirá si no lo está ya.

—¡No digas eso! ¡Mara! ¡Mara contesta! —gritó adelantando su caballo. Entonces vio por la luz de la luna un bulto más adelante de color amarillo tirado en el suelo. —Dios mío, Johanna. ¡Está allí!

Johanna la adelantó sobre su montura bajando del caballo a toda prisa para arrodillarse a su lado. Cuando Kate consiguió bajar, vio que le había dado la vuelta comprobando su estado y

estaba despierta. Mara sonrió sin fuerzas. —Estáis aquí.

—Claro que estamos aquí. ¿No te hemos dicho ya que ahora eres de mi familia? Los Sherman jamás abandonamos a los nuestros —dijo Johanna levantando su falda. Juró por lo bajo al ver una simple venda que no le había servido de nada pues había seguido sangrando. La rasgó a toda prisa para encontrarse un corte muy feo en la pierna a la altura del muslo. —Te has caído del caballo. ¿Qué ha sido? ¿Una rama?

—El muy estúpido se asustó con una ardilla. —Rió sin ganas gimiendo cuando Johanna le apretó la herida con la mano. —Conseguí subirme de nuevo al caballo, pero debí desmayarme. Me desperté a unas millas, pero no podía llegar a la casa.

—Tranquila, ya estamos aquí —dijo Kate mientras se cortaba unas tiras de los faldones del vestido. Se arrodilló al lado de Johanna que aunque aparentaba que no pasaba nada estaba muy preocupada.

—Rodéasela sobre la herida. Hay que impedir que pierda más sangre. Aprieta lo más fuerte que puedas y haz un nudo.

—¿No lo hice bien? —preguntó Mara mareada.

—Lo has hecho muy bien. —Johanna observó como Kate rodeaba su muslo y haciendo una lazada apretaba con fuerza haciéndola gemir. —Eso es. Anúdalo bien y corta más tela para tapar esta herida.

Johanna sonrió a Mara. —En cuanto acabemos nos vamos a casa. ¿Qué más te duele?

—Nada —mintió descaradamente porque después de caerse dos veces del caballo debía estar molida.

—¿Sientes algo roto?

—Creo que no.

—Quita las manos Johanna —susurró Kate rodeando la herida con una tela. En cuanto terminó ambas se levantaron sin perder el tiempo y cogiéndola por las axilas intentaron levantarla, pero Mara no se sostenía en pie—. Johanna tú por los pies.

Entre las dos la llevaron hasta el caballo y Mara se agarró a la silla para poder montar empleando las últimas fuerzas que le quedaban. Johanna se subió tras ella cogiéndola de la cintura con firmeza y le preguntó a Kate —¿Puedes seguirme el ritmo?

—Por favor ahora no te preocupes por mí. Corre.

Johanna azuzó a su caballo y salió a galope. Kate la seguía como podía y fue una alivio ver el lago después de lo que le parecieron unos minutos. Ahí Johanna sabiendo que ya podía llegar a casa, azuzó aún más su montura. Unas antorchas ante la casa se volvieron al escuchar su silbido y vio como James corría hasta ella. Johanna detuvo el caballo aliviada porque le dolía el brazo muchísimo de soportar el peso de Mara que parecía inconsciente.

—¿Qué tiene?

—Necesitamos un médico. Tiene un corte muy feo en la pierna. —Miró a su alrededor. —¿Dónde está su marido?

—No ha querido dejar de buscarla. Está en el norte con Buzz y los perros. —Cogió a Mara en brazos como si no pesara nada y pasó entre la familia.

Susan se tapó la boca impresionada por la sangre de su vestido amarillo mientras que Justin corrió hacia Kate que llegaba en ese momento y cogiéndola por la cintura le gritó a la cara

—¡Mujer! ¡Si no sabes montar a caballo! ¡Tú quieres matarme de los sustos!

Kate sonrió abrazándole con fuerza sin darse cuenta de que temblaba de miedo. —La hemos encontrado.

—Sí, cielo. La habéis encontrado.

La besó en la sien mirando sobre su hombro a su tío que les observaba fijamente. Éste reaccionó gritando —¡Qué alguien vaya a buscar al Marqués!

—Iré yo —dijo Justin soltando a su prometida.

Kate sonrió. —Tráele pronto. No tiene buen aspecto. El médico…

—El médico ya está de camino. Le fueron avisar en cuanto llegó el caballo. Sabíamos que le había pasado algo.

—¿Pero entonces por qué no está aquí? —preguntó poniéndose nerviosa.

Nadie supo contestar a eso y Justin se subió a su montura cogiendo las riendas. —Volveré cuanto antes.

—Ten cuidado.

—Te amo, preciosa.

Kate sonrió emocionada viéndole partir y sintió un brazo sobre sus hombros sorprendiéndose cuando vio a Albert abrazándola a él. —Estará bien. Es un jinete estupendo. Además tiene que casarse contigo. ¿Qué hombre enamorado no acudiría a esa cita? Sería una grosería hacer esperar a una futura Vizcondesa.

A Kate se le cortó el aliento. —¿Ya no está en contra de este matrimonio? Sé que James y Johanna le han presionado y todo este plan empieza a parecer una locura, pero nos amamos, se lo juro.

—Eso no hay más que verlo. Y por supuesto que os apoyaré en lo que haga falta. Porque me acabo de dar cuenta de que no hay una futura Condesa Kirkpatrick mejor que tú, niña. Será un honor que lleves mi título y me importa poco lo que digan los demás.

Emocionada le abrazó. —Gracias, gracias. No sabe cómo…

—Llámame Albert, niña. Ahora somos familia. Y gracias a ti por abrirme los ojos.

—¿Qué opinas? —preguntó Johanna después de rascar la venda que cubría la herida.

—Joder. Necesita que la cosan —dijo su marido viendo el desgarro de su muslo.

—¿Dónde diablos está el médico? —gritó sobresaltando a su madre que miraba la herida con los ojos como platos—. ¡Madre ni se te ocurra desmayarte!

—Tendría que estar ya aquí —dijo una de las hermanas que no dejaban de llorar desde que habían visto el estado de Mara—. Vive solo a unas millas al sur. En el pueblo.

—¡Qué envíen a otro lacayo a buscarle! —Volvió a tapar la herida asegurándose de que el torniquete seguía bien apretado.

—Iré yo mismo a por él —dijo James saliendo de la habitación.

Kate entró en la habitación y Susan se acercó a Johanna con una palangana llena de agua. —Justin traerá a Ewert.

Johanna se apretó el labio inferior escurriendo el paño para ponérselo a Mara sobre la frente pues parecía inconsciente. —Como no llegue pronto el médico, morirá por la falta de

sangre.

—Dios mío —dijo Lorenza antes de caer redonda ante la cama.

Las cuatro vieron como Loretta miraba a su hermana tirada en el suelo y decía —No hagas eso que me… —Cayó redonda a su lado.

Chastity entró en ese momento con Drusilla que estaba pálida como la nieve y ambas chasquearon la lengua antes de rodearlas para acercarse a Mara cada una por un lado. Chastity quitó la venda de la herida y gruñó.

Entonces Johanna la miró esperanzada. —¿Has cosido alguna vez algo tan grave?

Tiró de sus guantes de hilo descubriendo sus manos llenas de anillos. —¡Hilo y aguja! ¡Y whisky! Esto es pan comido.

Ewert empujó la puerta de golpe entrando en su salón privado donde varias personas estaban en él, pero ni las miró entrando en la habitación de su esposa. Estaba bebiendo de una botella de whisky mientras Chastity tiraba del hilo que estaba cosiendo su herida. Le dio un vuelco el corazón al ver el desgarro que aún estaba por coser.

—Bebe, cielo. Así no te enterarás de nada —dijo Chastity concentrada en hacer otra puntada con un anteojo puesto.

Buzz entró tras él y sonrió del alivio al ver a su hermana, acercándose y cogiendo su mano. —Estás bien.

—Sí, siento haberte preocupado —dijo agotada mirando de reojo a su marido que parecía querer matar a alguien con los puños apretados como si intentara retenerse. Todos miraron hacia él.

—Marqués qué alegría que haya llegado —dijo Rose forzando una sonrisa.

Ewert dio un paso hacia Chastity que levantó la vista dejando caer el monóculo al ver su furia. —Señora deje esa aguja, ahora.

—¿Sabes coser, chico?

—Al parecer mucho mejor que usted —siseó viendo el costurón que le estaba haciendo a su esposa.

—Oh, perfecto. Mi vista ya no es lo que era.

—Es que el médico no llegaba y temimos…

Ewert levantó una mano deteniendo a Johanna que levantó una ceja al ver como se sentaba en la silla y cogía la aguja. —Salgan de la habitación. Quiero hablar con mi esposa.

Mara negó con la cabeza mientras Johanna y Kate hacían sendas muecas porque no podían negarse. Mara cogió la mano de su hermano. —Hermano quédate.

—Salga de la habitación, por favor —dijo su marido fríamente—, y cierre la puerta.

Mara cerró los ojos por la mirada de impotencia de su hermano que no podía negarse pues era su casa y su marido. Salió de allí en silencio cerrando la puerta tras ella. Mara cogió la botella de whisky y bebió, pero Ewert se levantó arrebatándosela de los labios. —Como esto traiga más consecuencias, como no te repongas del todo… Vas a pagarlo muy caro. —Vertió el contenido del whisky sobre la herida y Mara gritó agarrándose a las sábanas porque la herida le ardió. La puerta se abrió de golpe y Johanna al ver donde estaba echando el whisky cerró de

nuevo. Mara lloriqueó de dolor. —Has de controlar más esos impulsos, esposa. Mira la herida que te has hecho. —Se sentó de nuevo ante ella y empezó a coserla. Mara ya ni sentía nada. —Podrían haberte pasado mil cosas por cabalgar sola y de esa manera por unas tierras que no conoces. ¡Eres una inconsciente! ¡Pero eso se va a acabar! ¿Me oyes? ¡Vas a dejar de comportarte como una niña! ¡Eres mi esposa y yo digo lo que debes hacer! —gritó sin dejar de coser con cuidado—. ¡Y a partir de ahora no saldrás de la finca a cabalgar tú sola! ¿Te ha quedado claro? Suerte has tenido que no te atacaran los furtivos. ¡O que te violaran! ¡Es que ni quiero pensarlo porque llevo horas creyendo que estabas muerta, tirada en una maldita cuneta! ¡Yo no me case para esto! ¡Solo quiero un heredero, joder! ¡Cuando estaba en aquella maldita celda de lo único que me había arrepentido en la vida, era de no haber tenido un hijo al que legarle todo en caso de que a mí me pasara algo! ¿Por qué crees que me he casado contigo? ¡Y te juro que vas a cumplir tu función! Como se te vuelva a ocurrir hacer algo que te ponga en peligro… ¡Me pones de muy mal talante, esposa! ¡Eres capaz de sacarme de quicio enseguida! ¡Y eso no creas que me pasa mucho! —Gruñó al ver los puntos que había puesto la vieja y decidió quitarlos para colocarlos mejor. —¡Y eso de irse sin comer se acabó! ¡Respetarás las tres comidas al día, sí señora! ¡Y se acabó eso de llorar! ¡Me pone de los nervios! ¡Y que me lleves la contraria también! —Lo pensó mejor. —Bueno, lo del perfume no era para tanto. ¡Puede que exagerara un poco, pero me llevaste la contraria y eso no se hace! ¡Eres mi esposa y tienes que seguir mis órdenes! —Terminó de poner el último punto y cortó el hilo gruñendo —Menuda cicatriz te va a quedar. —Acarició su muslo por encima de la herida y apretó los labios por lo suave que era su piel. Se le cortó el aliento al ver una mancha cerca del glúteo y pensando que era una herida levantó ligeramente a Mara por la cadera para ver un antojo en forma de corazón. Eso endureció su sexo con fuerza y muy tenso se lo acarició con el pulgar. Carraspeó al darse cuenta de lo que estaba haciendo y lo que ella pensaría. —¿No tienes más heridas? —preguntó soltándola. Mirando su herida de nuevo volvió a preguntar —¿Mara? Deberías contestarme. ¡Si estás enfadada me da igual! —Se levantó para encontrarse a su esposa sin sentido. Asustado puso el oído en su pecho para oír el firme latido de su corazón. ¡Esa mujer iba a matarle a sustos! ¡No vería crecer a su heredero! Sin poder evitarlo sonrió mirándola de arriba abajo. No parecía que pasara dolor. Se enderezó al ver su muñeca que sobresalía de la manga de su vestido. Cogió su mano para mirarla y juró por lo bajo recordando la noche anterior mientras palidecía por el miedo que le recorrió de arriba abajo. Los ojos de Greta aparecieron de nuevo en su memoria torturándole y se llevó las manos a la cabeza volviéndose. Entonces el reflejo de ambos en el espejo le traspasó el alma. Eso no podía volver a ocurrir.

Mara abrió los ojos viendo a su tía sobre ella pasándole un paño por la frente y sonrió. —Hola, hermosa.

Drusilla sonrió emocionada. —Tú sí que eres hermosa. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada.

—Y no es para menos, niña. Menudo susto. —Volvió la cabeza para ver a Chastity sentada en una silla con un libro en las manos.

—Lo siento. —Al ver que era de día gimió. —Habéis retrasado el viaje por mí.

—No te preocupes por eso —dijo su tía.

—Pero Justin y Kate…Debían casarse cuanto antes.

—Ya no tienen ninguna prisa. —Chastity le guiñó un ojo. —Albert va a apoyarles de todas maneras.

—Eso es maravilloso.

—Sí que lo es. Al fin ese cabezota ha entrado en razón.

—Entonces mi boda no valdrá para nada. Al menos podrían haber aprovechado el escándalo.

—No te preocupes por eso. Tú solo tienes que preocuparte por estar bien.

—Sí, cariño. Nos has dado un buen susto.

—Bueno, de todas maneras seguro que aún no se ha enterado nadie de nuestro matrimonio. En cuanto lo digáis en Drummond empezarán los rumores.

—Puede que sí. Aunque lo dudo porque Albert ha enviado un correo a casa para decir por qué nos hemos retrasado una semana.

Asombrada la miró. —¿Una semana?

—Cariño, has tenido algo de fiebre estos días. Y ya sabes cómo te pones cuando tienes fiebre. No te enteras de nada. Lo que me ha costado darte de comer —dijo exasperada.

Con los ojos como platos asintió. —Gracias tía.

—De nada.

Chastity rió por lo bajo y Mara bufó escuchando después unas risas abajo. —¿Johanna?

—Están jugando a las cartas para entretenerse un poco. Y los hombres están en el jardín practicando esgrima.

Mara se apoyó en sus codos. —¿Ewert también? ¿Está muy enfadado? —La mujeres se miraron de reojo. —¿Qué? ¿Qué ocurre? Está furioso, ¿verdad?

—Tu marido se ha ido, cielo. En cuanto el médico dijo que te repondrías, salió de la casa.

—¿Cuándo se fue? —preguntó asustada.

—Hace tres días.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada de la impresión. —¿Me ha dejado?

—¡No! —exclamaron las dos a la vez—. ¿Cómo va a dejarte, niña? Se ha asustado, eso es todo.

Miró a Chastity sin comprender. —Johanna que es muy lista y su marido lo han hablado mucho. James dice que por sus antecedentes teme hacerte daño. Al desnudarte, todas vimos el morado en tu muñeca. Verte en esas condiciones a punto de morir le ha afectado. Estos días hablando con las hermanas, hemos escuchado muchas historias de tu marido. Es muy querido por la zona. Siempre atiende a los que necesitan ayuda. Bethel por ejemplo. Había sido trabajadora de la casa hacía años. Vivía con una hermana en el pueblo, pero esta murió y la desahuciaron. En cuanto el Marqués se enteró, la trajo de nuevo a la casa y la encargó de las flores. Ese mayordomo tiene muy mala uva porque según había contado la historia parecía que él la protegía. Menudo cabrón, fue él quien la echó de la casa porque ya no podía hacer las tareas. —Jadeó del asombro por el descaro de ese hombre. —Bueno, el hecho es que por lo que nos han contado, hemos llegado a conocer algo al Marqués y es buena persona. Según Loretta, no mató a ese tipo a propósito, aunque qué va a decir ella. Al parecer le dio un fuerte golpe y éste cayó

sobre el aparador golpeándose la nuca. Murió en el acto.

—Eso no es excusa.

—Un mal golpe puede darlo cualquiera —dijo su tía.

—Bueno, los hechos son que cuando Johanna vio el morado, lo comentó con James y entre los dos llegaron a la conclusión de que teme hacerte daño. Creo que por eso se ha ido. Pero tranquila que lo hace a menudo.

—¿Ah, sí? ¿Con su mujer postrada en una cama? —preguntó molesta.

—Cuando se siente inquieto o de mal humor por algo, suele irse unos días a una casa que tiene en el monte hasta que todo vuelve a la normalidad. Tranquila que lo tendrás aquí antes de que te des cuenta. Tú recupérate que es lo importante.

Mara entrecerró los ojos pensando en ello. No le gustaba nada que la temiera. No sabía por qué, pero no le gustaba un pelo. Debían tener una relación normal y si tenían que gritarse, debían hacerlo a gusto como ella discutía con su hermano o con quien fuera. Lo hablaría con él, en cuanto regresara. Eso si regresaba, claro. Igual decidía que no era la mujer que necesitaba en su vida. Inquieta susurró —Tengo sed.

Las mujeres sonrieron contentas y su tía la ayudó a beber. En cuanto tragó dijo —Dile a Greg que venga.

—¿Tienes hambre? Puedo…

—Dile que venga, tía.

Chastity estiró la mano desde su asiento y tiró del llamador. Ruby apareció apenas dos minutos después casi sin resuello. —¿Si milady? —Sonrió de oreja a oreja. —Oh, Marquesa. ¡Está despierta! —Se acercó a la cama y frunció el ceño. —No me dejan atenderla. Les he dicho mil veces que es mi función, pero estas señoras tan pesadas no se separan de su cama.

Se echó a reír por su espontaneidad mientras ellas jadeaban de indignación. Intentó ponerse seria, pero la cara de la chica era para reírse porque las miraba con rencor. —Muy bien, Ruby. Pero debes hablar con más respeto a mis invitadas.

La miró asombrada. —Pero la sirvo a usted.

—No. Sirves en la casa y a mí. Debes respetar a cualquier invitado.

Gruñó mirando de reojo a Chastity. —Lo siento, señora.

—Kate debería hablar con esta muchacha para ponerla a la altura, niña.

No era mala idea, pero no quería que su amiga recordara que había sido doncella. Se merecía dejar eso atrás. —Yo puedo encargarme de instruirla. Ahora discúlpate con mi tía.

—Lo siento, milady.

Drusilla puso los ojos en blanco porque lo hacía a regañadientes. —Ahora vete a buscar agua para la bañera. Templada. Y pídele a Greg que venga antes de ir a la cocina. Quiero hablar con él.

—¡Enseguida, milady!

Salió corriendo y Mara sonrió.

—Es un poco posesiva. Se negaba a que ninguna hiciéramos nada. Le falta mucho por aprender —dijo Drusilla divertida.

—Es joven. Tiene tiempo.

—¿Para qué quieres al mayordomo?

—Enseguida lo verás.

—Uy, ésta… Tiene cara de querer guerra—dijo Chastity divertida.

—Ese cerdo cree que puede hacer lo que le venga en gana y esta es mi casa. Ya va siendo hora de que lo deje claro.

—Así se habla.

Por supuesto el mayordomo llegaría cuando le diera la gana.

—Pues no te has enterado de lo peor —susurró su tía mirando hacia la puerta—. Se le ordenó que llamara al médico cuando apareció tu caballo ensangrentado y dijo que había enviado un lacayo. Cuando llegó James al pueblo, el médico estaba cenando tranquilamente y no había recibido ningún recado. Nadie le había ido a buscar. Pero como tu marido se ha ido, nadie ha tomado medidas. Las hermanas Logan comen de su mano y se creen todas sus mentiras. Él ha dicho que ha despedido al lacayo que no cumplió sus órdenes, pero estamos seguros de que ese lacayo no existe.

A pesar de estar agotada, la furia la recorrió y le dijo a su tía —Ayúdame a incorporarme un poco. —Chastity la ayudó a sentarse y le colocaron las almohadas detrás. —Tía, ¿puedes llamar a James y a mi hermano para que vengan en cuanto me bañe? Les necesito.

—Enseguida hija.

—Ten cuidado, Mara. Antes de echarle, deberías descubrir la razón por la que te tiene tanta inquina —dijo Chastity en cuanto salió su tía.

—No, si no voy a echarle.

Eso sí que la sorprendió y se levantó de su silla. —Esto se pone interesante.

—Las hermanas no dirigen la casa. Lo hace él con mano de hierro, haciendo y deshaciendo a su antojo. Sé por qué me odia. Porque sabe que yo intervendré en su cómoda vida. Pero eso se acabó. Y se lo voy a demostrar ahora mismo.

En ese momento llamaron a la puerta y Greg entró sin que le dijeran que pasara. —Milady, ¿me ha mandado llamar?

—Pues sí. —Sonrió dulcemente. —Ahora que estoy desgraciadamente recluida en esta habitación durante unos días y no puedo atender a mis invitados como se merecen, he decidido revisar las cuentas para entretenerme un rato.

Él se envaró sin mover un músculo de la cara. —Las hermanas revisan los libros periódicamente, milady. Es a ellas a quienes les doy explicaciones de mis gastos.

—Entonces debería hablar con ellas de esto, porque ahora es mi función como señora del lugar. Por mucho que otros opinen lo contrario. ¿Me los traes tú o llamo a las primas de mi esposo para que me los traigan?

—Yo se los traeré, milady. Están en mis habitaciones.

—Los espero de inmediato. —El mayordomo asintió yendo hacia la puerta. —Y Greg…

Se detuvo volviéndose para mirarla sin disimular su rencor. —Cuando yo llamo, se viene de inmediato. Me da igual lo que esté haciendo, ¿me ha entendido?

—Sí, milady. —Iba a salir cuando casi se choca con Ruby que llevaba un cubo de agua. —¡Ten más cuidado!

La chica se sonrojó agachando la mirada. —Lo siento, señor McGregor.

Señor McGregor. A Mara se le cortó el aliento recordando y miró a Chastity con los ojos

como platos. —Dios mío. Estaba totalmente equivocada.

—¿Qué ocurre, querida?

Sus ojos azules brillaron. —Ya sé por qué me odia tanto.

Capítulo 16

Johanna y Kate, con todas las mujeres rodeando su cama después de ayudarla a asearse sin que apoyara la pierna, se sentaron en la cama una a cada lado. —Vamos a ver. ¿Estás segura? —preguntó Kate preocupada.

—Por supuesto que no estoy segura. Pero se apellida igual. Ya sabes cómo son los clanes por aquí. Si hay una venganza, es hasta la muerte. Y me odia.

—Eso es cierto —dijo Johanna—. Y lo disimula muy mal, por cierto.

—Pero tú eras una niña —dijo Chastity sin entender—. ¿Qué culpa tuviste tú? Además, tus padres fallecieron también.

—Pero el fuego se inició en la habitación de mis padres. Murieron siete McGregor ese fin de semana. Les habían invitado al cumpleaños del jefe del clan y dijeron que el incendio se había iniciado allí cuando dormían. —Agachó los ojos apenada. —Murieron tres niños esa noche.

—Dios mío, ¿y qué culpa vas a tener tú de eso? —preguntó Rose sin salir de su asombro.

Kate apretó los labios. —Eso da igual. Es su hija y si ha perdido a alguien importante esa noche, no sabemos que se le estará pasando por la cabeza. Pero es evidente que la odia.

Todas asintieron y la rabia la recorrió. —¡Ni siquiera ha traído los libros y mira que le dejé claro que los trajera de inmediato!

En ese momento llamaron a la puerta y ella dijo —Pasad.

James y Buzz entraron en la habitación divertidos al ver que estaban todas allí. —¿Querías vernos? —preguntó su hermano encantado de encontrarla tan bien. Se acercó y la besó en la frente—. Estás preciosa.

—¿Podéis dejarnos solos un momento? —les pidió a sus amigas.

Kate asintió y se levantó de la cama saliendo de la habitación como las demás. —¿Qué opinas? —susurró Johanna saliendo del salón.

—Esto no me gusta. Deberíamos empezar a preguntar por ahí quién es ese McGregor.

Johanna asintió cerrando la puerta. —Perfecto. Hablaré con la doncella que me han asignado.

Kate sonrió conociendo perfectamente cómo funcionaba una casa. —Yo voy a hablar con la cocinera. Siempre se enteran de todo.

Su amiga entrecerró los ojos —Yo conseguiré mejor información.

—Eso ya lo veremos.

Se fueron cada una por un lado mientras Rose y Chastity levantaron las cejas exasperadas. —Estas niñas siempre con rivalidades… —Se miraron la una a la otra antes de decir a la vez —Voy a preguntar por ahí.

Mara sonrió a su hermano y a James. —Tenéis que hacerme un favor.

—Lo que quieras, preciosa —dijo su hermano cogiendo su mano—. ¿Qué necesitas?

—A mi marido. —Ambos parpadearon sin entender. —Quiero que le traigáis de vuelta. Inventaros algo, pero lo quiero aquí mañana como muy tarde.

James carraspeó. —Mara, se ha ido para despejar la mente.

—¡Pues si necesita despejarse al día y medio de conocerme, no le queda nada por soportar! ¡Le quiero aquí! ¡Me lo debéis los dos y quiero que mováis el culo por todas las Highlands si hace falta, pero quiero verle aquí cuanto antes! ¿Me habéis entendido?

Ambos asintieron. —¡Pues hala, a los caballos! ¡Y rapidito que tengo prisa!

—Pero no sabemos dónde está —dijo James.

Le miró como si fuera idiota. —¡Pues pregunta por ahí! ¿Es que tengo que hacerlo yo todo? —gritó a los cuatro vientos.

—Tú tranquila que yo le encuentro —dijo su hermano preocupado porque empeorara de nuevo—. Y James viene también.

Le miró con rencor. —¡Pues más le vale porque estoy aquí por su culpa! ¡Y quiero ver a mi marido!

James entrecerró los ojos. —¿Estaremos en paz después?

Lo pensó durante unos segundos antes de levantar la barbilla. —Puede.

—¡No, puede no! ¡No volverás a mencionarlo! ¡Jamás! ¡Estoy harto de este tema!

Gruñó por dentro, pero necesitaba que James le fuera a buscar. Su hermano no era muy bueno siguiendo pistas, pero tenía fuerza y entre los dos podían arrastrarle hasta allí. O al menos eso esperaba. Le miró fijamente. —Está bien, pero no quiero excusas. Tráeme a mi marido como sea, pero vivo.

James sonrió malicioso y Buzz también. —Entiendo. No darle opción.

—Exacto. ¿No quería una esposa? Pues tiene que cargar conmigo —dijo indignada.

Aburridísima apartó las sábanas girándose en la cama, dejando al descubierto la pierna herida. Menudo calor que hacía allí. Levantó la cabeza mirando la chimenea. Ruby había echado dos buenos leños y la verdad es que había exagerado. Tenía que hablar con esa chica para que se controlara un poco. Miró hacia las ventanas y decidió abrir una. Con cuidado de no forzar la herida, salió de la cama y caminó hasta una de las ventanas abriendo el pestillo. Tiró de ella hacia arriba y respiró hondo el aire fresco. Se estremeció de frío y cerró de nuevo. —Mala idea, Mara. Esto es Escocia. —Iba a cerrar la cortina cuando vio una silueta caminando por el césped. Qué extraño. Se suponía que por ese jardín casi nunca pasaba nadie. Por eso la Marquesa se bañaba ante la ventana.

Frunció el ceño acercando la cara al cristal. Un hombre con la espalda algo encorvada salió del bosque y se acercaron el uno al otro cerca de los árboles. Vio como discutían o al menos eso parecía desde allí. El hombre encorvado que vestía como un labriego le tendió algo y el hombre lo cogió de malos modos. Al volverse para regresar la luz de la luna mostró su rostro y Mara apretó los labios viendo como Greg se metía lo que le había dado el hombre en el bolsillo. Él miró hacia allí y Mara se escondió pegando la espalda contra la pared. Juró por lo bajo esperando que la luz de la chimenea no la hubiera descubierto.

A toda prisa regresó a la cama y se tumbó cubriéndose hasta la barbilla. Con el corazón

retumbándole en su pecho esperó y después de varios minutos escuchó como se abría la puerta muy lentamente. Reteniendo el aliento ni se movió. Aunque igual no era buena idea, porque si quería matarla se lo estaba poniendo muy fácil. La puerta se cerró de nuevo y estuvo un rato sin moverse por si acaso.

Cuando ya no lo soportó más, se giró con los ojos entrecerrados y levantó la cabeza para echar un vistazo a su alrededor, pero no vio a nadie. Suspiró del alivio porque estaba sola. Seguro que pensaba que como había tenido fiebre estaba dormida. ¿Qué sería lo que le había dado el hombre para que se reunieran en plena noche? Algo malo, seguro. ¿Dinero? Hizo una mueca. Puede que fuera un pago por algo. Se le cortó el aliento. Algo que había robado de la casa y lo habían vendido. No, las primas de su marido se hubieran enterado si faltara algo de valor. ¿O no? Igual eran provisiones lo que habían robado. ¿Quién llevaba la administración de la finca? Sabía que había ovejas. Las había visto. ¿Sería su esposo? La verdad es que tenía que ponerse a trabajar, porque llevaba allí días y no sabía nada de nada.

Inquieta se quedó dormida y moviéndose de un lado a otro terminó destapada, pero luego sintió frío cuando el fuego se fue apagando. Alguien la cubrió durante la noche y sonrió arrebujándose bajo las mantas. Sintió una caricia en la mejilla y asustada abrió los ojos quedándose de piedra al ver a su marido a su lado que se enderezó de inmediato. —Buenas noches, esposa.

Se sentó de golpe. —¿Dónde has estado?

—No te muevas así. Puedes abrir la herida —dijo muy tenso.

—¿Me tienes miedo?

A Ewert se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Mis amigos opinan que me tienes miedo por lo que ocurrió cuando fuiste a prisión. No hemos hablado de esto, pero…

—¡Exacto! ¡No hemos hablado de esto y no lo haremos jamás!

—¿Por qué? ¡Si ya lo sé! Yo te lo he contado todo. —Se cruzó de brazos. —Estoy esperando, marido.

—Mara duérmete. —Iba a irse y Mara le agarró de la mano tirando de él. —¡Suéltame, mujer!

—No hasta que hablemos. ¡Y no me grites!

—¡Eres tú la que estás gritando! Mujer me pones de los nervios.

Mara sonrió. —¿De verdad? Vamos, suéltalo todo.

—¿Que suelte qué? —preguntó como si estuviera loca.

—Exprésate, dime lo que sientes. Soy tu esposa, tengo que escucharte.

La miró incrédulo antes de ponerle su gran mano sobre la frente. —¿Estás bien?

Ella lo pensó unos segundos y se dijo que era hora de rematar ese matrimonio. —Pues ya que lo dices… Siento algo aquí. —Se tumbó de costado y apartó las sábanas para acariciar su herida. —¿Estará bien?

—¿No te ha revisado el médico?

—Sí, y se lo he dicho, pero no me ha hecho mucho caso. —Se moría por la vergüenza, pero era hora de tomar cartas en el asunto o no tendrían un hijo en la vida. Levantó el camisón mostrando sus piernas desnudas hasta su sexo. —¿Crees que la tengo bien? Tú me curaste.

Él se pasó la mano por la nuca mirando sus piernas y el corazón de Mara saltó en su pecho porque por como la miraba parecía que la deseaba. No era tonta. Había visto esa mirada en otros hombres antes, pero verla en los ojos de su marido era lo más embriagador del mundo. Ella dobló ligeramente su rodilla. —Marido, ¿no me revisas? Tienes unas tijeras sobre el tocador si quieres cortar la venda.

—Deberíamos llamar al médico. Has tenido fiebre y eso es delicado.

—¿Te lo ha dicho James?

Su marido se tensó. —Lo he visto yo mismo. ¿Y por qué me lo iba a decir James? —preguntó molesto.

Se sentó asombrada. —¿No has venido con James?

—¿Quieres dejar de hablar de ese?

Parpadeó asombrada. —¿Sigues celoso?

—¿Celoso yo? —preguntó a voz en grito.

—No te enfades que no hacemos el amor.

Ewert la miró como si le hubieran salido dos cabezas. —¡No voy a hacerte el amor, mujer!

—Ah, pues no sé cómo vamos a tener un hijo así. ¿No tenías prisa? Pues tarda nueve meses en llegar. —Volvió a tumbarse levantando el camisón de nuevo y pasó el dedo índice por la cadera bajando hasta la venda que rodeaba su herida. —¿No te parezco atractiva? Igual preferías una esposa rubia como Kate. O morena como Johanna.

Muy tenso siseó mientras la devoraba con la mirada —Mara tápate. Vas a coger frío. ¡Y deja de decir tonterías!

Le retó con la mirada sentándose en la cama y quitándose el camisón por la cabeza antes de tirarlo al suelo. Se tumbó en la cama elevando los brazos y apoyó la cabeza sobre ellos mirándole a los ojos. La verdad es que no sabía de donde sacaba el valor. Puede que de su mirada y de que notaba que la deseaba. La deseaba mucho y viendo como sus ojos recorrían su cuerpo desnudo, se sintió la mujer más hermosa del mundo. Cuando sus ojos llegaron a sus senos sintió que el corazón se le salía del pecho de la emoción mientras sus pezones se endurecían con fuerza. Pero pasaron los segundos y como no se movía, Mara se temió estar equivocada y susurró —¿No me deseas?

—Esposa, has estado enferma —dijo casi sudando y pasándose la mano por el cuello de la camisa antes de abrir su lazo casi de un tirón.

—Pero ahora estoy bien y…

—¡Sigues enferma, Mara!

—¿De veras? Nadie me ha dicho nada.

—¡Estás herida!

Mara entrecerró los ojos. —¿Quieres discutir?

—¿Yo? —preguntó asombrado.

—¡Disculpa, pero estoy aquí totalmente desnuda esperando que me hagas el amor y tú no haces más que protestar! ¡Encima que me has abandonado!

—¿Cuándo te he abandonado?

—¡Me has dejado sola!

—¡Estás rodeada de los tuyos!

—¡Tú eres mi marido!

Ewert entrecerró los ojos. —¡Pues haz lo que te ordeno! —Cogió las mantas y la tapó hasta la barbilla. Mara no se lo podía creer. Él sujetando las mantas a ambos lados de sus hombros miró sus labios.

—Te juro que como no me beses, mañana abandono esta casa —dijo dolida.

Él la cogió por la nuca muy tenso. —¿Qué has dicho?

—James y Johanna tienen razón. ¡Me tienes miedo! —le gritó a la cara—. ¡Si es así, me voy y sigue tu vida! Pero yo quiero un marido y lo voy a tener.

—Quieres un marido. —Apartó las mantas de un tirón y su mano fue a parar a su pecho, acunándolo con pasión. —¿Quieres esto, preciosa? —Apretó el pezón entre sus dedos haciéndola gemir de la sorpresa por lo que experimentó su cuerpo. —¡Pues lo tendrás cuando yo quiera y estás convaleciente! ¡A dormir! —Se apartó saliendo de la habitación dando un portazo.

Mara se sentó en la cama jadeando. ¡Eso no podía estar pasando! Se había desnudado ante él. ¿Qué hombre rechazaba algo así? Además siendo su marido. Se sonrojó con fuerza de la vergüenza. Estaba claro que nunca reaccionaba como esperaba. Mira que era raro. Ah, no. Pues esto iba a aclararlo. Si no la deseaba, se largaba al día siguiente con su hermano. ¡Entonces sí que iba a haber un escándalo cuando pidiera la anulación! Apartó las sábanas y buscó la bata, pero no la encontraba. Cogió el camisón del suelo y cojeando fue hacia la puerta abriéndola de golpe. Estaba claro que nunca pensaba en lo que ella sentiría. Atravesó el salón jurando por lo bajo porque es suelo estaba frío y abrió su puerta de golpe haciéndola chocar contra la pared. Su marido miraba el fuego y se giró asombrado. —¡Mujer colmas mi paciencia! ¡Has tenido fiebre!

Se acercó a ella en cuatro zancadas y la cogió en brazos. —Ay. —Se quejó porque rozó su herida.

Gruñó regresando a su habitación y siseó —Muévete de nuevo y te ato a la cama.

—Si no me deseas, dímelo ahora y me iré. Sé que no soy lo que querías, pero si no vas a tratarme como a una esposa, déjame ir.

Ewert frunció el ceño. —¿Por qué piensas que no eres lo que quería?

—¿No es obvio? No quieres tocarme ni siquiera para llevarme del brazo. No quieres hablar conmigo, estoy con un pie en la tumba y te vas sin saber si he muerto o no —dijo intentando no emocionarse porque jamás había pensado que tendría esa conversación—. Sé que Johanna piensa que me tienes miedo por si reaccionas mal y me matas, pero no creo que sea eso después de tu respuesta de hace unos segundos. No me deseas, ¿no es cierto? No soy lo que querías. —Forzó una sonrisa. —No pasa nada. Hemos cometido un error que podemos subsanar. —Agachó la mirada avergonzada.

Su marido se sentó a su lado y cogió su mano. —Te hice daño. —A Mara se le cortó el aliento y levantó la vista hasta su rostro, pero él observaba su mano. —Ni me di cuenta de que te dañaba. Estaba enfadado por desearte y te lo eché en cara de una manera totalmente irracional y al ver que te ibas a la habitación, no sé lo que se me pasó por la cabeza. No debía haber pasado. —Acarició su muñeca y Mara dejó caer las lágrimas que estaba conteniendo. —Y no sé si volvería a pasar. Por eso he decidido que cuando te recuperes, haremos el amor hasta que te quedes en estado y después podrás irte a Londres con tus amigos. Puedes ocupar la casa que

tengo allí. Cuando des a luz, haremos que el niño pase temporadas con ambos.

—¿Qué dices Ewert?

—Tus amigos son muy influyentes. Y como todo el mundo pensará que estamos separados, nadie te negará la entrada en su casa. Podrás seguir con tu vida. Tendrás la vida que deberías tener.

Le miró incrédula. —¡No voy a abandonar a mi marido!

—Mara… Acabas de decir…

—¡Eso era cuando pensaba que no me querías a tu lado!

—¡Y no te quiero! ¿No lo acabas de oír? —Se miraron a los ojos y Ewert bajó la vista a sus labios. Ella frunció su precioso entrecejo arreándole un tortazo. La miró tan sorprendido que le arreó de nuevo. —¿Estás loca, mujer?

—¿Vas a pegarme? —Le arreó otra vez y Ewert la cogió por las muñecas tirándola sobre la cama con las manos sobre la cabeza. —¿Me tienes miedo? —Se revolvió furiosa. —¿Te pongo nervioso? —Se miraron con la respiración agitada y Mara elevó la cabeza besando sus labios y susurró con pasión contra su boca —Yo quiero que seas mi marido. Deja de huir de mí. Me haces daño con tu rechazo.

Él gimió atrapando sus labios y la besó de tal manera que parecía que la necesitaba. Ambos se necesitaban y la abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo mientras Mara le abrazó por el cuello entrelazando su lengua con la suya bebiendo de él. Ewert deseando tocarla rasgó su camisón por delante dejando al descubierto uno de sus pechos y Mara gimió en su boca cuando lo amasó con pasión. Él se apartó de golpe para mirarla a los ojos. —¿Demasiado?

Mara atrapó sus labios en respuesta y Ewert saboreándola la tumbó sobre la cama. Apartó los labios de su boca besando su cuello y Mara con la respiración entrecortada arqueó la espalda deseando inconsciente que llegara a su pecho. Cuando sus labios rozaron su endurecido pezón gritó enterrando sus dedos en su cabello. No debía haber nada mejor que aquello. Ni escuchó que rasgaba el camisón hasta abajo en su afán de llegar a su objetivo y retorcida de placer mientras torturaba sus pezones, chilló de la sorpresa cuando una mano llegó entre sus piernas acariciando sus húmedos pliegues de arriba abajo. Ewert levantó la vista pasando la lengua por su sensible pezón y metió un dedo en su interior haciéndola tensarse como un arco. —Estás muy húmeda, preciosa. ¿Me estás esperando? —Metió el dedo hasta el fondo y Mara gritó al sentir algo de dolor. —Lo haremos así, cielo. Soy muy grande y no quiero hacerte daño.

Sin entender una palabra, ella hundió sus uñas en su chaqueta y abrió más las piernas intentando evitar lo incómoda que se sentía a la vez que su interior se tensaba reteniéndole. Le miró a los ojos sin poder hablar y sintió como salía de su ser lentamente antes de entrar de nuevo. Abrió los ojos impresionada por el placer que la recorrió. —Ya estás lista, preciosa. —Atrapó sus labios colocándose entre sus piernas y Mara se sujetó en sus hombros haciéndole hueco. Él se apartó para mirarla a los ojos y a Mara se le cortó el aliento cuando sintió su sexo endurecido acariciándola de arriba abajo. —Eres mía, esposa.

—Sí —susurró casi sin aliento antes de que entrara en ella lentamente apoyándose en sus antebrazos para no aplastarla. Mara se aferró a su cuello cuando se sintió llena y gimió asustada por la presión —. ¿Ewert?

—Solo un poco más. Un poco más, preciosa —susurró con voz ronca moviendo las

caderas hasta pegarse a ella. Juró por lo bajo cerrando los ojos y Mara se quedó sin aliento intentando acostumbrarse, pero antes de darse cuenta él empezó a moverse lentamente en su interior. Protestó sin poder evitarlo al no querer perderle mirando sus ojos y él besó su labio inferior antes de entrar en su interior de nuevo con fuerza. Mara gritó sorprendida por el placer que recorrió su cuerpo. Fue como si un rayo la traspasara y cerró los ojos disfrutando de la sensación, hasta que él lo repitió de nuevo con más ímpetu. Poco a poco debido a sus embestidas todo su interior se fue tensando y apretando su miembro más y más. Y con cada una de ellas su cuerpo reclamaba más. Amoldándose a un ritmo frenético suplicó ida de placer por algo que desconocía, hasta que una última y fuerte embestida la hizo estallar en mil pedazos susurrando su nombre al pensar que se moría.

Ni sintió como besaba su cuello antes de apartarse de ella. Sonriendo se estiró en la cama y se volvió mostrando parte de su trasero. —Ni se te ocurra dormirte, preciosa—dijo su marido antes de acariciar su nalga—. Tú has querido esto y yo necesito más.

Mara sonrió contra la almohada antes de volverse y se quedó sin aliento al ver a su marido de pie al lado de la cama en todo su esplendor. Se sentó apoyándose en sus manos pasando su mirada por esos enormes brazos y llegando a su pecho cubierto por un ligero vello rubio. Era puro músculo y su boca se secó cuando llegó a su estrecha cintura para ver su miembro endurecido. Sus ojos subieron de nuevo por su cuerpo sintiendo que el fuego la recorría. Se lo comió con los ojos hasta llegar a su rostro y él levantó una ceja. —Soy la mujer más afortunada de la tierra.

—¿Creéis que en algún momento podremos irnos a Drummond? —preguntó Albert divertido al ver que ni el Marqués ni la Marquesa habían bajado a desayunar como en los cuatro días anteriores.

Johanna reprimió la risa. —Igual deberíamos dejar una carta de agradecimiento.

—Si no bajan hoy, nos iremos despidiéndonos de las Logan —dijo Justin ya impaciente por llegar a casa.

Su prometida sonrió asintiendo. —Sí, cielo. Ya va siendo hora de que nos casemos. Además, ahora que sé que Mara está bien lo que más deseo es ver a mi padre.

Las hermanas entraron en la sala del desayuno y soltaron unas risitas al ver que faltaban sus primos. —Buenos días a todos.

Un chillido las sobresaltó y miraron hacia arriba. James salió corriendo para subir las escaleras mientras Mara gritaba el nombre de su marido y cuando el Conde entró en la habitación con Justin detrás vieron a Ewert tambaleándose desnudo con el pecho lleno de sangre antes de chocar con el tocador y caer al suelo. Mara se echó a llorar histérica saltando de la cama con el camisón puesto para arrodillarse a su lado. —¡Dios mío, haced algo! ¡Se está muriendo!

James la apartó gritando —¿Qué ha pasado?

—Estábamos desayunando y de repente… No sé, vomitó y empezó a sangrar por la boca —dijo gimoteando angustiada.

—Justin ayúdame a llevarle a la cama. ¡Qué alguien vaya a buscar al médico!

Buzz salió corriendo, chocándose con Greg que llegaba en ese momento. Entre los dos y

con ayuda de Albert que llegó en ese instante le tumbaron en la cama. Muerta de miedo vio como el mayordomo daba un paso atrás con la bandeja que había recogido. Se le cortó el aliento al ver que era la bandeja que tenía una rosa en el jarroncito. Como todas las mañanas ponían una rosa en su bandeja. Pero esa mañana su marido que siempre comía huevos con riñones se había comido sus bollos de canela porque ella riendo le había robado su plato. Una lágrima cayó por su mejilla recordando como él acariciando su pantorrilla había dicho que no pensaba consentirla en todo justo antes de empezar a vomitar. Sintiendo un escalofrío se quedó allí de pie viendo como el mayordomo pálido daba un paso atrás mirando a su marido que vomitaba de nuevo.

Entonces temblando miró a su marido y al ver la sangre que salía de su boca sintió que su alma se rompía. Greg intentó salir de la habitación a toda prisa.

—¡Tú! —gritó desgarrada provocando que se volviera asustado. Al ver la culpabilidad en su rostro confirmó sus sospechas—. ¿Cómo has podido? —Alargó la mano cogiendo las tijeras que estaban sobre el tocador y fuera de sí gritó corriendo hacia él con ellas en alto clavándoselas en el hombro cerca del cuello. —¡Maldito cabrón! ¡Sabía que me odiabas! —James se lanzó sobre ella apartándola mientras Greg sorprendido caía de rodillas con las hojas de la tijera aún en el interior de su cuerpo.

—Dios mío —susurró Albert impresionado por lo ocurrido.

—¡Suéltame! —gritó desgarrada—. ¡Maldito cabrón! ¡Querías matarme a mí! ¿Crees que no me he dado cuenta? ¡Cómo mi marido muera, te despellejaré vivo! ¡Escupiré sobre tu tumba! ¡Te maldigo McGregor! ¡Maldigo a toda tu estirpe! —James la sacó de la habitación mientras pataleaba intentando zafarse. —¿Querías vengarte? ¡Te mataré! ¡Lo juro por Dios!

James al ver que se resistía le pegó un puñetazo que la hizo caer sobre el sofá sin sentido mientras Johanna se tapaba la boca de la impresión. —¡Joder! —Se volvió hacia su esposa y a Kate. —¡Ocupaos de ella! —ordenó antes de entrar de nuevo en la habitación.

—Dios mío —susurró Rose mirando hacia Ewert que seguía vomitando—. Dios mío, esto no está ocurriendo.

—¡Qué alguien saque a este cabrón de aquí! —gritó Justin sujetando a Ewert que quería levantarse a pesar de su estado.

Dos lacayos entraron corriendo y Johanna vio que sacaban al mayordomo cogiéndolo de los brazos haciendo que arrastrara los pies por el suelo.

Kate temblando se sentó al lado de Mara y apartó el cabello de su rostro. —No es justo —susurró sufriendo por ella.

Chastity se puso a su lado observándola. —Es mejor así. De esta manera no sufrirá viendo morir a su marido.

A Kate se le cortó el aliento. —¿Tú crees?

—Es un envenenamiento. Lo he visto antes. Cuando sangran así no hay nada que hacer.

Mara se despertó y sobresaltada se sentó en la cama para ver a Kate sentada a su lado quitándole un paño frío de la frente. Sus ojos se llenaron de lágrimas recordándolo todo. —¿Se ha…?

—No. Todavía no. —Se iba a levantar, pero la cogió por el hombro. —Pero no deberías

estar con él. No quiere que estés con él.

—¡Aparta!

La empujó saltando de la cama y corrió pasando el salón donde todos miraban hacia la puerta cerrada de su habitación. Abrió la puerta y vio a su marido tumbado en la cama con las sábanas por la cintura mientras el médico le ponía la trompetilla sobre el pecho. Se le resquebrajó el alma por sus ojos fuertemente cerrados como si tuviera mucho dolor y sin hacer caso a James, que intentó impedirle el paso, subió a la cama caminando hacia él a cuatro patas hasta tumbarse a su lado pasando el brazo sobre su vientre. El médico iba a decir algo, pero James negó con la cabeza. El hombre se acercó a Justin metiendo la trompetilla en el maletín y James susurró —¿Cómo está, doctor?

—Parece que la hemorragia ha remitido. Pero tiene el corazón muy débil. Si sangra de nuevo tendré que operar y no sé si saldrá adelante. Tiene un desgarro interno que hay que cerrar si no lo hace por sí solo.

—¿Tiene probabilidades?

El doctor apretó los labios. —Muy pocas. Si le han suministrado ricina como creo, puede tener una muerte muy desagradable. Una vez una mujer de la aldea tomó esas semillas creyendo que eran otra cosa y duró diez días. Puede que tengamos suerte si los síntomas remiten. Lo sabremos en tres días. Pero si continúan no habrá nada que hacer. Sobre todo si empieza a sangrar por abajo. No sé si me entienden.

James asintió. —Es muy fuerte.

—Ante esto da igual la corpulencia. Solo la fuerza de voluntad por sobrevivir.

El susurro de Mara pasando la mano por su pecho mientras canturreaba, hizo que se volvieran para ver como su esposa lloraba en silencio acariciando a su marido.

—Voy a ver al señor McGregor. El alguacil ya está hablando con él.

James le cogió por el brazo. —¿Cómo podemos demostrar que le han envenenado?

—Usted no me está preguntando eso. Me está preguntando cómo culpar a ese hombre de lo que le ocurre al Marqués.

—Exacto —siseó James furioso.

—Le aconsejo que revise su habitación. Eso si no se ha deshecho de todas las semillas, por supuesto. Entonces estarán perdiendo el tiempo.

El médico salió de la habitación con el maletín, pero Justin y James le siguieron. Mara susurró —Eres fuerte. Y no puedes dejarme, mi amor. Ahora eres parte de mí. No vuelvas a irte. Me lo prometiste, ¿recuerdas? —Una lágrima corrió por su sien. —Ahora somos uno y si te vas, tendré que seguirte. —Cogió su mano y la apretó con fuerza. —¿Me sientes? Estoy aquí. A tu lado.

Ewert abrió los ojos volviendo la mirada hacia ella. —Vete, cielo.

—No —respondió intentando no mostrar su desesperación—. Estaré contigo.

Él cerró los ojos palideciendo por un espasmo en el estómago y apretó su mano. —Estaré contigo —dijo intentando no llorar al escuchar que gemía de dolor.

Capítulo 17

Durante tres días Ewert vivió un auténtico calvario y Mara estaba desesperada porque veía que le perdía. No toleraba ningún alimento y aunque sangraba menos, el dolor no remitía. Al llegar al cuarto día la desesperación casi pudo con ella porque no mejoró. Sus amigas intentaban que se alejara de él en los pocos momentos en que su marido descansaba, pero no podía irse ni un segundo porque si despertaba y no la veía a su lado no se lo perdonaría nunca.

La noche del cuarto día Ewert abrió los ojos y sonrió agotado. Tenía unas orejas que la estremecían de miedo y había adelgazado muchísimo. —Qué suerte tuve al encontrarte —dijo con la voz ronca de tanto vomitar.

—Te encontré yo.

Él asintió sonriendo con tristeza. —Es cierto.

—Cariño, bebe un poco. —Alargó la mano para coger el vaso, pero él la cogió apretándola con fuerza. Mara reprimió un gesto de dolor porque ya tenía los dedos hinchados por su fuerza durante esos días, pero con tal de sentirle le era lo mismo. —Mi amor.

—No quiero.

—Por favor. Por favor tienes que beber algo. —En cuanto soltó su mano agotado, cogió el vaso y se lo puso en los labios. —Bebe un poco.

—Te amo.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes que la observaban emocionados. —Me enamoré de ti en ese lago el primer día en que llegaste aquí. Amé tu belleza, tu risa y tus ganas de vivir. Siento no poder envejecer a tu lado y haber perdido un tiempo precioso. Unos días que hubiéramos recordado siempre.

—No hables así. ¡No vas a dejarme! ¡Bebe! —Echó agua en sus labios, pero no hizo ningún intento de tragar y Mara se echó a llorar de la impotencia. —No, no lo hagas.

—Escúchame. Nunca hemos hablado de esto, pero aquella noche…

—No quiero saberlo.

—Pero quiero que lo sepas. —Cerró los ojos tomando aire. —No la amaba. Nunca la amé como a ti. Era mi amante. La mantenía como a una reina y una noche fui a verla sin anunciarme. Les escuché como se reían de mí. En la cama que yo había pagado y fue la furia, no los celos, la que me hizo entrar en la habitación y golpear a aquel hombre. Ni me di cuenta de que había muerto. Perdí el control y me volví hacia Greta que gritó de miedo antes de tirarse por la ventana. Solo Dios sabe lo que habría ocurrido sino… —dijo torturado.

—Shusss. No hables más de esa noche. Pagaste por ello.

—Pero tú no tienes que pagar por ello. Quiero que vayas a Londres —susurró—. Quiero que seas feliz.

—Soy feliz a tu lado. —Ewert sonrió y acarició su mejilla. —Por favor bebe. Hazlo por mí.

—Nunca tendrás que preocuparte por tu futuro. Ya lo he arreglado con James.

Sollozó de nuevo. —No digas eso. No vas a dejarme. Bebe por favor. No te des por vencido.

Él sonrió y separó los labios dejando que derramara algo de líquido en su dolorida garganta. —Muy bien —susurró ella apartando el vaso para abrazarle por la cintura porque ahora tendría dolores o vomitaría—. Estoy aquí.

Él acarició su espalda y poco a poco su mano fue haciéndolo cada vez más despacio hasta que se detuvo. Asustada le miró poniendo la mano sobre su pecho para sentir su corazón y cerró los ojos del alivio al darse cuenta de que se había quedado dormido. Entonces su corazón dio un vuelco en su pecho porque normalmente después de beber jamás se dormía a causa de los dolores y la esperanza creció en su pecho.

—Es un milagro —dijo el doctor sonriendo encantado después de revisar a su marido.

—¿Entonces está mejorando? —preguntó inquieta de pie a su lado

—Sí, una clara mejoría. De hecho que haya comido algo de sopa es maravilloso. Si sigue así se repondrá totalmente.

—Gracias doctor. —Mara sonrió mirando a su marido con el alivio reflejado en el rostro antes de poner los ojos en blanco cayendo hacia atrás.

—¡Mara!

James entró en la habitación y juró por lo bajo al verla tirada en el suelo siendo atendida por el doctor. Fue hasta ella y la cogió en brazos tumbándola al lado de su marido que había palidecido. —No te preocupes, ha sido agotador para ella. Eso es todo. En cuanto descanse un poco todo irá bien. ¿Verdad, doctor?

El médico asintió tomándole el pulso. —Exacto. Y esto nos viene de perlas, sí señor.

James apretó los labios. —Totalmente. ¿Habla usted con el alguacil?

—Con mucho gusto, Conde.

Ewert miró a James a los ojos. —¿De qué rayos habláis?

—Amigo, tenemos un pequeño problema. ¿Te mareas en los barcos?

—¿En los barcos? ¿Por qué iba a marearme en los barcos? —Miró a su esposa y la cogió por la barbilla. —Abre los ojos, preciosa. Me estás asustando.

—Es un desmayo, milord. Enseguida se repone. —Asombrado vio que el médico salía de la habitación.

—¿Es que no piensa hacer nada? —gritó furioso sin saber de dónde sacaba las fuerzas.

—Enseguida vuelve. Tranquilízate y escúchame que tenemos un problema gordísimo que será difícil de solucionar.

—¿Qué me estás diciendo? —Preocupado por su mujer le dio una palmadita en la cara. —Mara, cielo…

—La acusan de asesinato.

La mano de Ewert se detuvo en seco antes de mirar a su nuevo amigo con ojos heladores. —¿Qué has dicho?

—No hemos querido contároslo antes porque no sabíamos el desenlace de lo que te ocurriría a ti, pero ahora que estás mejorando no podemos retrasarlo más tiempo. El alguacil

quiere apresarla por asesinato. El hombre murió antes de ser atendido por el doctor a causa de la herida que le provocó tu mujer.

—¡Intentó matarme!

—No existen pruebas, Ewert. Van a apresarla. El doctor en este momento estará diciéndole al alguacil que ha caído enferma para ganar tiempo, pero lo único que se tiene claro es que ella le atacó con las tijeras y ante testigos. No se ha encontrado el veneno que pudo utilizar en tu contra. Como no hagamos algo, irá a prisión porque no hay una causa justificada para su comportamiento.

Sintió como se le helaba la sangre. Mara no sobreviviría en prisión. Él había pasado por eso y había visto pasar ante su celda muchos cadáveres de hombres desnutridos y llenos de golpes. Ni se quería imaginar lo que le harían a una mujer y dama además, pues los carceleros odiaban a los de su clase. Solo los sobornos le habían librado de la muerte. Se miraron a los ojos.
—¿Has preparado el barco?

—Mi suegro ha enviado una carta a Londres para que preparen uno que os lleve a América. Eres rico. Os irá bien allí. Johanna tiene muchos contactos que pueden ayudaros, incluido su primo que estará a vuestro lado para lo que necesitéis.

—Nos vamos esta noche.

—Todavía no estás en condiciones para un viaje tan largo. No te precipites.

—¡No voy a arriesgarme, James! ¿Lo harías tú con Johanna? —El Conde negó con la cabeza y él miró el rostro de su esposa que estaba algo pálido. —Entonces nos vamos esta noche.

Mara se cruzó de brazos mirando a sus amigos que estaban ante la cama con ganas de guerra. —No me voy.

—¡Mara no seas terca! —exclamó Chastity después de intentar convencerla durante una hora. Habían pasado todos por allí, pero nada. Se negaba a irse de Escocia pues consideraba que lo que había hecho había sido más que justificado.

—Esposa estás colmando mi paciencia —dijo Ewert medio vestido con unos pantalones y una camisa. Agotado se tuvo que sentar—. Debemos irnos. No quiero que vayas a prisión.

—¡Yo no he hecho nada! ¡No voy a perder el futuro que podemos tener aquí por un cabrón que ha intentado jodernos la vida!

—¿Desde cuándo hablas así? —preguntó su tía escandalizada.

—Tía, a veces tiene estos exabruptos —dijo Buzz haciendo una mueca.

—Muy mal. Muy mal. Ewert ponle un correctivo.

—Como para poner correctivos está éste —dijo Johanna por lo bajo—. Si no se tiene en pie.

Kate soltó una risita sin poder evitarlo mientras sus amigos desde la cama les fulminaban con la mirada. Ewert decidió ignorarlos. —Preciosa, no quiero que vayas a prisión.

—No iré a prisión.

—¡Yo fui!

—Pues no lo entiendo, la verdad. Seguro que te tocó un juez progresista. —Entrecerró los ojos. —Ese seguro que tenía una amante casada porque sino no se entiende.

—¡Mara! ¡Deja de decir disparates!

Ella sonrió de oreja a oreja. —Estás mucho mejor, ¿verdad? Ya gritas. Dentro de poco estarás hecho un toro.

—Hermana, esto es muy serio.

—¡Pues si es tan serio deberían investigarle a él! ¡Seguro que robaba en la casa, no quiso enseñarme las cuentas! Siempre estaba intentando dejarme en evidencia. ¿Habéis hablado con todos los de la casa? Porque tenía reuniones clandestinas con alguien al final de ese jardín en mitad de la noche. ¡Alguien tiene que haber visto sus tejemanejes a lo largo de los años! ¿Era familia de los McGregor? Seguro que sí. Me odiaba por alguna razón. ¡Encontrad esa razón y ya no tendré que irme a ningún sitio!

James y Justin entrecerraron los ojos antes de mirar a sus mujeres que tenían la misma mirada. —Ellas ya han preguntado y nadie sabe nada —dijo Justin molesto porque no habían podido solucionar el tema.

Miró a sus amigas sin aliento. —¿Habéis preguntado?

—Hace unos días. Antes de que Ewert regresara —respondió Johanna—. Nadie sabía nada.

Levantó una ceja. —¿Habéis preguntado ahora que ha muerto? Seguro que si le temían eso se les ha pasado.

—¿Dónde están mis primas?

—En la cama —dijeron todos a la vez sin darle importancia antes de ponerse a hablar entre ellos.

—¿En la cama?

Todos miraron hacia el matrimonio y Kate chasqueó la lengua. —Se han puesto algo enfermas con tanto drama. No tienen la piel muy dura. —Se volvió hacia Johanna y siguió discutiendo. Albert negó con la cabeza, pero Nelson asentía.

—¿De qué están hablando? —preguntó Mara tan tranquila.

Su marido la fulminó con la mirada. —¡Vístete o te visto yo!

Mara soltó una risita acercándose a él para darle un suave beso en los labios. —Vuelve a la cama, marido. Tienes que cenar.

—Mujer me exasperas.

—Muy bien, ¿pero me amas?

Ewert sonrió sin poder evitarlo. —Empiezo a pensar que demasiado.

Mara jadeó indignada haciéndole reír y todos se volvieron hacia ellos. —Perfecto, está decidido. Os vais y cuando solucionemos esto, regresáis. Simple. No vamos a arriesgarnos a que el alguacil se pase de listo y te ingrese en prisión —dijo Johanna muy seria cruzándose de brazos.

Mara miró los rostros de sus amigos y vio la preocupación en ellos. Igual tenían razón, pero viendo el estado en el que estaba Ewert ni de broma iniciaba un viaje. —No. —Levantaron las manos como si fuera un caso perdido. —Buscad al hombre encorvado y vestido de labriego que se reunía con Greg en ese jardín. Revisad cada casa, pero traédmelo. Él sabe que era lo que ocurría. En cuanto le encontréis todo se resolverá.

—Más te vale que tengas razón —dijo su hermano furioso de la preocupación antes de

salir de la habitación.

Mara miró a James a los ojos. —Tráemelo James.

—¿No habíamos quedado ya en paz? —preguntó divertido.

—Mi marido vino solo. Tú no hiciste nada.

Su amigo gruñó antes de salir con Justin y Johanna la miró seriamente. —Hazme caso, Mara. En Boston estarás muy bien hasta que se solucione el tema.

—No voy a irme a ninguna parte. Le maté con justificación. Estoy segura de que fue él. Lo vi en su rostro.

Kate entrecerró los ojos asintiendo. —Vamos Johanna, tenemos mucho que hacer.

Johanna la miró sorprendida. —¿Ah, sí?

La cogió de la muñeca tirando de ella mientras Chastity negaba con la cabeza antes de salir de la alcoba con Susan y Rose que murmuraron por lo bajo —¿Podrá recibir visitas en prisión?

Ewert la fulminó con la mirada. —¡Preciosa, no tienes ni idea de a lo que te enfrentas!

—Y tú sí.

—¡Pues sí!

—Eso digo, que tú sí.

La miró como si estuviera intentando contenerse. —Mi vida, acabamos de pasar por un momento muy duro.

Ella le susurró —¿Por qué no te pones cómodo? Cariño tienes que descansar.

—Casi lo perdemos todo.

—Sí, casi conoces a tu creador. —Negó con la cabeza. —No vuelvas a hacerlo.

—No voy a dejar que vayas a prisión.

Mara sonrió acariciando su pecho. —¿Me rescatarías?

—Esto no es una broma, Mara.

—Lo sé. —Sabía que estaba preocupado. Era lógico. También a ella se le ponían los pelos de punta solo de pensar entrar en una prisión escocesa por haber matado a ese cerdo. Porque no se había equivocado. No, era imposible. Todavía podía ver la mirada de culpabilidad que tenía con su bandeja del desayuno en la mano. Como si no se lo hubiera esperado. Que había que ser estúpido para hacer algo así cuando desayunaban juntos si no quería que a su marido le pasara nada. Porque no quería, ¿o no? No, su cara le había dicho que le había tomado totalmente por sorpresa y que recogiera su bandeja en lugar de la de Ewert que estaba más cerca le había delatado. Estaba totalmente segura de que él había sido el responsable, ahora solo tenía que demostrarlo. —Cielo, acuéstate. Cuanto antes te recuperes, mejor. Por si acaso.

Kate entró en el salón donde todos esperaban para la cena y Johanna se levantó de inmediato. —¿Tienes algo?

—Oh, sí. Y algo muy jugoso.

—¡No fastidies! ¡He interrogado a toda la casa!

—Que mal perder tienes —dijo divertida mirando a su alrededor—. ¿No han vuelto todavía?

—Ni volverán sin el hombre encorvado. Justin tiene unas ganas de irse que no ve y mi marido cuando tiene una idea entre ceja y ceja no se da por vencido. ¿Qué has descubierto? —preguntó impaciente.

—Necesito hablar con alguien antes de confirmarlo.

—¿Sí? ¿Con quién?

—Te mueres por saberlo, ¿verdad?

Johanna gruñó haciéndola reír y en ese momento llegaron las hermanas Logan vestidas de azul y ambas forzaron una sonrisa. —Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron todos.

—¿Te encuentras bien, Loretta? —preguntó Susan mirándola fijamente.

Kate vio que tenía los ojos enrojecidos como si hubiera llorado recientemente. —Esta situación es muy desagradable, Susan. Es normal que se sientan afectadas.

—Cierto —dijo Lorenza cogiendo del brazo a su hermana para sentarla al lado de Susan —. Menos mal que nuestro primo se recuperará. Mi hermana se impresionó mucho al verle en ese estado.

—Por supuesto. Como es lógico —dijo Chastity desde el sillón de su anfitrión.

Johanna frunció el ceño viendo como el lacayo les daba su copa de jerez habitual. —Pero vosotras no estabais cuando Ewert vomitó. Lo recuerdo muy bien. Solo estábamos nosotros. Estabais en la sala del desayuno. Recuerdo que acababais de llegar, pero no subisteis al piso de arriba al escuchar los gritos.

Lorenza se apartó un mechón de cabello negro de la sien. —¿De veras? Pues debes estar equivocada porque sí que vimos el estado lamentable de mi primo. Tanta sangre. Fue terrible.

Johanna no las contradijo, pero Chastity y Susan negaron imperceptiblemente dándole la razón.

—No, mi hija tiene razón, ¿verdad marido? Subimos todos al escuchar esos horribles gritos, pero vosotras no estabais cuando James tuvo que golpear a Mara para detenerla.

—Sí, cielo. Johanna tiene razón —dijo algo tenso sin dejar de mirarlas.

—Llegarían después. —Kate sonrió tranquilizándolas. —Fueron unos momentos muy estresantes y somos muchos.

Johanna iba a decir algo, pero Kate la cogió por el codo. —Amiga, ¿nos sentamos y nos tomamos un jerez? Creo que lo necesito. —La advirtió con la mirada y Johanna se sentó en el sofá de enfrente al lado de Drusilla que se mantenía callada, pero arrugaba su naricilla como si algo oliera mal.

Después de que bebieran un traguito se hizo un incómodo silencio. Kate sonrió como si nada. —No deben preocuparse por Ewert. Se repondrá, estoy segura. Por cierto, si necesitan ayuda con la administración de la finca…

—No será necesario —dijo Lorenza.

—¿La administración? —preguntó Johanna molesta—. Ellas no llevan la administración de la finca, ¿o sí?

—Pues sí. De hecho la llevaba su padre, ¿no es cierto? El antiguo Marqués le ofreció la casa para su familia y le dio una manutención a cambio de que se encargara de la administración de la propiedad. Era un acuerdo beneficioso para el capitán. —Kate se levantó dejando la copa

sobre una mesilla y se volvió con una sonrisa en el rostro. —Me llamó la atención cuando Albert comentó que Hostong House pertenecía a las hermanas Logan. Las hijas de un capitán del ejército de la Reina que hizo fortuna. —Soltó una risita. —¿Fortuna? Si la casa era de Ewert. Entonces me puse a pensar. ¿Por qué todos creían que la casa era suya?

—Porque ellas me lo dijeron —dijo el Conde indignado.

—Exacto. Durante años el Marqués no apareció por aquí y los Logan hacían y deshacían a su antojo. ¿Con una manutención? —Negó con la cabeza. —Solo una doncella sabe realmente las riquezas de los señores que atiende. Una dama puede aparentar tener mucho dinero, pero una doncella se da cuenta enseguida.

—¿Cómo? —preguntó Johanna intrigada.

—Por la ropa interior que empaca. —Drusilla sonrió. —Una dama con posibles desechan las medias en cuanto se rompen. Se las dan a las doncellas para zurcir o las tiran, pero una sin posibles las lleva remendadas porque saben que eso no se ve a simple vista. Ese es solo un detalle de muchos y las hermanas Logan nunca llevan las medias zurcidas. Si lo sabré yo que les he hecho el equipaje varias veces. —Las hermanas la miraron incrédulas. —Así que no se mantienen únicamente con una asignación, pues como vosotras podéis ver sus vestidos son de esta temporada.

Johanna sonrió. —Continúa Kate. Esto me interesa mucho.

—Todo esto no lo empezaron ellas, por supuesto. Lo inició su padre. Esta tarde me he dado una vuelta por la finca y he hablado con varios aldeanos. Sorpresa. La finca hace treinta años apenas tenía ganado. Hoy hay más de veinte mil ovejas y los sembrados se han multiplicado por cinco. Mucho dinero en ganancias, ¿no creéis?

—Por supuesto —dijo Henry Sherman que sabía de números más que nadie.

—Era un plan perfecto. —Kate se echó a reír. —Enviaban al Marqués las rentas anuales habituales y nunca dudó de su primo porque era lo que siempre ganaba. Durante años fueron subiendo un poco esas rentas y el resto lo reinvertían en la finca multiplicando beneficios a final de año. Debo reconocer que han sido buenos administradores, pero sus señores vivían en un absoluto desconocimiento. ¿No es cierto, Lorenza? Porque eres tú quien lo lleva todo en la actualidad. Y con mano de hierro, debo decir. Tiene a todos intimidados. —Se echó a reír cuando Lorenza se enderezó. —Claro, no lo reconocerá.

—Los libros son muy claros.

—Los libros que tú has inventado. Pero si contamos cada oveja, si hablamos con los agricultores, ¿qué crees que dirán? —Puso las manos en la cintura.

—Dios mío. Querían matar a Ewert —susurró Rose impresionada.

—No. Claro que no —dijo Kate divertida—. Porque se les hubiera acabado el negocio. Ewert no tenía herederos y si heredaba un desconocido, podía meter la nariz donde nadie le llamaba. Por eso la prisa por el heredero. El Marqués llegó aquí enfermo y deprimido después de todo lo que le había ocurrido. Rechazado por los suyos, se sintió a gusto con quienes él consideraba su familia. Seguro que cuando se recuperó ni quiso saber cómo se administraba la finca porque eso insultaría a Lorenza. Fueron ellas las que poco a poco le fueron metiendo en la cabeza que necesitaba una esposa para dar un heredero al título. Y la carta de Johanna ofreciendo a Mara a ellas les vino de perlas.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —siseó Loretta con rabia.

—¿No? Tranquilas que tendréis tiempo a rebatir mis conclusiones.

—Continúa por favor —dijo Albert muy tenso al lado de la chimenea.

—Mara era perfecta. Una mujer de la zona de la que todos se burlaban por haber perdido al mejor candidato. Se casaría de inmediato y la conocían bien. Su carácter, su temperamento es bien conocido por la zona. —A Johanna se le cortó el aliento por lo que se le pasó por la cabeza. —Sería simple. Le convencieron para aceptarla en matrimonio por su ansiado deseo por ser padre. Pero fallaba algo. Greg. Porque Stuart McGregor era el padre de Lucy McGregor y esposo de Dalia McGregor. Ambas fallecidas la misma noche en que fallecieron los padres de Mara. Precisamente empezó a trabajar en esta casa después de enviudar. —Miró fijamente a Lorenza a los ojos. —Y vosotras lo sabíais. Sabíais que vuestro mayordomo, que a lo largo de estos catorce años se había convertido en vuestro cómplice, no se tomaría bien ese matrimonio. Así que le sedujiste, ¿no Loretta? —Rose abrió los ojos como platos al ver como se sonrojaba. —Y te enamoraste de él.

—¡Qué panda de patrañas! —Lorenza se levantó. —¡No pienso tolerar estos insultos en mi casa!

—Yo misma le vi salir de la habitación de Loretta de madrugada cuando Mara estaba con fiebres. Pero no me extrañó en ese momento. ¡Vosotras queríais reprimir su odio contra Mara, pero no lo conseguisteis! La retaba continuamente. La insultaba en público, pero ella no decía nada a su marido porque aún no tenían una relación estrecha. Y con vosotras ocurría lo mismo. ¡Mara no sabía cómo comportarse sintiéndose una extraña en su propia casa! Pero ocurrió. ¡Mara harta de él, pidió los libros y ella no es una dama cualquiera! Vive por estas tierras y sabe lo rica que es la finca solo con una mirada. ¡Se hubiera dado cuenta enseguida! Entonces os asustasteis. El muy estúpido lo había estropeado todo cuando con vuestras sonrisas y vuestras palabras dulces podíais haberla manipulado como a su marido sin que nunca hubieran mirado los libros hasta que tuviera ese hijo que necesitabais y entonces puede que al Marqués se le fuera la mano con su esposa. ¡Eso sería perfecto y si no ocurría ya lo solucionaríais! Que Greg no le llevara la contabilidad me extrañó muchísimo porque como Mara suponía es que estaba escondiendo algo. Pero no lo escondía él, lo escondíais vosotras, así que le dijisteis que lo solucionara. Ahora había que matarla antes de que hablara con Ewert de sus sospechas. Os venía estupendamente que el dueño de la casa se alejara de su esposa durante su convalecencia. Teníais tiempo. Pero siempre estaba acompañada. La misma doncella se quejó de que no le dejábamos hacer nada. Entonces llegó Ewert y su relación se estrechó. Había que hacerlo cuanto antes y durante unos días en los que le sirvieron el desayuno en la habitación siempre desayunaron lo mismo. Creían que ella comería lo habitual y solo fue su buena fortuna la que le hizo cambiar el desayuno con su marido. Porque si no hubiera sido así, ya habríamos asistido a su entierro. ¿No es cierto?

—¡Estás loca! —gritó Lorenza levantándose furiosa.

—¿Loca? ¡He hablado con los lacayos que sacaron a Greg de la habitación con las tijeras aún en la herida! Le llevaron a su habitación que está en el piso inferior y vosotras le visteis bajar porque estabais en la sala del desayuno. Fue fácil. Solo tuvisteis que arrancarle las tijeras como dijeron los lacayos que hicisteis. ¡Eso le desangró antes de que pudieran atenderle! No podíais permitir que se descubriera todo porque se le fuera la lengua. —Las miró con odio con sus fríos

ojos azules. —Vosotras pedisteis que la matara, pero casi matáis a Ewert. Menudo desastre. Había que limpiar cuanto antes y librarse de Mara por si moría el Marqués. Entonces os vino la idea. Sacasteis las semillas de su habitación antes de que la registraran y os encargasteis de que muriera. Así no habría pruebas. Nada que os ligara a vosotras con ese tema y Mara habría matado a un inocente, ¿no es cierto?

—Malditas brujas —susurró Chastity mirándolas con odio.

—¡Fuera de mi casa! —gritó Lorenza fuera de sí.

—¿Tu casa? ¡Esta jamás ha sido tu casa! ¡Os acogieron aquí y mira cómo se lo habéis pagado! —gritó Albert atónito.

Lorenza levantó la barbilla mientras su hermana la miró asustada. —Vamos Loretta. No tengo nada más que hablar con estas personas.

—Pero…

—¡Levántate! —gritó demostrando quien llevaba la voz cantante.

Su hermana lo hizo de inmediato, pero cuando se iban a ir Kate se puso ante ellas impidiéndoles el paso. —Fuera de mi camino, doncella de mala muerte.

Kate le pegó un puñetazo que la tiró al suelo y Johanna aplaudió. —¡Bravo!

—¡Si crees que vas a salir de ésta indemne, estás muy equivocada! —gritó Kate furiosa —. Y puede que sea una doncella, pero tengo más honor del que tú tendrás nunca, zorra avariciosa.

—¡Nunca podrán tocarnos! —Se pasó la mano por debajo de la nariz que sangraba en abundancia. —No tenéis una sola prueba contra nosotras. —Sonrió con malicia.

—¿No? —Sonrió divertida. —¿Seguro? ¿Crees que mi prometido no va a encontrar a ese hombre que Mara vio a través de la ventana? —Loretta palideció. Se echó a reír. —Es evidente que es lo único que necesitamos aparte de que el Marqués nos diga cuanto recibía cada año de vosotras. No creo que sea difícil. Su administrador en Londres seguro que lleva las cuentas a rajatabla.

—Maldita puta…

Kate perdió la paciencia y la cogió por sus rizos morenos levantando su rostro. —Escúchame bien. Todavía puedes salir de ésta salvando tu cuello del garrote si confiesas. ¿Sabes la condena por intentar asesinar a un par del reino? No saldrías viva de esto.

Loretta se echó a llorar, pero su hermana era más dura. —Confiesa y salva a tu hermana.

—No hemos hecho nada, asquerosa entrometida. Suéltame —siseó. Kate sonrió viendo en sus ojos las ganas que tenía de matarla.

—Entonces habrá que esperar. Solo es cuestión de tiempo. —Le pegó otro puñetazo y susurró —Y para ti soy Lady Katherine, puta.

—Apártate Kate.

La voz heladora de Ewert tras ella la hizo volverse para ver al Marqués únicamente con los pantalones puestos de pie en la puerta del salón.

Johanna se levantó de inmediato. —Vuelve a la cama. Nosotros nos encargamos.

—Esto es cosa mía —dijo con voz grave dando un paso hacia sus primas mientras las miraba de una manera que aterraría al hombre con los nervios más templados. Lorenza pataleó hacia atrás con el miedo reflejado en su rostro y Ewert sonrió—. Así que no teníais suficiente.

—¡Por favor, por favor! ¡Mienten Ewert! ¡Te juro que mienten! ¡Nosotras jamás te traicionaríamos!

La cogió por la pechera del vestido y la levantó sobre su cabeza gritando —¡Maldita zorra! ¡Gracias a mi familia no acabasteis en la cuneta! ¿Qué ibais a hacer después de que mi esposa me diera un hijo? ¿Matarla? ¿Matarme a mí?

—¡Suéltala! —gritó Loretta intentando sujetarle del brazo, pero él la empujó contra el sofá sin que nadie moviera un dedo por ellas. Drusilla y las demás se alejaron mientras que Chastity se quedó sentada en su sitio sin perder detalle.

—Dímelo. Dime a la cara que tú no tuviste nada que ver y te creeré. —En sus ojos verdes se veía que no se creería nada que saliera de su boca y que solo buscaba una excusa para matarla. Johanna dio un paso hacia ellos, pero Kate la sujetó por el brazo para detenerla. —Estoy esperando, prima —dijo sonriendo con malicia—. Dime la verdad.

—¡Fue nuestro padre! —gritó su hermana muerta de miedo llorando—. ¡No podíamos evitarlo! ¡Teníamos que continuar!

—¡Loretta calla! —gritó su hermana asustada.

Ewert la soltó dejándola caer al suelo y cogió a Loretta de la melena levantándola del sofá. —Estoy a punto de perder la paciencia. —Su otra mano apareció en su cuello y apretó haciéndola chillar de miedo.

—¿Ewert? —La voz asustada de su esposa desde la puerta hizo que se volviera. Mara impresionada vestida únicamente con el camisón no se creía lo que estaba pasando.

—Preciosa, vuelve a la cama. —Tiró más del pelo de Loretta. —Ahora sí que me has cabreado. No quería que ella viera esto —dijo furioso.

De repente Loretta se desmayó entre sus brazos y Ewert rugió lanzándola sobre el sofá antes de coger a su hermana de nuevo. Mara asustada porque su marido cometiera una locura se acercó a él. —Cielo, suéltala.

—No, mi vida. Va a contarme si ha intentado matarme.

Mara se tensó con fuerza al ver los rostros de sus amigos. Sintiendo que el terror la recorría cuando Kate mirándola a los ojos asintió. —¿Ellas? ¿Fueron ellas?

—Nosotras no queríamos —dijo Lorenza—. Pero nuestro padre dijo que si no lo hacíamos nos echarían de la casa. ¡Qué quedaríamos desamparadas cuando se descubriera todo tras su muerte! ¡Tuvimos que seguir mintiendo!

Ewert frunció el ceño soltándola con desprecio haciendo que cayera al suelo y Mara cerró los ojos del alivio porque se había controlado. Se acercó a él cogiéndole del brazo y se lo acarició para que supiera que estaba allí, porque en ese momento debía sentirse traicionado por alguien que quería y lo sentía muchísimo por él. —Vamos, cielo. Debes regresar a la cama —susurró mirando a esa mujer que muerta de miedo pataleaba hacia atrás chocándose con las piernas de Chastity—. Ellos saben lo que tienen que hacer. Regresemos a nuestra habitación.

Su marido la miró y le acarició la mejilla. —Sí, preciosa. Vamos. Estás agotada.

La cogió por la cintura volviéndose y de la que salía miró por encima del hombro a Albert que asintió. Todos vieron que se quedaba más tranquilo y en cuanto salieron, Lorenza se levantó corriendo hasta la puerta con intención de escapar hasta que escuchó como se amartillaba una pistola. Ese click la detuvo en seco. —Da un paso más y dejarás de respirar. Eso te lo juro

por lo más sagrado —dijo Chastity sin moverse de su sitio con la pistola en alto.

—¿Querida siempre vas armada? —preguntó Albert levantando una ceja.

—Es práctico.

—Eso ya lo veo. —Chastity le sonrió guiñándole un ojo. —¿Quieres casarte conmigo?

Todos se quedaron de piedra incluida Chastity que abrió la boca del asombro. —Y esta vez hablo en serio, mi preciosa mariposa.

Los ojos de Chastity se llenaron de lágrimas. —No me llamabas así desde hace mucho tiempo.

Johanna y Kate esperaron su respuesta emocionadas, pero Lorenza dio un paso más esperando que estuvieran distraídas. Kate puso los ojos en blanco acercándose en dos zancadas y cogiéndola por la melena la empujó contra el marco de la puerta haciéndola caer sin sentido al suelo. Encantada se volvió mientras todos la miraban asombrados. —¿Qué? ¡Estoy aprendiendo de vosotros! Chastity no te distraigas, ¿qué le respondes?

Le miró a los ojos y Albert se acercó a ella plantando una rodilla en el suelo. Miró la pistola que en ese momento le apuntaba y la cogió de su mano dejándola en el suelo. Le sujetó las manos y la miró a los ojos. Una lágrima salió de esos preciosos ojos negros que lloraban de alegría. —Nunca he podido olvidarte. Has sido el amor de mi vida y me maldigo al haber cometido tantos errores que te han hecho sufrir. Solo espero que algún día confíes en mí lo suficiente como para compartir lo que me queda de vida, mi amor. En estos días me he dado cuenta de lo injusto que fui contigo porque por mi cobardía no te di la oportunidad que merecías. Espero que algún día puedas perdonarme y quiero que sepas que estaré a tu lado para que si ese momento llega, estaré deseando llevarte ante el primer pastor que me encuentre y hacerte mi esposa como debías haberlo sido hace tantos años. Te amo, mi vida. Necesitaba que lo supieras porque me muero por estar contigo y no quiero perder más tiempo del que ya hemos perdido. Así que si quieres casarte algún día no dudes en decírmelo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurró emocionada.

Johanna carraspeó. —Tía Chastity… —Le hizo un gesto con la cabeza apremiándola y ésta se sonrojó.

—¿Mi vida? —preguntó Albert preocupado—. No puedes perdonarme, ¿no es cierto? Ya no me amarás jamás. ¿Me odias?

—¡No! —respondió Chastity poniéndose como un tomate—. Es que…

Albert parecía aliviado y besó sus manos. —Esperaré lo que tú quieras. Hasta mi último aliento si hace falta.

—Si es hasta su último aliento no le va a servir de mucho —susurró Rose por lo bajo a su marido que asintió.

—Quiero casarme ahora —dijo dejando a Albert con la boca abierta—. Es por si luego te arrepientes. —Chastity levantó la barbilla. —O ahora o nada.

Albert se levantó de golpe y salió corriendo del salón saltando sobre el cuerpo de Lorenza. Se miraron confundidos los unos a los otros. —¿A dónde va? —preguntó Susan asombrada.

—A por el pastor —dijo Kate sonriendo de oreja a oreja al entender.

Chastity se sonrojó antes de fruncir el ceño. —¿Seguro que no ha salido corriendo como

la otra vez?

—La otra vez te fuiste tú. En esta ocasión no quiere que te escapes. —Johanna miró a las hermanas tiradas en el suelo. —Bueno, ¿quién manda llamar al alguacil?

—Todavía no tenemos todas las pruebas. Que las encierren en una habitación —dijo Kate como si nada como toda una dama—. ¿Pasamos a cenar? Todo esto me ha dado apetito. Chastity qué alegría. ¡Si te casas con Albert, vivirás en Drummond conmigo!

Johanna gruñó. —Pero será mi suegra.

—Pero vivirá conmigo —siseó Kate.

—Niñas… Haya paz —dijo Drusilla dando un puntapié al trasero de Loretta que simulaba estar desmayada—. Zorra. Porque mi niña está como está y tiene a su marido como lo tiene, que si no te sacaba los ojos.

Johanna sonrió. —Por supuesto que sí. Y puede que lo haga todavía.

Capítulo 18

Mara acarició el pecho de su marido antes de abrazarle con fuerza. —¿Ves cómo se ha aclarado todo? No sé muy bien lo que ha pasado, pero sabía que se resolvería. Lo siento, cielo.

—Ya están fuera de nuestras vidas. No debes sentirlo. Soy yo el que lo siento por no ocuparme de mis obligaciones. Si lo hubiera hecho, esto no habría pasado.

Levantó la barbilla para mirarle. —Te robaban, ¿no? —Él asintió. —Me lo imaginaba. Ellas no, creía que era Greg, pero me lo imaginaba cuando no me dio los libros. Tranquilo cielo, que yo me encargo de todo a partir de ahora. Sé llevar una finca ¿sabes? Me han enseñado bien.

Ewert sonrió acariciando su brazo. —No esperaba menos de ti. —La puso de espaldas contra el colchón y la miró a los ojos. —Pero no quiero que mi mujer embarazada ande de un lado a otro de la finca tratando con los aldeanos.

Los ojos de Mara brillaron de ilusión. —¿Crees que…?

—¿Dudas de mí, mujer? —preguntó aparentando enfado.

Se echó a reír acariciando su cuello. —Jamás mi amor.

A Ewert se le cortó el aliento escuchando su risa. —Dime que me amas.

—Más que a nada. —Besó su labio inferior y le abrazó con fuerza. —Te amo tanto que hasta le daría las gracias a Johanna por sus locas ideas.

—¿Ha sido una locura casarte conmigo?

Se apartó para mirarle a los ojos. —La mejor locura que cometeré nunca.

Él levantó una de sus cejas rubias. —¿Cometes muchas?

—No —dijo exageradamente—. Soy muy tranquila. Ya verás. Tendremos una vida de lo más apacible y relajada.

—No sé por qué, pero lo dudo, esposa.

—¿Dudas de mí?

—Ni se me ocurriría.

Ewert se cruzó de brazos gruñendo al igual que James y que Justin, que no se lo podía creer viniendo de su esposa. Las tres forzaron una sonrisa.

—¡No sé cómo se os ocurren estas cosas! —gritó James asombrado.

—Tampoco es para tanto —dijo Johanna encogiéndose de hombros—. Mi amor, ya tendrías que estar acostumbrado.

—¡Así que fue idea tuya! —gritó Ewert furibundo.

—No pienso delatar a la que ha ideado el plan. —Levantó la barbilla. —Eso es de cobardes.

—Mi Kate no ha podido ser —dijo Justin pasándose una mano por su cabello negro—. Esto es cosa de tu mujer, James. Siempre está maquinando algo.

Johanna jadeó indignada. —¿Pero qué dices? ¡Mis planes siempre tienen éxito! Al contrario que otros que no dan una. ¡Y deberías darme las gracias, porque por mi inteligencia superior te has casado con Kate!

—¿Inteligencia superior? —preguntó Kate divertida.

—Shusss, estoy defendiéndome.

—¿Mara? —Ewert no le quitaba ojo y más cuando se acarició el costado de su enorme vientre.

—Yo no abro la boca.

—¡No sé por qué protestáis tanto! ¡Gracias a mí disfrutáis de una felicidad que no hubierais disfrutado si yo no llego a meterme! —protestó Johanna—. Incluido tú, marido. ¿O no eres feliz?

Por como lo miraba con sus precioso ojos ambarinos cualquiera le decía que no.

—No desvíes el tema. Has sido tú, ¿verdad? ¡Por eso protestas tanto!

—¡Mis planes siempre salen bien!

—Ah, entonces no ha sido ella. —James sonrió satisfecho. —Es cierto, mi Jo nunca falla. Debe ser la sangre Sherman que no la deja vivir tranquila hasta que todo sale bien. —Fulminó a sus amigos con la mirada. —¡Y protestáis demasiado!

—Gracias marido. —Johanna sonrió porque ya le había convencido.

—¿Que protestamos demasiado? ¡Quería utilizarme para que estos dos se casaran pasando desapercibidos! —exclamó Ewert asombrado—. ¡Menudos amigos estáis hechos!

—Bah, si se resolvió solo —dijo Kate como si nada—. Las hermanas Logan y todo lo demás ayudó mucho a que nuestra boda pasara desapercibida. También lo del encorvado. ¿Quién iba a pensar que el encorvado era el alguacil? A mí ni se me pasó por la cabeza que era el mismo encorvado que había visto Mara, hasta que Rose comentó que estaba algo encorvado después de que vosotros no le encontrarais. La vida no deja de darnos sobresaltos. Menos mal que no lo dejamos todo en sus manos y al final lo resolvió el juez. Menudo escándalo se armó. Sí, todo eso influyó a que nuestra boda pasara sin pena ni gloria. —Hizo una mueca. —Igual que Albert se casara con Chastity también tuvo que ver. —Miró a Johanna. —¿Tú qué opinas?

—Todo ayudó. Demasiados buenos chismes para comentar. Lo de que fueras doncella lo pasaron por alto por la fortuna que heredarías. Pero todo ayudó. —Se volvieron hacia ellos sonriendo radiantes.

—Es cierto, mi vida —dijo Mara—. Que estuvieras en prisión casi ni se comentó gracias a que casi te envían al otro barrio. Al final todo salió bien.

—¡Esto no ha salido nada bien! —gritó Justin furibundo—. ¿De quién fue la idea?

—Qué pesados están —dijo Kate por lo bajo—. No nos dejan vivir.

—Es la desgracia de casarte, que tienes que dar explicaciones por todo —dijo Mara indignada—. Con mi hermano hacía lo que quería.

—A mí me pasaba lo mismo —dijo Johanna entendiéndola perfectamente—. ¿Pero con James? Siempre quiere explicaciones.

—Al menos tu marido te apoya.

—Sí, eso sí.

Las miraban como si les hubieran salido cuernos y Kate suspiró porque no se darían por

vencidos. —Fue idea mía.

Justin la miró como si no pudiera creerlo mientras los otros dos sonreían más tranquilos. —¡Kate!

—¡Y confieso porque si no nos tendréis aquí hasta mañana, pesados!

—¿Cómo se te ocurre? ¡La has dejado lisiada!

—Lisiada, lisiada… Solo un poco magullada. —Levantó la barbilla. —Y se lo merecía.

—Estaba chismorreando —dijo Mara asintiendo.

—¡Válgame Dios! ¡No podéis ir provocando accidentes con todas las damas que os critiquen!

En ese momento entraron los Duques de Stradford en su salón aguantando la risa y Liss al ver sus caras se echó a reír a carcajadas. Las tres sonrieron de oreja a oreja. —¿Os están interrogando? —preguntó Alex divertido.

—Lo intentan —dijo Mara guiñándole un ojo descarada antes de mirar a su marido—. Ha sido un guiño amistoso, mi amor —dijo al ver que parecía mosqueado.

—¡Los guiños los reservas para mí!

Puso los ojos en blanco haciendo reír a las chicas. —No las regañéis —dijo la Duquesa sentándose en una butaca—. Tampoco es para tanto. —Se apartó un rizo caoba de la sien. —¿No opinas lo mismo, marido?

—Mientras te defiendan a ti, me es igual lo que hagan.

—¿Ves? Ese es un marido comprensivo —dijo Kate fulminando con la mirada a su esposo—. A ver si aprendes.

—¿Las críticas eran hacia ti? —preguntó Ewert sin poder creérselo—. Si todas esas damas te adoran.

—Siempre hay alguna maliciosa. Todas tenemos que pasar por ello. Siempre están esperando algo para tirarse al cuello. —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia antes de echarse a reír. —Lo que no me esperaba es que mis fieles amigas decidieran darle una lección aflojando las cinchas de la silla de montar. Casi me muero de la risa al ver que seguía aferrada al pomo de la silla boca abajo mientras gritaba como una loca. Si el caballo ni se movía. Si no hubiera gritado así, no hubiera salido espantado pisándola cuando cayó.

—¡Todo el mundo rumoreaba que habían sido ellas! —gritó James indignado—. Por cierto, ¿cómo se enteraron?

—Mara que no está muy ágil. Cuando salió corriendo del establo, la pilló esa bruja de la que iba a por su montura. Pero no tienen pruebas definitivas, así que se fastidian. No la pillaron con las manos en la masa. Es su palabra contra la de ella.

—Bueno, asunto resuelto. —Mara se levantó mostrando su enorme vientre al igual que Kate que acarició su barriga de seis meses. Sus maridos se acercaron de inmediato para coger sus manos. —Tengo hambre. Mucha.

—¿Asunto resuelto? ¡Estás en estado! ¡En un estado muy avanzado! ¿No podía haberlo hecho otra? —Todos disimularon la sonrisa porque le daba igual quien lo hubiera hecho con tal de que no hubiera sido su mujer. —¡Esperemos que no nos haga una visita el alguacil!

—Qué pesado estás con ese tema, mi amor.

—Es que este plan no lo tracé yo —dijo Johanna como si fuera culpa suya—. Tranquilos

que la próxima vez no ocurrirá nada.

—¡No habrá próxima vez! —gritaron los hombres a la vez.

Las mujeres levantaron una ceja yendo hasta la puerta del salón y los cuatro se miraron con distintas expresiones. James gruñó mientras Ewert y Justin parecían asombrados. Alex retenía la risa a duras penas.

Se volvieron al escuchar las risas de sus mujeres. —Son novatos, tienen que acostumbrarse —dijo Alex mirando orgulloso a su mujer que hablaba tranquilamente con sus amigas que se echaron a reír de nuevo.

—Esto no acabará nunca —dijo James antes de sonreír al ver que Johanna susurraba algo al oído de Kate.

—No fastidies. —Justin vio que su esposa negaba con la cabeza antes de contestarle algo a su amiga en voz baja.

—Me la llevo de vuelta a Escocia —dijo Ewert muy serio haciendo que todos le miraran sin creerse una palabra—. ¿Qué? ¡Podré convencerla! Va a tener un hijo, eso la distraerá un tiempo. —Alex y James negaron con la cabeza. —¿No?

—Nuestras mujeres son de una pasta especial y por eso las amamos tanto —dijo Alex haciéndoles asentir—. Da igual a donde la lleves. Será capaz de meterse en un lío ella sola.

Ewert gruñó pensando en el motín que casi le organiza con los labriegos en Hostong House, exigiendo cuentas detalladas cuando algunos ni sabían leer. Por eso la había llevado a Londres, la notaba algo inquieta. Dejó caer los hombros derrotado y el Duque le palmeó el hombro. —Tranquilo, se te pasará. Te lo digo yo que ya he visto de todo.

—Pues anda que yo —siseó James siguiendo a su mujer.

—Mi Kate no es así —dijo Justin molesto.

—¿No? —James sonrió divertido. —Primo, ¿te recuerdo la que organizó para intentar casar a su padre y que así no estuviera solo en esa casa del pueblo? Si puso un bando en la plaza pidiendo candidatas.

Todos se echaron a reír cuando Justin gruñó. —Le casó, ¿no? Y bien feliz está con su nueva esposa.

—Pues eso. Ellas intentan ayudar y no debemos ver nada malo en ello. —Alex fue hasta la puerta y los demás les siguieron para verlas sentadas a la mesa charlando animadamente mientras les esperaban.

De repente las cuatro les miraron sonriendo y Kate miró a Justin a los ojos. —Ven amor. Estamos hablando de los bebés.

Ewert se sentó al lado de su esposa y la besó en la sien antes de acariciar su vientre como si quisiera asegurarse de que estaban bien. Mara le miró con amor. —Hablábamos de qué serán.

—Espero que sea niño —dijo Ewert haciendo reír a toda la mesa.

—¿Y tú, cielo? —preguntó Kate mirando a los ojos a Justin.

—Yo mientras estés bien me da igual. —Sonrieron sabiendo lo que le preocupaba que su mujer llevara a buen fin el embarazo. —Pero aún quedan unos meses. —Justin miró a Mara. —Tú lo sabrás mucho antes.

—Sí, esta misma noche —dijo como si nada haciendo que Ewert perdiera todo el color de la cara mientras todos la miraban con los ojos como platos—. ¿Dónde está esa cena? Estoy

hambrienta.

Elizabeth carraspeó. —Mara, ¿estás de parto?

—No, todavía no. —Ewert suspiró del alivio. —Aún no va a salir.

Su marido se levantó de golpe cogiéndola en brazos y le gritó a la cara —¿Te duele?

—Bah, unas molestias de nada. Cariño déjame en la silla que queda mucho y tengo hambre.

Ewert no sabía qué hacer, pero al ver que la Duquesa asentía, la dejó en la silla como si fuera la porcelana más delicada. Empezaron a servir la cena y Johanna dijo con la cuchara en la mano —La primera vez el parto puede alargarse mucho.

—Sí, eso me han dicho —dijo antes de empezar a comer hambrienta. Su marido la miraba como si fuera a estallar en cualquier momento y Alex rió por lo bajo—. Tengo unas ganas de tenerlo. La barriga molesta mucho. Por eso el plan salió mal. —Todos la miraron sin comprender. —Yo tenía que aflojar la cincha mientras Kate vigilaba. Le grité desde dentro que ya estaba y ella salió corriendo. Cuando estaba a punto de salir… —Se sonrojó con fuerza. —Bueno que pasó algo que me mojó las piernas y al intentar arreglarlo me retrasé y salió mal el plan. Aunque en realidad el plan salió bien, pero me pillaron. Ya me entendéis.

Johanna y Elizabeth dejaron la cuchara sobre la mesa mirándose a los ojos muy serias. —¿No te habrás mojado la ropa interior? —preguntó Johanna.

—¿Tenías que decirlo en voz alta? —preguntó avergonzada—. ¡Estoy muy embarazada! ¡No me controlo!

—¡Mara has roto aguas hace horas! —Elizabeth se levantó a toda prisa y gritó —¡Qué venga un médico!

Ewert la cogió en brazos de nuevo antes de que se diera cuenta y con la cuchara en la mano le miró con los ojos como platos. —¿Algo no va bien?

—No lo sé, cielo —dijo muerto de miedo.

Johanna iba tras ellos. —No pasa nada. Tranquilos. Súbela a una habitación.

—No, llévame a casa.

—Ni de broma. Tú te vas a la primera cama que encuentre.

Johanna ayudó a desvestirla y sin avergonzarse miró entre sus piernas mientras Kate entraba en la habitación cerrando tras ella. —Dios, veo la cabeza.

Ewert cogió su mano sentado a su lado y la miró a los ojos. —Empuja, cielo.

—¿Ya? —preguntó asombrada—. Pues tampoco es para tanto.

—¡Empuja Mara! —gritó Johanna separándole bien las piernas.

El sonido del llanto del futuro Marqués de Satterfield hizo que todos los que estaban en el piso inferior sonrieran del alivio felicitándose los unos a los otros emocionados. —Otro miembro de la familia —dijo el Duque satisfecho desde la cabecera de la mesa. Levantó su copa y brindó —Por los amigos. —Se echó a reír. —Y porque nuestras mujeres pueden sorprendernos en cualquier momento.

—Brindo por eso —dijo James haciendo reír a Justin que asintió.

En ese momento Ewert emocionado vio como Elizabeth ponía a su hijo en brazos de su esposa. —Preciosa, mira que cabello más rubio.

—Es clavadito a ti —dijo ella viendo fascinada como su marido acariciaba un dedito de

su mano como si temiera hacerle daño. Con lágrimas en los ojos le miró—. Gracias, mi amor.

—¿Por qué? Eres tú quien me lo has dado todo.

—Por dejar de huir y entregarte a mí.

Besó sus labios como si la amara más que a nada y susurró —Es la mejor decisión que he tomado nunca. Y la mejor que tomaré jamás. Te amo, preciosa. Hasta el día de mi muerte.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikinga)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca
5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna

3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.